

CIUDADES

VOLUMEN 3

Pablo Vega Centeno,
editor

Lima, diversidad y fragmentación de una metrópoli emergente



OLACCHI

Organización Latinoamericana
y del Caribe de Centros Históricos

Editor general

Fernando Carrión

Coordinador editorial

Manuel Dammert G.

Comité editorial

Fernando Carrión

Michael Cohen

Pedro Pérez

Alfredo Rodríguez

Manuel Dammert G.

Diseño y diagramación

Antonio Mena

Edición de estilo

Andrea Pequeño

Impresión

Crearimagen

ISBN: 978-9978-370-06-3

© OLACCHI

El Quinde N45-72 y De Las Golondrinas

Tel.: (593-2) 2462 739

olacchi@olacchi.org

www.olacchi.org

Quito, Ecuador

Primera edición: noviembre de 2009

Contenido

Presentación	7
Introducción	9
<i>Pablo Vega Centeno</i>	
I. Geografía urbana y globalización	
La ciudad latinoamericana: la construcción de un modelo. Vigencia y perspectivas	27
<i>Jürgen Bähr y Axel Borsdorf</i>	
Lima de los noventa: neoliberalismo, arquitectura y urbanismo	47
<i>Wiley Ludeña</i>	
Dimensión metropolitana de la globalización: lima a fines del siglo XX	71
<i>Miriam Chion</i>	
La formación de enclaves residenciales en Lima en el contexto de la inseguridad	97
<i>Jörg Plöger</i>	

II. Cultura urbana

Urbanización temprana en Lima, 1535-1900	143
--	-----

Aldo Panfichi

Los rostros cambiantes de la ciudad: cultura urbana y antropología en el Perú	167
--	-----

Pablo Sandoval

III. Gobierno de la ciudad: planificación y gestión de políticas públicas

Políticas urbanas y expansión de las barriadas, 1961-2000	223
--	-----

Julio Calderón

Pobreza y desarrollo urbano en el Perú	255
--	-----

Gustavo Riofrío

Lima: descentralización, democratización y desarrollo	283
--	-----

Jaime Joseph

Espacios públicos, centralidad y democracia. El Centro Histórico de Lima. Periodo 1980 – 2004	325
--	-----

Miriam Chion y Wiley Ludeña

Presentación

Lo urbano, entendido como una forma específica de organización socio-territorial, adquiere en la sociedad contemporánea especial relevancia en tanto, a inicios del presente siglo, cerca del 80% de la población de América Latina habita en ciudades. Las tendencias en las que se enmarca el proceso urbano, en donde las lógicas de globalización condicionadas, entre otros factores, por la consolidación de una nueva fase de acumulación territorial del capital, de una realidad mediatizada a través de sofisticadas tecnologías de la comunicación, y de un paradigma cultural de impronta posmoderna estructurado alrededor de la dicotomía global-local, han determinado que el sentido de lo urbano se redefina desde una noción de concentración demográfica hacia la idea de estructuras socio-espaciales dispersas y fragmentadas.

Esta nueva concepción implica entender que, si bien la dinámica de la ciudad se genera a partir de un conjunto de relaciones entre diferentes sistemas, no es menos cierto que los flujos informacionales, a los que es inherente la denominada sociedad de la información, determinan una serie de nuevas articulaciones que configuran la emergencia de una organización supra-física, sobre la cual se redefinen los procesos sociales, políticos, económicos y culturales donde converge y se reproduce lo urbano.

En esta perspectiva, se vuelve necesario identificar desde el debate académico las distintas entradas teóricas del campo disciplinar de los estudios de la ciudad, con el objetivo de entender esta suerte de reescalamiento conceptual de la condición urbana, incorporando además una lectura transversal de carácter interdisciplinario que, más allá del hecho espacial *per se*, permita dar cuenta de la complejidad de estos procesos. El análisis

de la problemática urbana, en otrora enmarcado en el aspecto morfológico-funcional de las ciudades, ha incorporado —tanto teórica como metodológicamente— temáticas relacionadas con la interacción en el gobierno de la ciudad, la dialéctica cultural del espacio a través de la comprensión de los imaginarios urbanos, las implicaciones socio-políticas de la seguridad ciudadana frente a la violencia urbana, la movilidad sustentable y la gestión del riesgo —entre otros— como respuesta a los impactos ambientales en las estructuras urbanas, cuya interpelación permite construir una visión de conjunto del fenómeno urbano.

Producto de estas preocupaciones, la colección *Ciudades* surge como una iniciativa que busca dar cuenta de las principales transformaciones y lecturas existentes sobre las ciudades en América Latina. Cada volumen de la colección, bajo la coordinación de especialistas de cada ciudad, presenta una lectura panorámica sobre cada caso a partir de artículos de gran relevancia sobre diferentes temas: servicios públicos, vivienda, transporte, políticas públicas, entre otros. Los doce tomos que conforman la presente colección compilan —a manera de antologías— los trabajos de distintos autores y autoras internacionales de reconocida trayectoria en la investigación urbana. La colección en su conjunto permite, a partir de las distintas entradas desarrolladas, ensayar una lectura interdisciplinar de los procesos urbanos contemporáneos en las ciudades de América Latina, constituyéndose en una herramienta de consulta para la investigación y docencia académicas, así como también en material de referencia para el desarrollo de políticas públicas en el contexto de las ciudades.

Fernando Carrión M.
Presidente de la Organización
Latinoamericana y del Caribe de
Centros Históricos (OLACCHI)

Introducción

Pablo Vega Centeno

Las transformaciones que durante los últimos veinte años han ocurrido en la ciudad de Lima, tanto en su composición urbana como en las dinámicas de sus habitantes, han motivado la necesidad de replantear o complementar los estudios que sobre ella se han producido. En efecto, hasta 1990 la mayor parte de la bibliografía de estudios urbanos se concentraba en el análisis de la formación de barriadas, así como en las prácticas urbanas que sus habitantes desarrollaban. Consecuentemente, no es extraño observar que muchas de las preocupaciones giraron en torno al problema de la vivienda y a la producción de barrios populares.¹

En los últimos años del siglo XX ocurrieron importantes transformaciones de la ciudad. Dichos cambios se relacionaron con el auge de inversiones inmobiliarias, generado tras la declinación de la acción terrorista en escenarios urbanos (entre 1992 y 1995). Esto, ha devenido en una suerte de despertar académico. De hecho, se han producido importantes trabajos de investigación y ensayos que abren nuevas puertas y caminos para los estudios urbanos. Buena parte de esta producción no proviene de la sociología y la antropología, disciplinas que dominaron los estudios sobre Lima hace más de dos décadas. Esta vez, trabajos que parten del urbanismo y la geografía urbana permiten un enriquecimiento innovador de las aproximaciones pluridisciplinarias al estudio de la metrópoli.

Los nuevos enfoques han significado también el empleo de nuevos instrumentos teórico-conceptuales. Esto posibilita no sólo generar nue-

1 Para ello, se puede consultar el estudio de Calderón (1990).

vas preguntas para tratar de comprender los cambios de la escena urbana, sino que brinda la ocasión de reinterpretar los procesos vividos. De este modo, con el apoyo de estos trabajos, me permito proponer una lectura parcial y parcializada de lo que está significando la transformación de Lima, tanto a nivel de la producción del espacio urbano como en lo relativo a los procesos de apropiación de sus habitantes, y asimismo a los desafíos que la gestión urbana enfrenta.

La conformación de una metrópoli del tercer mundo en la era de la globalización

El advenimiento de importantes cambios en los usos del suelo urbano, en el paisaje arquitectónico y en la infraestructura vial de la ciudad, ocurridos a partir de la década de 1990, perfila una nueva imagen de la capital. Se trata, como propone Miriam Chion (2002)², de una nueva dimensión metropolitana de Lima, en la que la ciudad, como señala Wiley Ludeña (2003), experimenta importantes “cambios de piel”.

Ahora bien, ¿cuál es la magnitud de este cambio con relación a la situación anterior? Es interesante observar cómo las transformaciones recientes de Lima han dado lugar a atrayentes trabajos de revisión de su proceso urbano. Es el caso de las investigaciones llevadas a cabo por Wiley Ludeña (2003), Jürgen Bähr y Axel Borsdorf (2005), que sitúan a Lima dentro de una propuesta de modelos urbanos para América Latina. Animados por estos sugerentes planteamientos, vale la pena repensar nuestra comprensión de la ciudad. No hay que olvidar el hecho de que se trata de una metrópoli reciente que hoy en día nos confronta a nuevos problemas de desigualdad estructural, en que la condición de fragmentación urbana parece convertirse en una nueva versión de la clásica noción de marginalidad utilizada en el análisis urbano de Lima.

² [N.E.] Las referencias a los textos incluidos en este libro mantienen el año de su publicación original.

El nacimiento de una metrópoli

Al igual que numerosas capitales latinoamericanas, Lima era una ciudad de mediana envergadura a la que en pocas décadas, y sin haber experimentado una industrialización importante, le tocó vivir la transición a la condición de metrópoli. Se trató pues de un cambio abrupto, que en marcos analíticos de hace treinta años fue definido como la consecuencia de una urbanización dependiente.³

Vale la pena detenernos un momento para comprender cuál era la situación de Lima hasta las primeras décadas del siglo XX. No sólo se trata de un problema de baja envergadura demográfica, sino de una organización del espacio físico y social propia de lo que puede definirse como *ciudad tradicional*. Es decir, una urbe organizada en torno a lógicas cotidianas de proximidad; marcada por relaciones sociales personalizadas; estructurada bajo patrones de una sociedad estamental; y en la que la búsqueda del progreso o la movilidad social no forma parte de las aspiraciones de los miembros del colectivo urbano.⁴ Dentro de esta lógica tradicional, los ritmos cotidianos suelen tener lugar en un único escenario urbano que comporta características territoriales cerradas. En este tipo de espacio social, la calle constituye el principal lugar donde se desarrolla la vida cotidiana.

Por otra parte, la concentración de las poblaciones en espacios de los cuales se sale ocasionalmente permite la generación de relaciones personalizadas. Aquí, por tanto, la afirmación del colectivo social gana en importancia. Ahora bien, en el caso de sociedades urbanas como la de Lima, habría que agregar que hasta inicios del siglo XX las diferencias sociales entre los grupos humanos eran estables intergeneracionalmente, expresándose lógicas de comportamiento comprensibles en los marcos de una sociedad de corte estamental donde “cada uno sabía cuál era su lugar”.

El artículo de Aldo Panfichi (1995), sobre la urbanización temprana de Lima, constituye una pintura de gran calidad de lo que significó, en los albores del siglo XX, el escenario urbano como espacio social. Uno

3 Entre los numerosos trabajos que fueron publicados se puede consultar la compilación de textos reunida por Castells (1973).

4 Para esta definición retomamos las nociones de Ascher (2004) y de Remy y Voyé (2006).

de los aciertos de este trabajo es que, conjuntamente con configurar las características de los grupos humanos y prácticas culturales de aquella época, precisa ciertas características del espacio urbano que se conforma.

Es ilustrativo, entonces, observar cómo el crecimiento demográfico de la ciudad coincidirá con el advenimiento de nuevas pautas de diferenciación social, a través de las cuales la distancia espacial surgirá como una necesidad de segregación. Ello, una vez que las normas sociales de corte estamental se resquebrajan y surge la movilidad social como nuevo motor de las aspiraciones de los colectivos humanos.

Estos cambios en la esfera social se producen de manera paralela a la llegada del proyecto de ciudad moderna de José Balta y Nicolás de Piérola, en la segunda mitad del siglo XIX. Este proyecto, analizado por Wiley Ludeña (2003), se consolida durante la primera mitad del siglo XX, integrando ejes viales como nuevos elementos organizadores de la ciudad, conectando la vieja ciudad colonial con sus balnearios, los que pasaron a formar la llamada Gran Lima de mediados del siglo XX, que muy bien puede ser estudiada como modelo de *ciudad sectorial*, de acuerdo a los parámetros propuestos por Jürgen Bähr y Axel Borsdorf (2005). La conjunción de nuevas infraestructuras y el advenimiento de una sociedad de clases motivaron la reorganización de los espacios residenciales de la ciudad, los cuales pasaron paulatinamente a organizarse en base a nuevas pautas de segregación social, que buscan la homogeneidad social interna.

Este proceso se produjo en paralelo con el crecimiento demográfico explosivo que tuvo el país en ese tiempo, con motivo de la espectacular reducción de la tasa de mortalidad que se produjo entre 1940 y 1961.⁵ Ello motivó la sobrepoblación de un país que en aquel tiempo era sobre todo rural, desencadenando fuertes procesos migratorios debido a la incapacidad del campo de satisfacer las necesidades vitales del excedente poblacional. Estos factores demográficos de expulsión, sumados a la construcción de una red de carreteras centralizada en la capital, que reemplazó las conexiones transversales de la antigua red ferroviaria, fueron en parte responsables de las grandes corrientes de migración interna que tuvieron a Lima como su principal destino.

⁵ La esperanza de vida en ese periodo paso de 35 a 51 años y la tasa de mortalidad se redujo en cerca de un 50%, mientras que la tasa de natalidad se mantuvo estable.

Este fenómeno de mutación de una ciudad tradicional a una urbe de enormes dimensiones territoriales y poblacionales es, como señalamos en un inicio, lo que ha concentrado las miradas de los estudiosos de la problemática urbana limeña. Especialmente, porque no había un proceso de industrialización que explicase este crecimiento, como ocurrió en el caso europeo o norteamericano. En este contexto, el gran objeto de estudio fue la formación de barrios irregulares o barriadas, también conocidos en el Perú como Pueblos Jóvenes o Asentamientos Humanos, que comenzaron a definir una parte del crecimiento de la ciudad, sobre todo hacia la periferia del valle del Rímac, mientras que el casco central se expandió por iniciativa del capital inmobiliario.

En efecto, un tema que llama la atención en el caso de Lima es la importancia que tuvo el mercado de suelos como uno de los primeros procesos de acumulación de capital urbano. Entre 1900 y 1960, la ciudad creció más en extensión que en población.⁶ Este crecimiento estimuló el desarrollo del capital inmobiliario, lo cual se expresó en la reducción del número de propietarios que tuvo la campiña de Lima durante esa época. Parte importante de los nuevos propietarios fueron inmigrantes europeos, muchos de ellos italianos provenientes de ciudades como Génova, que habían experimentado la Revolución Industrial y que, por ende, estaban más informados de las oportunidades económicas que el crecimiento urbano podía ofrecer que los viejos hacendados rentistas, que poseían por varias generaciones las tierras que formaban la campiña de Lima.

De la dicotomía centro-periferia a la fragmentación urbana

El desarrollo del capital inmobiliario, así como la expansión urbana generada por la masa de migrantes de origen rural, que ocupó la ciudad entre 1940 y 1980, configuraron el crecimiento de la ciudad en un modelo que Jürgen Bähr y Axel Borsdorf forf (2005) definen como *ciudad polarizada*, donde la diferenciación de ciudad formal e informal se superpone a la definición conceptual de centro y periferia. Este modelo es el que per-

6 En 1908 la densidad de la ciudad era de 109 hab/ha, mientras que en 1961 era de 89, según datos del INEI.

siste hasta hoy en la representación que los habitantes de Lima suelen hacerse de la metrópoli.

La ciudad fue adquiriendo morfológicamente la fisonomía de un guante, puesto que los espacios urbanos se iban formando entre los contrafuertes andinos que circundan los valles del Rímac y Chillón, y los arenales del desierto de la costa peruana. La representación de la ciudad fue manejada por la diferenciación de un casco central, consolidado por el mercado inmobiliario, y una periferia formada sobre todo por barriadas en terrenos eriazos de propiedad pública. Esta periferia fue diferenciada en lo que en el Perú se han denominado los conos Norte, Sur y Este.⁷

La gran paradoja de este discurso fue, justamente, su débil correlato con las características geográficas del territorio. Por una parte, el llamado casco central de la ciudad en realidad también estaba formado por una periferia, sólo que ésta iba dirigida a sectores medios y altos que ocupaban la zona este de la ciudad, en parte de los distritos de San Borja, Surco y La Molina. Por otro lado, estos conos estaban lejos de constituir zonas donde la población se caracterizase por su homogeneidad social.

El advenimiento de las dinámicas globales durante la última década del siglo XX, resultó un enorme estímulo para revisar nuestra lectura de la estructura urbana de Lima. Por una parte, tenemos artículos de enorme importancia que abren nuevas perspectivas al análisis de la ciudad, como el texto de Miriam Chion (2002). Este, explora por primera vez las dinámicas económicas de la ciudad, partiendo de un enfoque de espacio de los flujos y poniendo en relieve el desarrollo de nuevas centralidades urbanas que no buscan articularse al tejido existente de la ciudad. En la misma línea, Wiley Ludeña (2003) analiza las transformaciones que Lima ha venido experimentando en ese período gracias al influjo de las inversiones inmobiliarias, las que reaparecieron con fuerza luego de haber estado replegadas durante los tiempos dominados por el terrorismo. En este contexto, se desarrollan los nuevos espacios económicos que analiza Miriam Chion (2002), donde destaca la proliferación de edificios de gran altura.

Estos cambios en las dinámicas económicas que organizan la ciudad, tendrán un correlato en la organización de la forma urbana: dominará un

7 En la definición de conos existe una referencia geográfica a la formación de conos de deyección por los contrafuertes andinos.

modelo de *ciudad fragmentada*, siguiendo a Jürgen Bähr y Axel Borsdorf (2005), en la que la luminosidad de las nuevas centralidades contrastará con la oscura precariedad de los bolsones de pobreza dispersos a lo largo de la extensa superficie que ocupa actualmente la ciudad. Esto lleva a Wiley Ludeña (2003) a definir el paisaje limeño de fin de siglo como el de una *barriada global*, haciendo hincapié en el hecho de que los pocos eslabones globales se sostienen en la pobreza y precariedad urbanas de la mayor parte de habitantes de la metrópoli.

Este paisaje tiene su complemento en las nuevas configuraciones residenciales que comienzan a dominar el paisaje limeño: la condominización se vuelve un modelo de producción de zonas residenciales no sólo para la élite limeña, sino para el conjunto de sectores sociales de la metrópoli. Esto es analizado de manera interesante por Jörg Plöger (2006), quien estudia la importancia que van adquiriendo los *enclaves residenciales* en la ciudad, en tanto fenómeno producido por la organización de los propios vecinos como medida de seguridad ante la pasividad o inacción de las autoridades públicas.

Paralelamente, el mercado de suelos para la formación de barrios espontáneos continúa desarrollándose. Sobre el tema, el análisis riguroso de Julio Calderón (2005) evidencia que, contrariamente a la figura romántica del colectivo humano que es capaz de producir ciudad de la nada, estamos ante un problema complejo y turbio como es el tráfico de tierras, modalidad a partir de la cual inescrupulosos hacen dinero aprovechándose de la necesidad de los pobres de la ciudad.

Lima, metrópoli joven, no llegó a consolidarse como tejido urbano tras el espectacular crecimiento espacial y demográfico que vivió a partir de 1940, y ya experimenta serios problemas de fragmentación. Este fenómeno se agrava al considerar la manera en que se organizan las necesidades de movilidad de la población. En efecto, si bien la ocupación residencial del actual suelo urbano de la ciudad es relativamente equitativa en términos demográficos, la concentración de centralidades económicas en pocos lugares de la ciudad obliga a extensos viajes metropolitanos para acceder a los destinos que aseguran la posibilidad de resolver las necesidades laborales y educativas de la población.⁸

8 Esta problemática ha sido estudiada por Avellaneda (2007).

En otras palabras, las distancias para acceder a un trabajo son muy prolongadas para la mayor parte de limeños, lo que exige un sistema de transporte eficiente para todos. Sin embargo, lo que se observa es todo lo contrario, es decir, una lógica de transporte que prioriza al automóvil particular, al igual que numerosos países latinoamericanos, donde la oferta de transporte público suele operar principalmente como paliativo. Las diferentes aristas que ofrece la oferta de transporte, así como las necesidades de movilidad de la población se abren como uno de los campos urgentes a ser trabajados, dado que aún han sido poco investigados.

Del mismo modo, y en relación a lo anterior, el futuro de los espacios públicos se vuelve incierto tanto por la necesidad de mayor infraestructura vial para un sistema que privilegia al auto particular, como por las prácticas de seguridad que emplea la población, por medio de las cuales se forman guetos residenciales. Si hay un elemento que explica la fragmentación urbana es la comprensión del espacio público como destino recreativo o comercial, sujeto entonces a ser destinado a prácticas exclusivas y excluyentes. El espacio público se abre como una problemática urgente a enfrentar, temática que veremos más adelante.

La marginación de hoy en día tiene nuevas configuraciones, donde la noción de periferia es una entre otras formas de exclusión. La multiplicación de enclaves residenciales es una de las mejores expresiones de este fenómeno. Pero, también las formas de organización de la movilidad y el transporte se presentan como indicadores de la fragmentación urbana contemporánea. Y es que la estructura vial cada vez más prescinde de espacios para el peatón, convirtiéndolo en un nuevo indicador de la condición de marginalidad urbana, en tanto privilegia el desarrollo de grandes vías para el transporte motorizado, como bien ya anuncia Wiley Ludeña (2003).

En este escenario urbano, de múltiples exclusiones y paradójicas conexiones globales, una gran masa de limeños sobrevive y aprende a adaptarse a las actuales situaciones generando nuevos campos en el estudio de la cultura urbana.

Crecimiento demográfico y pluralidad de expresiones culturales en la ciudad

Como señalamos anteriormente, cuando Lima alcanzó escalas demográficas y espaciales de metrópoli, lo hizo sustentada en importantes corrientes de migración internas, que tuvieron su primera gran etapa entre 1940 y 1980. La presencia de estos “nuevos limeños” fue uno de los temas centrales que concitó el interés de las ciencias sociales entre 1980 y 1995. Esta importante producción científica es presentada en una sugerente síntesis por Pablo Sandoval (2000), cuando analiza los rostros cambiantes de la ciudad.

En este trabajo el autor se plantea una pregunta esencial: ¿cómo desarrollar una visión antropológica más anclada en lo urbano? En efecto, mucho del análisis desarrollado por la antropología urbana se centró en las continuidades rural-urbano de las prácticas culturales de los migrantes de origen campesino. Sin embargo, trabajó poco el impacto mutuo que se produce en el proceso de apropiación de un escenario urbano de dimensiones y desafíos muy distintos a aquel que podía plantear una ciudad tradicional.

Es reconocido el hecho de que estos migrantes son responsables de la producción y organización de muchos de los barrios “espontáneos” o “barriadas” de la ciudad de Lima, en lo que algunos estudiosos proponen entender como la *ciudad popular*.⁹ Esta lectura se hace en términos de lógicas residenciales, pero ¿cuál es el impacto que se genera sobre la forma de ocupar la ciudad en su conjunto?

El fenómeno de la “conquista de la ciudad” por parte de las corrientes de migraciones internas ya no forma parte del presente limeño. Constituye parte de su historia, sobre la cual se fue configurando la metrópoli. Afirmar su rol de “migrantes” como una situación del pasado, busca poner en relieve que estos habitantes y su descendencia, más allá de los orígenes diversos que se encontrarán en sus historias personales o familiares, son limeños al 100% en la medida que su vida cotidiana gira y se desarrolla en este particular contexto de metrópoli tercermundista.

9 Ver: Riofrio (1991), retomado por Tokeshi y Takano (2007).

No es posible hablar de una identidad en contextos metropolitanos, sino de la posibilidad de que en este contexto se expresen múltiples afirmaciones identitarias. La particularidad del fenómeno de Lima está en el hecho de que para expresar esta diversidad cultural no se precisa de la co-presencia de múltiples nacionalidades. En efecto, un país megadiverso como el Perú concentra también un nivel de diversidad cultural que se encuentra en pocos países del mundo, por lo que los grandes flujos de corrientes migratorias internas han sido capaces de introducir un nivel de complejidad cultural semejante o mayor a los vividos por aquellas ciudades que se han nutrido de la inmigración extranjera.

No obstante, la apropiación de esta riqueza cultural aún no se expresa como una fortaleza, sino que parece ser percibida más como un estigma o un motivo de “vergüenza”. Es preocupante, por ejemplo, de qué manera conceptos antropológicos, tales como el de “migrante”, son reapropiados por los medios de comunicación y por el lenguaje coloquial como una suerte de condición social y cultural que se hereda y permanece a través de generaciones. ¿Estamos ante otra forma de estigmatizar a aquellos habitantes de la ciudad que consideramos ajenos a un modelo cultural dominante? La necesidad de conocer los nuevos rostros de la ciudad debe comenzar por asumir esta diversidad cultural como la esencia de una metrópoli. Sólo así los limeños podrán avanzar hacia su autoidentificación como ciudadanos de un mismo colectivo societal.

Esta urgencia se agrava cuando las prácticas culturales se superponen con condiciones sociales objetivas de exclusión o marginación social, situaciones concretas que muy bien señalan Pablo Sandoval (200), Javier Ávila (2003) y Wiley Ludeña (2003) en sus trabajos. Se corre el riesgo de que “lo popular” se construya como parte de una práctica cultural que es estigmatizada como no-urbana, en la medida que se apela constantemente a su origen migrante, tal vez porque Lima no tuvo un proceso urbano vinculado a una modernización industrial (Ludeña, 2003). Dicha estigmatización va de la mano con prácticas cada vez más excluyentes, que difuminan el espacio público para dar lugar al desarrollo de los nuevos condominios (Plöger, 2006).

La pérdida del sentido de los espacios públicos para los limeños, se torna un indicador grave de los procesos de fragmentación urbana expresados en la vida cotidiana de los habitantes de esta metrópoli. Ello ocu-

re cuando la introducción de grandes centros comerciales o malls es asumida como una expresión moderna de espacios públicos en zonas de periferia, en el marco de una comprensión de la introducción de la globalización en la ciudad. Lo mismo ocurre con la propia redefinición de centro, que también se expresa en la construcción de los nuevos imaginarios de los limeños (Ávila, 2003). Además, las lógicas urbanizadoras dominantes imponen el condominio como modelo residencial con calidad de vida, a la vez que se legitiman las centralidades y equipamientos con accesos restringidos como destinos cotidianos. Frente a ello, ¿qué reacciones se producen en la esfera de los actores políticos? Trabajos como los de Julio Calderón (2005), Jaime Joseph (2005), Gustavo Riofrío (2004), Wiley Ludeña y Miriam Chion (2005) ofrecen lecturas estimulantes al respecto.

Los dilemas de la gestión y las políticas urbanas

Lima se transforma al influjo de las dinámicas globales y busca ganar mayor visibilidad, como fue el caso de las cumbres mundiales que tuvieron lugar el año 2008.¹⁰ Paradójicamente, estos macroeventos permitieron experimentar la fragmentación de la ciudad. Puesto que las actividades económicas dominantes se concentran en pocas centralidades de la ciudad, menos de la décima parte de la superficie de la ciudad fue directamente impactada por las medidas de seguridad de ambas cumbres presidenciales y empresariales. Pese a ello, sin embargo, se terminó paralizando la ciudad.

La forma de articular la ciudad que establecen las dinámicas económicas, busca aprovechar las ventajas que pueden obtenerse de las localizaciones de sus unidades productivas, comerciales y administrativas. La estrategia de estos actores pretende la generación de economías de aglomeración, es decir, ventajas económicas externas al proceso productivo mismo. Sin embargo, este objetivo puede generar impactos negativos a la

10 En marzo de 2008 tuvo lugar la cumbre ALC-UE en que participaron numerosos mandatarios de América Latina y de la Unión Europea. En octubre Lima fue sede del Foro de Cooperación Asia Pacífico con la participación de numerosos empresarios y presidentes, destacando la presencia de los gobernantes de Estados Unidos, China y Japón.

organización del tejido urbano en la medida que éste no forma parte de los intereses directos del desarrollo económico. Es urgente, entonces, estudiar el rol que compete a los actores responsables de la gestión urbana, el que observaremos en su tratamiento de la vivienda, los ámbitos de gestión y el centro histórico.

La política de vivienda

¿Cuál es la forma de operar de los actores urbanos responsables de la gestión del territorio? En lo referente a la expansión del suelo urbano y la necesidad de vivienda, el trabajo de Julio Calderón (2005) demuestra cómo la expansión de la ciudad a través de barriadas contrariamente a ser consecuencia de una ausencia del Estado, es resultado de la orientación de las políticas públicas durante la segunda mitad del siglo XX, que aprovecharon el emplazamiento geográfico de Lima.

Tanto los arenales del desierto como las faldas de los cerros que rodean la ciudad no son terrenos de propiedad privada, salvo excepciones. Ello facilitó la orientación de una política pública que privilegió dar lotes de terrenos áridos de difícil urbanización antes que comprometerse a ofrecer vivienda para los sectores más pobres de la ciudad. En otras palabras, como bien señala Gustavo Riofrío (2004), las políticas urbanas en el mejor de los casos se han preocupado por el saneamiento físico y la lotización, mas no de las viviendas. De esta manera, aprovechando las características del medio físico, se facilitó el crecimiento diferenciado de calidades de terrenos para los sectores sociales de mayores recursos con respecto a los pobres de la ciudad, y se orientó el crecimiento urbano de la ciudad mediante la modalidad de barriadas. Esta modalidad de crecimiento representa el 40% en Lima, pero se agrava en otras ciudades del país, donde las barriadas pueden representar más del 60% del espacio urbano.¹¹

Esta modalidad de expansión no se ha detenido durante el siglo XXI, por lo que Lima continua ocupando terrenos agrestes cada vez más dis-

11 Se pueden encontrar similitudes a esta modalidad de expansión en el conjunto de las ciudades formadas en la costa peruana, en la medida que el desierto sea principalmente propiedad del Estado. En ciudades donde el entorno ha sido propiedad de haciendas el crecimiento urbano por medio de barriadas adopta características diferentes.

tantes del casco central. Sin embargo, se vienen ocupando terrenos donde la habilitación resulta cada vez más costosa y en algunos casos hasta inviable, planteando nuevos escenarios para la extrema pobreza (Riofrio, 2004). Por otra parte, el casco central experimenta un proceso de densificación con la multiplicación de edificios para vivienda, producidos en el marco de políticas dirigidas a los sectores medios de la capital, fenómeno que comienza a tener un impacto sobre la calidad de vida en la zona central y que merece ser desarrollado por la investigación urbana.

La expansión del crecimiento de Lima, teniendo a la barriada como modelo dominante, ha llevado a suponer que las zonas de la metrópoli cuentan con altos grados de homogeneidad. El estudio desarrollado por Jaime Joseph (2005) demuestra que esta visión dista de la realidad, puesto que existen lugares de homogeneidad interna conviviendo con otros con distintos niveles de ingreso económico. Por otra parte, este autor llama la atención sobre la presencia de nuevos nodos económicos que surgen en diferentes espacios de la ciudad, ya no necesariamente concentrados en el casco central, cuya magnitud e importancia es necesario medir. Para ello, se hace indispensable el desarrollo de una política urbana que considere el establecimiento de gestiones urbanas que tengan una aproximación al territorio que no se restrinja a las jurisdicciones de una escala micro. Por ello, Jaime Joseph (2005) propone el nivel *meso* como nuevo espacio para la intervención de la planificación urbana.

Finalmente, otro campo de aproximación importante para la gestión tiene que ver con el tratamiento que se le da al centro histórico de la ciudad, considerado patrimonio de la humanidad. En este contexto, es muy sugerente el ensayo producido por Wiley Ludeña y Miriam Chion, quienes analizan las gestiones ediles que ha tenido la metrópoli entre 1984 y el 2004, es decir, el período en que la ciudad comenzó a conectarse con escenarios globales.

El histórico centro de Lima mantiene elementos identitarios fuertes para los limeños, pese a los intentos de gestiones urbanas para mutar sus características plurisociales por un espacio que exprese mejor a las clases dominantes y que gane visibilidad global. Ello se demostró en las movilizaciones contra una tercera elección de Fujimori y también en el surgimiento de escenarios para prácticas culturales alternativas, al margen de los proyectos municipales, los cuales ponen en relieve Wiley Ludeña y Miriam Chion (2005).

En este contexto, es muy importante la crítica que estos autores hacen a la comprensión del espacio público que se desprende de las políticas urbanas de la municipalidad en la primera década del siglo XXI. Como bien advierten, el espacio público parece mutar de ser un fin en sí mismo a un recurso de marketing que busca favorecer un posicionamiento político.

La gestión urbana demuestra grandes fragilidades en términos de proyecto urbano y de integración de los territorios. El poco interés por atender las necesidades de los sectores sociales más vulnerables y mayoritarios de la ciudad, ha llevado a inducir soluciones precarias para la necesidad de vivienda, así como a ignorar o renegar de su presencia vital en el centro histórico de la ciudad. Perspectivas como la de Jaime Joseph (2005), de plantear escenarios *meso* para la gestión, exigen visiones integrales de la ciudad, algo que en la actual organización de distritos parece muy distante de cristalizar.

Conclusión: el enriquecimiento de los enfoques demanda mayor información empírica

Las transformaciones urbanas de Lima han permitido la revisión de marcos teóricos con los cuales se estudió la ciudad para generar análisis creativos del proceso urbano de la metrópoli. Ello se expresa en nuevas representaciones gráficas de la ciudad, en las que las tradicionales delimitaciones de jurisdicción van dando paso a una nueva y más certera lectura de la estructuración urbana, a través de nodos y ejes, y, por ende, a nuevos enfoques de la segregación a través del fenómeno de fragmentación urbana.

Asimismo, las ciencias sociales están replanteando su aproximación a lo urbano, pues su estudio de las prácticas humanas solía carecer de una mayor vinculación de la variable espacial. Temas como el espacio público, la movilidad, la densidad, la violencia y el pandillaje, así como las nuevas expresiones culturales surgen en un escenario donde es importante afirmar la diversidad cultural como la identidad plural del limeño actual en el espacio urbano.

22 Se abren también nuevos desafíos para una gestión urbana que se ha caracterizado por su acción reactiva antes que propositiva, predominando la gestión de espacios micro por encima de la articulación de espacios

de mayor escala, lo que genera enormes debilidades en la era de la globalización.

La investigación sobre Lima inaugura una etapa muy prometedora y sugerente en temas de investigación. Los artículos de la presente colección nos orientan, de alguna manera, acerca del camino a seguir. Resta, sin embargo, afianzar estos estudios a partir de la recolección sólida de información empírica que nos permita consolidar nuestras hipótesis sobre la base de investigaciones rigurosas que, a su vez, contribuyan a la generación de un proyecto de ciudad con calidad de vida para todas y todos.

Quienes habitamos Lima, estamos acostumbrados a sobrevivir en nuestra ciudad y nos interrogamos poco sobre lo que quisiéramos como visión de futuro. Es sobre esta base que necesitamos la construcción de un acuerdo del gran colectivo metropolitano que sea el pedestal de cualquier plan y política de desarrollo urbano, y que nos afirme no sólo como habitantes sino como ciudadanos de esta ciudad. Propuestas de investigación como las que contiene este libro contribuyen a esta aspiración.

Bibliografía

- Ascher, Francois (2004). *Los nuevos principios del urbanismo*. Madrid: Siglo XXI.
- Avellaneda, Pau (2007). *Movilidad y pobreza en Lima Metropolitana*. Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona. Tesis de Doctorado.
- Ávila, Javier (2003). "Globalización y nuevas cartografías de la segregación urbana en Lima metropolitana". *Debates en Sociología*, No. 28. pp. 53-76.
- Calderón, Julio (1990). *Las ideas urbanas en el Perú 1958-1989*. Lima: Cencsa.
- Castells, Manuel (1973). *La urbanización dependiente*. Madrid: Siglo XX.
- Remy, Jean y Liliana Voyé (2006). *La ciudad ¿hacia una nueva definición?* Zaragoza: Basarai.
- Riofrio, Gustavo (1991). *Producir la ciudad de los 90*. Lima: DESCO.
- Tokeshi, Juan y Guillermo Takano (2007). *Espacio público en la ciudad popular*. Lima: DESCO.

I
Geografía urbana
y globalización

La ciudad latinoamericana: la construcción de un modelo. Vigencia y perspectivas*

Jürgen Bähr y Axel Borsdorf

Introducción

Los primeros modelos de la ciudad latinoamericana fueron publicados en los años setenta por geógrafos alemanes (Bähr, 1976; Borsdorf, 1976; Mertins, 1980). En esos años, la región estaba todavía bajo la influencia económica de la estrategia de industrialización para la sustitución de importaciones. Los procesos económicos y de planificación, aun en el espacio urbano, estaban fuertemente dirigidos por el Estado. Desde entonces, todos los países latinoamericanos cambiaron a un nuevo paradigma económico, basado en el neoliberalismo, y se comenzó a percibir la fuerte influencia de la globalización (Meyer-Kriesten, Plöger y Bähr, 2004; De Mattos, 2004). La retirada del Estado, la privatización y la desregulación permitieron a los inversores, planificadores y ciudadanos mayores libertades. Todo esto puede ser observado en la estructura de las ciudades. Así, bajo la influencia de la globalización y la política económica neoliberal, las metrópolis de América Latina se transformaron desde la década de los noventa. La estructura espacial de las ciudades muta a lo que es hoy la estructura actual de las ciudades. Con el objeto de demostrar las dinámicas de la estructuración urbana, el presente texto evidencia cómo el desarrollo urbano es modelado en cuatro momentos, los cuales son identificados como: el período de la ciudad colonial, o sea la ciudad compacta, la ciudad sectorial, la ciudad polarizada y, finalmente, la ciudad fragmentada (Fig.1).

* Publicado originalmente en: Bähr, J. y A. Borsdorf (2005), "La ciudad latinoamericana: la construcción de un modelo. Vigencia y Perspectivas". *Revista Urbjes* N° 2. Lima. pp. 207-221.

El presente trabajo constituye el texto correspondiente a la ponencia expuesta por el Prof. Dr. Jürgen Bähr en Lima, durante el seminario La Investigación urbana en América Latina. Construcción de modelo, que tuvo lugar el 23 de marzo del 2005.

La época colonial: la ciudad compacta

Hacia 1573, la localización, fundación y planificación de ciudades en las colonias hispanoamericanas, estaba claramente reglamentada por las Ordenanzas de Descubrimiento y Población (Wilhelmy y Borsdorf, 1984; Bähr y Mertins, 1995). Las capitales fueron ubicadas en el centro de sus regiones administrativas y en valles o cuencas sanas. La plaza mayor, denominada originalmente plaza de armas, constituía tanto el centro de cada ciudad como la estructura clave para la red de calles urbanas (Fig. 2). Además, actuaba como el núcleo de la vida social. De hecho, la posición social de cada uno de los ciudadanos estaba determinada por la distancia de su casa respecto de la plaza principal.

La pendiente social y funcional desde el centro a la periferia se reflejaba en la estructura social circular de los barrios. Cerca de la plaza estaba instalada la aristocracia, formada por las familias de los conquistadores, los funcionarios de la corona y los encomenderos o grandes hacendados. El círculo siguiente era ocupado por la clase media, formada por comerciantes y artesanos. En este barrio se ubicaba, por lo general, el mercado municipal. En el último círculo, el más periférico, vivían los “blancos pobres”, los indios y mestizos.

De esta manera, una fuerte centralización, una gradiente social centro-periferia y el principio de una estructuración socio-espacial en círculos son las características de la ciudad colonial en Hispanoamérica. En las ciudades medianas y pequeñas esta estructura persistió hasta la actualidad. Popayán, en Colombia, es un buen ejemplo (Fig. 3). Hasta el terremoto del año 1983 mantenía su estructura urbana colonial, respecto al plano urbano, el estilo de las casas y la diferenciación socioespacial.¹

1 Hay que hacer notar, sin embargo, que durante el período temprano del desarrollo urbano en Brasil hubo otras condiciones básicas. Inicialmente, las ciudades lusoamericanas no solamente fueron utilizadas para el tránsito marítimo portugués hacia las colonias asiáticas. El *binterland* no fue de interés para los portugueses. Para asegurar las bases en la costa brasileña era necesario fortificarlas contra las fuerzas europeas competidoras. Es por eso, que el plano rectangular de las calles no apareció tan esquemático como en las ciudades abiertas españolas. Otra diferencia fue la orientación creciente de las ciudades lusoamericanas hacia el comercio.

La ciudad sectorial (1820-1950)

En las primeras décadas del siglo XIX, la mayoría de las colonias españolas en el Nuevo Mundo obtuvo su independencia. El cambio político-económico causó, con un cierto retraso, la reestructuración del organismo urbano, ante todo en lo relativo a la estructura social y económica. A mucho de los nuevos Estados llegaron inmigrantes europeos: éstos eran comerciantes, industriales, artesanos y agricultores. De Europa provenían además las modas urbanísticas, como el *boulevard* francés de la época de Haussmann, denominada alameda, paseo o prado, y la villa europea.

El principio de estructuración espacial más típico de esta época es la diferenciación sectorial orientada a estructuras lineales (Fig. 1). En el modelo, este principio se evidencia claramente en el crecimiento de los sectores de la clase alta, que se orientó al *boulevard* principal, y en el desarrollo de las primeras zonas industriales, establecidas cerca de las líneas ferroviarias o carreteras principales que conectaban la ciudad con el resto de cada país. Hasta 1920 la industrialización no estaba muy desarrollada, dado que las economías nacionales permanecían ancladas todavía en la exportación de productos agrícolas y recursos minerales. No obstante, los primeros barrios obreros se desarrollaron en las casas abandonadas por la clase alta.

El desarrollo sectorial rompe la estructura circular de la ciudad colonial. En este proceso confluyen la expansión lineal del centro, que pasa de ser un centro administrativo (en la época colonial) a un centro comercial, el crecimiento lineal de los barrios altos con villas modernas orientadas a amplios paseos, prados o alamedas, y el sector industrial.

Entre 1920 y 1930, el objetivo del “desarrollo hacia fuera” en América Latina comenzó a ser desplazado por el paradigma del “desarrollo hacia dentro”. Bajo este nombre, se conoció una política económica que apuntaba a la sustitución de importaciones mediante industrias bajo el control del Estado. La industrialización rápida alrededor de las líneas ferroviarias y las autopistas reforzó el crecimiento de algunos sectores. En Lima (Fig. 4) en los años cuarenta se formaba un primer sector industrial al lado de la línea del ferrocarril hacia el puerto de Callao, más tarde la Panamericana Norte y la Carretera Central se desarrollaban como ejes industriales. Al mismo tiempo, los barrios de la clase baja y de grupos marginales

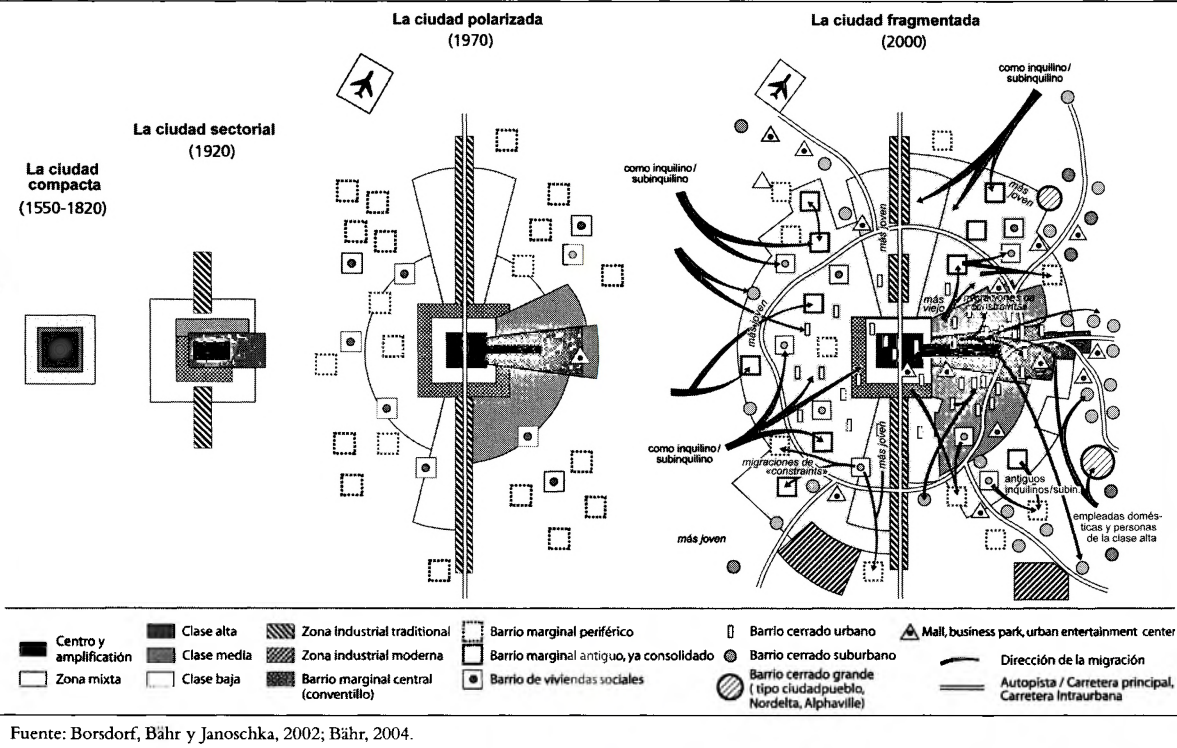
se expandieron en el centro a través de estructuras en forma de pasaje, llamadas *cité* o “casita” en Chile y “vecindad” en México. Éstas eran construcciones que imitaban el modelo del conventillo, contruidos de una manera parecida (Fig. 5). En Lima, este tipo de vivienda todavía tiene importancia (Custers, 2001).

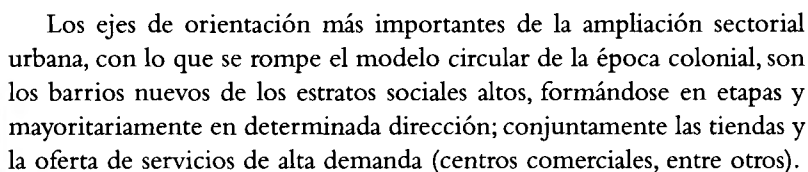
La ciudad polarizada (1950-1990)

Las tendencias de suburbanización, así iniciadas, se aceleraron considerablemente tras la II Guerra Mundial, muy especialmente desde los años cincuenta y sesenta, cuando surgieron en un volumen superior barrios marginales en la periferia, o fueron ampliados los ya existentes. Al mismo tiempo, el Estado intensificó sus gestiones en el campo de la construcción de viviendas populares. Desde ahora, entonces, no es tanto un crecimiento de forma sectorial, que caracteriza la expansión espacial de las metrópolis, sino más bien una expansión celular, perdiéndose parcialmente el contexto espacial inmediato con el área urbana.

Al otro lado de la ciudad, los ricos se alejaban cada vez más del centro de la ciudad (Fig. 6). Barrios exclusivos con casas y *bungaloes*, calles amplias y extensas áreas verdes proliferaron en el Barrio Alto de cada ciudad. Al mismo tiempo, nacieron los primeros centros comerciales como réplicas de los *shopping centres* estadounidenses y, rápidamente, devinieron focos del crecimiento de nuevos barrios de lujo. Aparecieron también los primeros clubes de campo (*country clubs*), implementando la idea de un estilo de vida campestre dentro de la ciudad. Esta idea fue importada desde los Estados Unidos, país en el que la oposición contra la ciudad existía desde la fundación del Estado. Es importante mencionar que también fueron construidas torres de departamentos bien protegidas por servicios de seguridad, y comenzaron a cerrarse las primeras calles mediante barreras y cercos.

Figura 1. Modelo de desarrollo estructural de la ciudad latinoamericana





En la respectiva periferia se produjo una diferenciación y ampliación más celular por el surgimiento de barrios de chozas de formación y forma jurídica distintas: barrios de viviendas de bajo costo (entre otros, sitios con servicios, pies de vivienda), que caracterizan decisivamente la imagen de muchas metrópolis latinoamericanas desde la segunda mitad de los años setenta; y, también, de barrios de vivienda popular. En este contexto es decisivo el hecho de que los barrios de chozas y de vivienda popular de bajo costo recorren un proceso continuo de consolidación de distinta duración, mediante el cual paulatinamente se van integrando a la ciudad.

La ciudad fragmentada (desde 1990)

Hoy en día solamente dos principios estructurales del pasado continúan vigentes: las tendencias sectorial-lineal y el crecimiento celular, pero en una forma marcadamente diferente a las fases anteriores de desarrollo. El ferrocarril, motor del crecimiento lineal en el siglo XIX, y las pocas autopistas centrífugas perdieron importancia. La construcción de nuevas autopistas intraurbanas modernizadas y ampliadas con capital privado facilitó la aceleración del tránsito, y las zonas periféricas y periurbanas volvieron a ser atractivas para las clases medias a altas (Fig. 7) (Meyer y Bähr, 2001; Janoschka, 2002). Por una parte, la extensión de las autopistas acentuó las estructuras lineales y, por otra, constituyó un antecedente para la formación de estructuras celulares fragmentadas que hoy son las más notables en el perímetro urbano.

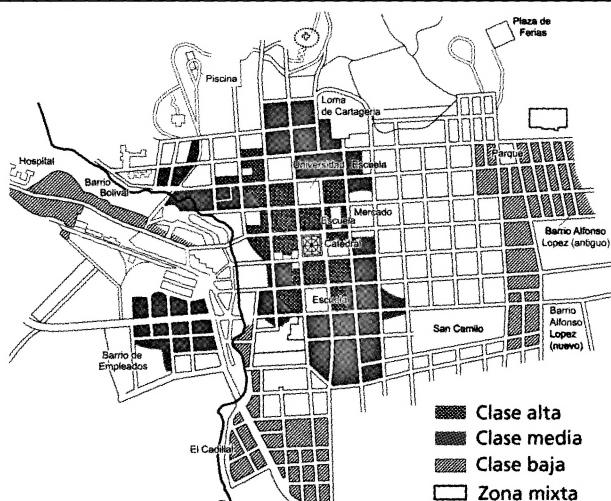
Bajo el concepto de fragmentación se entiende una nueva forma de separación de funciones y elementos socio-espaciales, ya no —como antes— en una dimensión pequeña. Elementos económicos y barrios habitacionales se dispersan y mezclan en espacios pequeños: urbanizaciones de lujo se localizan en barrios muy pobres; centros de comercio se emplazan en todas partes de la ciudad; barrios marginales entran en los sectores de la clase alta. Este desarrollo se hace posible solamente a través de muros y cercos, barreras con que se separan y aseguran contra la pobreza las islas de riqueza y exclusividad. Pero, también hay que mencionar que el fenómeno de los muros no es privativo de los barrios de la

clase alta: los barrios de clase media y baja también se amurallan. De igual manera se observa este fenómeno en los barrios marginales, como por ejemplo Villa El Salvador (Fig. 8).

Los barrios cerrados (*gated communities*) son urbanizaciones con dos o más departamentos o casas que cuentan con una infraestructura común, y se encuentran cercados por muros o verjas, separados del espacio público mediante una barrera o puerta y vigilados por guardias y cámaras de video. A nivel de infraestructura, sus instalaciones pueden incluir áreas verdes, equipamientos deportivos (canchas de tenis o de golf, etc.), áreas infantiles, piscina, sauna y *club house*. Un edificio alto de departamentos constituye un barrio cerrado si cuenta con un guardia o cámara de video y con instalaciones comunes para todos sus habitantes. En Perú y Chile, estos barrios cerrados se llaman “condominios”; en Argentina, “barrios privados”; en Ecuador, “conjuntos o urbanizaciones cerradas” y en México, “fraccionamientos cerrados”.

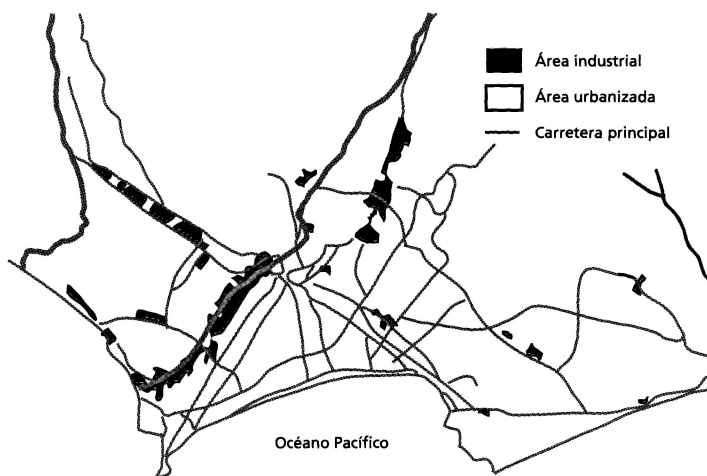
Los motivos de la mudanza en un condominio no son totalmente claros. Posiblemente se distinguen en diferentes metrópolis de América Latina. Los resultados de una encuesta detallada en condominios seleccionados de Santiago de Chile entre mayo y septiembre 2003 muestran que, normalmente, varios motivos se superponen (Meyer-Kriesten y Bähr, 2004). Para la mayoría era decisivo vivir en un entorno tranquilo (Fig. 9). El deseo de un lugar asegurado contra el tráfico para que los niños puedan jugar, era de mayor importancia que el miedo a la delincuencia, citado casi siempre en la literatura, que sólo en pocos conjuntos obtiene mucha respuesta. En particular, en las urbanizaciones de la clase media alta con terrenos grandes, muchos encuestados eligieron un condominio porque querían vivir en una casa con jardín o pusieron énfasis en el aspecto “vivir en un entorno con lindo paisaje”. El hecho de ser una vivienda nueva fue también un argumento para comprar dentro de un condominio. La construcción estandarizada de los condominios posibilita precios significativamente más bajos para cada vivienda y un equipamiento más amplio que en una casa de libre construcción. Considerando, además, que más de la mitad de los encuestados antes de la mudanza no eran dueños de su vivienda, la adquisición de propiedad inmobiliaria aparece otro motivo importante.

Figura 3. Estructura socio-espacial en Popayán en los años cincuenta



Fuente: Bähr, 1976, según Whiteford.

Figura 4. Sectores industriales en Lima hacia 1985



Fuente: Bähr y Mertins, 1995, según Kühn.

Figura 5. Estructura de barrios marginales. Región Metropolitana de Recife

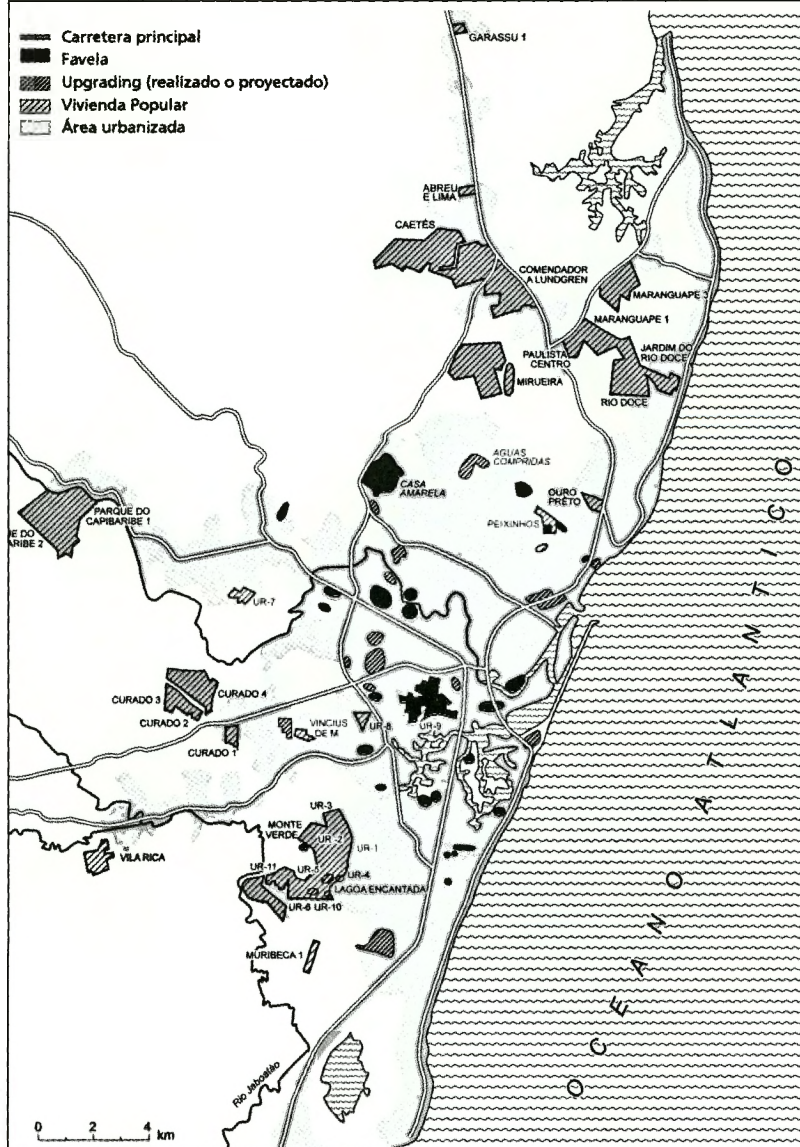
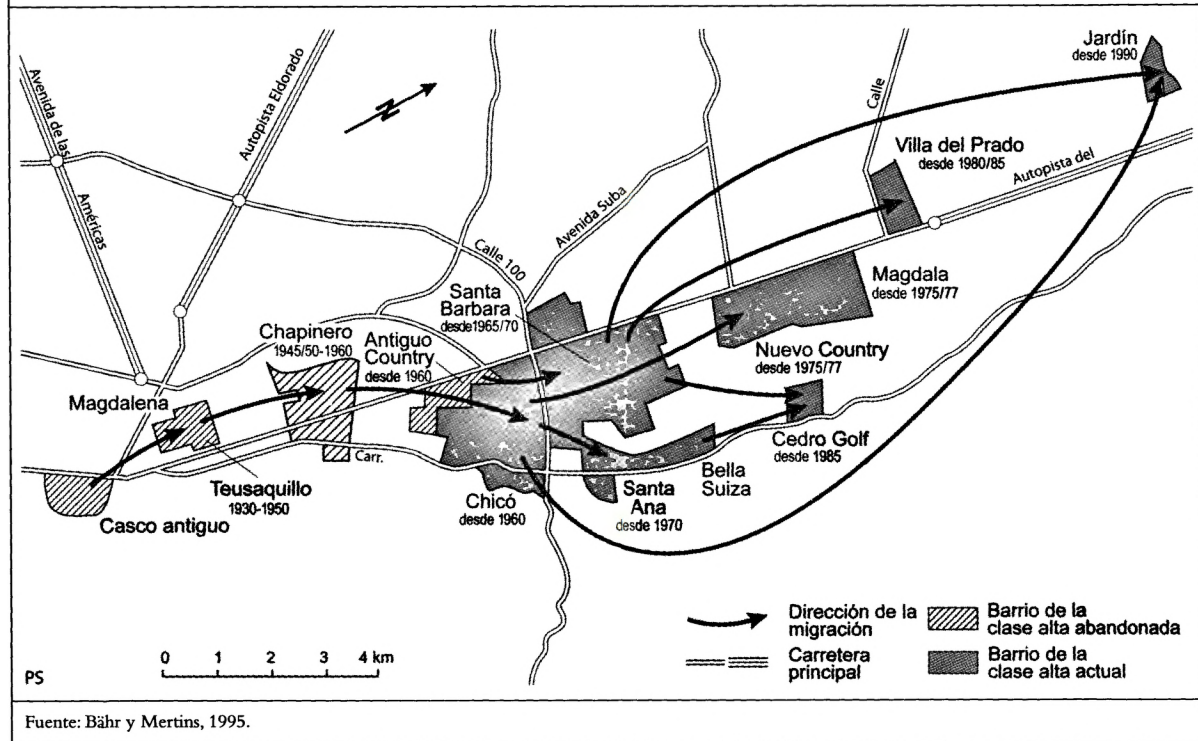
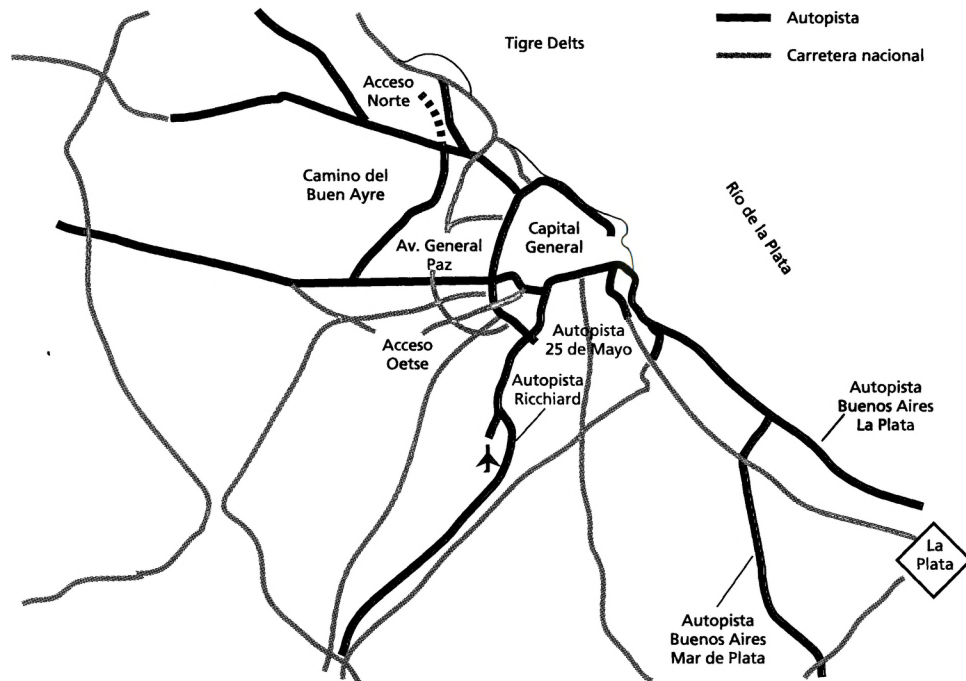


Figura 6. Traslado y ampliación de los barrios de la clase alta en Bogotá



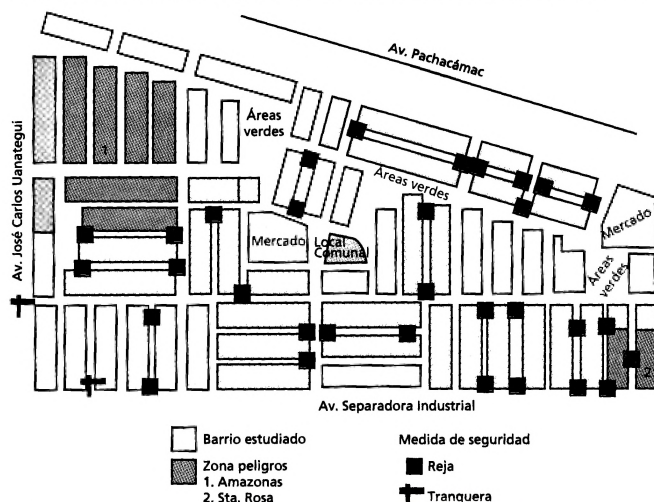
Fuente: Bähr y Mertins, 1995.

Figura 7. La red de autopistas en el área metropolitana de Buenos Aires



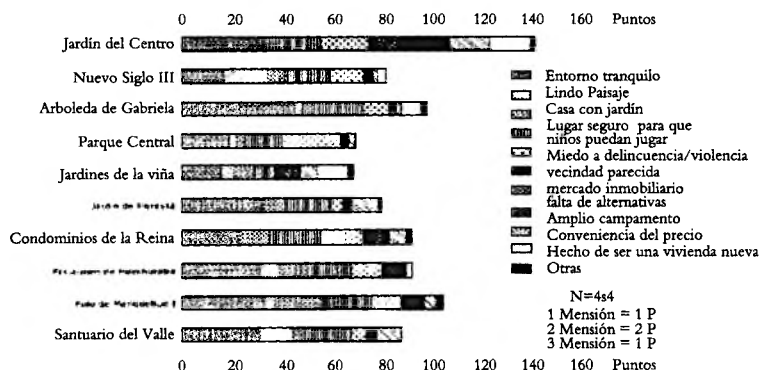
Fuente: Janoschka, 2002.

Figura 8. Medidas de seguridad en la urbanización Pachacámac, Villa El Salvador



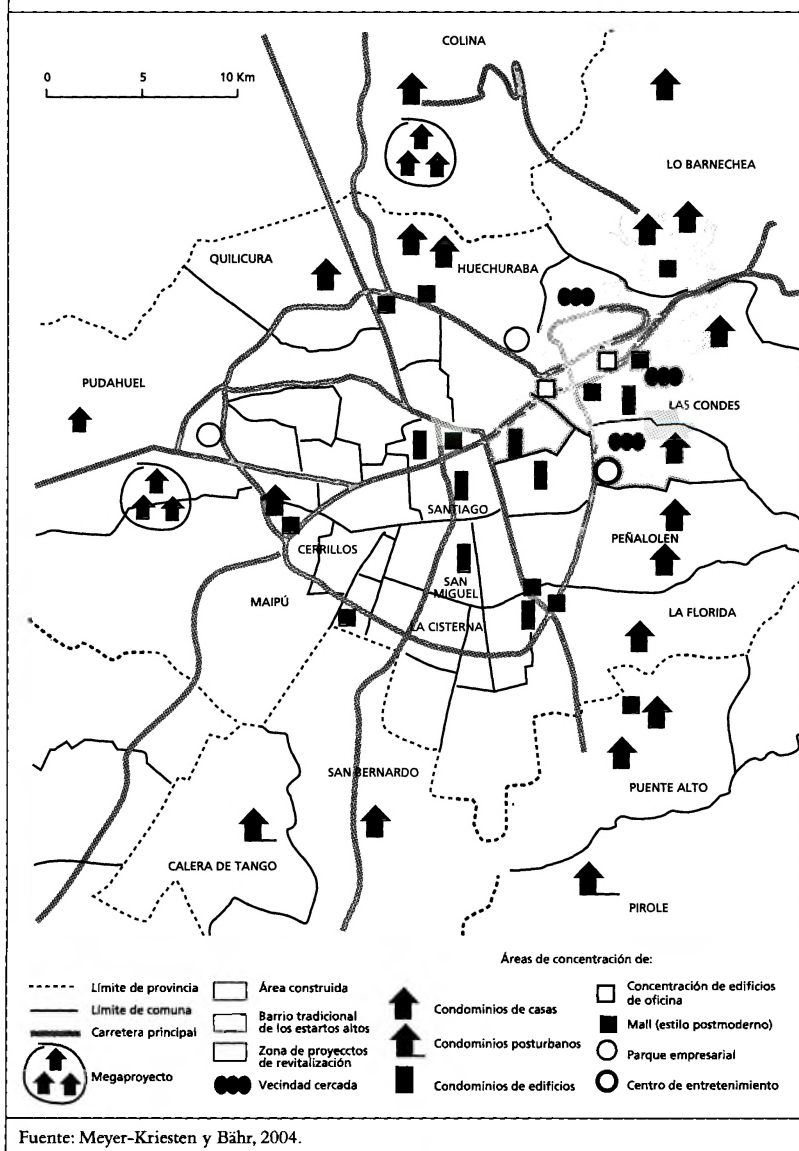
Fuente: Plöger, 2005.

Figura 9. Motivos de la mudanza en un condominio en Santiago de Chile



Fuente: Meyer- Kristen y Bähr, 2004.

Figura 10. Elementos del desarrollo urbano actual en Santiago de Chile



Cuadro 1. Tipología de barrios cerrados en las metrópolis de América Latina

Tipo 1: Condominios exclusivos de la clase alta.

Ubicación preferida en el territorio suburbano consolidado. Son, a veces, antiguos y tradicionales. Chalets individuales. Medidas de seguridad extremas. Son frecuentes los campos deportivos exclusivos.

Tipo 2: Condominios periurbanos en la periferia creciente.

Clase social elevada. Anteriormente áreas de uso agrario. Construcción individual en lotes grandes. Fuerte integración al paisaje y al uso del tiempo libre. Alta seguridad.

Tipo 3: Condominios de la clase media.

Ubicación suburbana. Construcción estandarizada. Frecuentemente casas adosadas. Lotes relativamente pequeños. Equipamiento, seguridad e instalaciones comunitarias varían según clase social.

Tipo 4: Condominios con respaldo o subsidio estatal.

Clase media baja hasta clase baja alta. Construcción simple estandarizada. A veces de varios pisos. Leves medidas de seguridad.

Tipo 5: Vecindades posteriormente cercadas.

Diferentes clases sociales. Reacción ante problemas urbanos. Cercado de calles frecuentemente sin autorización legal. Informalidad de las medidas.

Tipo 6: Condominios de Edificios.

Edificios altos de áreas de vivienda densificadas y céntricas de la clase media y alta. Instalaciones comunitarias extensas y medidas de seguridad altas.

Tipo 7: Megaproyectos.

Ubicación periurbana. Diferentes clases sociales y tipos de construcción. Leyes de uso cambiadas. Infraestructuras de abastecimientos propias (comercio, educación, etc.) brindan el carácter de una pequeña ciudad.

Tipo 8: Condominios de fines de semana o vacaciones.

Lejos del área metropolitana, instalaciones de pasatiempos al aire libre.

Fuente: Meyer-Kriesten y Bähr, 2004.

Un segundo elemento de la fragmentación de las ciudades latinoamericanas lo constituyen las tendencias de localización de elementos funcionales en el espacio urbano. En este sentido, el comercio minorista resul-

ta un buen ejemplo. En algunas ciudades, el centro urbano era capaz de ganar importancia a través de medidas de *upgrading* (galerías o pasajes comerciales, remodelación de estaciones de metro, etc.). Pero también en estas ciudades, la estructura del consumo en el centro urbano perdió su importancia predominante. Mucho más importantes son los *malls* y *shopping centres*, y aún los primeros *urban entertainment centres*. Originalmente orientados a los barrios de los estratos altos, hoy en día estas infraestructuras se dispersan a lo largo de todo el perímetro urbano (Fig. 9). En este proceso, también perdió importancia para el sector industrial la orientación del factor de localización dominante, relacionadas las líneas del tránsito interurbanos. Nuevos parques industriales, así como también los *business parks*, se pueden ubicar en lugares muy diferentes.

En el modelo, la fase de fragmentación está simbolizada por la libre distribución de zonas industriales, por la localización de centros comerciales en toda la ciudad, orientados a las autopistas intraurbanas y aeropuertos, así como por la presencia de barrios cerrados en todo el perímetro urbano y en la periferia extramuros. A este respecto, y en tanto fenómenos de gran visibilidad, los barrios cerrados pueden ser clasificados por lo menos en tres tipos: urbanos, suburbanos y gigantes (para una tipología más detallada véase el cuadro 1). Los barrios cerrados urbanos son urbanizaciones densas, que frecuentemente adoptan la forma de casas estandarizadas. Comúnmente, sus habitantes pertenecen a la clase media y baja. También hay complejos de edificios altos o manzanas que fueron cercados posteriormente. Comparados con éstos, los barrios cerrados suburbanos constituyen generalmente edificios más amplios, equipados con extensas áreas verdes e infraestructura de lujo, y son habitados por familias de clase media alta y alta (cuadro 1). Aunque solamente en muy pocas ciudades existen barrios cerrados periféricos gigantes como Nordelta en Buenos Aires, Alphaville en Sao Paulo o varios proyectos en Santiago de Chile (Janoschka, 2002; Coy y Pöhler, 2002; Borsdorf e Hidalgo, 2004), éstos ya fueron incorporados al modelo.

El modelo también refleja el proceso de consolidación en barrios marginales antiguos. Originalmente percibidos como “barrios de la miseria”, muchos de ellos fueron significativamente consolidados. Cuentan con infraestructura urbana como electricidad y alcantarillado; escuelas, mercados y tiendas abrieron sus puertas, y aun áreas verdes y plazas fue-

ron incorporadas. La formación de nuevos barrios marginales periféricos hoy en día funciona solamente en una forma reducida, porque falta terreno apropiado para nuevas invasiones y hay competencia por el suelo urbano. Los barrios de grupos marginales emplazados en el centro (conventillos, tugurios, vecindades) están en proceso de disminución, en virtud de programas de renovación urbana o debido a presiones del mercado de suelo.

La formación de la ciudad fragmentada es criticada fuertemente sobre todo por dos razones:

- La privatización del espacio urbano progresa. No hay libre acceso a los condominios y también el acceso a los *shoppings* es controlado.
- Las clases sociales más bajas son las perdedoras de este proceso. Incluso la construcción de viviendas subsidiadas por el Estado tiene que competir con la construcción privada y por eso está empujada más allá de la periferia urbana, donde se acumulan los problemas urbanos.

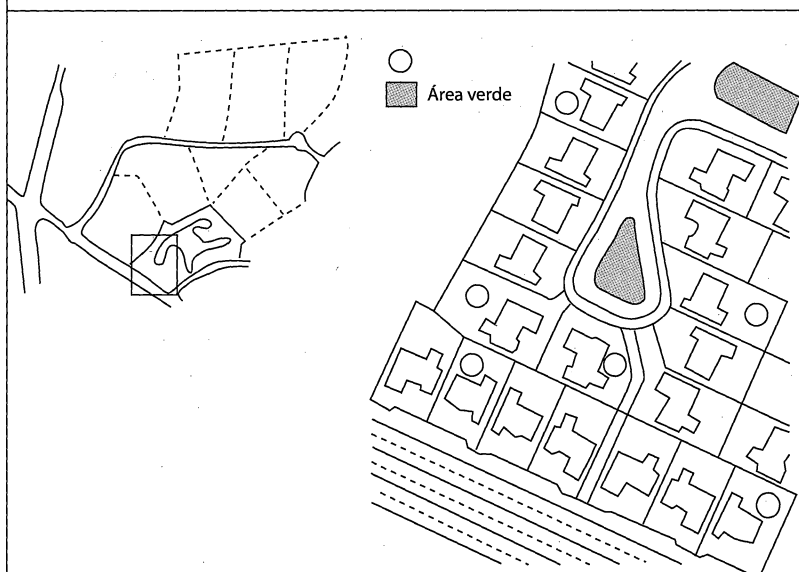
Sin embargo, según investigaciones realizadas en Santiago (Sabatini, Cáceres y Cerda, 2001; Salcedo y Torres, 2004), la fragmentación tiene también algunas ventajas para la gente de la clase baja que vive cerca de los estratos altos: en los condominios existen varias posibilidades de trabajo (por ejemplo, empleada doméstica), se ha mejorado la infraestructura (hay calles pavimentadas, comercio, etc.) y el estigma de vivir en ciertas zonas de la ciudad desapareció.

¿Son todavía útiles los modelos sobre la estructura o el desarrollo urbano?

La elaboración de modelos sobre la estructura o el desarrollo urbano para distintos tipos culturales de ciudades del mundo constituye una particularidad de la geografía urbana alemana. Cabe preguntarse si la elaboración de modelos resulta todavía adecuada en una época postmoderna. Mientras ciertas estructuras se disuelven, la importancia de los estratos sociales disminuye y se incrementa la relevancia de grupos de “estilo de vida”.

Pero en el sistema de división del trabajo global, continentes, Estados, regiones y ciudades se ubican en diferentes posiciones. Es por eso que los “espacios internacionales”, que forman parte de la sociedad global y que reflejan un cierto estilo de vida, tienen en diferentes regiones un peso muy distinto. Los modelos pueden hacer transparentes estos procesos, y el uso de los mismos puede también sensibilizarse ante el patrimonio cultural específico.

Figura 11. Plano del condominio El Carmen de Huechuraba, Santiago de Chile



Bibliografía

- Bähr, J. (1976). "Entwicklungstendenzen lateinamerikanischer Großstädte". *Geographische Rundschau* 28, n°4.
- Bähr, J. (2004). "Bevölkerungsgeographie". 4. Auflage. Stuttgart (UTB 1249).
- Bähr, J. (1995). "Die lateinamerikanische Großstadt. Verstädterungsprozesse und Stadtstrukturen". *Darmstadt* (Erträge der Forschung 288).
- Bähr, J. y G Mertins (1988). "Siedlungen in Groß-Recife/Nordostbrasilien. Zwei Fallbeispiele über Zielgruppen, bevölkerungs – und baustrukturelle Veränderungen", en: J. Bähr (ed.) *Wohnen in lateinamerikanischen Städten*. Kieler Geographische Schriften Bähr.
- Borsdorf, A. (1976). Valdivia and Osorno. Strukturelle Disparitäten in chilenischen Mittelstädten. Tübingen (Tübinger Geographische Studien 69).
- Borsdorf, A., J. Bähr y M. Janoschka (2002). "Die Dynamik stadtstrukturellen Wandels im Modeli der lateinamerikanischen Stadt". *Geographica Helvetica* 57 (4): 300-310.
- Borsdorf, A. y D. Hidalgo (2004). "R Vom Barrio Cerrado zur Ciudad Vallada. Neue Dimensionen der sozialen und funktionalen. Exclusión in Santiago de Chile". *Mitteilungen der Österreichischen Geographischen Gesellschaft*, 146.
- Coy, M. y M. Pohler (2002). "Condominios fechados und die Fragmentierung der brasiliannischen Stadt". *Geographica Helvetica*, 51 (4): 264-277.
- Custers, G. (2001). "Inner-city rental housing in Lima – a portrayal and an explanation". *Cities*, 18 (4): 249-258.
- De Mattos, Carlos; Ducci, María Elena; Rodríguez, Alfredo y Gloria Yáñez (Eds.) (2004). *Santiago en la globalización: ¿una nueva ciudad?* Santiago: EURE.
- Janoschka, M. (2002). "Wohlstand binter Mauern. Private Urbanisierungen in Buenos Aires". *Wien ISR-Forschungsbericht*, 27.
- Mertins, G (1980). "Typen inner – und randstädtischer Elendsviertel in Großstädten des andinen Südamerikas". *Lateinamerika Studien*, 7: 269-295.
- Meyer, K. y J. Bähr (2001). "Condominios in Greater Santiago de Chile and their impact on the urban structure". *Die Erde*, 132: 293-321.

- Meyer-Kriesten, K. y J. Bähr (2004). "La difusión de condominios en las metrópolis latinoamericanas. El ejemplo de Santiago de Chile". *Revista de Geografía Norte Grande*, 32. pp. 39-53.
- Meyer-Kriesten, K., J. Plöger y J. Bähr (2004). "Wandel der Stadtstruktur in Lateinamerika. Sozialräumliche und funktionale Ausdifferenzierungen in Santiago de Chile und Lima". *Geographische Rundschau*, 6 (56): 30-36.
- Plöger, J. (2005). *The emergence of a "city of cages"- informal measures of socio-spatial control in the neighbourhoods of Lima, Perú*. Paper presented at the International Symposium "Territory, Control and Enclosure". Pretoria.
- Sabatini, F., G. Cáceres. y J. Cerda. (2001). "Segregación residencial en las principales ciudades chilenas. Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción". *EURE*, 27 (82): 21-42.
- Salcedo, R. y A. Torres (2004) "Gated communities in Santiago: wall or frontier?" *International Journal of Urban and Regional Research*, 28 (1): 1-20.
- Wilhelmy, H. y A. Borsdorf (1984/85). "Die Städte Südamerikas". 2 Bde. Berlin, Stuttgart (Urbanisierung der Erde 3).

Lima de los noventa: neoliberalismo, arquitectura y urbanismo*

Wiley Ludeña Urquizo

Lima se ha vuelto hoy cachacienta
y sacavueltera...
(Frase de microbús)

Introducción

Hay una torre de sede bancaria de Hans Holein erigiéndose en Lima. Bernardo Fort Brescia con su americana ARQUITECTÓNICA, se impone como imperativo estético en cuanto arquitectura de bancos, hoteles y centros comerciales se hace hoy. Henry Ciriani ha “vuelto” a Lima con un enorme proyecto, una suerte de homenaje de fin de siglo a Le Corbusier. GREMCO, un agresivo pulpo inmobiliario, se ha “comprado” casi medio Lima para hacer edulcorados fragmentos de Miami. El barrio Gamarra, hoy el centro comercial-productivo informal más grande de América Latina, es un auténtico hormiguero en permanente movimiento: un pedazo de Taiwan en fiebre de dinero. La pobreza crónica urbana se ha incrementado en esta Lima de los noventa del 14,8% al 16,6%. Lima es una fiesta, pero con música fúnebre de fondo.

Más cercana a una ciudad del capitalismo salvaje del siglo XIX, reeditado en clave de discurso neoliberal y neopopulista, Lima es probablemente uno de los mejores ejemplos en América Latina para observar con nitidez la “nueva” arquitectura y parafernalia figurativa surgida del reordenamiento liberal de la economía peruana. La huachafa casa del nuevo rico de Tocache espera la próxima obra de Michael Graves en Lima. El

* Publicado originalmente en: Ludeña Urquizo, Wiley (1998). “Lima: neoliberalismo, arquitectura y ciudad” / “Lima: Neoliberalismus, Architektur und Stadt”. *TRIALOG* 57, Zeitschrift für das Planen und Bauen in der Dritten Welt, Año 10, No.2. pp. 5-17.

estilo miamesco (siguiendo la tradición de los churriguerescos y demás “escos”) de los cafés mirafloresinos, compite con las esteras tardomodernas de los miles de constructores informales. Lima ha ingresado ya, por apercebimiento, al patio trasero de una omnipresente *Global City*.

Así como existe un consenso en reconocer que entre los tres presidentes —Cardoso, Menem y Fujimori—, los cuales encarnan mejor en América Latina el discurso neoliberal y neopopulista, Fujimori es el que mejor, de manera más autoritaria y “eficiente” representa a esta prédica. Asimismo, puede advertirse que la arquitectura peruana de los noventa representa también con singular estridencia y “eficacia” la lógica y formas de aquella arquitectura alimentada por las arcas del gran capital internacional, del capital golondrino de Miami o del dinero proveniente del narcotráfico, movilizadas por el liberalismo fujimorista. Presidente “chicha” y arquitectura “chicha”: he ahí —con todo lo de positivo y negativo que tiene este posmoderno peruanismo—, la quintaesencia de una arquitectura hecha de compulsivo neoliberalismo y alienación neopopulista.¹

La Lima de fines de los noventa ya no es la misma ciudad que la de diez años antes. La profunda transformación que ha tenido lugar en este período, ha terminado por modificar el formato tradicional de esta especie de metrópoli-barriada. Lima es hoy escenario de nuevos procesos, complejas arquitecturas y desusados megaproyectos en medio de, igualmente, nuevos conflictos sociales y económicos.

A inicios de los noventa, Lima parecía una dramática réplica latinoamericana de una Beirut permanentemente bombardeada. Era una ciudad de coches-bomba, que convertían la ciudad cada semana en un tétrico

1 Nos parece acertada las diferencias que establece Weyland (1997) entre las nociones clásicas de “liberalismo” y “populismo” y aquellas definidas hoy como “neoliberalismo” y “neopopulismo”. A diferencia del liberalismo clásico, que se aplicó edificando al mismo tiempo un estado pertinente, el neoliberalismo apuesta por el desmontaje de un aparato estatal preexistente vía la absolutización de las leyes del libre mercado y la privatización de todo el aparato productivo. A diferencia del populismo clásico, cuyos líderes —desde los cuarenta— al apostar por la modernización industrial capitalista tenían como base social al emergente proletariado industrial latinoamericano, el neopopulismo de los noventa tiene un programa y referente social distintos: apuesta por políticas de libre mercado y transnacionalización económica, se opone a formas organizadas de la sociedad civil y convoca con retórica populista al sector “informal” y la masa de pobres en situación extrema como su principal base social. En Perú, la población en extrema pobreza representa casi el 20% de la población total. En términos de Weyland, Fujimori, es un típico “neopopulista neoliberal” (Weyland, 1997).

escenario de escombros y muerte. Una ciudad al borde del precipicio. La mitad del tiempo no había agua ni electricidad. Lima en anomia social parecía dirigirse a su propia desintegración polpotiana, como aspiraba el proyecto antiurbano de Sendero Luminoso. Esa “Lima la horrible”, inventada por el poeta César Moro y repensada por Sebastián Salazar Bondy, entonces, se hizo más miserable de lo que había sido siempre: la profunda crisis económica de los ochenta continuaba inexorablemente sin detenerse. Parecía, se decía así, una ciudad sin salida, sin futuro.

Lima de fines de los noventa vivió un estado de euforia y adormecimiento permanente, que es casi lo mismo que reconocer al limeño víctima de las fauces insaciables del consumismo y la evasión posmoderna. No obstante las enormes tasas de desempleo y subempleo, no existe fin de semana donde los limeños no invadan con ansiedad los nuevos espacios de diversión y consumo como si fuera la última oportunidad de hacerlo. La arquitectura que surge de esta inducida necesidad se hace para ello: es a la vez causante y víctima propiciatoria hecha de recursos fáciles para producir la excitación primaria de los sentidos. Los psicólogos sociales han tratado de explicar esta suerte de desenfreno colectivo o deseos de evasión atribuyéndolo a los años de enclaustramiento forzado, temor colectivo y prohibiciones a toda forma de diversión pública que tuvo que padecer la sociedad limeña durante gran parte de la década del ochenta.

A dos años de finalizar la década y el siglo, Lima se convirtió en un enorme, frenético y abigarrado mercado de consumo y de pequeños productores. Como en la salvaje competencia de los *talk-shows* limeños de hoy, aquí escatología y miseria humana se juntan para revelar un desaprensivo “todo vale”. Ahora en Lima todo se vende y todo se compra. Se construye en todas partes. Los ricos están haciéndose más ricos y los pobres se hacen más pobres. Surgen imágenes inusitadas y partes de la ciudad adquieren un perfil parecido ya sea a cualquier bullente ciudad-fábrica de oriente o a un tranquilo suburbio de ciudad americana. Lima experimenta un *boom* inmobiliario y no hay quincena donde no se inaugure un nuevo centro comercial, un lujoso complejo de cines o restaurantes cada vez más exclusivos y exóticos. El paisaje de la ciudad se ha modificado radicalmente, mientras que el caos automotor y la incontrolada delincuencia urbana parecen el modo cotidiano de experimentar la ciudad.

Lima de los noventa: la realidad de las cifras y las cifras de la realidad

Según las estimaciones del Instituto Nacional de Estadística e Informativa (INEI), Lima-Callao inicia la década de 1990 con una población estimada de cerca de 6 millones de habitantes y en 1996 el área conurbada de Lima-Callao era de 28.165 Km². Para el año 2000, se proyectaba un estimado de 7 millones 506 Mil habitantes (en Guillén, 1997).

La aplicación radical del modelo neoliberal en la economía peruana se ha traducido en una serie de indicadores macroeconómicos que ratificarían los sorprendentes “éxitos” de la administración Fujimori. Luego de un crecimiento negativo acumulado de -23,4% entre 1988 y 1992, entre 1993 y 1996 el PBI registró un crecimiento acumulado de 32,1% con una tasa promedio anual de 7,2. En este segundo período, según estimaciones del INEI y CEPAL, el Perú es el país que lideró el crecimiento económico de la región.

Durante la década de los noventa se ha producido una profunda reestructuración de las bases que sostienen la economía peruana y, específicamente, el capital de trabajo. Los sectores más favorecidos han sido sin duda el sector financiero, el comercial y de servicios y el sector de las grandes empresas nacionales y transnacionales. Los menos beneficiados han sido el sector industrial, los exportadores no primarios y la agricultura tradicional.

En este marco, uno de los sectores económicos más dinámicos y sobre el cual se ha apoyado la expansión económica liberal, ha sido el sector de la construcción. Mientras entre 1985 y 1989 la tasa de crecimiento acumulado fue de apenas 7,1 puntos con una tasa promedio anual de 1,4, la tasa acumulada en el período 1990-1997 fue de 86,9 con una tasa anual promedio de 12,4. Para 1998 se estimaba un crecimiento del sector construcción de entre 10% y 12%, con una inversión aproximada de 3.100 millones de dólares. Lima Metropolitana es la que concentra y se beneficia con más del 50% de toda esta inversión.

En medio de la euforia y optimismo económico del régimen, la “otra” realidad parece demostrar que tras esta entusiasta fiesta de indicadores macroeconómicos, subsiste una dramática realidad de creciente pobreza y acrecentamiento de la desigualdad en la distribución de la riqueza. La teoría del “chorreo” liberal tampoco ha funcionado en el Perú.

En Lima de 1994, según estimaciones del Banco Central de Reserva, el 60% de la población se encontraba en situación de pobreza y el 24% en situación de extrema pobreza. Si bien los índices de pobreza y de extrema pobreza son menores al del resto del país, en el transcurso de la década se ha registrado un dramático incremento del sector "crónico" de pobreza. Según estimaciones del Instituto CUANTO, si en 1991 el 14,8% de la población de Lima Metropolitana se encontraba en situación de pobreza crónica, este porcentaje creció al 16,6% en 1994 (Ismodes, 1997).

La Lima de los noventa refleja esta situación de modo particularmente sensible. Sigue siendo aún una ciudad miserable con pequeñas islas de ciudad primermundista. Según estimaciones del INEI, en 1996 el 35% de la población de Lima habitaba en barriadas. Si a esta cifra se añade aquel 4% que residía en el área central en condiciones de tugurización y deterioro físico, casi el 40% habitaba una ciudad informal y casi miserable. En Lima, el 48% del total de unidades de vivienda estaban construidas con los típicos materiales de la más absoluta precariedad: adobe, quincha, esteras, techos de calamina, caña u hojas de palmeras y otros materiales inadecuados. Asimismo, del total de unidades de vivienda existentes para esa fecha, el 40% carecía de servicios de agua, el 42% de redes de desagüe, el 23% de electricidad y el 3,9% de todos los servicios.

La metrópoli peruana no ha escapado a la rutina típica de los cambios que se produjeron (y producen) como consecuencia de la aplicación de políticas neoliberales de reactivación económica en muchos países de América Latina. Sin embargo, Lima no es Buenos Aires ni Santiago de Chile. Aquí la existencia de una extendida economía informal y una vasta población que habita en barriadas, le otorga a ésta atributos particulares que la distinguen de otras metrópolis insertas en economías de libre mercado y privatización urbanas. Solo un dato sobre el sector informal: entre 1990 y 1994 la participación del sector informal en la Población Económicamente Activa (PEA) ocupada pasó del 45,7% al 48,4%. Es decir, casi la mitad de la PEA está definida por la dinámica económica informal. Lima es, pues, una ciudad básicamente informal y precaria.

No se ha desarrollado, hasta el momento [1998], una teoría pertinente a los procesos de transformación de las metrópolis latinoamericanas sujetas a políticas económicas de corte neoliberal, y su efecto en el ámbito de la producción arquitectónica y urbanística. Sin embargo, la realidad

nos ha revelado ya una serie de fenómenos análogos, coincidentes o diferentes entre las distintas ciudades, por lo que es posible inferir algunos juicios de posible generalización.

La ciudad latinoamericana del reajuste neoliberal, es una ciudad que empieza con tímidos cambios de piel hasta revelar modificaciones substanciales en su estructura interna. Aquí, los cambios se dirigen desde el mundo elusivo de las apariencias hacia el mundo interior de las estructuras. Cambia primero la piel para luego mudar su esencia. Surgen primero las escenografías efímeras exaltando el consumo por el consumo mismo. Y luego, continúa el segundo gran cambio de piel: aparecen los megaproyectos y la ciudad se privatiza bajo el enorme impacto de inversiones que “mueven” la ciudad (o sus partes) en función de los nuevos intereses económicos y sociales.

Neoliberalismo y arquitectura

La arquitectura peruana (o limeña, propiamente) de los noventa tiene todos los ingredientes de una explosión errática de intenciones plurales, autocomplacientes y portadoras del típico cinismo cultural que conlleva la defensa del *laissez faire* ultraliberal. No representa siquiera la irrupción pensada de una defendida ética posmoderna apostando por la pluralidad y la controversia deliberada: encarna apenas la ética de la simple imitación y la dependencia cultural. Arquitectura fácil y efectista, inclusive en aquellas que pretenden no serlo refugiándose en citas cultas de una determinada tradición académica. Hay mucha carne con hueso (o mucho hueso sin carne), diría el dicho popular.

La arquitectura limeña de los últimos años es el espejo de un país privatizado, transnacionalizado y en trance de ser vaciado de identidad. La arquitectura resultante: una arquitectura igualmente privatizada, hecha del menor esfuerzo y la máxima ganancia para deificar el libre mercado por sobre los intereses de lo colectivo y la construcción democrática de ciudadanía. Es una arquitectura y urbanismo que apuesta por la individualización autista del fragmento y, por lo tanto, por la arquitectura del no-lugar, la no-ciudad y la banalización de la condición humana.

El programa neoliberal fujimorista tuvo en el desmantelamiento del Estado, como agente promotor e inversor, uno de sus principales fundamentos, con enormes repercusiones en el ámbito de la producción arquitectónica y urbanística del país. A diferencia de décadas precedentes, en las cuales el origen y presencia de los mejores episodios de la arquitectura y urbanismo modernos en el Perú vino de la mano de la inversión pública en materia de vivienda e infraestructura social, a partir del *shock* fujimorista de 1990 habría de desaparecer casi por completo cualquier intervención estatal en términos de arquitectura y urbanismo. Excepciones: la sede de la Biblioteca Nacional (desde hace tres años paralizada en su construcción) y los cientos de “colegios de Fujimori” construidos apresuradamente a lo largo y ancho del Perú bajo una misma matriz constructiva y estilística. Estos colegios con su uniformizado color naranja (el color del partido de Fujimori, CAMBIO 90) y en muchos casos deplorable calidad constructiva, han sido convertidos en el símbolo omnipresente del proyecto fujimorista.

Otro rasgo de singular efecto en la reestructuración neoliberal de la arquitectura y urbanismo peruanos, son los sectores a los que se ha dirigido fundamentalmente la inversión privada. Aparte de la enorme inversión que ha tenido lugar en el sector de la producción primaria (minería y pesca), el principal segmento de la inversión nacional y extranjera se ha dirigido exclusivamente al área del comercio, turismo, recreación, servicios y vivienda para la población de altos ingresos. Con el proyecto fujimorista, el Perú vuelve —de algún modo— al siglo XIX, al priorizar su rol de país exportador de materias primas, la producción agroindustrial y asignándole un decisivo peso al sector turismo. En este esquema, las ciudades se asumirán sólo como simples polos de servicios, intermediación financiera y centros privilegiados de consumo.

Como sucedió en el Chile de los *Chicago Boys* y la Argentina de Menem-Cavallo, una vez liberado el campo de interferencias con la desaparición del estado como agente inversor y regulador, las primeras señales de la reestructuración neoliberal se tradujeron en una suerte de primer cambio de piel. Es casi una ley, a juzgar por la reciente experiencia latinoamericana. Lo primero que espera y hace el capital privado, aún inseguro o temeroso a “vueltas” estatistas, es dirigir sus inversiones no sólo con el objetivo de crear las bases de una rápida expansión

del consumo suntuario, sino que también en áreas de fácil y rápida capitalización.

Primer cambio de piel

Lima siempre fue una ciudad de discretos avisos publicitarios y una casi ausente arquitectura electrográfica para la noche, para utilizar el término de Tom Wolfe. En poco tiempo sus calles y espacios públicos, se vieron invadidos por una selva de monumentales vallas publicitarias, cada cual más grande que la otra, compitiendo en tamaño y significación con la propia arquitectura. No sólo eso: la noche empezó a ser mejor iluminada y, de pronto, el imaginario urbano construía la antípoda del oscuro infierno limeño de los ochenta. Como dice bien Beingolea (1997), la renovada iluminación no sólo significó una superación de la ciudad en tinieblas de los ochenta, sino además la multiplicación nocturna del desorden y caos.

Los grifos privatizados, las nuevas cabinas de teléfono y los iluminados paraderos de buses impusieron un nuevo orden formal al día y a la noche en una Lima modesta y precaria, que jamás había invertido en este tipo de objetos del mobiliario urbano. La ciudad se hizo “moderna” de un día para otro. Esta Lima escenográfica, fue delineada desde las oficinas de diseño y marketing por los denominados “creativos” españoles de la Compañía Peruana de Teléfonos, los chilenos de los centros comerciales Santa Isabel y Saga Falabella, los inversores de la Shell y Mobil o los coreanos con su previsible diseño de tiendas para la venta de autos. Lima empezó a ser preparada para la fiesta.

Como otro componente de este primer cambio de piel liberal, la arquitectura que se desarrolla es apenas inferencia de un simple reciclaje de edificios preexistentes, o bien construcción rápida para albergar la ávida expansión de los restaurantes *fast food*, las discotecas de fin de semana, los cafés de ruido diseñado, así como los primeros centros comerciales de barrio. La estética urbana es la estética de las discotecas de cartón y plástico, los *Burger King*, los *MacDonald's* o los *Bembo's*, y esa infinita serie de versiones cholas detrás de cuya historia seguramente había una carretilla de comida ambulante.

La arquitectura surgida de estas intervenciones no por ser (o tal vez por ser eso) la más fácil, ligera o “desechable” es la que menos influencia tiene a la hora de calificar la identidad arquitectónica de la década. Al contrario: probablemente esta arquitectura de clichés traducida en una seudo-Disneylandia liliputiense de patético *kitsch* presente en la arquitectura del sector comercial y servicios, sea la que mejor encarne la voracidad económica y la irresponsabilidad urbanística de sus promotores. La Lima de los noventa se ha hecho así de una arquitectura de cartón, de dobles rostros y de la grasa cultural de cualquier hamburguesa diseñada por la industria del *fast food*. Es una arquitectura disfrazada de extravagancia figurativa y alusiones primarias que evocan un mundo ilusorio dispuesto para la evasión y el adormecimiento colectivo.

Segundo cambio de piel

La arquitectura de fondo, la de más proyección y envergadura, proveniente de la reactivación neoliberal hará su aparición de modo consistente recién a partir de inicios de la segunda mitad de la década, cuando los inversores y el capital especulativo adviertan la irreversibilidad del reajuste neoliberal así como la seguridad para la reversión de sus ganancias. Aquí es que empieza un segundo cambio de piel en la ciudad: es el momento de los grandes condominios residenciales, los edificios de lujosos apartamentos, las nuevas sedes bancarias, los hoteles de cinco estrellas en San Isidro y Miraflores, así como de los grandes *malls* como el de la Av. La Marina o el Jockey Plaza y los nuevos complejos empresariales premunidos de una previsible estética corporativa.

La arquitectura de este segundo grupo no es necesariamente, por ser hecha con mayor planificación y cuidado, una mejor arquitectura. Con una preeminente vocación a la cita fácil de un *High-Tech* de segunda mano y una arquitectura de pretenciosos “edificios inteligentes” hecha con lógica de publicidad y marketing, este grupo se ha convertido en una especie de imagen paradigmática para reflejar el exitoso nuevo rostro del país y Lima, dicho en términos del lenguaje oficial del régimen. Aquí, luego de hacer la mención de rigor al decálogo monotemático de Cesar Pelli y la arquitectura-marca de fábrica de las grandes corporaciones

transnacionales, también hay de todo: desde pastiches neoconstructivistas a la manera Zaha Hadid, Günter Behnisch o el primer Frank O. Gehry, hasta vueltas canonizadas del programa historicista a la manera de Michael Graves o el Philip Johnson de la AT&T., pasando por las citas estridentes a la geometría de Mario Botta o al decálogo corbusiano puesto en clave de Richard Meier.

Sin embargo, sería injusto reducir el panorama arquitectónico de los noventa a una monocorde producción de edificios dominados por criterios banales de diseño. Existe una serie importante de propuestas, las cuales no sólo intentan recuperar el sentido de la arquitectura como objeto de reflexión sobre la ciudad, la historia y el campo disciplinar mismo. Este es el lado fértil y vital de la arquitectura peruana, para utilizar el calificativo asignado por Ortiz de Zavallos (1996) al grupo de obras encabezadas por Germán Costa, Juvenal Baracco, Reynaldo Ledgard, Oscar Borasino, Ruth Alvarado y Ricardo Malachowski, entre otros arquitectos.

La arquitectura de esta década encarna una experiencia que transita desde la rápida transformación del paisaje urbano, vía la imposición de la publicidad como nuevo agente de resignificación de este, a la modificación de arquitecturas preexistentes en arquitecturas desechables y fácilmente efectistas. Todo, para concluir con intervenciones de enorme formato y aspiraciones de presencia y permanencia.

Algo destacable es que en esta década los arquitectos más renombrados, tales como José García Bryce, José Bentin, Juvenal Baracco, Oswaldo Nuñez, Emilio Soyer o Carlos Williams, entre otros, no han sido precisamente los más convocados por la reactivación liberal del mercado inmobiliario. La arquitectura de los noventa es la arquitectura de los nuevos ricos de dudoso gusto arquitectónico, o las transnacionales que aterrizan con su propia estética y arquitectos. Es esta nueva competencia con la cual las generaciones precedentes de arquitectos peruanos carecen de contactos fluidos.

Los nuevos ricos han optado por recurrir a sus “propios” hijos: arquitectos jóvenes formados en los noventa y, muchos de ellos, sin mayor experiencia que el viaje de rigor a Miami o Las Vegas. Los resultados son obvios: la arquitectura neoliberal limeña de los noventa es una de las menos reflexivas de nuestra historia. Es una arquitectura de recursos fáci-

les, cuando no mal concebida y construida. Es una arquitectura de lugares comunes y recursos banales.

Neoliberalismo, ciudad y urbanismo

Los noventa y las nuevas exigencias de capitalización urbana, trajeron consigo un substancial incremento de la inversión urbana no sólo en el rubro de los proyectos inmobiliarios, sino que también en el de la infraestructura urbana. No es exagerado decir que luego de varias décadas de contracción de esta inversión y ausencia de grandes obras urbanas, Lima se ha convertido hoy en objeto de una serie de inversiones y megaproyectos que seguramente terminarán por transformar su actual formato, como ya puede advertirse en algunas zonas de la ciudad.

La obsoleta red vial está siendo ampliada y renovada con el objeto de articular tanto los nuevos espacios de residencia y consumo, como los centros de comercialización y distribución. En el primer caso destacan el Periférico Vial Norte de 40 Km., (primer tramo del nuevo anillo vial) que rodeará a Lima, liberando así el dramático congestionamiento vehicular del centro de la ciudad: se encuentra hoy [1998] en plena ejecución. Otro proyecto importante, cuyas obras se iniciarán a inicios de 1999, es la nueva "vía expresa" de 20 Km., que unirá el aeropuerto internacional con la zona este a través del eje de la estratégica Av. Javier Prado. La Carretera Litoral Norte es, asimismo, una nueva e importante vía que deberá comunicar a la nueva zona industrial de Lima, que se ubicará al norte del Callao.

Los proyectos de enorme impacto reflejan las demandas de cambios que han generado en los últimos años las principales transformaciones en la estructura urbana de Lima. Por un lado, los ampliación y modernización del Aeropuerto Internacional del Callao y, por otro, la conversión del puerto del Callao en una suerte de megapuerto de rango continental. Con estos proyectos, la Lima de Noroeste ratifica su vocación productiva, mientras que las zonas sudoeste y este hacen lo mismo, en términos de su vocación residencial y de servicios.

Sin embargo, si existe un fenómeno que ha sido el factor para tal reordenamiento selectivo de la dinámica urbana de Lima, este tiene que

ver con la actuación del capital inmobiliario nacional e internacional. Sus objetivos han sido muy claros: en primer lugar, potenciar como nuevo eje financiero y de servicios multinacionales los exclusivos distritos de San Isidro y Miraflores. El aristocrático San Isidro es el espacio que concentra hoy no sólo la mayor densidad de nuevos edificios de apartamentos de lujo, sino también la serie de los nuevos hoteles de cinco estrellas y toda la arquitectura corporativa de los llamados “complejos empresariales”.

En segundo lugar, crear con la construcción de lujosos *malls* o *shopping centers* un nuevo y exclusivo eje comercial oeste-este (avenidas Javier Prado, Primavera y Benavides) para unir los distritos de San Isidro y Miraflores con la nueva y potenciada zona residencial para los sectores de altos ingresos, “expulsados” por la transformación comercial de los dos distritos mencionados. El gigantesco *mall* Jockey Plaza (Av. Javier Prado), el renovado centro comercial de Camacho y Primavera y los nuevos edificios de departamentos de GREMCO y otras inmobiliarias en la zona del Golf Los Incas y en La Molina, son parte de esta calculada operación de especulación inmobiliaria en escala metropolitana. En este plan de asegurar un franja oeste-este socialmente exclusiva, el nuevo y proyectado *Jockey Plaza Town Center* (así denominado) de 400 millones de dólares cumplirá las funciones de pivote emblemático para esta nueva Lima balcanizada socialmente.

Redescubrimiento del litoral

Si estas dos primeras operaciones inmobiliarias tienen lugar dentro de las fronteras de la ciudad consolidada, dos nuevas conectadas operaciones operan en los escenarios del Sur limeño, extendiéndose en casi 100 km. de hasta hace poco vacío litoral. Por un lado, una frenética urbanización de esta franja del litoral, a través de la formación de decenas de descuidados balnearios carentes de toda aspiración en términos de calidad urbanística. Y, por otro, la selección de un área del sureño distrito de Lurin como la futura reserva de terrenos para la localización del equipamiento recreativo y de servicios que debe servir a la demanda de los lujosos balnearios ubicados más allá del kilómetro 50 de la Panamericana Sur. Es

casi seguro que la zona sur de Lima será, a inicios del siglo XXI, el próximo gran campo de batalla entre los últimos campesinos de Lima y la voracidad de los especuladores. Hoy, los invasores del desierto ya no son los migrantes pobres sin techo: son los nuevos ricos y los grandes consorcios inmobiliarios, cuyo creciente poder se ha visto ratificado al reducir a 1.700 hectáreas, las más de 8 mil hectáreas previstas inicialmente por el gobierno para crear un enorme parque ecológico en el desierto del sur de Lima.

La conversión del litoral limeño en un espacio más de especulación y rentabilidad urbanas, es otro fenómeno nuevo procreado en los noventa. Si bien este espacio de la ciudad fue siempre objeto de intervenciones urbanísticas, la envergadura de la inversión en juego y naturaleza de los proyectos resulta algo sin antecedentes en la historia urbana de Lima. El redescubrimiento del litoral limeño como un espacio de urbanización acelerada, se ha traducido en la formulación de dos modalidades de intervención: primero, una serie de proyectos para los casi cinco kilómetros de la franja de la Costa Verde, especialmente para la franja colindante con los distritos de Miraflores y Barranco. Aquí el capital inversor tiene previsto construir hoteles, centros de convenciones, restaurantes, casinos, etc., con lo cual ha decidido convertir las playas (que son por ley espacios públicos) en espacios de uso selectivo, cuando no privado. Y, segundo, la otra modalidad de intervención tiene que ver con la urbanización del litoral para uso residencial dirigido a la clase media-alta y alta, tal como se deduce de la naturaleza del primero de los enormes conjuntos de vivienda que GREMCO ha decidido empezar a construir este año [1998]. Se trata de la Ciudad Costa Verde que, con una inversión cercana a los 1.500 millones de dólares, se ubica en la franja costera entre La Herradura y La Chira, contiguo al distrito de Chorrillos. Su construcción prevista para ser concluida en diez años contempla varias fases.

La reactivación neoliberal de la economía peruana, ha supuesto el arribo de un flujo considerable de inversiones nacionales y del extranjero en el sector inmobiliario. Su magnitud no tiene equivalente en la historia urbana de Lima, salvo la inversión registrada en la década de los años veinte. Por ello, el impacto de su actuación en la dinámica urbana de la metrópoli peruana ha conseguido, en pocos años, transformar su formato. Estas inversiones han conseguido ya se acentuar las tendencias social-

mente selectivas del uso del suelo antes registradas, así como impulsar nuevos espacios de intervención urbana, o acelerar la obsolescencia de otras zonas. Sin duda, los años noventa representan el inicio de un nuevo ciclo de expansión en la historia urbana de Lima socialmente discriminatoria de la ciudad.²

Una de las consecuencias más importantes de la actual dinámica urbana impuesta por la envergadura de inusuales montos de inversión para la escala tradicional limeña, es que ha puesto en cuestión no solo la lógica tradicional de expansión de Lima, sino también las debilidades de una formación profesional no entrenada en la escala de la transformación urbanística de la ciudad. Si antes Lima crecía casa por casa, edificio por edificio, es decir, arquitectura por arquitectura, hoy experimenta la transformación de grandes áreas en términos urbanísticos.

La escala urbanística de transformación de la ciudad ha vuelto a surgir como campo de acción y tema de reflexión. Esta es una problemática puesta nuevamente, en medio de una tradición proyectual dominada casi exclusivamente por la escala del diseño arquitectónico y la consideración del objeto arquitectónico, como una realidad autárquica que se impone y se agota asimismo. La insolvencia urbanística y la clamorosa falta de creatividad y energía innovadora de la mayoría de proyectos (Ciudad Costa Verde, Jockey Plaza Town Center, Centro Empresarial La Molina, entre otros), tal vez se explique por esta falta de experiencia peruana en la construcción urbanística de la ciudad. Los grandes temas del urbanismo moderno y posmoderno no han sido siquiera enunciados de manera reflexiva o crítica en ninguno de los proyectos.

Recuperación del centro histórico: la historia contra la historia

- 2 Las tendencias aquí descritas serán seguramente reforzadas por una mayor aceleración de la inversión inmobiliaria prevista para los próximos cinco años. Según informes de Eric Rey de Castro de Colliers R. Propiedades, Consultores Inmobiliarios, en el exclusivo eje financiero San Isidro-Miraflores-La Molina están programados para construirse 29 edificios de categoría A+ y A con cerca de 200,000 m² para uso de oficinas ("crecer hasta el cielo", en: *La República*, 31.05.98). Otro megaproyecto que debe empezar a ser construido es el denominado *World Trade Center Lima*, ubicado en un área de 96,000 m² pertenecientes a los terrenos de la Feria Internacional del Pacífico. La inversión aproximada es de 40 millones de dólares y empezará a funcionar en el año 2000. El proyecto ha sido desarrollado en las oficinas americanas de ARQUITECTONICA.

Probablemente uno de los acontecimientos que quedará como hecho distintivo de los noventa, sea el proceso de recuperación del denominado centro histórico de Lima. El modo y velocidad como ha sido conducido este proceso, ha servido para ser considerado como uno de los acontecimientos urbanos de la década en América Latina. Hoy, respecto al tema de la recuperación de los centros históricos, se empieza a hablar del "Modelo Lima".

Desde enero de 1997, se han sucedido una ininterrumpida serie de intervenciones de un fuerte sentido simbólico e impacto social. Se han renovado y recuperado las plazas más importantes del área central (La, redominada, Plaza Mayor, la Plaza San Martín, el Parque Universitario, entre otras) y muchos espacios públicos. Sin embargo, la intervención más importante ha sido, sin duda, la solución adoptada para retirar del área central cualquier forma del densificado comercio ambulatorio. El centro ha quedado literalmente vacío de los casi 20 mil ambulantes para adquirir la imagen de una sugestiva nueva realidad.

¿Por qué es que, luego de varios intentos frustrados, recién en esta ocasión pareciera iniciarse con reconocido éxito la transformación del centro histórico de Lima? ¿Qué relación existe entre la vocación del reajuste neoliberal por la arquitectura nueva y la modernización de la periferia con esa "vuelta" al centro histórico y el rescate de la memoria histórica? ¿Tiene que ver en algo el hecho que detrás del proceso de recuperación esté un líder opositor al régimen de Fujimori?

Puede pasar por una tesis demasiado rebuscada si afirmamos que, en materia de intereses ideológicos, sociales y económicos, el proyecto del alcalde Alberto Andrade y el del presidente Alberto Fujimori, representan opciones paradójicamente complementarias cuando semejantes. Al menos en materia de ciudad y urbanismo, los dos encarnan dos rostros surgidos de la misma lógica de producción urbana y que se requieren mutuamente. El centro histórico se hace necesario como proyecto de recuperación urbana, en la exacta proporción del peso que adquiere la transformación librecambista de la periferia. La ciudad de Fujimori necesita de la ciudad histórica de Andrade, como la ciudad del alcalde limeño precisa de la ciudad neoliberal de Fujimori.

¿Qué es lo que articula y une a estos dos discursos o a estas dos ciudades, la de Fujimori y Andrade, aparentemente antitéticas? Muy simple:

los intereses de la llamada neooligarquía y su necesidad de forjar una identidad pertinente a su requerimiento de ubicuidad espacial, hoy a medio caballo entre la representación de las franquicias de negocios transnacionales y la evocación trillada de los viejos blasones pseudoaristocráticos de la antigua oligarquía limeña. Y en esta demanda de apremio de dos escenarios para resolver identidades sociales escindidas, Alberto Andrade, más que Fujimori, es quien mejor representa a esa neo-oligarquía urgida hoy de identidad histórica y que ya ha vuelto al centro, a casarse con misa en la exclusiva capilla de la iglesia de San Pedro y fiesta en el rancio y oligárquico Club Nacional.

La principal consigna de la campaña municipal de recuperación del centro histórico fue “Volvamos al Centro”. A quién estuvo dirigida esta invocación si no a los hijos o nietos de esa oligarquía, que fue ella misma por decisión propia la que hizo abandono irresponsable del centro de Lima desde los años cuarenta. Consigna discriminatoria que supone no sólo la presunción de un centro “perdido”, sino también la idea de que en las últimas décadas el centro hubiera estado vaciado de habitantes, cultura o historia.

Visto en conjunto y al margen de todo reconocimiento, el proceso de recuperación del centro histórico debe ser asumido como parte de las nuevas estrategias que se ha trazado el gran capital para garantizar nuevas modalidades de exclusión social y afirmación de poder urbano. Por ello, en el trasfondo de la necesidad de recuperar la ciudad histórica, está la aspiración de reencontrar (o encontrar) un nuevo espacio para protegerse del inexorable acoso de la ciudad informal y precaria, que ha terminado por rodear literalmente –desde los cerros– a casi todos los barrios exclusivos de la periferia (por ejemplo, Las Casuarinas). Así, los extremos se juntan.

El retorno neooligárquico al centro significa una suerte de desesperada fuga al interior-interior de la ciudad (al mismo centro-centro). Ciertamente, entre vivir rodeados de barriadas y volver a ocupar las viejas y rancias casonas de un centro, que puede ser por decisión el espacio policialmente (y socialmente) más protegido y controlado de Lima, la alternativa de retomar el centro histórico deviene la más atractiva y, simbólicamente, la más productiva.

62 Al margen de una lectura sobre las motivaciones ideológicas de fondo, el Plan de Recuperación del Centro Histórico ha producido con-

tribuciones importantes en materia de experiencia proyectual y gestión urbana, sobre todo en esa área en el que el Perú carece de una consistente tradición: la renovación urbana en áreas centrales. Proyectos como el Plan Piloto de Renovación Urbana de Barrios, el Proyecto del Río Hablador, o el Plan de Renovación Urbana de las tres primeras cuadras de la Av. Argentina, así como el Parque Cultural, representan un indiscutible aporte. De otro lado, el replanteamiento de la actual estructura del área central, vía su ampliación, y la asignación de un nuevo rol en el contexto de la competencia globalizada entre metrópolis, constituyen señales de un nuevo discurso urbano surgido en los noventa (Instituto Metropolitano de Planificación, 1997).

El centro en menos de dos años tiene otro rostro. Después de casi cien años de ser abandonado por una oligarquía, que apostó por el suburbio y por la conversión del centro en un *Business District*, según el plan urbanístico de la naciente República Aristocrática, el centro se ha convertido —para esta oligarquía— en un auténtico último refugio para evitar el acoso a esa “ciudad civilizada”, defendida por personajes como Federico Elguera, Santiago Basurco o Pedro Dávalos Lisson. Esta vuelta a la “cuna” de la antigua oligarquía es de cualquier forma, otra manifestación de esta Lima que tras cien años de abrirse a la modernidad oligárquica y capitalista, retorna en un sentido a sus orígenes para confirmar la conclusión inevitable de un período importante de su propia historia.

Expansión neoliberal y la “nueva” barriada

Otro rasgo que caracteriza a la Lima de los noventa, es el inicio y desarrollo de un proceso contradictorio de democratización y exclusión social en el uso y desarrollo del espacio urbano. Las razones son varias. Por un lado, el ansiado proceso de descentralización y constitución de nuevos centros alternativos, enunciado por casi todos los planes de Lima desde los sesenta, empieza a concretarse en virtud de las fuerzas mismas del mercado. Y, por otro, producto de las demandas de expansión del mercado de consumidores, muchos servicios y “ventajas” antes constreñidas a las zonas privilegiadas de la ciudad, empiezan a expandirse y ubicarse en la periferia popular.

En virtud de este proceso, la periferia barrial de los noventa empieza a adquirir otro rostro. Enormes centros comerciales comienzan a ser ubicados en los principales conos de Lima: no es infrecuente ver discotecas tecnológicamente modernas en barriadas aún polvorientas, así como no lo es encontrarse con complejos empresariales e informatizados en medio de un bullente y, a la vez, miserable panorama urbano. Esta es la barriada de los noventa. Aquel proceso de formación que demoraba dos a tres décadas, se ha reducido hoy a menos de un lustro para hacer de una barriada una suerte de instantánea concentrada de todos los buenos y malos olores de la historia urbana pasada, reciente y próxima de Lima.

En medio de esto, los noventa pueden ser reconocidos como un período donde el tema de la barriada en trance de reurbanización adquiere auténtico sentido. En los noventa, es posible afirmar que concluye un ciclo histórico y empieza otro para la tradición urbanística barrial. La barriada limeña aspira a convertirse en *ciudad*. Temas como el de la renovación, ornato público y la instalación de un equipamiento urbano pertinente, adquieren sentido de programa social y político. Se inicia así en esta década, un proceso de renovación urbana de la nueva-vieja periferia constituida por cientos de barriadas, muchas de las cuales aparecen hoy como demasiado viejas sin haber llegado nunca a ser ciudades nuevas.

Probablemente, la “reurbanización” de la barriada Leticia, formada en 1936, la primera invasión de Lima reconocida como tal, sea el ejemplo límite de este proceso de conversión urbana de la barriada tradicional limeña. Por decisión del gobierno central, Leticia intenta hoy [1998] convertirse en un pintoresco barrio “turístico” de Lima. Una imagen que hubiera sido impensable hasta hace poco. Uno de los primeros efectos de este proceso que ya empieza a advertirse es, por ejemplo, la modificación del mercado de suelo en la periferia limeña. En los noventa, las abismales diferencias entre el valor del suelo urbano en Comas y Jesús María o Miraflores empiezan a desaparecer gradualmente.

La Lima neoliberal es una ciudad que se “muerde la cola”. La conversión de Leticia en un barrio formal más entre otros, es un acto más que simbólico: con esta Leticia “urbanizada” y estetizada, empieza a clausurarse un ciclo histórico de más de medio siglo caracterizado por la expansión barrial-invasiones de Lima. Leticia y probablemente otras barriadas “urbanizadas”, intentarán ser los Barrancos del siglo XXI. La Lima del futuro de

los años cuarenta, ahora empieza a ser la Lima del pasado. Las barriadas se evocan a sí mismas. Lo nuevo se hace viejo y testimonio urbano.

Sin embargo, este proceso de “democratización” promovido por el capitalismo liberal (todos propietarios y todos buenos consumidores), lleva consigo nuevas formas de exclusión social en el uso del espacio. Frente a este proceso, los estratos dominantes de Lima empiezan a diseñar o promover nuevas estrategias de diferenciación y discriminación en el uso del espacio frente a un hecho objetivo: que hoy Lima ya no le ofrece más posibilidades de exclusión espacial a estos estratos.

Por un lado, los tradicionales e inaccesibles barrios elegantes de Lima (por ejemplo, las Casuarinas o muchos de los de La Molina) súbitamente se han visto “cercados” por todos lados por la desafiante última generación de barriadas. La Lima de los noventa es una ciudad en la que se derriban viejas murallas y se alzan otras no menos evidentes. Las Casuarinas, otrora el barrio más elegante y caro de Lima, se ha visto en la necesidad de “encerrarse” tras murallas o fronteras de áreas verdes de levantados a última hora para evitar el contacto con las últimas expansiones de Pamplona. Otra razón que sugiere el fin de un ciclo: los extremos sociales y pobres están de espaldas viéndose directamente.

Informalidad, neoliberalismo y la global city-barriada

Así como los gestores y agentes económicos formales de la expansión neoliberal poseen sus propias estrategias de inserción en el proceso de globalización, también los sectores informales han desarrollado durante estos últimos años sus propias estrategias y “rutas” dentro de este proceso. Hay una *Global City* formal y una sorprendente *Global City* informal que aspira a construir su propia legitimidad no solo en referencia al país, sino a su propia capacidad de inserción en el mundo globalizado. Un buen ejemplo es el caso de Gamarra.

Gamarra representa un espacio de no más de 63 manzanas ubicadas en el distrito popular de La Victoria. Entre el congestionado Mercado Mayorista, la temible Parada y el infierno urbano que representa el turgirizado barrio El Porvenir, ocupa un espacio degradado en trance de modificación substancial. Con un movimiento de más de 600 millones de

dólares al año, este emporio de cientos de microempresas, constituye hoy una suerte de sorprendente modelo de capitalismo popular a ser replicado en otros ámbitos del Perú y América Latina. Representa el 70% de la industria textil y de confecciones del país.

El crecimiento de Gamarra en lo que va de la década [a 1998] ha sido impresionante. De las 6 mil unidades comerciales registradas en 1990, pasaron a ser 14 mil en 1997. Aquí laboran cerca de 60 mil trabajadores entre empresarios, empleados, cargadores y otros (Zubiarte, 1998). Es una inmensa factoría o mercado popular saturado de miles de personas pugnando por vender, comprar o producir en medio de la basura y nuevas arquitecturas de estridente aspiración posmoderna.

La arquitectura surgida de Gamarra es otra de las principales manifestaciones de la década. Probablemente, sea la arquitectura más representativa de la versión popular del *boom* constructivo de los noventa. De las 50 galerías de más de dos pisos existentes en el año 1993, ha subido a 100 en los últimos tres años [a 1998]. Algunas de estas galerías poseen más de 10 pisos. Un mundo aparte y alucinante: edificios mezcla de apretados talleres, zonas de venta de decenas de cubículos, restaurantes populares, ruido de redes telemáticas y ese típico colorido y olor del Perú profundo.

Si la previsible arquitectura corporativa del nuevo centro financiero en San Isidro representa la faz transnacionalizada, cosmopolita y *yuppie* del proyecto neoliberal, Gamarra es el otro polo representativo de arquitectura y capitalismo emergente donde el *Kitsch* peruano alcanza cuotas extremas de realización. Ambos se requieren y niegan. Ambos representan a la Lima neoliberal de los noventa. Ambos escenarios tienen arquitecturas distintas, pero con las mismas aspiraciones. Ambos polos tienen sus propias estrategias y redes de inserción al proceso de globalización. El nuevo centro financiero puede estar más cerca de New York o Londres. Gamarra lo está de cualquier abigarrado barrio-factoría del Asia emergente.

Sin embargo, en relación al modo de como esa Lima popular, informal y aún miserable diseña sus propias estrategias de desarrollo e inserción al mundo globalizado, Gamarra no es el único ejemplo. El proceso de convertir la emblemática barriada Villa El Salvador en una adelantada "ciudad virtual", donde democracia vecinal y red informativa se complementan, es un buen ejemplo de esa energía utópica inherente al proyecto popular de ciudad.

Las dos realidades son manifestaciones típicas de la Lima de los noventa. Por ello, un fenómeno como el de Gamarra hubiera sido inconcebible si no es en el marco de una vuelta a formas de capitalismo salvaje y el reconocimiento de una vasta y determinante economía informal, como es el caso en el Perú. Lo que hizo el reajuste neoliberal de los noventa fue solo prender el generador de una dinámica económica y urbana de insospechables proyecciones, con todo lo bueno y negativo que tiene este proceso.

Conclusiones

La Lima de fines de los noventa ya no es la misma ciudad que la de hace diez años antes. Lima es ya “otra” ciudad. La profunda transformación que ha tenido lugar en este período, ha terminado por modificar el formato y estructura tradicionales. Esta transformación no es sino el resultado de un proceso que se inicia con el fin de la fase de violencia política, el inicio de la llamada pacificación nacional y la aplicación de un radical modelo neoliberal de reactivación económica.

Si hay un rasgo que caracteriza a esta etapa aún breve para su diagnóstico cabal, es el inicio del fin de un ciclo histórico, en términos del tradicional patrón unidireccional de crecimiento horizontal y expansivo de Lima. La ciudad crece hoy simultáneamente de modo multidireccional (hacia afuera y hacia adentro) y con una tendencia clara a la expansión verticalizada. Asimismo, la tradicional estructura monocéntrica de Lima empieza a desaparecer con la creación de los primeros polos des-concentrados de desarrollo, en gran parte motivados por las leyes del mercado inmobiliario, antes que por los dictados de una planificación urbana siempre incompetente.

Si en la década de los setenta Lima experimentó una suerte de expansión “ordenada” de la periferia, la Lima de los ochenta fue la ciudad de la calcutización e informalización en medio de la crisis económica más grave de la historia republicana del Perú. Pobreza extrema, violencia política y deslegitimización de cualquier forma de gestión urbana. Fue la ciudad del desborde popular sin límites y el caótico asalto cultural del Perú profundo. La Lima de los noventa es una ciudad con aspiraciones de

poner “orden”, recuperar niveles de gobernabilidad y delimitar de modo claro el espacio urbano como conjunto de áreas de exclusión social.

La Lima de los noventa es una cita literal, en versión corregida y aumentada, de algunos de las fases que caracterizaron el discurso ultraliberal respecto a la ciudad. Aquí se encuentra el liberalismo inicial del *boom* guanero de mitad de siglo XIX, el programa liberal de Nicolás de Piérola dando nacimiento a la Lima de la República Aristocrática, así como el discurso ultraliberal del oncenio leguista.

Si en las décadas de los setenta y ochenta el principal sujeto de cambio urbano fue el poblador y las decisiones político-administrativas promovidas desde el Estado (llámese invasiones de tierras, populismo urbano, etc.), en los noventa el capital inmobiliario privado vuelve con singular agresividad a retomar el rol de principal sujeto de cambio urbano, como había sucedido a lo largo de casi todo este siglo [XX]. La ciudad se mueve hoy en función del ritmo y la dirección del gran capital inmobiliario nacional e internacional.

El saldo final de la arquitectura de los noventa es la de registrar un conjunto de intervenciones desprovisto de originalidad y vitalidad utópica. Es una arquitectura para dar forma a las circunstancias y compromisos. Es una arquitectura constituida del lado más banal de cara a la fascinación hedonista de los objetos importados. Esta es la arquitectura de los noventa, promovida por el capital privado, las grandes corporaciones internacionales y la serie de nuevos ricos provenientes del negocio fácil.

Ciudad sin ciudad. La ciudad del no-lugar. Arquitectura para el adormecimiento social y político. Fujimori ha hecho (y está haciendo[1998]) la ciudad para reelegirse *ad-infinitum*. Ciudad-casino: la Lima neoliberal es una fiesta con más de las dos terceras partes de la población fuera de ella.

Bibliografía

- Beingolea, José (1997). "Modernidad? o Modernización". *Diseño de Espacios*, N°01-02, Año IV, Lima.
- Guillén, L y L. Scipion (1995). *Tendencias del crecimiento urbano de Lima Metropolitana al año 2015*. Lima: INEI; INADUR.
- Instituto Metropolitano de Planificación (1997). *Plan Maestro de Desarrollo Urbano del Cercado de Lima y su centro histórico y del Área Central Metropolitana*, Municipalidad Metropolitana de Lima, Noviembre. Resumen Ejecutivo.
- Ismodes, Julio Cesar (1997). *La ciudad de Lima. Economía Urbana*. Lima.
- Ortiz de Zevallos, Augusto (1996). "Momento fértil y vital de la arquitectura peruana". *Diseño de Espacios*, N°01-02, Año III, Lima.
- Weyland, Kurt(1997). "Neopopulismo y neoliberalismo en América Latina: afinidades inesperadas". *PRETEXTOS*, Revista del Área de Investigación Aplicada y Documentación de DESCO, N°10, Septiembre, Lima.
- Zubiate Vidal, Manuel (1998). "Gamarra, un complejo urbano". *Construcción*, N° 136, Marzo.

Dimensión metropolitana de la globalización: Lima a fines del siglo XX*

Miriam Chion

Introducción

El proceso de reestructuración económica global de fines del siglo XX, ha incorporado regiones altamente industrializadas como también regiones en condiciones marginales a la economía global, como es el caso de Lima Metropolitana. La atracción de flujos de capital, comercio e información internacional no sólo ha dependido de políticas centrales macroeconómicas, sino también de múltiples actores locales con capacidad de organización e innovación para captar estos flujos y articularlos a nivel local; tal es el caso de la elite ejecutiva que impulsa el desarrollo del nuevo distrito financiero o las empresas informales de confección, que expanden exponencialmente el distrito de confecciones. La convergencia de redes globales y locales ha desencadenado la emergencia de nuevos actores económicos, así como cambios en los procesos industriales y en las relaciones entre trabajadores e inversionistas. Estos cambios han contribuido a desdibujar las fronteras entre las economías formal e informal y a incrementar la diversidad social en los espacios de producción y consumo, al mismo tiempo que han acentuado la segregación en las áreas residenciales.

Estos procesos económicos y sociales se traducen en una nueva organización espacial metropolitana. El único centro metropolitano de múltiples actividades que Lima mantuvo por muchas décadas se ha desdoblado en numerosos centros especializados y redes de actividades informacionales, industriales, comerciales y culturales. Estos centros han generado una alta densidad de actividades y flujos de capital e información, creando una nueva jerarquía espacial metropolitana.

* Publicado originalmente en: Chion, Miriam (2002). "Dimensión metropolitana de globalización: Lima a fines del siglo XX". *Revista EURE*, Vol. 28, N° 85. pp. 71-87.

Esta investigación se basa en estudios existentes sobre ciudades en el contexto de reestructuración económica global y en el análisis empírico sobre Lima Metropolitana. El propósito principal es indagar sobre las condiciones bajo las cuales las regiones menos industrializadas participan en la economía global, así como los procesos sociales y económicos metropolitanos que establecen nuevas formas de organización espacial.

Reflexiones sobre espacios urbanos, redes globales y redes metropolitanas

La literatura existente sobre ciudades globales constituye un punto de partida para la identificación y definición de redes metropolitanas como elementos importantes en el proceso de transformación espacial en Lima Metropolitana. Esta literatura presenta diferentes puntos de vista sobre el espacio urbano y sobre la incidencia de la expansión de redes globales de producción e información en este espacio urbano, especialmente en la organización de actividades urbanas y el desarrollo de centros metropolitanos.

Reconfiguración de ciudades y espacios urbanos

Muchos investigadores urbanos coinciden en que las ciudades han experimentado cambios trascendentales en el contexto de la reestructuración económica global. Sin embargo, mientras algunos autores describen estos cambios como parte de un proceso continuo de desarrollo industrial, otros proponen la reconfiguración del espacio urbano dentro de lógicas distintas a la de los procesos anteriores de industrialización. Dentro de los primeros, Hall (1990) argumenta que las funciones de las ciudades globales, definidas como el movimiento e intercambio de bienes y el control del estado nacional, fueron las mismas en los años cincuenta que en los noventa, pero con un peso relativo diferente. De acuerdo a Hall, las ciudades globales están experimentando cinco procesos paralelos. Dos de estos procesos empezaron casi a principios del siglo XX: el desgaste de los gremios tradicionales y la transformación del sector manufacturero de

capital intensivo. Los otros tres procesos más recientes incluyen la contracción del sector de transporte y distribución de bienes a gran escala, el crecimiento de los servicios para los productores o sector de procesamiento de información y un aumento del sector de servicios al consumidor de consumo conspicuo. Desde una perspectiva similar, Sassen (1991, 1994) propone que las ciudades globales son lugares claves para finanzas y firmas de servicio especializados, sitios de innovación en industrias líderes y mercados para los productos e innovaciones producidas. Las ciudades globales emergen como centros de control y administración en el proceso de expansión territorial de actividades económicas dentro de la economía global.

A diferencia de estos enfoques de ciudades globales, confinados territorialmente y construidas jerárquicamente, Castells (1996) propone un enfoque definido por los flujos de información y redes. El espacio de flujos está, pues, descrito en base a tres niveles. El primer nivel está constituido por circuitos de impulsos electrónicos, procesamiento informático y el transporte de alta velocidad, los cuales forman la base material de la sociedad informacional. El segundo nivel está compuesto por lugares que constituyen los nodos integrados en una red, tales como Londres, Tokio, Nueva York, Zurich, Milán y Hong Kong, cada uno de los cuales desempeña diferentes funciones en la red financiera global. El tercer nivel representa la organización espacial de las elites dominantes que determinan la actual forma de dominación en la sociedad, donde la capacidad de organización de estas elites es paralela a su capacidad para desorganizar el resto de la sociedad.

Massey también propone una revisión del concepto de espacio. Argumenta que “lo espacial puede ser visto como algo construido a partir de una multiplicidad de relaciones sociales a través de todas las escalas espaciales, desde el alcance global de las finanzas y telecomunicaciones, pasando por la geografía de los tentáculos de poder nacional, hasta las relaciones sociales dentro del pueblo, el asentamiento, el hogar y el lugar de trabajo” (Massey, 1994). Esta autora afirma que los lugares en el contexto global están definidos no sólo por la movilidad de la población, sino también por el poder de la población en relación a los flujos y el movimiento. Algunos grupos sociales inician flujos y movimientos, otros los reciben y otros están restringidos por ellos. Propone una definición de

ciudades como lugares de encuentro, como “momentos articulados en redes de relaciones sociales” sin restricciones de territorio o tiempo específico (Massey, 1994).

Estos dos últimos enfoques asumen una perspectiva en la cual las ciudades no son objetos, sino procesos. Estos autores no sólo analizan un nuevo fenómeno, sino que también explican la relación entre espacio y tiempo en la configuración de ciudades que participan en el proceso de globalización. No proporcionan una definición explícita de la ciudad global, sino más bien un entendimiento de la nueva lógica espacial y el complejo proceso de desarrollo territorial.

Configuración de redes en el espacio metropolitano

Sobre la base de estos estudios y las observaciones propias sobre Lima Metropolitana, se puede inferir que la economía global ha establecido un proceso de creciente interdependencia entre ciudades, el mismo que debe ser entendido en el contexto de una red global urbana. La complejidad social del fenómeno de globalización, y por consiguiente la complejidad espacial, demanda una evaluación de las ciudades más allá del limitado concepto de aglomeraciones territoriales individuales.

Esta investigación propone la emergencia de una estructura de regiones metropolitanas organizada alrededor de redes especializadas en funciones urbanas específicas que conectan los múltiples centros metropolitanos. En esta organización espacial emergente, los lugares no están simplemente definidos por la acumulación de recursos, sino también por los flujos de transacciones financieras y de intercambio de información, así como por la habilidad para atraer fuerza laboral capacitada y visitantes. Por consiguiente, el análisis del espacio metropolitano deja de tener un foco solamente territorial concentrado en lugares y, más bien, se concentra en la interacción entre lugares.

Dentro de este contexto, y para el análisis de las recientes transformaciones en Lima Metropolitana, las redes metropolitanas se definen en base a cinco elementos esenciales: (1) flujos de información, capital, y población para la producción de servicios y productos especializados; (2) relaciones de confianza basadas en relaciones personales que facilitan las

transacciones en el proceso de toma de decisiones y procesos de producción; (3) intercambio de conocimientos sobre producción y procesos políticos, así como sobre sus actores principales; (4) desarrollo de reglas de participación formales e informales; y (5) apoyo material para el movimiento de capital, información y población, incluyendo sistemas de transportes y telecomunicaciones.

El efecto de estas redes en el espacio metropolitano depende del grado de movilidad de capital, información y población a través de estas redes, y de la capacidad de organización e innovación de los actores locales. El grado de movilidad de capital e información a través de estas redes locales y globales define las posibilidades de expansión económica. A mayor movilidad, mayores son las posibilidades de integración de los procesos de producción y los actores en distintos sectores industriales, barrios y regiones. La habilidad de los actores locales para captar flujos globales y articular éstos a las redes metropolitanas puede incrementar las posibilidades de desarrollo. Sin embargo, altos niveles de movilidad y participación en las redes globales no pueden generar desarrollo, a no ser que los actores locales tengan conocimiento y control sobre la generación y distribución de los flujos de capital e información.

Dentro de la región metropolitana, la conexión a las redes determina la jerarquía de poder de los diferentes actores locales y lugares. Los centros metropolitanos más prominentes tienen el mayor grado de conexión a las redes metropolitanas y globales. Los principales negocios, instituciones y la elite ejecutiva internacional en estos centros metropolitanos no sólo participan de estas redes, sino también tienen control sobre la distribución de capital e información. Un segundo nivel de conexión a las redes incluye centros metropolitanos más pequeños, así como pequeñas empresas y trabajadores temporales. Ellos tienen la posibilidad de integrarse a redes de actividades como receptores de información y recursos, pero no tienen control sobre la distribución de capital e información. Un tercer nivel incluye la gente y los lugares que establecen conexiones muy débiles con estas redes o que no llegan a conectarse, como la fuerza laboral no educada o barrios pobres periféricos, quienes tienen acceso muy limitado a empleo y capital, enfrentan condiciones de vida y trabajo inferiores y tienen oportunidades muy limitadas para participar en el proceso de desarrollo.

Crisis y recuperación económica del Perú en los años noventa

A mediados de los años noventa, Lima Metropolitana rompió su aislamiento de la economía global y retomó su participación en las redes globales bajo cuatro condiciones específicas: el proceso de estabilización política, la implementación de políticas económicas que favorecían inversiones internacionales, la disponibilidad de capital social y económico y las mejoras en transporte y telecomunicaciones. Estos cambios políticos y económicos tuvieron una incidencia concreta en la reorganización de actividades urbanas y su configuración espacial.

En los años precedentes a 1992, Perú experimentó un período de devastadora crisis económica sumada a los niveles más altos de violencia política en la historia del país. En 1988, las reservas nacionales experimentaron un balance negativo. Entre 1987 y 1992, la producción nacional experimentó una caída del 22%. En 1990, la tasa de inflación anual estuvo por encima del 7.600%. Las condiciones de pobreza se expandieron, alcanzando más de la mitad de la población, y la epidemia del cólera causó miles de muertes en los segmentos más pobres de la población (INEI, 1997a, 1997b; Iguíñiz, 1998; Crabtree y Thomas, 1998). Durante este período, Perú fue además marginado por las grandes instituciones financieras internacionales, como consecuencia de la iniciativa del Presidente Alan García de limitar los pagos de la deuda externa para amortiguar el impacto devastador que ésta estaba teniendo en los países latinoamericanos.

Después de 1992, Perú empezó a experimentar un rápido crecimiento económico, así como un crecimiento en comercio internacional e inversiones extranjeras, producto en gran parte de la reducción de los niveles de violencia y la implementación de drásticas políticas macroeconómicas. La producción nacional incrementó en un 43% entre 1992 y 1998, y en 1994 alcanzó el 13%, una de las tasas de crecimiento más altas en muchas décadas, y una de las más altas a nivel mundial. Entre 1990 y 1994, la tasa de inflación anual declinó del 7.600% al 20%. Entre 1990 y 1997, las exportaciones se duplicaron y las importaciones se triplicaron. Para poder participar en los mercados internacionales, el gobierno peruano tuvo que hacer concesiones especiales para proteger a los inversionistas extranjeros y facilitar el comercio internacional. En

1994, el estado de aislamiento había sido superado y las tendencias económicas sugerían que el país se había reincorporado a la economía global. Estos índices de crecimiento económico de mediados de los años 90 no se tradujeron necesariamente en una mejora en la calidad de vida de las mayorías. Sin embargo, los sectores que se llegaron a embarcar en este proceso de crecimiento económico durante este período no fueron exclusivamente los sectores económicos y poblacionales tradicionales. Nuevos actores, lugares y sectores económicos se integraron a este proceso de cambio, aunque sólo algunos de éstos llegaron a iniciar un proceso de desarrollo sostenido.

Actividades urbanas y redes en Lima metropolitana

Dentro del contexto nacional, Lima Metropolitana representa gran parte de la población y de la economía de Perú. A fines de los años 90, concentraba un tercio de los 23 millones de habitantes en el país, la mitad del Producto Bruto Interno (PBI) y tres cuartos de su infraestructura de telecomunicaciones (INEI, 1997a, 1997b). Este proceso de centralización se agudizó en los últimos 50 años, período en el cual la población de Lima Metropolitana aumentó diez veces, a pesar de su inadecuada ubicación en un desierto árido en la costa central de Perú. La mayoría de este crecimiento urbano ocurrió durante los años sesenta y setenta, cuando la migración desde otras regiones del país se intensificó.

Por siglos, la organización espacial de Lima Metropolitana estuvo basada en un solo centro, el centro histórico, que cumplía funciones múltiples que servían a la mayoría de los barrios. La centralización del país se replicaba dentro de su capital. Situado en el extremo norte del casco urbano original, adyacente al río Rímac, el centro histórico ha sido sede principal de las funciones de gobierno. El centro histórico articulaba la ciudad a través de una estructura radial metropolitana. Estaba rodeado por dos anillos concéntricos: un anillo interno, definido por la antigua área urbana consolidada, y un anillo externo, definido por los barrios periféricos.

En el extremo oeste de la antigua área consolidada se encuentran el puerto y el aeropuerto internacional, conectados con el centro histórico a través del más importante corredor industrial. La zona residencial de

clase media y alta tradicional, incluyendo los distritos de Miraflores y San Isidro, está ubicada al extremo suroeste de la antigua área consolidada, y está conectada con el centro histórico a través de la autopista principal de la ciudad.

Los barrios periféricos son, principalmente, el resultado del crecimiento urbano de los últimos 30 años, cuando la población de la ciudad aumentó aceleradamente y rebasó la capacidad del área consolidada. Esta expansión urbana, basada predominantemente en toma de tierras y autoconstrucción, fue paralela a la expansión del sector informal que emerge como alternativa de empleo para este gran sector de la población. Después de algunas décadas, muchas de estas barriadas se han convertido en barrios periféricos consolidados, con infraestructura, servicios y negocios adecuados, pero otras permanecen aún en condiciones muy pobres y con infraestructura limitada. Todas las barriadas en conjunto ocupan cerca de un tercio del área metropolitana.

Durante los años setenta y ochenta, el centro histórico entró en un proceso de deterioro en su configuración física y económica, que resultó en el desplazamiento de muchos negocios e instituciones al nuevo y moderno centro metropolitano en Miraflores, y a centros distritales en el resto de la ciudad. Estos centros distritales servían a sus barrios y replicaban hasta cierto punto las funciones múltiples que se realizaban en el centro histórico, pero a una escala más pequeña. Seguían la estructura jerárquica social y económica de los barrios de la ciudad: los barrios de altos ingresos desarrollaron centros más grandes con una amplia gama de negocios, servicios e instalaciones urbanas; los barrios de menores ingresos desarrollaron centros más pequeños con menos servicios. Este patrón de organización espacial metropolitana cambia en los años noventa como resultado de la reorganización de actividades que se describe a continuación.

Actividades informacionales

78 Hoy en día, las actividades informacionales constituyen uno de los componentes más importantes de las economías urbanas y del desarrollo. Estas actividades, principalmente ubicadas dentro del sector terciario o de ser-

vicios, concentran las empresas e instituciones que se dedican a la producción o procesamiento de información así como a la toma de decisiones, incluyendo entre otras las empresas financieras, sedes corporativas, servicios profesionales, consultorías y agencias de gobierno.

Durante los años noventa, la expansión de estas actividades en Lima Metropolitana aparece relacionada al crecimiento económico acelerado conectado a inversiones y comercio internacional, así como a la disponibilidad de una fuerza laboral calificada. Las actividades informacionales establecen la infraestructura institucional y física que permite la participación de empresas e instituciones en el ámbito internacional. La expansión de estas actividades se hace evidente en el crecimiento de la inversión extranjera dentro de ciertos sectores, la expansión de la Bolsa de Valores de Lima y la expansión y diversificación del comercio internacional.

Entre 1990 y 1997, la inversión extranjera en el Perú se cuadruplicó. Pero un factor aun más importante que el nivel total de crecimiento, fue la distribución de estas inversiones por sectores económicos, donde se identifica el mayor crecimiento en los sectores relacionados a las actividades informacionales. El sector financiero creció seis veces y el sector de energía, comunicaciones y transporte, más de 500 veces (el crecimiento exponencial de este último se explica en gran parte por la compra de la compañía de teléfonos por empresas españolas, y una acelerada expansión de estos servicios que se mantuvieron reducidos por muchos años).

Cuadro 1. Inversión extranjera por Sector Económico, 1990 - 1997
(Millones de Dólares Constantes)

	1990	1997	% de	Distribución en %	
			Crecimiento	1990	1997
Agricultura, Pesca y Minería	492	1,21	145,8	37,8	17,3
Energía, Comunicaciones, Transporte	6	3,381	57210,2	0,5	48,5
Construcción e Industria	442	1,147	159,6	34	16,4
Finanzas	102	723	606,9	7,9	10,4
Comercio	205	416	103,2	15,7	6
Servicios	54	100	84,9	4,1	1,4
Total	1,301	6,977	436,3	100	100

Fuente: Instituto Nacional de Estadística e Informática.

Entre 1991 y 1997, la Bolsa de Valores de Lima se multiplicó 15 veces, de 470 millones a 7.7 mil millones de dólares aproximadamente. De acuerdo al Fondo Monetario Internacional (FMI), entre 1992 y 1998 el comercio internacional creció de 7.7 a 14.3 mil millones de dólares, es decir, un crecimiento del 86%. La diversificación del comercio internacional es un factor importante en este período de crecimiento económico. Mientras que en las décadas de los setenta y ochenta el intercambio comercial con los Estados Unidos era mucho mayor que con cualquier otra región en el mundo, este patrón varía en los 90: el intercambio comercial con países asiáticos y latinoamericanos casi se duplicó a 1.39 y 2.29 mil millones de dólares, respectivamente, al tiempo que con Estados Unidos el crecimiento fue del 30%, a 1.94 mil millones de dólares.

Además de la inversión extranjera y comercio internacional, la expansión de este sector informacional en Lima Metropolitana se hizo posible debido a la disponibilidad de una fuerza laboral calificada. En los años noventa, la fuerza laboral era proporcionalmente más extensa y más educada que en décadas anteriores. Entre 1981 y 1993, el número de personas con educación superior técnica o profesional creció de 224 mil a 595 mil, y el número de profesionales creció a más del doble, de 162 mil a 335 mil (INEI, 1996).

La expansión de estas actividades informacionales se presenta dentro de nuevas formas de organización institucional y empresarial, donde extensas redes análogas establecen un fluido intercambio de información dentro de una elaborada infraestructura de telecomunicaciones y relaciones de confianza, establecidas a partir de organizaciones profesionales y sociales. Estas redes han facilitado el acceso a capital nacional e internacional a través de nuevos servicios financieros, de bienes raíces y de seguros especializados, así como también a través del uso de nueva tecnología, como cajeros automáticos y transacciones electrónicas. El alcance de estas redes financieras no sólo ha incorporado grandes corporaciones tradicionales, sino también negocios marginales e informales, permitiéndoles acelerar sus transacciones con el uso de estos servicios especializados y nueva tecnología.

Esta expansión y reorganización espacial de actividades informacionales tienen una implicación especial en la configuración espacial de la región metropolitana. Hasta mediados de los años ochenta, estas activida-

des se localizaban principalmente en el centro histórico y en el centro moderno de Miraflores. Durante los noventa, las actividades informacionales se dividieron en dos grupos principales: las actividades corporativas, que concentran la toma de decisiones y las conexiones internacionales, se ubicaron en el nuevo distrito financiero en San Isidro, mientras que los servicios básicos como servicios financieros al público en general, corretaje de bienes raíces o servicios legales locales, crecieron en vecindarios periféricos y, hasta cierto punto, han permanecido en el centro histórico y Miraflores.

El nuevo distrito financiero en San Isidro, hasta hace poco un barrio predominantemente residencial de altos ingresos, se ha desarrollado como un espacio adecuado para la clase ejecutiva local e internacional que opera dentro de una red global de centros urbanos, y que requiere ciertas facilidades urbanas típicas de esta red. Este distrito financiero se diferencia del centro histórico en su especialización de funciones. Mientras que el segundo combinaba actividades financieras con una amplia gama de otros negocios, funciones de gobierno y actividades culturales, el nuevo distrito financiero se especializa en actividades informacionales.

En 1996, San Isidro tenía la segunda concentración más grande de empleos formales en Lima Metropolitana, con cerca del 9% (140 mil empleos). La concentración más alta estaba en el distrito de El Cercado, donde está situado el centro histórico, con cerca del 17% (240 mil empleos). San Isidro tenía la más alta concentración de empleos informacionales, 30% del total en Lima; 12% de instituciones financieras; 25% de corredores y consultores financieros y 36% de compañías de seguros (INEI, 1996).

En los años noventa, ni el centro histórico ni el centro moderno de Miraflores pudieron absorber el crecimiento de los negocios y empleos informacionales. A pesar de la vitalidad económica, servicios internacionales y facilidades disponibles en Miraflores, San Isidro fue considerado como un lugar más atractivo.

A diferencia de aquellos distritos financieros alrededor del mundo que se establecen en áreas con valores de propiedades inmobiliarias muy bajos, la emergencia y consolidación de este distrito financiero en San Isidro ha ocurrido en un área residencial de alto status social y económico, desplazando principalmente a una población de altos ingresos. El pres-

tigio social asociado a San Isidro ha proporcionado una configuración urbana atractiva para las crecientes actividades informacionales y para las elites ejecutivas locales e internacionales. San Isidro ofrece condiciones de comodidad, conveniencia y ambiente “seguro”, requeridas por empresarios internacionales en otras ciudades importantes en el mundo. El distrito de San Isidro ofrece también dos niveles de aislamiento del resto de la región metropolitana: un aislamiento de las actividades comerciales, industriales y de entretenimiento, así como un aislamiento social de los sectores de bajos recursos.

La consolidación de este distrito refleja el más directo impacto espacial que Lima Metropolitana haya experimentado a causa de la extensión de redes financieras globales, en un área que constituye el nodo económico más importante de la economía metropolitana y nacional. Las actividades informacionales, entre otras actividades urbanas, constituyen el modelo más claro de concentración espacial de capital y poder de decisión económico, mientras que las redes locales han aumentado la movilidad social y económica de empresas con capacidad de innovación y de la fuerza laboral capacitada.

Actividades industriales

La reorganización de actividades industriales en el ámbito internacional tiene una referencia específica en el caso de la industria de confecciones en Lima Metropolitana. Los cambios en las condiciones políticas y económicas durante la recesión de finales de los años ochenta y comienzos de los noventa, así como el crecimiento económico acelerado de mediados de los noventa, dieron lugar a la reorganización de actividades industriales en general y de la industria de confecciones en particular.

Durante la crisis de los años ochenta, muchas de las grandes fábricas textiles y de confecciones en Lima Metropolitana enfrentaron grandes dificultades como resultado de una inflación desenfrenada, la contracción de sueldos y salarios, y la inhabilidad de reducir los costos de producción (Tello, 1995). Estas dificultades se incrementaron con los cambios en las políticas industriales nacionales de los años noventa, las que implicaron la desaparición de las políticas y programas de substitución de importacio-

nes implementados originalmente en los años sesenta y setenta en gran parte de América Latina. Las políticas económicas puestas en ejecución en los noventa para responder a las demandas de las instituciones financieras internacionales, incluyeron reducciones importantes en aranceles de importación, que dieron lugar a la expansión de importaciones de ropa y equipo de fabricación, principalmente de Corea, China, Japón y otros países asiáticos. Imposibilitadas de competir con estos productos importados, pocas fueron las grandes empresas que pudieron subsistir. Por el contrario, las pequeñas empresas especializadas enfrentaron condiciones más propicias para producir y multiplicarse gracias a la disponibilidad de mano de obra calificada, generada por los despidos masivos en los sectores privados y públicos, la importación de maquinaria apropiada a bajo costo y la flexibilidad de estas pequeñas empresas para adaptar sus productos a las modas cambiantes y a precios módicos.

El distrito de confecciones de Gamarra ilustra cómo las pequeñas empresas encontraron formas eficientes de organizarse y espacios apropiados para una producción especializada. El desarrollo de Gamarra es el producto de la habilidad de empresarios y organizaciones locales para establecer reglas informales de cooperación, mantener su identidad cultural y retener el poder local, a pesar de la creciente participación de empresas nacionales e internacionales. Este distrito ha podido disfrutar de los beneficios que las redes institucionales locales fuertes, emergidas del sector informal, generan al intersectarse con una diversidad de redes internacionales descentralizadas. Esta intersección de redes locales e internacionales se ha desarrollado sobre la base de un alto nivel de interacción entre pequeñas y grandes empresas locales, la reinversión hecha por grandes empresas locales y el liderazgo de organizaciones empresariales innovadoras. Esta configuración institucional ha facilitado la convergencia de actividades de manufactura, comercio y servicios, así como de operaciones formales e informales, en un ambiente que fomenta el uso de nueva tecnología e innovaciones en la organización de actividades y define nuevas formas de organización espacial en la región metropolitana.

Las redes locales de producción en este distrito se componen de relaciones entre empresarios, subcontratistas, proveedores y clientes. Las relaciones de confianza y la flexibilidad en las operaciones han sido esencia-

les en la consolidación de estas redes, las cuales incluyen muchas transacciones informales.

La combinación de actividades de fabricación y actividades comerciales ha permitido una proximidad a los clientes, que a su vez genera un circuito completo de intercambio de información entre productores y consumidores. La estrecha proximidad entre fabricantes, minoristas y clientes, es crucial en la fabricación de ropa, debido a que la industria de confecciones es altamente sensible a los constantes cambios en la moda, involucra una variedad de productos y requiere una amplia gama de insumos. Esta concentración de actividades y redes ha permitido también que pequeñas empresas alcancen economías de escala y que los fabricantes disminuyan sus costos de transporte y de distribución, lo cual permite que ofrezcan productos a bajos precios. Por otro lado, la dispersión de estas redes a nivel metropolitano ha permitido asegurar el suministro oportuno de productos de la calidad especificada por parte de contratistas y proveedores.

A diferencia de los patrones de comercio internacional de las décadas anteriores, que solamente incorporaban grandes instituciones financieras y corporaciones, la expansión reciente de las conexiones internacionales en Lima Metropolitana ha integrado una amplia gama de negocios, industrias y países. A pesar de su previa condición marginal, los negocios en el distrito de confecciones de Gamarra han obviado la elite industrial local y han podido establecer acceso directo a redes internacionales especializadas. Las pequeñas empresas han logrado acceso no sólo a insumos, maquinaria importada e información, sino que también han alcanzado mercados internacionales, especialmente en Sudamérica, Norteamérica y Asia, a través de múltiples canales, incluyendo contrabando, corredores de ropa, consorcios de pequeñas empresas, ferias y mesas redondas. Este distrito también ha atraído a empresarios de negocios coreanos, quienes han abierto pequeñas fábricas y tiendas.

Por muchas décadas, la mayoría de las actividades industriales en Lima Metropolitana se había concentrado en corredores industriales dedicados a la industria pesada y plantas de producción en serie. Mientras el número de negocios y trabajadores en estos corredores industriales permanecía estable o se reducía, muchas actividades industriales se trasladaron a nuevos centros especializados, los cuales definen las nuevas formas de organización espacial que el caso de Gamarra ejemplifica.

Durante los años sesenta, había menos de cien negocios de confecciones que respondían predominantemente a las necesidades de la población de bajos ingresos, que había migrado recientemente a Lima desde ciudades pequeñas y áreas rurales, y que requería de vestimenta a bajo costo. A comienzos de los noventa había cerca de 10 mil pequeñas empresas, y en 1997 llegaban aproximadamente a 15 mil. Entre 1993 y 1997, se estima una expansión del volumen total de ventas anuales de US\$ 566 millones a US\$ 832 millones en el caso más conservador, o a US\$ 1.433 millones en el caso más optimista. A fines de los noventa, Gamarra representaba casi la mitad de todos los negocios textiles y de confecciones en Lima Metropolitana.

A diferencia de los corredores industriales que albergaban todo tipo de industrias, los centros industriales emergentes se han especializado en un tipo de producto y han atraído servicios relacionados. En el caso de Gamarra, se da una especialización en función a las prendas de vestir, al tiempo que se combinan las actividades de producción con actividades de venta al por mayor y menor, así como servicios de producción y gestión, todos ellos integrados verticalmente. Otros dos centros industriales importantes que siguieron este modelo son el centro de fabricación de muebles en el parque industrial de Villa El Salvador y el centro de fabricación de calzado en San Juan de Lurigancho, ambos localizados en barrios periféricos en proceso de consolidación.

El distrito de confecciones de Gamarra representa un caso particular debido a su dimensión económica y al cambio en la configuración espacial y social de este barrio. Gamarra, uno de los barrios más marginales, caracterizado tradicionalmente por condiciones de pobreza y altos niveles de delincuencia, se transformó en un centro metropolitano importante, conectado con negocios y mercados internacionales. Este crecimiento ha dado lugar a importantes inversiones en edificios modernos, algunos de los cuales han alcanzado los valores de propiedad más altos de la región metropolitana, y han atraído a clientes de una amplia gama de sectores sociales. Gamarra también se ha convertido en proveedor de tiendas de ropa especializada de barrios de clase alta, organiza sus propios desfiles de moda y atrae una amplia gama de clientes, tanto de clase media como alta.

Actividades culturales y de entretenimiento

Así como en las actividades informacionales e industriales, los cambios políticos y económicos de los años ochenta y noventa han condicionado también la reconfiguración espacial de actividades culturales y de entretenimiento. A finales de los años ochenta y comienzos de los noventa, la contracción de actividades culturales y de entretenimiento no sólo obedecía a la recesión y los limitados recursos económicos de la población, sino también a las restricciones generadas por los problemas de violencia política. Problemas de seguridad física limitaron los espacios de congregación pública y las actividades nocturnas. Calles y plazas en lugares centrales fueron cerradas al tráfico peatonal y vehicular para aumentar los niveles de seguridad y limitar el número de incidentes. Este paisaje urbano cambió drásticamente a mediados de la década de 1990, cuando se redujeron los niveles de violencia política y se dio una proliferación de actividades culturales y de entretenimiento. Nuevos teatros, librerías, galerías de arte, museos, centros culturales y clubes de cine se abrieron y expandieron sus audiencias. Estos lugares se han multiplicado y han diversificado sus productos y eventos, que van de lo tradicional a lo moderno, incluyendo elementos de consumo masivo internacional.

Estas actividades culturales y de entretenimiento en los años noventa tienen una caracterización social y configuración espacial particular, debido a la tensión entre el consumo masivo internacional y la demanda de una identidad local. La reducción en los aranceles de importación y la expansión de medios de comunicación, resultaron en una amplia difusión de productos importados. Programas de televisión, videos, revistas, espectáculos y otros elementos de entretenimiento importados, que eran exclusividad de una elite local, pasaron a ser objetos de consumo de sectores más amplios, incluyendo la población de bajos ingresos. Este fenómeno tuvo el efecto involuntario de disminuir el status social de esos productos y alzar el valor de los productos locales, que ofrecen elementos de la cultura tradicional y refuerzan la definición de una identidad local. Estos patrones culturales y de entretenimiento se dan también en una mezcla de cultura tradicional con elementos modernos, lo cual ha creado una imagen actualizada de modernidad que se considera muy atractiva, generando una nueva identidad basada en tradiciones locales

pero percibida en términos de valores contemporáneos y de tendencias internacionales.

Esta expansión de actividades culturales y de entretenimiento se da también, como en el caso de las actividades financieras y de confecciones, dentro de una serie de redes locales e internacionales. Las instituciones más activas en la articulación de estas redes de actividades culturales y de entretenimiento son el gobierno municipal, organizaciones no gubernamentales, asociaciones de artistas, corporaciones financieras y entidades internacionales. El gobierno municipal metropolitano ha jugado un papel central en el desarrollo de las redes que apoyan la promoción de actividades culturales y ha facilitado la participación de patrocinadores del sector privado, así como también de organizaciones internacionales, que promueven la rehabilitación de lugares de importancia histórica. Ha promovido una amplia gama de actividades culturales, incluyendo espectáculos, ferias, desfiles y eventos religiosos en respuesta a las necesidades de una población muy diversa, incluyendo a los inmigrantes de otras regiones del país.

Esta expansión y reorganización de actividades culturales y de entretenimiento ha resultado en la especialización del centro histórico en actividades con carácter local, al mismo tiempo que se refuerzan centros de actividades en barrios urbanos consolidados, como Miraflores y Barranco, y se crean nuevos centros en barrios periféricos emergentes, como Villa El Salvador, San Juan de Lurigancho, Vitarte, El Agustino y Comas. Por otro lado, centros de entretenimiento de consumo masivo internacional, que incluyen casinos, salas de juego y moteles, entre otros, se han ubicado en barrios de fácil acceso, como en el caso de la Avenida La Marina o San Borja.

El énfasis en actividades culturales en el rehabilitado centro histórico, ha redefinido su rol y ha proporcionado un espacio de identidad urbana para la población local. La rehabilitación del centro histórico surgió como una reacción a la creciente homogeneización de espacios en Lima Metropolitana, resultado de la adopción indiscriminada de los predominantes patrones internacionales de desarrollo. La construcción de centros comerciales, centros de ventas al por menor y oficinas, se ha venido desarrollando según estándares internacionales y sin referencias locales específicas. En contraste, el rehabilitado centro histórico ahora ofrece un espa-

cio para uso público que tiene una fuerte conexión con la historia local, crea un sentido de pertenencia para la población y de referencia para los visitantes internacionales. La población de clase media y clase alta, que había dejado de frecuentar el deteriorado centro histórico por más de dos décadas, ha retornado atraída por los eventos culturales presentados en la nueva configuración rehabilitada del centro. Este ha restablecido también un uso intensivo de las calles y plazas, el que está siendo replicado en otros barrios. El centro de Barranco es otro ejemplo similar al del centro histórico. Es el caso de un viejo barrio renombrado para su comunidad artística, que logró sobrevivir la ola de modernización que arrasó con otros barrios de la ciudad, y continúa albergando una variedad de acontecimientos culturales. La plaza principal y calles adyacentes despliegan innumerables cafés, restaurantes, peñas, bares y discotecas que atraen a público de diferentes niveles económicos.

Dentro de un patrón contrastante al de Barranco, surgió el área de casinos y moteles en La Avenida La Marina, que conecta los centros metropolitanos principales con el aeropuerto. Esta zona de entretenimiento, denominada *Little Las Vegas*, atraía en 1997 entre 110 mil a 120 mil personas por día en fines de semana y cerca de 27 mil en días laborables, y además registraba el número más alto de transacciones de cajero automático en todo el país.

Actividades comerciales

La expansión económica de los años noventa tiene un claro reflejo en la proliferación de actividades y establecimientos comerciales, la cual obedece a tres factores principales: el ingreso de productos importados, la promoción de consumo masivo a través de múltiples medios de comunicación, y la expansión del consumo a través de tarjetas de crédito. A pesar de que estas actividades se organizan mayormente a través de redes comerciales tradicionales y espacios ya establecidos en décadas previas, la expansión de estas redes en el ámbito internacional, así como la integración de actividades formales e informales, definen nuevos elementos en la organización económica y espacial de estas actividades.

Gran parte de las actividades comerciales de venta al por menor ha permanecido en los centros metropolitanos tradicionales, tales como el centro histórico o Miraflores, y ha crecido en los centros de comercio menores en otros barrios de Lima Metropolitana. Pero además de este patrón preestablecido, la creación de nuevos megacentros comerciales y ferias de comercio ambulatorio representan los dos elementos más promi- nentes del consumo masivo formal internacional y del consumo masivo informal, respectivamente. A pesar de la simbología distintiva de estos esta- blecimientos, a los dos extremos del espectro de patrones de consumo, la expansión de redes de actividades comerciales ha facilitado la conexión entre ellos. Los megacentros comerciales no sólo incluyen ventas de pro- ductos importados, sino también productos locales provenientes del sector informal. Al mismo tiempo, las ferias de comercio ambulatorio no sólo incluyen la venta de productos locales, sino también importados.

Los megacentros comerciales se han construido según estándares in- ternacionales, como grandes complejos que incluyen supermercados, tiendas especializadas, establecimientos de comida al paso, cines de múl- tiples pantallas y grandes playas de estacionamiento. Estos centros comer- ciales se han construido como complejos autocontenidos, aislados del entorno urbano existente. Están diseñados para atraer clientes de altos ingresos, pero su ubicación estratégica y edificación prominente atraen a una clientela muy amplia, no necesariamente para consumo sino como un lugar de reunión, entretenimiento o para consumo de comida al paso. Jockey Plaza es uno de los complejos más grandes, inaugurado en 1997. Está ubicado en la intersección de dos vías principales, entre el distrito financiero y la zona de expansión residencial de altos ingresos. Larco Mar es otro de estos complejos recientemente [2002] terminados, cuya cons- trucción provocó una controversia mayor, debido a la transformación que causó en el Parque Salazar, uno de los hitos más importantes del distrito de Miraflores. Este complejo es uno de los casos típicos donde los ele- mentos de referencia local no pueden competir frente a la inversión cor- porativa en elementos de consumo masivo internacional.

En contraste con los megacentros comerciales, las ferias de comercio ambulatorio han surgido como simples estructuras abiertas de bajo costo, en su mayoría organizadas a partir de pequeños quioscos estandarizados e integradas a las calles y tejido urbano, como Polvos Azules, Polvos

Rosados y Las Malvinas. Éstas se especializan en productos de bajo costo producidos localmente o importados de Asia u otros países latinoamericanos. Muchas de estas ferias han sido construidas con la ayuda de gobiernos municipales, como parte del programa de reubicación de vendedores ambulantes que fue requisito para la rehabilitación del centro histórico. Estas ferias son uno de los elementos de transición entre la economía informal y formal. Los pequeños negocios que participan en ellas están registrados por los gobiernos locales, pero aún tienen flexibilidad para sus operaciones informales.

Patrón espacial emergente en Lima metropolitana

En los años noventa, el patrón espacial emergente en Lima Metropolitana se caracterizó por el crecimiento de múltiples centros especializados dentro de una estructura cada vez más descentralizada. El centro histórico de funciones múltiples se ha desdoblado en múltiples centros metropolitanos especializados en determinadas actividades informacionales, industriales, comerciales o culturales, los cuales se articulan a través de redes de información, de transacciones comerciales o de relaciones sociales.

La habilidad de actores locales para captar flujos de capital e información ha sido uno de los factores esenciales en el desarrollo de estos centros metropolitanos. Esto contrasta con los anteriores patrones de desarrollo, en los cuales las inversiones de grandes capitales, público y privado, eran el factor primario. Los centros metropolitanos emergentes han dependido en gran parte de la fuerza de las organizaciones locales para fomentar la innovación de productos y de procesos económicos, para articular recursos locales e internacionales y para atraer una diversidad de trabajadores, visitantes y clientes. En este contexto, incluso las áreas marginales como Gamarra o Villa El Salvador, han roto barreras económicas y sociales, y han surgido como centros metropolitanos importantes.

Como se describe en la sección anterior, las actividades informacionales principales han gravitado hacia un nuevo distrito financiero en San Isidro, que responde a las necesidades de una elite ejecutiva profesional, al mismo tiempo que las actividades informacionales secundarias se han dispersado a partir de este distrito y gracias a la infraestructura de teleco-

municaciones. Por otro lado, ciertas actividades industriales han encontrado espacios más propicios para la producción y crecimiento en distritos marginales, como el distrito de confecciones de Gamarra, donde un sector informal con capacidad de innovación y organización ha podido conectarse a redes internacionales. Estos distritos proveen mayor flexibilidad para el establecimiento de pequeños negocios y especialización de productos que los tradicionales corredores industriales. Las actividades comerciales han aumentado en los espacios tradicionales, pero han creado también nuevos espacios polarizados: los megacentros comerciales de carácter internacional y las ferias de ambulantes de carácter informal local. De igual manera, las actividades culturales y de entretenimiento han gravitado hacia espacios de identidad local, como el centro histórico o Barranco, o espacios de carácter genérico, como la Avenida La Marina.

Esta organización de actividades sugiere una jerarquía espacial dentro de la estructura metropolitana emergente, determinada en gran parte por la movilidad de capital, información y población a través de las redes más que por la concentración de capital e infraestructura, que solían ser los factores determinantes. La jerarquía espacial tradicional, con el poder económico concentrado en el principal centro metropolitano y disminuyendo hacia la periferia urbana, ha sido sustituida por una geometría más compleja, en la cual los múltiples centros metropolitanos y sus respectivas redes concentran diferentes grados de poder económico, de acuerdo a la habilidad para movilizar capital, información y población. Cuanto mayor es el flujo de recursos, el alcance internacional y la facilidad de desplazamiento a través de una red, más alta es la posición de esta red en la jerarquía metropolitana. De igual manera, cuanto mayor es la convergencia de flujos en un nodo dado, más alta es la posición de este nodo en una red. En la jerarquía tradicional, el grado de marginalidad estaba determinado por la marginalidad territorial, como en el caso de los barrios periféricos. En la estructura emergente, el grado de marginalidad de un lugar está determinado por la carencia de conexión a las redes metropolitanas, sin importar su localización geográfica.

La organización en base a redes ha permitido una mayor movilidad de recursos. La movilidad de capital, que estaba contenida principalmente dentro del sector corporativo y de ciertas industrias, tales como minería y pesca, se ha ampliado a empresas más pequeñas a través de una diversi-

dad de industrias y de sectores formales e informales. Por otro lado, mientras que el acceso a información se mantiene correlacionado a la concentración de recursos y capital, la disponibilidad de nueva tecnología e infraestructura ha contribuido a una mayor difusión de información local e internacional a través de múltiples sectores de la población, distritos y sectores económicos. La movilidad espacial de la población, que era mayormente concéntrica, de lugares residenciales a determinados centros de empleo y de servicios ubicados alrededor del centro histórico, se realiza ahora dentro de un patrón multidireccional entre los múltiples centros especializados.

Estos nuevos patrones de jerarquía y movilidad espacial no se traducen necesariamente en una superficie homogénea de espacios equitativos, sino más bien en una organización espacial con diferentes elementos de referencia. La estructura espacial concéntrica, en función al centro histórico, se está desvaneciendo, y un eje este-oeste está emergiendo como un nuevo elemento de referencia. Este eje, objeto de importantes inversiones en infraestructura vial, está definido por el aeropuerto internacional en el extremo oeste, la zona suburbana residencial de altos ingresos en el extremo este y el distrito financiero en un punto intermedio. Asimismo, una variedad de actividades comerciales y de entretenimiento ha gravitado hacia diferentes segmentos de este eje. Dentro de la zona suburbana, donde predominan áreas residenciales de bajos ingresos con escasos servicios e infraestructura, múltiples barrios han experimentado un proceso de consolidación que incluye el desarrollo de una variedad de negocios y servicios, así como el establecimiento de gobiernos locales. Por otro lado, el nuevo fenómeno suburbano es el desarrollo de áreas residenciales de altos ingresos.

La reorganización espacial de actividades alrededor de redes metropolitanas y nodos, ha facilitado la convergencia de una amplia gama de grupos sociales y de actores locales en los centros metropolitanos. Aunque esta convergencia de grupos sociales no se ha traducido necesariamente en integración social, estos nuevos centros metropolitanos han creado espacios que son compartidos por los diversos grupos sociales, tales como los clientes de altos ingresos que también visitan el centro de confecciones en Gamarra, la clase alta que retorna al centro histórico para actividades culturales o la población de escasos recursos que frecuenta los

Cuadro 2. Patrones espaciales emergentes en Lima Metropolitana

		Antes de 1990	1990
Organización	Estructura	Centralizada de organización radial	Descentralizada de múltiples centros articulados a través de redes
	Centros	Antiguo centro metropolitano de múltiples funciones	Múltiples centros especializados
	Periferia	Predominante zona residencial de bajos ingresos	Emergencia de negocios, servicios, entre-tenimiento, y zonas residenciales de altos ingresos
Jerarquía	Concentración de poder	Concentración de capital e infraestructura	Concentración de capital e infraestructura además de movilidad de capital, información, y población
	Alta	Centro urbano	Nodos y redes
	Baja	Periferia urbana	Áreas fuera de nodos y redes
Movilidad	Población	Concéntrica: de áreas residenciales las zonas de empleo y comercio en el centro de la ciudad	Multidireccional: entre los múltiples centros especializados de ubicación dispersa
	Capital	Alta movilidad a nivel corporativo y sectores mineros y de pesca	Alta movilidad a nivel corporativo, creciente movilidad entre nuevas industrias y pequeños negocios
Actividades Urbanas	Información	Acceso y difusión limitada	Acceso y difusión más abierto dada expansión de telecomunicaciones
	Informacional	Concentradas en antiguo centro metropolitano y centro moderno (Miraflores)	Oficinas centrales concentradas en distrito financiero, oficinas de servicio local dispersas en toda la región metropolitana
	Industriales	Concentradas en corredores industriales y antiguo centro metropolitano	Dispersas, localizadas en distritos industriales
	Culturales y de entretenimiento	Concentradas en centro moderno (Miraflores)	Reconcentración en el centro histórico y dispersión entre otros centros antiguos y modernos
	Comerciales	Ubicadas en antiguo centro metropolitano, centro moderno (Miraflores) y barrios	Ubicadas en centro histórico, centro moderno (Miraflores), barrios, megacentros comerciales y ferias

megacentros comerciales, aunque sólo sea para propósitos de entretenimiento. Sin embargo, la segregación social que ha disminuido en estos espacios de consumo se ha agudizado en los espacios residenciales, como es el caso de las áreas residenciales del sector de altos ingresos en las zonas suburbanas, donde el acceso es controlado.

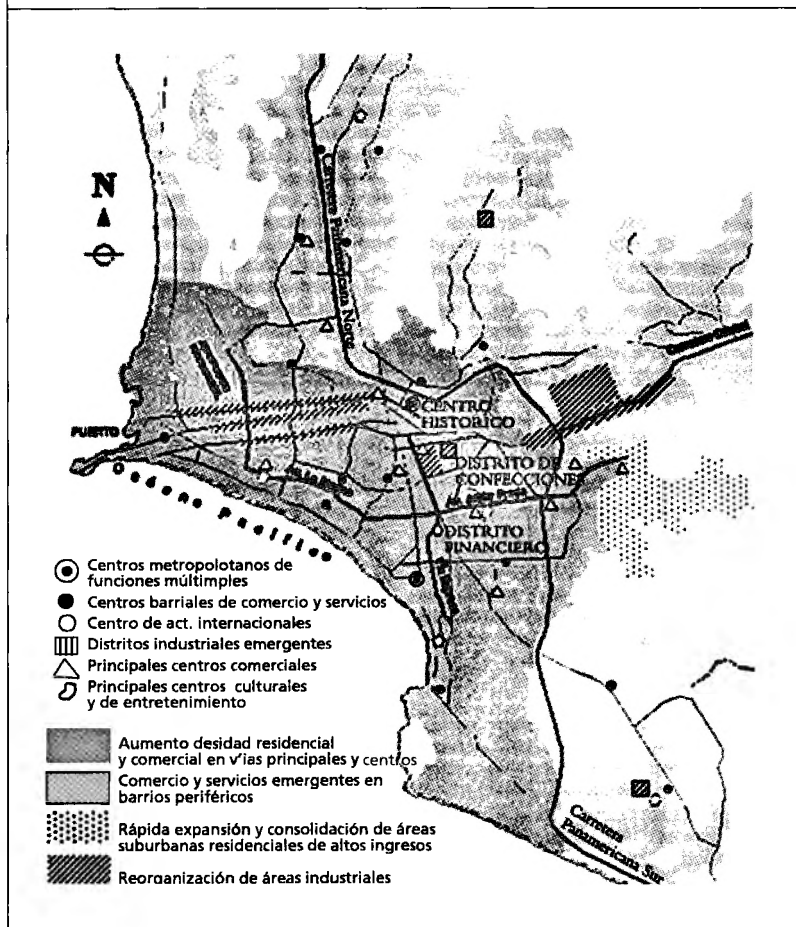
Conclusiones

El caso de Lima Metropolitana ilustra cómo la expansión de redes internacionales de capital e información, combinada con la emergencia o fortalecimiento de redes locales especializadas, se traduce en nuevos espacios urbanos que presentan nuevas posibilidades de desarrollo, los cuales podrían ser considerados para el análisis de otras regiones metropolitanas.

Estas posibilidades de desarrollo metropolitano dependerán de la habilidad de los actores locales para potenciar los procesos de integración espacial y minimizar los de fragmentación. Sobre la base del caso de Lima, se pueden identificar varios procesos de integración espacial. Uno de los más destacados es la expansión de redes metropolitanas especializadas que pueden incorporar áreas y sectores económicos marginales, como en el caso de las redes informacionales que pueden ser utilizadas para apoyar otras actividades económicas y expandir la capacidad de producción y empleo en los barrios periféricos. La flexibilidad creada entre los sectores formales e informales puede facilitar la incorporación de una fuerza laboral y empresarial marginal dentro de formas institucionales más apropiadas y eficientes para la producción. El desarrollo de centros metropolitanos especializados en zonas urbanas existentes, puede facilitar la convergencia de múltiples grupos sociales, así como la densificación de zonas existentes, permitiendo un uso de suelo más eficiente, contrario a la expansión suburbana masiva de décadas anteriores. Por último, la creación de espacios de identidad cultural puede facilitar la integración social de la población metropolitana y, al mismo tiempo, crear espacios atractivos para el visitante internacional.

Paralelamente a estos procesos de integración, el caso de Lima Metropolitana ilustra también procesos de fragmentación espacial de importante consideración. Los sectores de la población marginal, desconectados de

Mapa 1.



las redes metropolitanas, pueden encontrarse en situaciones de extrema marginalidad, con muy limitados recursos y opciones para mejorar sus condiciones de vida. Por otro lado, la segregación de la elite local, dada su movilidad local e internacional y acceso a recursos a través de redes de telecomunicación y servicios especiales de correo, puede crear una unidad independiente del contexto local. Un tercer elemento está constituido por

las crecientes discrepancias entre las fronteras territoriales, tanto administrativas como políticas, y las fronteras de producción que se redefinen constantemente a nivel local y se expanden a nivel internacional.

Estos procesos simultáneos de integración y fragmentación espacial presentan un reto para la definición de herramientas y procesos de planificación urbana, los cuales requieren la incorporación de una dimensión espacial que permita el análisis de la interacción entre lugares y la movilidad de información, capital y población.

Bibliografía

- Castells, M. (1996). *The Rise of the Network Society*. Blackwell: Cambridge (MA).
- Crabtree, J. & J. Thomas (eds.) (1998). *Fujimori's Perú: The Political Economy*. London: Institute of Latin American Studies.
- Hall, P. (1990). "International Urban Systems". Documento de trabajo N° 514. Berkeley: University of California, Institute of Urban and Regional Development.
- Iguíñiz, J. (1998). *Aplanar los Andes y Otras Propuestas*. Lima: Instituto Bartolomé de Las Casas-Rímac; CEP.
- INEI-Instituto Nacional de Estadística e Informática (1996). *Lima Metropolitana, Perfil Socio-Demográfico*. Lima: INEI.
- INEI-Instituto Nacional de Estadística e Informática (1997a). *Tendencias del Crecimiento Urbano de Lima Metropolitana al Año 2015*. Lima: INEI.
- INEI-Instituto Nacional de Estadística e Informática (1997b). *La Actividad Económica en Lima Metropolitana*. Lima: INEI.
- Massey, D. B. (1994). "A Global Sense of Place", *Space, Place and Gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Sassen, S. (1991). *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton: Princeton University Press.
- INEI-Instituto Nacional de Estadística e Informática (1994). *Cities in a World Economy*. Thousand Oaks: Pine Forge Press.
- Tello, G. (ed.) (1995). *Globalización y Empleo*. Lima: Asociación Laboral para el Desarrollo.

La formación de enclaves residenciales en Lima en el contexto de la inseguridad*

Jörg Plöger

Introducción

La formación de zonas residenciales fortificadas y controladas representa una parte de los amplios procesos de transformación en las metrópolis latinoamericanas. Estos fenómenos actuales de transformación urbana ocurren bajo grandes cambios dentro del marco global.

Las ciudades actúan como nodos en la red de flujos internacionales de capital, comercio e información (Sassen, 1991; Castells, 1996; Beaverstock et al., 1999). Entre las metrópolis del sur no se encuentra “ciudades globales”, sólo algunos “lugares globalizados” que no están integrados completamente a esta red (Scholz, 2000: 11). Las llamadas *gateway cities* actúan a nivel nacional como órgano ejecutante de la globalización, sin embargo, no pueden emitir ningún impulso propio al exterior (Short, 2000).

En diferentes ocasiones, se señalará que durante el transcurso de los procesos de transformación se llegó a una sobreformación del patrón socioespacial característico en las ciudades latinoamericanas (Pradilla, 1998; Díaz, 1998; De Mattos, 2002; Portes y Roberts, 2004, entre otros). Este proceso, fue calificado a menudo como fragmentación de la estructura urbana (Pradilla, 1998; Caldeira, 2000, entre otros). En el foco de estas observaciones críticas permanecen aún los temas de desigualdad y exclusión. Además, el factor de la inseguridad gana importancia en los acercamientos al desarrollo urbano.

A partir de la década de 1990, se incrementó considerablemente el número de enclaves residenciales en la mayoría de las metrópolis latino-

* Publicado originalmente en: Plöger, Jörg (2006). “La formación de enclaves residenciales en Lima en el contexto de la inseguridad”. *Revista Urbes*, No. 3, pp. 135-164.

americanas. Aquí tocamos el tema usando el ejemplo de Lima, en donde el desarrollo se distingue por diversos aspectos de otras metrópolis latinoamericanas. El tipo de enclave residencial que predomina en Lima es el barrio fortificado. Éste se caracteriza por las medidas de seguridad tomadas posteriormente a su urbanización, las cuales son fomentadas por iniciativa propia de los vecinos y, en la mayoría de los casos, es ejecutada de manera informal.

Acercamiento al tema de los enclaves residenciales

Desde comienzos de la década de 1990, existen publicaciones científicas de diferentes disciplinas sobre enclaves residenciales.¹ En un comienzo, fueron investigados enclaves residenciales principalmente en el contexto norteamericano (compárese Blakely y Snyder, 1997). Además de la fortificación y vigilancia, éstos se caracterizan por la separación entre espacios comunes y privados y la organización de los habitantes en asociaciones de vecinos o propietarios. Los *gated communities* son construidos y comercializados normalmente como un conjunto homogéneo urbanístico por una empresa constructora o inmobiliaria. Por medio de estrictos reglamentos internos, intentan proteger el carácter y la exclusividad de la urbanización y el valor del inmueble (McKenzie, 1994). Entre las razones principales para mudarse dentro de un *gated community*, se menciona: escapar de los problemas urbanos (estructura social heterogénea, delincuencia, decadencia de la edificación, tráfico, entre otros), desconfianza en la eficiencia de la administración pública urbana, asegurar la inversión, deseo de vivir en un entorno social homogéneo (Blakely y Snyder, 1997; Low, 1997; Frantz, 2001, entre otros).

Desde finales de la década de 1990, existen numerosas publicaciones para Latinoamérica sobre enclaves residenciales y temáticas afines.² En

1 El término "enclave residencial" (*residential enclaves*) proviene de Suttles (1972). La palabra "enclave" indica que se trata de un área que aspira a una cierta autonomía espacial a través de posicionarse como una unidad claramente definida hacia el exterior. A ello, se añade el rol activo de los habitantes en el proceso de apropiación del espacio.

2 Ver, entre otros: para Buenos Aires (Svampa, 2001; Janoschka, 2002); para Santiago de Chile (Meyer y Bähr, 2001; Hidalgo et al., 2003; Cáceres y Sabatini, 2004); para Sao Paulo y Río de Janeiro (Caldeira, 2000); para Bogotá (Dureau y Lulle, 1999); para Caracas (García y Villá, 2001); así como las ediciones especiales de las revistas *Perfiles Latinoamericanos* (2001) y el libro editado por Cabrales (2002).

América Latina, se utilizan diferentes denominaciones, pero, a menudo, se refieren a enclaves residenciales como barrio cerrado o condominio. Este último término caracteriza una específica relación de propiedad en inmuebles y terrenos. Los condominios se dividen en áreas privadas (por ejemplo, casas, terrenos, apartamentos) y áreas comunes (por ejemplo, áreas verdes, instalaciones de infraestructura).

A través de una administración elegida por los propietarios y la cobranza de cuotas mensuales, ésta tiene la responsabilidad de garantizar el mantenimiento de los servicios comunes (por ejemplo, áreas verdes, trabajos administrativos, personal de vigilancia) y velar por el cumplimiento del reglamento interno.

La denominación de una tipología para toda América Latina se dificulta por la variedad de los diferentes tipos locales. La siguiente tipología se basa en las características del estrato social, tamaño y ubicación dentro del área metropolitana, tipo y cantidad de las instalaciones comunes y estado legal (Cuadro 1).

La formación de enclaves residenciales en las metrópolis latinoamericanas se atribuye a distintas razones. Entre otras, se entiende como un ajuste de las tendencias de segregación de las clases medias y altas al contexto urbano transformado (Jaramillo, 1999: 119). La separación dentro de enclaves fortificados y controlados es una consecuencia del hecho que el mantener la distancia socioespacial a través del mercado de suelo o inmobiliario, se dificulta por la creciente densificación y heterogeneidad de las ciudades.

Argumentos similares interpretan la separación dentro de enclaves residenciales como expresión del deseo de vivir en un entorno social homogéneo (Svampa, 2003). En metrópolis donde la clase media es más significativa, como en Buenos Aires o Santiago de Chile, se atribuye esta selección por la difusión de nuevos estilos de vida (Svampa, 2003; Hidalgo et al., 2003). Basándose en el punto de vista posmoderno, se percibe el propósito de corroborar las distancias sociales a través de la forma de la vivienda (Amendola, 2000).

Evidentemente, la formación de enclaves residenciales está directamente relacionada con el tema de la (in)seguridad. Es así que su formación se evalúa como reacción al incremento de las inseguridades urbanas reales y/o percibidas (Caldeira, 2000, entre otros), las cuales se encuen-

tran relacionadas con procesos superiores de transformación socioeconómicos (Cariola y Lacabana, 2001). De la misma manera, puede relacionarse con el deficiente o ineficiente abastecimiento de servicios (Janoschka 2002; Hidalgo, 2003).

Cuadro 1. Tipología de los enclaves residenciales en las metrópolis latinoamericanas

Condominios exclusivos de la clase alta: en ubicaciones preferidas dentro del cuerpo urbano consolidado, suburbano; en parte, villas individuales. Medidas altas de seguridad, frecuentemente con exclusivas áreas deportivas.

Condominios periurbanos fuera del área urbana: clases media y alta, en áreas utilizadas anteriormente para la agricultura; arquitectura individual en terrenos grandes, relacionado con el tiempo libre y el paisaje. Medidas altas de seguridad.

Condominios de clase media: ubicación suburbana, estilo de construcción estandarizado (frecuentemente, casas en filas), lotes más pequeños. Nivel de equipamiento, medidas de seguridad e instalaciones comunes dependiente del estrato social.

Condominios subvencionados por el Estado: clase media (baja), estilo de construcción sencillo y estandarizado (a veces, de varios pisos), bajas medidas de seguridad.

Barrios posteriormente fortificados: diferentes estratos sociales, reacción directa a problemas urbanos; cierre de calles, frecuentemente, sin autorización.

Condominios de edificios: edificios en zonas urbanas densificadas de la clase media y alta, extensas instalaciones comunes, altas medidas de seguridad.

Megaproyectos: ubicación periurbana, diferentes estratos sociales y estilos de construcción, usos de suelo modificados, infraestructura propia de abastecimiento.

Clubes de campo y playa: fuera del área metropolitana, en ubicaciones topográficamente atractivas (por ejemplo, en la costa/montaña), extensas instalaciones para el tiempo libre.

Fuente: Meyer-Kriesten et al, 2004: 31, levemente modificado.

Esto se manifiesta particularmente en la provisión del servicio de seguridad, como lo indica el empleo significativo de personal privado de vigilancia. Por lo general, allí, donde las estructuras informales atraviesan amplios ámbitos de la sociedad y donde el Estado no se encuentra capaz de ofrecer servicios adecuados y de controlar el cumplimiento del reglamento, son los residentes los actores decisivos en el proceso de la formación de enclaves residenciales. Esta relación se puede observar, sobre todo, en Lima, como se explicará en los siguientes capítulos (Plöger, 2006b).

Desigualdades e inseguridades en el Perú

Transformación neoliberal

La formación de enclaves residenciales en Lima no puede ser contemplada fuera del contexto de los procesos de transformación económicos, sociales y políticos. En el Perú, la industrialización por la sustitución de importaciones fue el modelo dominante de la política económica a partir de la década de 1950 (Jiménez, 2000). La relativa estabilidad económica fue amenazada por el colapso del sistema de Bretton Woods y la crisis petrolera de los años de 1970. Por los altos endeudamientos, se inició una fase de recesión para la economía latinoamericana. Es así que la década de 1980 fue calificada como “la década perdida” para América Latina. La crisis económica en el Perú se intensificó aun más por la inestabilidad política interna relacionada a las actividades de Sendero Luminoso, de tal forma que el Estado se vio amenazado de perder su capacidad de funcionamiento.

Desde mediados de la década de 1980, las organizaciones financieras internacionales comenzaron a asociar sus criterios para la adjudicación de créditos con la exigencia de programas de ajuste estructural. En 1989, durante una conferencia en Washington, se presentó un libro blanco con las medidas neoliberales de ajuste estructural para América Latina, el llamado Consenso de Washington. Desde 1990, se aplicó en el Perú uno de los programas más extensos de ajuste estructural en el continente (Thorp, 1999; Parodi, 2001). El ajuste estructural reforzó la reestructuración de la economía introducida previamente.

Muchas de las industrias no se encontraban preparadas para la abrupta apertura del mercado y no pudieron afrontar los requisitos de la competencia del mercado global. Solamente en Lima se perdieron cerca de 100 mil puestos de trabajo en industrias entre 1981 y 1993 (Joseph, 1999: 46). La capital del Perú, como centro del gobierno y de la administración, fue también afectada por el decrecimiento y la privatización de la administración pública.

El número de empleados en el sector público disminuyó en 30 mil entre 1990 y 1995 (González, 1998: 117). Se llegó a una mayor informalización y precariedad en el mercado de trabajo (González, 1998: 93).

Dependiendo de la definición, el porcentaje de la ocupación informal se incrementó de 55% a 61% (o de 50% a 58%) entre 1986 y 2001 (Saavedra y Nakasone, 2003: 5).

De desigualdades sociales a inseguridades

Los siguientes cambios pueden ser constatados para la estructura social del Perú:

- Mediante el estancamiento de hogares con ingresos por debajo del límite de pobreza se llega a la solidificación de la pobreza. Entre 1985 y 1991 aumentó la pobreza de 27% a 49% (Figueroa et al., 1996: 72). A pesar del crecimiento de la economía, el porcentaje permanecería aún sobre el 40% en el año 2000 (Joseph, 2004: 37).
- La clase media empobrecida sería la nueva clase baja (González, 1998: 92). Según una estimación no oficial el porcentaje de este grupo se calcula en un 40% de la población total (Balbi y Gamero, 2003: 154). La situación socioeconómica de la clase media “tradicional” es, en general, más inestable a lo largo de la crisis y la reestructuración. La fase neoliberal conduciría a la formación de una nueva clase media, cuyo porcentaje respecto de la población total se calcularía en un 10% (Pedraglio, 2003; Ugarteche, 1998).
- Un pequeño grupo de la clase social alta concentra todavía un porcentaje sobreproporcional de los ingresos.

En el Perú, de acuerdo con Figueroa (entrevista, 29 de abril de 2005), se dio una coexistencia contradictoria de la estabilidad macroeconómica y la inestabilidad social desde la década de 1990. Más bien se trató de un *jobless growth*, es decir, un crecimiento sin creación de puestos de trabajo (González, 1998: 10). El índice Gini, para la medición de las desigualdades de los ingresos, casi no se alteró durante la década de 1990 y osciló en un valor relativamente alto de 0,4 (Riofrío, 2004: 86). Portes y Hoffman (2002) interpretan eso como una muestra de solidificación de las desigualdades existentes.

A nivel de los procesos de transformación, también se reblandecen continuamente las seguridades existentes y se incrementa el miedo a la exclusión económica y social. La débil fuerza de integración del mercado de trabajo cae simultáneamente con la crisis de las instituciones del Estado y la decadencia de la red colectiva. La solución de los problemas y el abastecimiento de servicios se transferirá en valor monetario y se estratificará de acuerdo con las posibilidades socio-económicas. En América Latina, según García y Villá (2001), se formó una “atmósfera de inseguridad” que abarcó prácticamente todos los niveles de vida.

En la delimitación para un concepto más estrecho de seguridad, referido a las amenazas de la integridad física y de la propiedad a través de violencia y delincuencia, se entenderá aquí la inseguridad bajo una definición más amplia que también incluye las inseguridades relacionadas con el empleo (y los ingresos), seguro social, estatus social, posibilidades de consumo y abastecimiento de servicios. Un acercamiento a este tema es usado en diversas publicaciones de las ciencias sociales en el Perú desde 1990 (Figueroa et al., 1996; Ugarteche, 1998; Grompone, 1999, entre otros).

Cambio de los actores de la seguridad

Mientras que las desigualdades sociales se consolidan, el Estado se encuentra menos preparado para reaccionar a los problemas sociales. La debilidad del Estado peruano conduce, por un lado, a la propagación de prácticas informales y, por otro lado, a un vacío del poder.

Eso se refleja, por ejemplo, en el área de servicios de seguridad ciudadana, donde, además de la policía, ahora actúan otros actores públicos, privados y colectivos. Sin embargo, la nueva “geografía de seguridad” en Lima es un reflejo de desigualdades sociales, ya que las posibilidades de igualar el déficit en el abastecimiento de seguridad depende del estatus socioeconómico del área:

- Policía Nacional del Perú (PNP): la reducción de empleados en el sector público también repercutió en la PNP (IDL, 2004: 54). En Lima Metropolitana, existen 23 mil policías en 166 comisarías (IDL,

2004: 62). Generalmente, el abastecimiento de la fuerza policial va disminuyendo de las zonas centrales y consolidadas hacia la periferia y está condicionado a los ingresos del área. Mientras que un policía responde a 192 habitantes en el distrito pudiente de San Isidro, en barrios pobres y periféricos de la ciudad este valor se encuentra sobre 1:1.000 (Andrea y Mucha, 2005).

- Serenazgo: un órgano público adicional de seguridad a nivel de distrito, cuya tarea consiste en garantizar el cumplimiento del orden público y de llenar el vacío del abastecimiento de seguridad policial, como un “cuerpo rápido de intervención” (Andrea y Mucha, 2005). A finales de 2005, se empleó en 37 de los 49 distritos de Lima Metropolitana un serenazgo propio con un total aproximado de 5 mil empleados (*El Comercio*, diversos artículos). Gracias a altas recaudaciones tributarias, los barrios pudientes cuentan con un mayor presupuesto para la disposición de instalaciones adicionales de medidas de seguridad.
- Grupos de vigilancia vecinal: sobre todo difundidos en áreas periféricas y menos pudientes (comités de autodefensa, rondas vecinales, juntas vecinales). Las juntas vecinales crean un modo formalizado de abastecimiento de seguridad comunal en el marco del programa de seguridad ciudadana.³
- Vigilantes privados: su número se incrementó dramáticamente desde 1980, especialmente en zonas residenciales de los estratos medios y altos. A pesar de que no existen datos oficiales acerca del número total, se estima que hay más de 40 mil vigilantes en Lima (*La República*, 22 de junio de 2003; Basombrío, 2004). Según estimaciones, más de tres cuartos de ellos son empleados informalmente (*El Comercio*, 14 de enero de 2002).
- Justicia popular: especialmente en zonas periféricas con menos recursos y sin acceso a un adecuado abastecimiento de seguridad pública⁴.

3 El Sistema Nacional de Seguridad Ciudadana (SINASEC) fue aprobado en 2003. Crea la base para una estrecha cooperación entre habitantes, la Policía y la administración pública para abarcar mejor los problemas locales de seguridad y reaccionar a ello con mayor eficiencia.

4 En los primeros diez meses del año 2004 se produjeron en Lima Metropolitana casi setecientos incidentes de intento de linchamiento (*Perú 21*, 23 de noviembre de 2004).

Formación de enclaves residenciales en Lima Metropolitana

Breve resumen de la transformación urbana

En el lapso de 1940 a 2005 se duplicó el porcentaje de la población urbana del Perú al 72,6%. La fase principal del crecimiento de la población en Lima tuvo lugar entre 1950 y 1998, y estuvo relacionada con la ola de inmigración de gente de otras partes del país.

Lima registró tasas muy elevadas de crecimiento durante la fase alta de la inmigración. Entre los censos de 1961 y 1972, el número de habitantes se incrementó anualmente en un promedio de 6,5%. Desde entonces, la tasa de crecimiento disminuye continuamente.

Desde el censo de 1993, el crecimiento de la población anual de 1,9% en Lima es similar al promedio anual del país. Se obtiene principalmente de las tasas de natalidad, mientras que la inmigración juega un papel menos importante al que tenía anteriormente (Riofrío, 2004: 80). La población de Lima se incrementó diez veces entre 1940 y 1993 llegando a los 6.4 millones.⁵ Para el año 2005, se calculó el número de habitantes en aproximadamente 8.1 millones, sobrepasando el umbral a una megaciudad según la definición de la Organización de las Naciones Unidas. El porcentaje de la población de Lima de acuerdo con la población total del Perú se incrementó de 9 a 29% durante el periodo de 1940 a 2005. Más que uno de cada cuatro peruanos vive en el área metropolitana de Lima, la cual muestra, incluso dentro de América Latina, una primacía demográfica sumamente elevada.

Entre el periodo de 1940 a 1990, se realizó una profunda sobreformación de Lima. Durante esta fase se formó los patrones típicos de estructura urbana en las ciudades latinoamericanas (Bähr y Mertins, 1995). Esta fase de desarrollo urbano fue influenciada, por un lado, por la mutua relación entre modernización e industrialización de las metrópolis y, por otro lado, por el descuido del interior del país por parte del Estado. Debido a las marcadas desigualdades regionales, se desencadenó las masivas migraciones que conllevaron al crecimiento explosivo de la población de Lima. La carencia de espacio habitable para los estratos menos pudientes con-

5 Fuente: INEI. Documento electrónico disponible en : www.inei.gob.pe/home1.asp

dujo a la formación de innumerables pueblos jóvenes. En el contexto de la sobreformación de Lima y en el de las olas de inmigración, Matos (2004) habló de un “desborde popular” ante las estrategias colectivas de sobrevivencia de los estratos sociales de bajos recursos.

A comienzos de 1990, empezó en Lima una nueva fase de desarrollo urbano, la cual fue calificada por varios autores como la “fase neoliberal” (Chion, 2002; Ludeña, 2002; Joseph, 2004). Los autores señalan la imagen de una ciudad donde nada es perdurable y donde los habitantes, a causa de confrontaciones con múltiples inseguridades, siguen el objetivo de adaptarse de la mejor manera a las constantes crisis y el caos diario. La estructura urbana de esta fase se caracteriza, por un lado, por los procesos de diferenciación funcional (Chion, 2002). Por otro lado, los patrones socio-espaciales, como fueron determinados para 1981 por Bähr y Klückmann (1985), parecen menos transformados a primera vista (INEI, 1998; Apoyo, 2003).

Persiste el desnivel central-periférico de la gradiente social. Las zonas con los estratos sociales más bajos se encuentran en las afueras de las zonas urbanizadas en los tres conos de la ciudad:

- El “corredor de riqueza”, entre Miraflores, San Isidro y La Molina, es todavía reconocible.
- Las zonas residenciales del estrato social alto y medio-alto están, además, rodeadas por zonas de la clase media.
- En los conos casi no hubo alteraciones. Mientras que los barrios más antiguos se consolidan, aparecen nuevos barrios marginales en la periferia. Una de las pocas excepciones es el distrito de Los Olivos, donde se estableció una nueva clase media.

Tipos de enclaves residenciales

La fortificación y privatización de complejos residenciales tuvo lugar en Lima ya desde el siglo XIX. A ello, se remite el conjunto urbanístico de la quinta. Se trata de un grupo de viviendas construidas alrededor de una calle sin salida y cuya única entrada puede ser cerrada. Por medio de su subdivisión en viviendas privadas y áreas externas comunes se constituye

una especie de forma precursora de los actuales condominios (Ludeña, 2004). Las quintas fueron construidas por contratistas privados originalmente para la clase alta (por ejemplo, la quinta Heeren, 1888), y posteriormente para la clase media.

Con la continua urbanización y transformación funcional en los barrios tradicionales de clase alta de Miraflores y San Isidro, empezó a partir de 1960 una nueva ola de suburbanización de los grupos con mayores ingresos. Alejados de la ciudad, percibida como caótica, y en áreas favorables de las faldas de los cerros de La Molina y Monterrico, surgieron nuevos y exclusivos conjuntos residenciales siguiendo el tipo urbanístico de los suburbios norteamericanos. Los más antiguos y prestigiosos de estos conjuntos residenciales eran mayormente organizados como clubes y ubicados cerca de campos de golf y polo. Entre otros se puede nombrar La Planicie (desde 1959), Las Casuarinas (desde 1960) o La Laguna (1964). Ya antes habían surgido urbanizaciones de fin de semana y vacacionales en lugares favorecidos tanto por su clima como por su paisaje, como Chaclacayo y Chosica o en balnearios como Ancón, Santa Rosa o Santa María del Mar en las afueras de Lima. En principio, se tuvo en cuenta la privacidad y exclusividad, por lo cual se les puede calificar como “enclaves club”.

A partir de 1980, hubo una evidente multiplicación de complejos residenciales con medidas de seguridad. El incremento de fortificación y control de zonas residenciales estuvo directamente relacionado con amenazas por el terrorismo. Todas las clases sociales sufrieron, aunque de diferentes formas y magnitudes, las consecuencias y limitaciones de esta fase, los toques de queda, los frecuentes apagones y las inseguridades (Ríofrío, 1996: 166). Las clases media y alta de Lima reaccionaron al tema de la inseguridad, algunos con emigraciones temporales, pero, sobre todo, con la fortificación de sus casas y zonas residenciales o la mudanza dentro de condominios de edificios. Asimismo, se elevó significativamente el número de vigilantes privados.

La expansión más grande de zonas residenciales cerradas tuvo lugar, sin embargo, recién a partir de finales de 1990, cuando el peligro por el terrorismo estaba alejado. La propagación estuvo directamente relacionada con el miedo creciente a la criminalidad y la violencia. A diferencia de otras metrópolis latinoamericanas, se formaron los vecindarios cerrados

posteriormente, en su mayoría de manera informal, como los tipos de enclaves residenciales más importantes. Estos llamados “condominios ex post” figuran aquí como punto central.

- a) Condominios ex post: En la mayoría de enclaves residenciales en Lima, se trata de condominios ex post (término prestado de Ludeña y Calderón, ambos: comunicación personal, 2004). Se trata de barrios existentes que mediante la aplicación posterior de medidas específicas y estrategias se transforman en enclaves residenciales. Existen similitudes con los *security zone communities* identificados por Blakely y Snyder (1997). A diferencia de los condominios verdaderos, la iniciativa de la fortificación no proviene de la compañía constructora, sino, más bien, siempre de los habitantes. La gran mayoría de las urbanizaciones pudientes en La Molina o Santiago de Surco que se parecen a los *gated communities* pertenecen a este tipo, pues la fortificación se realizó posteriormente. Para tal fin, los vecinos recurren a sus organizaciones vecinales existentes o forman nuevas asociaciones locales a corto plazo. Una característica importante de la “condominización” (vea abajo) es su alto grado de informalidad. La fortificación hecha posteriormente implica la violación de dos derechos constitucionales fundamentales: el libre acceso a espacios públicos y el derecho al libre movimiento espacial. Como se verá a continuación, este proceso de “condominización”, es decir, la apropiación, el control y la fortificación espacial, ocurre por fases.
- b) Condominios “verdaderos”: Los condominios verdaderos fueron planeados y terminados como tal por la empresa constructora o inmobiliaria. Se caracteriza por tener áreas comunes y privadas. A su vez, se divide en dos subtipos: condominios horizontales y verticales. Se considera como condominios horizontales, sobre todo, a las urbanizaciones que se asemejan a los típicos *gated communities* del modelo norteamericano. En Lima, a diferencia de otras metrópolis latinoamericanas (entre otras, Buenos Aires y Santiago de Chile), este tipo es relativamente poco difundido. En un número considerable se construyó clubes de playa para los estratos altos, los que, sin embargo, no son habitados continuamente (*El Comercio*, 22 de noviembre de 2004). Los condominios verticales son complejos de apartamentos con

ingresos controlados. Entre éstos se incluye no sólo a los condominios de edificios exclusivos y vigilados para los estratos altos, sino también a los complejos de apartamentos más económicos, por ejemplo, los que se construyeron bajo el programa Mivivienda.

Difusión de enclaves residenciales

Al momento de hacer el estudio, con excepción de algunos antecedentes recogidos de los periódicos, no existían datos oficiales acerca del número y la difusión de los enclaves residenciales en Lima. Sólo pocas administraciones municipales (por ejemplo, La Molina), han realizado un inventario de las zonas residenciales fortificadas y de los bloqueos instalados en las calles de su distrito.

Partiendo de los pocos datos existentes y mediante informaciones de artículos de periódicos se realizó un inventario, de tal forma que se pudo obtener un cuadro muy detallado sobre la ubicación y el número de enclaves residenciales dentro de Lima Metropolitana.

De la recopilación de informaciones secundarias y los resultados de los levantamientos propios, y en concordancia con una estimación hecha por *El Comercio* (26 de julio de 2005), se podría numerar en casi 3 mil el número total de rejas, tranqueras y otros tipos de bloqueo en las calles de Lima hacia comienzos de 2006. Se calcula que la suma total de barrios fortificados es de aproximadamente 300. Se podría calcular, entonces, que el número de habitantes de Lima que vive en barrios fortificados llega a cerca de 400 mil o al 5% de su población.⁶

Los barrios cerrados se han expandido sobre toda el área metropolitana (compárese el cuadro 2), aunque puede observarse concentraciones. En distritos consolidados y densos entre el centro histórico y Miraflores, donde el servicio de la policía es más efectivo, y los enclaves residenciales son menos frecuentes. Su número aumenta en el resto del área metropolitana. En el distrito suburbano y comparablemente pudiente de La Molina, se encuentra la mayoría de enclaves residenciales. Un inventario

6 La estimación del Instituto Imasen, donde según el 9% de los limeños, es decir, más de 750 mil personas viven en “vecindarios con accesos restringidos”, se presume muy elevada (Basombrio, 2004: 44).

realizado en 2004 por la municipalidad distrital arrojó una suma total de 529 bloqueos de calles, de los cuales 474 son rejas, 48 tranqueras y 7 de otro tipo (Municipalidad de La Molina, 2004). Aproximadamente, el 80% de todas las zonas residenciales de La Molina tienen accesos restringidos. Por ello, obtuvo La Molina el título de “el distrito de las rejas” (*El Comercio*, 19 de octubre de 2004).

Igualmente, es muy elevado el porcentaje de enclaves residenciales de todas las zonas residenciales de San Luis (aproximadamente, 40%), Los Olivos (aproximadamente, 30%) al igual que Santiago de Surco, San Miguel, La Perla, Chorrillos y San Borja (todos aproximadamente, 20%). Además, se encuentra zonas con acceso restringido en varios distritos de los conos, sobre todo en las zonas residenciales más antiguas (por ejemplo, Comas, San Juan de Lurigancho y San Juan de Miraflores).

La zona más importante de concentración se extiende como un “corredor de seguridad” sobre una área de casi diez kilómetros de largo y aproximadamente dos kilómetros de ancho. Éste abarca el borde sur del distrito de La Victoria pasando por los distritos de San Luis, San Borja, Ate, Santiago de Surco y La Molina, llegando al extremo este hasta las faldas del cerro donde se ubica el estadio Monumental. Dentro de esta área, hay cerca de cincuenta enclaves residenciales. Los habitantes de estas zonas pertenecen en gran parte a distintos niveles de la clase media. El área es atravesada por numerosos e importantes ejes viales.

En la parte central de este corredor, se ubica las urbanizaciones de Salamanca, Olimpo y Recaudadores, con un total aproximado de 27 mil habitantes. Con 184 bloqueos de calles, esta área tiene la mayor densidad de medidas de seguridad en Lima (*El Comercio*, 30 de octubre de 2004). El alto número de calles fortificadas de esta zona se fundamenta por su ubicación dentro del contexto urbano. Constituye una especie de “zona de amortiguación socio-económica” entre las áreas residenciales pudientes de La Molina, Santiago de Surco y San Borja por el sur, y La Victoria, El Agustino y Santa Anita, colindantes al norte, las cuales se caracterizan por usos heterogéneos y un porcentaje alto de tugurios y barriadas. En las zonas residenciales ubicadas en los alrededores del estadio Monumental, la fortificación está directamente relacionada con la inseguridad generada por los partidos de fútbol.

Una característica importante de la formación de los enclaves residenciales en Lima es que se trata de un fenómeno que abarca a todos los estratos sociales, mientras que en la mayoría de las metrópolis latinoamericanas éstas se concentran todavía en las zonas de estratos medios y altos (Plöger, 2006a). Dentro de la literatura sobre la temática en Latinoamérica se informa, hasta ahora [2006], muy poco acerca de la extensión de este fenómeno hacia estratos sociales con menores ingresos.

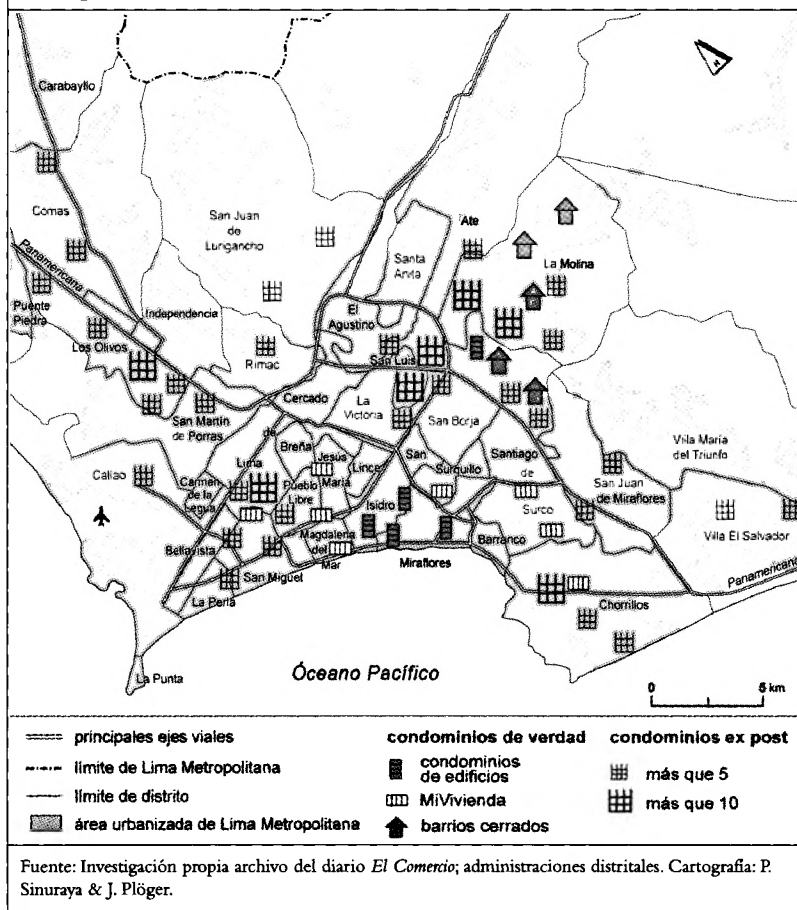
Selección de las áreas de investigación

Como ya hemos podido observar, los barrios posteriormente fortificados (condominios ex post) son los tipos de enclaves residenciales más importantes en Lima. Por ello, se decidió concentrar la investigación en ese tipo, sobre todo porque no existían estudios relevantes anteriores en el ámbito latinoamericano. El objetivo central por el cual se eligió el área de investigación, fue ofrecer un panorama representativo sobre el nuevo paisaje de seguridad residencial para Lima Metropolitana. Mediante el uso del concepto de “condominización” se debe analizar las diferentes formas de apropiación espacial entre fortificaciones físicas y formas más subliminales de exclusión.

Se seleccionó 21 áreas de investigación. En cada una, se encuestó al presidente de la asociación residencial, responsable de la instalación de las medidas de seguridad. Para la entrevista, se elaboró un cuestionario estructurado, cuyo contenido cubría cuatro aspectos: historia y cambio de la urbanización; campo de actividades, aceptación y problemas de la junta de vecinos; tipo de medidas de fortificación y motivos para su instalación; relaciones con la municipalidad local y la policía.

Ocho de las zonas elegidas se ubican en áreas urbanas consolidadas de la ciudad. El resto están repartidas en el cono Norte (2), el cono Este (4), el cono Sur (6) y la provincia constitucional del Callao (1). El número de habitantes de las zonas de estudio fluctúa entre 250 y 13.500. Cuatro zonas tienen más de 8 mil habitantes. Siete zonas disponen de un número de habitantes entre 1 mil y 8 mil, de los cuales, tres pertenecen a urbanizaciones con más de 8 mil habitantes. El número de habitantes en los restantes 10 vecindarios investigados se encuentran por debajo de los 1 mil.

Cuadro 2. Difusión de los tipos de enclaves residenciales en Lima Metropolitana



Para garantizar que la selección con respecto al estrato social represente la realidad, se utilizó cuatro indicadores para poder precisar la estructura socio-económica del vecindario. Análogo a la distribución de los estratos sociales del INEI, las zonas de investigación fueron subdivididas en cinco grupos respectivamente (de A hasta E). Tras la evaluación de los cuatro indicadores, se pudo clasificar cada zona de estudio dentro de una de las cinco categorías.

Según esta clasificación, se incluyó tres urbanizaciones de los estratos alto y medio alto (A) (Las Casuarinas, La Encantada y Chacarilla del Estanque); seis del estrato medio típico (B) (Los Alamos, Jacaranda, Santa Patricia, Riotambo, Recaudadores y San Miguelito); cinco del estrato medio bajo (C) (Los Cedros, Las Flores, La Huerta, Mangamarca Alta y José Olaya); cuatro del estrato bajo alto (D) (Martinete, Los Jazmines, Clorinda Málaga y Hogar Policial); y tres del estrato bajo (E) (Pachacamac II, Pachacamac IV y Corsac).⁷

Tabla 1. Categorías para identificar la estructura socioeconómica del vecindario	
Estrato social a nivel microempresarial según el censo de 1993	Estrato alto y medio alta (A) Estrato medio típico (B) Estrato medio bajo (C) Estrato bajo alto (D) Estrato bajo (E)
Valor promedio de lotes constituidos (en US\$)	superior a 140.000 (A) 70.000 a 140.000 (B) 30.000 A 70.000 (C) 10.000 A 30.000 (D) inferior a 10.000 (E)
Tamaño promedio del lote (en m ²)	> 500 (A) ~ 180 hasta 300 (B) ~ 120 (D) ~ 100 (E)
Calidad observada de la edificación de la vivienda y grado de consolidación de la urbanización	Calificación bajo criterios físico constructivos, tipo de edificación, con la infraestructura urbana, calidad áreas públicas (A-E).
Fuente: Elaboración propia.	

7 Para una mejor legibilidad se dará los nombres de forma abreviada. Las cifras romanas indican la etapa de construcción en el caso dado.

Proceso de “condominización”

Para la descripción del proceso de la apropiación espacial en las metrópolis latinoamericanas, se usa el concepto de la “condominización” (Plöger, 2006b), basado en teorías sobre la (re)producción social del espacio (Bourdieu, 1991; Löw, 2001, entre otros). Se describirá cómo una unidad espacial se superpone, por ejemplo, un vecindario, a través de las prácticas sociales de los vecinos, con diferentes niveles de control socioespacial. La disposición de poder sobre el espacio juega un papel importante. El concepto de “condominización” se basa en la idea de que los habitantes de espacios, percibidos como llenos de conflictos o cuya delimitación frente a otras zonas no está claramente definida, tienden a mostrar señales de “estrés espacial”, mientras que zonas claramente definidas (territorios) desempeñan un efecto estable (Madanipour, 2003: 52). La protección del control territorial se basa normalmente en una efectiva organización colectiva. Cuando uno confiere la defensa espacial a procesos superpuestos de reestructuración, éstos son expresión del esfuerzo para alcanzar “permanencias espaciales” (Harvey, 1996: 293). Como consecuencia, el espacio es “clasificado” y “excluyente” (Sibley, 1995).

En general, se puede diferenciar tres niveles de intervención de apropiación espacial. Por lo común, se aplica una mezcla adecuada de varias estrategias a la situación local:

- Físico: para este primer nivel, se trata de medidas físicas claramente reconocibles (entre otros, rejas, tranqueras, alambrado), medidas tecnológicas (como cámaras, sirenas) y el empleo de personal de seguridad. Por lo general, estas intervenciones están asociadas a un gasto financiero.
- Organizatorio: este segundo nivel resulta de la interacción de los habitantes. Es la expresión de un grupo de habitantes que establecen formas específicas de orden en el entorno de la vivienda. Mediante organizaciones de vecinos se siguen determinados objetivos comunes. También se puede formular reglamentos internos que se entienden como un intento de regular los comportamientos dentro del vecindario
- Cultural: este tercer nivel es el menos perceptible. La apropiación espacial local es, sobre todo, de naturaleza simbólica y resulta de *spa-*

tial signaling devices (Suttles, 1972: 161), es decir, señales en el espacio. Estas medidas alcanzan desde lo subliminal (por ejemplo, letreros de advertencia o comportamientos espaciales) hasta señales evidentes de apropiación espacial. Aunque estas medidas, mayormente descoordinadas, son menos efectivas para restringir el acceso a un espacio, contribuyen a la alteración de la impresión general del espacio.

Características de los enclaves residenciales en Lima

La fortificación de zonas residenciales en Lima se debe a la iniciativa común de un grupo de habitantes. En las zonas de estudio, se trata, en su mayoría, de asociaciones de propietarios o de vecinos. Además, se trata de asociaciones menos formalizadas, cooperativas de vivienda, comités y juntas vecinales. Se distinguen entre sí por diferentes características: el estado legal, el reconocimiento por la municipalidad, su reconocimiento dentro el barrio, la capacidad de representar los intereses vecinales y la variedad de sus tareas.

Observando las tareas de las asociaciones de vecinos, llama la atención la gran importancia del tema de la seguridad. Los habitantes disponen de distintas posibilidades para restringir el acceso a su vecindario. Esto depende esencialmente de tres criterios:

1. La cohesión local o el grado de organización del barrio.
2. El discurso local predominante sobre el tema de la (in)seguridad.
3. Los medios disponibles para la implementación de las medidas.

Las urbanizaciones suburbanas como Las Casuarinas, La Encantada y, por partes, también Los Álamos, pueden ser calificadas como “enclaves exclusivos” de los estratos medio alto y alto, en donde la fortificación responde a motivos de privacidad y exclusividad. Con el rápido desborde del área urbana y el incremento de los problemas típicos urbanos, se llegó a continuas ampliaciones de protección física hacia afuera. Generalmente,

en estas áreas se encuentra a disposición de los habitantes muchos medios para la realización de las medidas de seguridad.

En la mayoría de las urbanizaciones del rango de la clase media existían asociaciones de vecinos o de propietarios desde el principio. Debido a su estado formal y su conexión a la infraestructura urbana, no fueron confrontados durante mucho tiempo por grandes problemas, por lo que no fue necesaria la organización de vecinos a nivel de vecindario.

Muchas de esas zonas disponen de pocas experiencias con organizaciones colectivas. Recién a finales de la década de 1990, se llegó a una (re)activación de la organización vecinal en el marco del “nuevo” desafío de la inseguridad.

Por lo general, los asentamientos marginales disponen de un alto grado de organización de vecinos. Esto se explica por el hecho de que desde el comienzo tuvieron la necesidad de proteger su existencia. Frente a las autoridades y a los proveedores de servicios, era necesario actuar en conjunto para exigir el reconocimiento oficial del asentamiento y/o la conexión a la infraestructura básica. Con la consolidación progresiva, se deshicieron en muchas zonas las organizaciones de vecinos iniciales o, al menos, se redujo la intensidad de la cooperación colectiva. A pesar de que la consolidación es todavía importante, el aspecto de la seguridad desempeña una creciente importancia.

Empleo de vigilantes

El significado de la organización de habitantes sobre el carácter del vecindario se puede ilustrar por el ejemplo de la organización del servicio de vigilancia. El personal de vigilancia se emplea normalmente a nivel de urbanización, sectores de la urbanización o a un nivel más pequeño como una calle o una cuadra.

Las medidas de seguridad personales varían con respecto a diversos criterios. De modo que el número de medidas de seguridad instaladas, su formación y equipamiento, así como su estado de empleo, depende del grado de organización de un vecindario y de las posibilidades financieras de sus habitantes. Mientras más pudiente la urbanización, se trata de un personal mejor formado y equipado. Aproximadamente en las tres cuar-

tas partes de los casos de estudio, el personal de seguridad es empleado informalmente. Dependiendo de la condición de empleo, los vigilantes reciben un sueldo mensual de entre US\$ 120 y US\$ 280, y en promedio aproximadamente de US\$ 180.

El monto de los medios que dispone cada hogar/lote para el abastecimiento de seguridad local se rige por el estrato social de la zona. Mientras que el pago mensual del personal de seguridad en zonas de estratos bajos se eleva muy raramente a más de US\$ 3,50, en las áreas de estratos medios asciende a un promedio entre US\$ 3,50 a US\$ 16, y en las áreas con ingresos altos es normalmente sobre los US\$ 16, en algunos casos considerablemente más elevado. También se aclara este contexto mediante el cociente de vigilantes por número de lotes/hogares. En dos casos de estudio de los estratos medio altos y altos y una zona del estrato medio, hay un vigilante para cuarenta hogares. En once vecindarios, en su mayoría de los estratos medios, el cociente es entre 1:40 y 1:80. En dos urbanizaciones el cociente está entre 1:80 y 1:200. Las restantes cinco áreas de estudio son asentamientos marginales con distintos grados de consolidación con muy pocos vigilantes o ninguno. Hay que añadir que en tres casos de estudio de los estratos bajo y medio bajo, los vigilantes son reclutados en el propio grupo de habitantes de la zona.

Con excepción de las zonas pudientes, los representantes de las asociaciones de vecinos de casi todas las zonas se quejaron de la mala moral de pago. En muchos casos, sólo aproximadamente un tercio de los vecinos contribuye con los gastos relacionados con la seguridad. La poca participación se debe, sobre todo, a que los vecinos no están dispuestos o no se encuentran en las condiciones de pagar la contribución prevista. La poca participación conduce a que algunos de los vecindarios no sean capaces de reunir los medios suficientes para garantizar el mantenimiento de los servicios de seguridad a largo plazo. Esto puede conducir a que los vecindarios efectúen únicamente medidas de seguridad físicas, mas no de personal, especialmente porque el último está asociado a mediano plazo con mayores costos. Además, la única recaudación de impuestos colectivos para la instalación de medidas de seguridad físicas es más fácil de llevar a cabo que el mantenimiento continuo de un servicio. Es por eso que, por lo general, se realiza con menos frecuencia medidas de seguridad personal para toda una urbanización, sino, más bien, a nivel de calles o cuadras.

Informalidad de las medidas físicas de seguridad

Otro rasgo característico es el alto grado de informalidad de las medidas tomadas.⁸ A finales de 2004, las autoridades metropolitanas promulgaron una ordenanza (N° 690) para reglamentar las medidas de seguridad en espacios públicos. Con ello, se procuraría conseguir el objetivo de comprobar y formalizar, en el caso dado, el estado legal de las medidas de seguridad, así como también de introducir un sistema estándar para las futuras medidas de seguridad. Tal disposición fue acompañada por un decreto (N° 066), el cual concreta entre otros los requisitos técnicos de las medidas de seguridad. La implementación de estas normas a nivel distrital transcurre hasta ahora lentamente. Como mayor obstáculo, se tiene la ineficiencia o bien la insuficiente voluntad política de las administraciones locales. Además, a principios de 2005, la regulación fue debilitada mediante un anexo (Decreto N° 744).

Sólo una fracción de las barreras instaladas en los caminos de ingreso en las áreas de investigación dispone de una autorización oficial. La utilización de prácticas informales es un proceso que se extiende sobre todos los estratos sociales. Sólo tres de los barrios analizados contaban con una autorización. En otros dos barrios, sólo una parte de las medidas era autorizada. Los motivos de la falta del permiso que alegaron los vecinos en el resto de los barrios fueron:

- Obstáculos burocráticos: el procedimiento de autorización fue descrito en tres de los casos como muy costoso, burocrático, complicado y lento, además, no garantizaba a cambio la entrega del permiso.
- Acuerdos informales con la administración municipal: en cuatro barrios adujeron el tener una buena relación con el alcalde u otro representante de rango alto de la municipalidad, el cual “habría dado” una autorización verbal para la medida de protección. Por tanto, no requerían de un permiso formal por el momento.
- Postura a la espera: a pesar de que se es consciente de la ilegalidad de

8 En la delimitación de ilegalidad, tales prácticas son calificadas como informales, que infringen las leyes existentes y en consecuencia son contrarias a la ley. Sin embargo, son tan difundidas y realizadas sin impedimento, que se podría hablar de una cuasi legalidad.

la situación y posibles sanciones por parte de las autoridades, dos de los barrios se encuentran por el momento a la espera. Al igual que en otras prácticas informales, el objetivo de esta estrategia era adquirir un estado cuasi legal mediante el largo retraso posible. En otros barrios, indicaron que no tienen la necesidad de actuar ya que la ordenanza N° 690 aún no estaba rigiendo en su distrito.

- Formalización incompleta: en dos urbanizaciones, sólo una parte de las medidas de seguridad eran autorizadas. En otros dos casos, indicaron que se encontraban actualmente formalizando las medidas de seguridad para satisfacer los nuevos requisitos legales.
- Ninguna discusión sobre la temática: en cuatro casos de estudio de estrato social bajo aún no se habían preocupado por el estado legal de las medidas de seguridad. Estas zonas disponen de una geografía de seguridad irregular. Han alcanzado como máximo el primer estado de ampliación de la formación de enclaves y tienen una mala relación con el municipio.

El tiempo como factor

El tiempo es otro factor importante para la caracterización de los vecindarios posteriormente fortificados de Lima. Como ya se ha descrito, se trata de un proceso posterior. Por la utilización de medidas de control, los barrios existentes se convierten recién en enclaves residenciales.

El proceso de fortificación es, además, un fenómeno actual. En dieciocho de las veintiún zonas de estudio, las medidas de seguridad fueron levantadas solamente a partir del año 2000, de las cuales, en once recién desde 2003. Sólo en tres zonas se realizó la fortificación con anterioridad: en dos casos, ocurrió como reacción a las inseguridades durante la fase del terrorismo, y en el otro, para proteger de la exclusividad de una urbanización de clase alta.

La fortificación posterior se trata de un proceso fluido y ocurre por pasos. El entorno residencial se adapta sucesivamente a las condiciones espaciales urbanas cambiantes. A pesar de que las medidas referidas a la seguridad se intensifican sucesivamente en la mayoría de urbanizaciones, es por el contrario también posible su desmontaje. Este caso ocurre, por

ejemplo, cuando las posibilidades financieras o el grado de organización del barrio son insuficientes. En algunos casos, se pudo observar, por ejemplo, que mediante un pago único, se instaló elementos de seguridad como rejas o tranqueras en las vías de acceso. Sin embargo, no están, de manera continua, en condiciones de emplear y mantener personal de vigilancia a largo plazo.

Algunos ejemplos

Corsac, Puente Piedra

El asentamiento humano Corsac se encuentra en la periferia del distrito de Puente Piedra en el cono Norte, aproximadamente a un kilómetro apartado de la carretera Panamericana.

La urbanización abarca un pequeño valle sobre un suelo arenado. El asentamiento se fundó en 1987 como Asociación Comunidad de Residentes de San Agustín de Canin, abreviado como Corsac. El nombre completo del asentamiento alude al pueblo serrano de donde la gran parte de los habitantes provienen. Según su estatuto sólo pueden ser miembros del asentamiento los que provienen de ese pueblo o aquellos que son recomendados personalmente por algún miembro.

Partiendo del promedio de personas por hogar de 5,8 personas en Lima, se podría calcular que el número de habitantes, en 168 lotes, es de aproximadamente 1 mil. Sus habitantes pertenecen, en su mayoría, a la clase baja (INEI, 1998). Desde comienzos de la urbanización los lotes, de 120 m² de área, fueron continuadamente edificados por los habitantes de acuerdo con sus posibilidades económicas. A pesar de que algunas viviendas fueron construidas con material noble, predominan materiales típicamente usados en barrios marginales (Fig. 1). Con la ayuda de una ONG, se proyectó un plan urbanístico que preveía para el futuro, por ejemplo, la facilitación de áreas verdes y otros espacios comunales.

Al contrario de los asentamientos marginales vecinos, Corsac dispone de una mejor accesibilidad a la infraestructura básica. El asentamiento está conectado a la red del suministro de agua pública mediante un distribuidor propio de agua. Corsac se presenta al visitante como un

asentamiento pobre, pero ordenado. La mayoría de los hogares tiene plantas en los exteriores. Sus caminos de tierra y animales sueltos transmiten una impresión rural. Algunos pobladores han abierto pequeñas tiendas dentro de sus viviendas u ofrecen servicios simples.

La tarea principal de la junta directiva consiste en apoyarse recíprocamente y fomentar la comunidad de los “hijos de Canin”. Eso significa que las formas de vida, costumbres y tradiciones del lugar de procedencia serán continuadas en Lima, como, por ejemplo, fiestas típicas de homenajes a patrones o santo titular. Por otro lado, éstos brindarán apoyo a los que aún permanecen en el pueblo de origen. También se mantiene contacto con otros expobladores de San Agustín de Canin, que ahora viven en otras zonas de Lima.

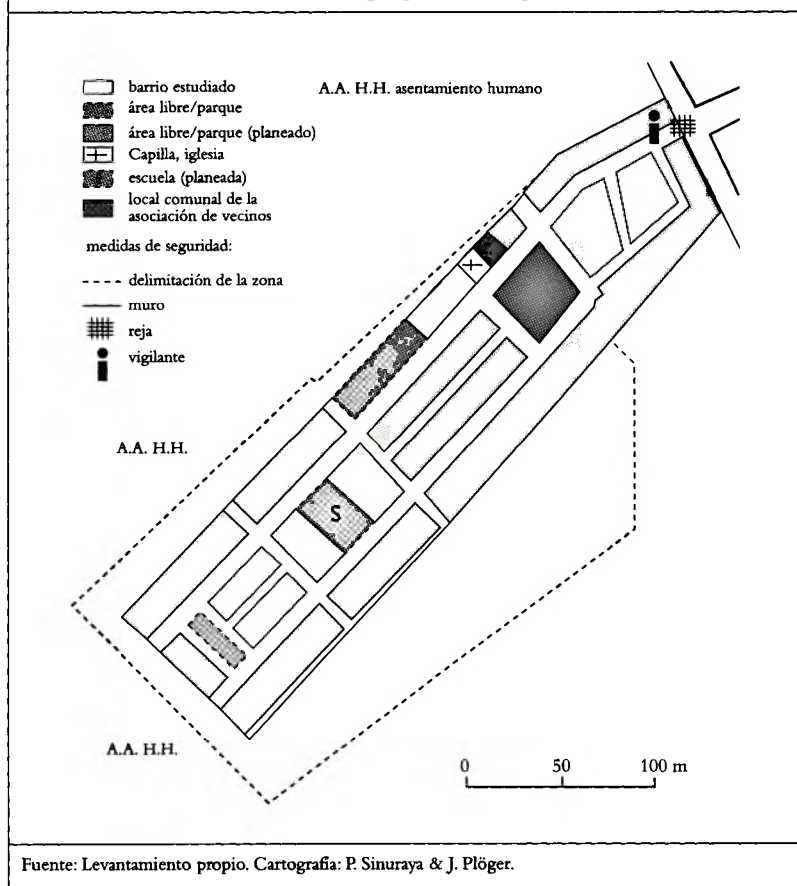
Por el estrecho vínculo colectivo se ejerció un alto grado de control social: quien infringía los reglamentos o normas del asentamiento debido a “comportamientos negativos” podía perder su estatus de miembro. El presidente de la asociación de vecinos dijo que no todo el asentamiento

Figura 1. Corsac, Puente Piedra



Foto: J. Plöger, 2004.

Cuadro 3. Corsac, Puente Piedra: geografía de seguridad



es perfecto. Por lo menos, cinco personas fueron excluidas de la asociación por comportamientos indebidos como violencia contra otros, hurtos o por operar un burdel.

Sólo mediante un alto grado de organización comunal y una alta medida de identificación con el asentamiento y los ideales de la comunidad, será posible defender el espacio residencial de “intrusos” e “intereses ajenos”. Debido a la procedencia común de los habitantes y sus sem-

blanzas socioculturales, se facilita el desempeño del control social informal.

Por su ubicación en un valle, Corsac dispone de una cierta protección espacial natural. Hacia la salida del valle el asentamiento está delimitado por un muro de casi dos metros de altura, el cual fuera levantado por los anteriores dueños como protección contra invasiones. La entrada flanqueada por una puerta de metal constituye el único acceso oficial al asentamiento (Cuadro 3). La puerta se cierra al oscurecer. Desde mediados de 2004, se cuenta con un vigilante durante el día, que, a su vez, es un poblador del asentamiento. Para ello, se hace un pago de aproximadamente US\$ 1.75 por lote.

La delimitación del asentamiento y el empleo de vigilantes es, de acuerdo con el presidente de la junta directiva, una reacción frente al incremento de la inseguridad. Se le ocurrió luego de la comisión de algunos delitos como robos en tiendas. Además, los vecinos se sentían amenazados por la presencia de grupos de jóvenes tildados como “pandillas”. Ellos serían los responsables de la alteración de la convivencia pacífica y el vandalismo. Las medidas de seguridad tomadas deben impedir el ingreso de tales personas, “que no pertenecen al vecindario”. El vigilante también es designado para negar el ingreso de vehículos desconocidos.

A los mototaxis, el medio de transporte más importante en esta zona, sólo se les da acceso si sus conductores son conocidos. De acuerdo con el presidente de la junta de vecinos, la seguridad ha mejorado desde la instalación de las medidas correspondientes, e incluso el vigilante ha intervenido en algunos casos.

Además, se consideró como otra amenaza la presencia de invasiones ilegales en la vecindad. Recién a comienzos de 2004 se formó en el cerro colindante, a poca distancia, un asentamiento marginal. El presidente de la junta vecinal de Corsac expresó el temor de que esas invasiones pudieran extenderse hasta la zona del asentamiento. Para mostrar más claramente su extensión territorial, se hizo una delimitación visible con cercas, piedras entre otros a las secciones laterales del asentamiento.

Con el fin de mejorar la situación de seguridad en los asentamientos humanos periféricos, la municipalidad de Puente Piedra ha hecho entrega de un *walkie-talkie* a la junta vecinal de Corsac, el cual puede ser utilizado por el vigilante para llamar al serenazgo del distrito cuando sea

necesario. Por el contrario, apenas existe contacto con la Policía. El representante de vecinos informó que en algunas ocasiones llamaron a ella, pero nunca apareció.

Pachacamac II, Villa El Salvador

En Pachacamac, el sector más poblado de Villa El Salvador, viven aproximadamente 110 mil personas (Abad, 2003). Pachacamac se divide, como casi todas las zonas de Villa El Salvador, en diferentes sectores, que a su vez se subdividen en diferentes barrios. El área de estudio, el Barrio II, abarca un área de aproximadamente 40 hectáreas y consta de 2.326 lotes que, con algunas excepciones, tienen un tamaño de 108 m². Si se aplica como tamaño promedio de los hogares 5,8 personas, se puede calcular el número de habitantes en casi 13.500, los cuales pertenecen en su mayoría a los dos estratos sociales más bajos (INEI, 1998).

Durante el gobierno de Belaúnde (1980-1985), se proyectó un plan de urbanización para la construcción de viviendas económicas dirigido a los empleados de bajos ingresos del sector público. La adjudicación del lote fue producto de una lotería de la cooperativa de vivienda estatal Mutual Perú. Desde 1986, se construyó unos módulos simples de vivienda cuyo diseño permitía futuras ampliaciones. Sin embargo, la mayor parte de los lotes fue construida por cuenta propia. Para ello, los habitantes podían acceder a créditos parciales de instituciones financieras estatales. Por otro lado, aproximadamente un cuarto de los lotes fue invadido.

Con la asistencia de organizaciones internacionales se estableció la infraestructura básica (luz, agua, desagüe). Sin embargo, la consolidación no está aún finalizada. Las calles se encuentran, como antes, sin asfaltar y la red de infraestructura es propensa a sufrir averías.

Inmediatamente después de ingresar a habitar la zona, los habitantes formaron una asociación vecinal para exigir el abastecimiento de los servicios previstos. Los problemas de muchos hogares para obtener ingresos económicos suficientes y con ello alcanzar una mejor calidad de vida y vivienda, se manifiesta en aspectos físicos de Pachacamac II. Sólo una parte de los habitantes pudo ampliar sus viviendas. En su mayoría, predomina un tipo sencillo de construcción. La poca revalorización del terre-

no se muestra por el valor promedio de lotes construidos, que se encuentra entre US\$ 3.500 hasta US\$ 4.500.

Hacia finales de la década de 1980, la provisión de seguridad se convirtió en una tarea de importancia creciente de la organización de vecinos. Los habitantes de este sector de Villa El Salvador padecieron no sólo de las actividades de Sendero Luminoso, sino también de las acciones militares. El precario estado de seguridad se empeoró aún más por la ausencia de la Policía, de tal forma que los habitantes establecieron rondas vecinales como grupos de autodefensa. A partir de finales de 1990, la seguridad pública en Pachacamac II fue renovada como una de las principales tareas de la organización vecinal, esta vez relacionada con el crecimiento de la delincuencia y la violencia.

La geografía de seguridad de Pachacamac II es el resultado de estas nuevas amenazas. Entre el periodo de 2001 y finales de 2004, los vecinos levantaron un total de 31 rejas y dos tranqueras a nivel de cuadras (Fig. 2 y Cuadro 4). El alto número de medidas de seguridad físicas demuestra el significado de procesos de fortificación en barrios de la clase baja en Lima. La distribución descoordinada de las medidas le da a la zona un carácter heterogéneo. Ninguna de las medidas de seguridad dispone de

Cuadro 4. Pachacamac II, Villa El Salvador: geografía de seguridad

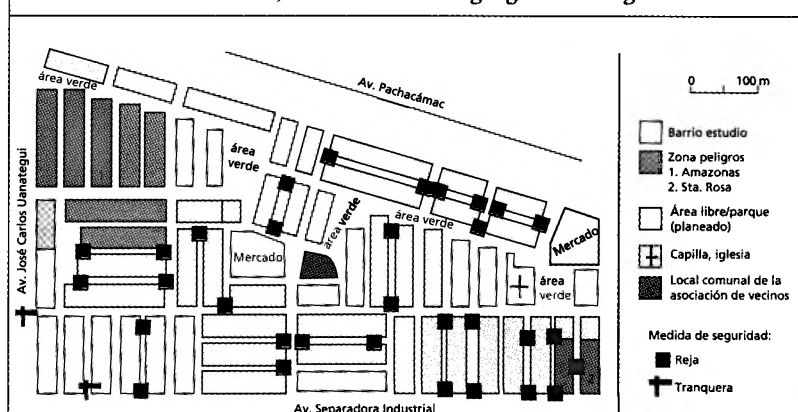


Foto: J. Plöger, 2004.

Figura 2. Pachacamac II. Villa El Salvador



Foto: J. Plöger, 2004.

una autorización oficial.⁹ Según el presidente de la asociación de vecinos, el objetivo de las medidas es principalmente prohibir el ingreso de vehículos extraños para evitar el transporte de objetos robados. Además, expresó que las rejas transmitirían la impresión de un espacio controlado hacia afuera.

La instalación de las medidas de seguridad fue financiada mediante cuotas por los vecinos de la cuadra afectada. En algunos casos, los recursos necesarios fueron recolectados a través de fiestas vecinales. Al momento de la investigación no se contaba con vigilantes empleados. El motivo que señalaron fue que el mantenimiento de este servicio resultaría muy costoso a largo plazo. Además, se sospechó que los vigilantes anteriores estarían involucrados en una serie de robos. Desde la instalación de las rejas, la seguridad sería mejor dentro de las áreas fortificadas. Sin embargo, en la urbanización, en general, no disminuyó la delincuencia, sino más bien se trasladó a calles cercanas con accesos libres y a los espacios públicos como los parques y mercados.

⁹ Hay que recalcar que la municipalidad de Villa El Salvador no había ratificado aún la Ordenanza N° 690 al momento de la investigación.

La tarea principal de la asociación de vecinos es el mejoramiento de la situación de seguridad, según manifestó el presidente de la asociación. No sólo se hizo responsables de la inseguridad a personas extrañas de zonas cercanas, sino también a los mismos habitantes de algunas zonas del área (Cuadro 4). A los habitantes de estas zonas “peligrosas”, se les calificó como “gente de mal vivir”. Estas zonas son en la mayoría de los casos zonas invadidas ilegalmente. Según la percepción local, hay una correlación entre el origen ilegal y los comportamientos irregulares de sus habitantes. Un habitante presente durante la entrevista manifestó que no había rejas en estas zonas, ya que los propios delincuentes no debían protegerse de sí mismos.

Como reacción, algunos habitantes habían reactivado las rondas vecinales que se conformaron durante el tiempo del terrorismo. Aunque se esperaba muy poco de eso, se previó cooperar con la comisaría local dentro del Programa Nacional de Seguridad Ciudadana. Sería importante mejorar la seguridad en los espacios públicos desordenados que presumiblemente atraen la delincuencia. Con la ayuda de una ONG, se busca reforzar la economía local y mejorar el estado de seguridad mediante la edificación de un pequeño centro comercial.

Mangomarca Alta, San Juan de Lurigancho

La zona de Mangomarca está compuesta en su mayoría por varias urbanizaciones que se construyeron desde mediados de la década de 1990. Esta zona ocupa un valle lateral del distrito de San Juan de Lurigancho. El nombre se remonta a un centro ceremonial prehispánico de la cultura Lurigancho, de la cual quedaron las ruinas de varias huacas dentro del área. Geográficamente, Mangomarca está relativamente aislada. Está rodeada por las faldas de cerros por tres lados. Mangomarca se divide en seis urbanizaciones (compárese cuadro 5). En las zonas bajas del valle, se ubica los barrios de Mangomarca Alta y Mangomarca Baja. Alrededor, se encuentran otras tres urbanizaciones y un asentamiento humano. La población de toda la zona es de aproximadamente 13 mil habitantes. Mangomarca Alta, la zona de estudio, tiene cerca de 2 mil habitantes que pertenecen en su mayoría al estrato medio bajo (INEI, 1998).

La zona de Mangomarca pertenecía a la antigua hacienda de la familia Silva Checa. Ésta empezó a vender el terreno en partes a mitad de la década de 1960. La zona de Mangomarca Alta fue vendida a una empresa constructora que la urbanizó con casas modelo de viviendas sociales destinadas a los empleados del Seguro Social. La zona residencial era considerada como atractiva debido a su clima seco y su cercanía al centro. Mangomarca Alta consta de 390 lotes, los cuales disponen, en su mayoría, de un área de 120 m². Las viviendas fueron continuamente ampliadas vertical y horizontalmente por los habitantes de acuerdo con sus posibilidades económicas y según sus necesidades. El precio promedio de venta de un lote construido oscila entre US\$ 28.000 y US\$ 35.000. Los habitantes de Mangomarca Alta fundaron una asociación de propietarios en 1978.

En un comienzo, la asociación quería asegurar la conexión a la infraestructura urbana. Como otros distritos en los conos, San Juan de Lurigancho creció tan rápidamente que el abastecimiento de servicios no pudo seguir el ritmo del desarrollo urbano. Hasta ahora, una de las tareas principales de la organización de vecinos es aclarar la situación legal de muchos lotes.

Mangomarca Alta y Baja disponen de una geografía de seguridad irregular. A nivel microescala, es decir, por cuadras, se levantó cinco rejas en Mangomarca Alta y diecisiete en Mangomarca Baja (Fig. 3). Debido a su ubicación, las otras tres urbanizaciones disponen ya de una menor accesibilidad. Las rejas en Mangomarca Alta fueron instaladas por iniciativa de los habitantes, entre los años 2003 y 2004. Mientras que durante el día las rejas permanecen abiertas, durante la noche se encuentran cerradas. No se emplea vigilantes en todas las calles.

Ninguna de las rejas en las zonas de Mangomarca dispone de una autorización. El representante de la asociación de propietarios de Mangomarca Alta dijo que el alcalde del distrito había asegurado verbalmente que, por el momento, no haría nada en contra de las medidas tomadas. Sin embargo, se tiene noción sobre la ilegalidad de la situación y de sus posibles consecuencias, es decir, del pago de multas y el desmontaje de ellas.

Desde el año 2003, la asociación de propietarios de Mangomarca Alta emplea a seis vigilantes: tres en los dos turnos de día y noche respectiva-

mente, que patrullan por las calles del vecindario. En dos calles fortificadas, los habitantes cuentan adicionalmente con vigilantes. Un letrero pegado en las paredes de las viviendas informa acerca de cuáles son los hogares que contribuyen con el pago del servicio. De esta manera, no sólo se intimida a los criminales en potencia, sino también se recuerda de las obligaciones en común a aquellos vecinos que no contribuyen con el pago. Mediante la distribución desigual de las medidas de seguridad, algunos sectores de Mangomarca Alta consiguen una mejor protección que otras. La asociación de propietarios pide US\$ 7 por lote para el pago del servicio de vigilancia. Menos de la mitad de los hogares contribuye con dicho pago, principalmente porque los habitantes de las cuadras con sus propios vigilantes y rejas tienen poco interés en la contribución adicional a nivel de vecindario.

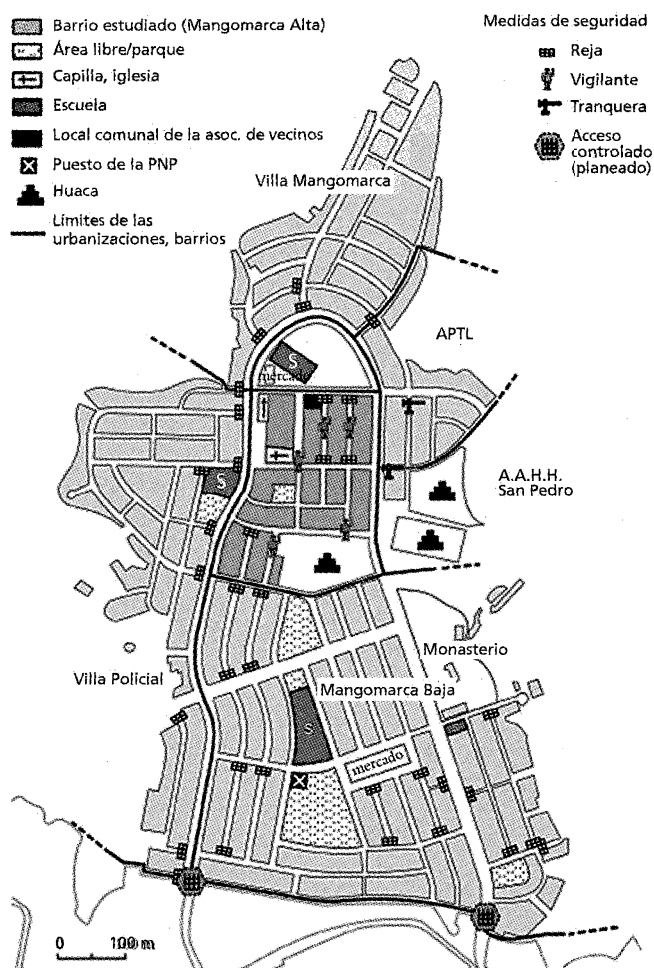
El presidente de la asociación de propietarios indicó que las medidas de seguridad fueron tomadas como respuesta a una “ola de robos.” Se informó que no sólo ocurrieron numerosos asaltos y robos, sino también hasta un asesinato. Por otro lado, aseguró que bastó un solo incidente como causa de la aplicación de dichas medidas. Además de la delincuencia, los habitantes se sentían amenazados por la llamada “gente de mal vivir” de otras partes de la ciudad. Especialmente, se refería a pandillas o supuestos consumidores de drogas (“fumones”).

Desde finales de la década de 1990, la asociación coopera con los representantes de los otros barrios de Mangomarca. En 1998, se institucionalizó esta cooperación mediante la fundación de una organización central. Esta asociación debe contribuir a mejorar la cooperación y el flujo de información entre las zonas sin violar la autonomía de zonas individuales. Uno de los temas más importantes de esta cooperación es la seguridad. En el estatuto de la asociación se fijó, ante todo, la elaboración de un concepto general de seguridad como tarea colectiva. El objetivo es coordinar la provisión de seguridad para todos los vecindarios. Para ello, debe construirse puestos de control con el fin de apostar vigilantes en ambas calles de acceso a la entrada del valle. Este intento de crear un barrio fortificado compuesto de varias urbanizaciones sería un nuevo fenómeno en el proceso de formación de enclaves residenciales en Lima. No obstante, este plan todavía no había sido ejecutado al momento de la investigación. Queda pendiente si los vecinos de las cuadras enrejadas se

dejan convencer para ceder sus estrechos intereses de seguridad a favor de un concepto más amplio de seguridad. Además, se reclama que la Policía brinde una mejor protección en la zona. Se exige de la Policía Nacional la apertura de una comisaría pese a la existencia de un pequeño puesto policial en Mangamarca Baja. De la municipalidad, se espera que finalmente cree un cuerpo de serenazgo.



Cuadro 5. Mangomarca Alta, San Juan de Lurigancho: Geografía de seguridad



Fuente: Levantamiento propio. Cartografía: P. Sinuraya & J. Plöger.

Recaudadores, Ate

La urbanización Recaudadores está ubicada en el “corredor de seguridad” mencionado anteriormente. Las ocho etapas de Recaudadores, todas compuestas por algunas manzanas de uso residencial ordenadas alrededor de un parque, fueron construidas desde mediados de la década de 1960, en su mayoría, para empleados de empresas públicas. En todas las etapas, los vecinos han instalado rejas en las vías de acceso durante los últimos años.

La zona elegida como caso de estudio lleva el nombre informal de “Zona residencial Parque Piura”. Entre 1967 y 1968 se construyó casas en cinco diferentes modelos para los empleados del Banco de la Nación, aún estatal en aquel tiempo.

Las viviendas fueron desde entonces continuamente ampliadas. Los 80 lotes tienen un área de 200 a 300m². El valor promedio de venta de lotes construidos se estima entre US\$ 80.000 hasta US\$ 90.000. Los aproximadamente 440 habitantes pertenecen principalmente a la clase media “típica” (INEI, 1998).

Al momento de la investigación, los vecinos del parque Piura fueron representados solamente por una junta vecinal. Por consiguiente, el tema de la seguridad era el único motivo para la cooperación vecinal. El presidente de la junta vecinal de la zona indicó que la inseguridad sería una consecuencia del carácter público de las áreas verdes dentro y fuera de la zona. Eso condujo a que “gente de mal vivir” se apropiara de ellas. Los residentes se sentían constantemente amenazados por su presencia.

El parque se encontraba en un estado de abandono completo. Estaba mal iluminado y constantemente usado por personas extrañas: muchos drogadictos y “parejas de dudosa reputación” [...]. Nosotros no disponemos de la autoridad para decir: “oigan señores retírense de acá!” ¿Por qué? Porque lamentablemente se trata de parques públicos en donde todas las personas tienen el derecho de desplazarse por donde quieran... (Presidente de la junta vecinal de la “zona residencial parque Piura”, 11 de noviembre de 2004).

132 Esta amenaza que provenía de ciertos lugares y de ciertos grupos percibidos como peligrosos, se reforzó debido al servicio insuficiente brindado por la Policía y el serenazgo. Como respuesta a este escenario de amenazas, por

un lado, y a la inadecuada provisión pública de seguridad, por el otro lado, los vecinos instalaron rejas en todas las entradas de la zona en el año 2001.

La decisión fue tomada un año antes durante una reunión de vecinos. Ésta fue convocada para discutir el tema de seguridad que era juzgada como insuficiente. El cuadro 6 muestra la ubicación de las rejas. Seis restringen el acceso en calles y dos en caminos peatonales. Solamente una de las rejas queda abierta para la circulación durante el día. Asimismo, de noche esta reja es cerrada y solamente puede ser abierta por el vigilante de guardia para el ingreso de visitantes. Para garantizar que ningún hogar esté en ventaja o desventaja por la fortificación, se utiliza como ingreso dos meses durante el año cada una de las seis rejas. El peatón puede ingresar a la urbanización por las entradas laterales a las rejas o por los dos caminos peatonales durante el día. Durante la noche, los visitantes pueden ingresar solamente a través de la puerta vigilada. Cada una de las rejas costó alrededor de US\$ 1.000, y las rejas más pequeñas en los caminos de peatones aproximadamente US\$ 300.

Para el financiamiento de la instalación, se cobró la suma de US\$ 85 por lote. Las rejas fueron legalizadas por el municipio de Ate en 2004.

Cabe recalcar que esta municipalidad cuenta con una propia regulación que facilita la aprobación de barreras en la vía pública. Como sistema acústico de advertencia fueron instaladas adicionalmente dos sirenas, las cuales pueden ser encendidas en casos de emergencia.

En la urbanización hay tres vigilantes empleados. Dos brindan seguridad en el parque en el turno de día y de noche, respectivamente. El tercero toma el control de la reja de turno para el ingreso vehicular en la noche. Las personas no pertenecientes al barrio deben identificarse con el vigilante para obtener el permiso de ingreso. Se cobra US\$ 14 mensualmente a los vecinos para el pago del servicio de vigilancia. De acuerdo con el representante de la junta vecinal, aproximadamente el 90% de los vecinos contribuye con este pago.

Según el presidente de la junta, la situación de la seguridad mejoró notablemente tras la instalación de las rejas. También favoreció a que, desde entonces, el valor de los inmuebles se haya incrementado. Pero la mejora de la situación de seguridad rige solamente para las áreas fortificadas del barrio. Un parque ubicado fuera de la zona es considerado aún como un constante factor de desorden público que causa problemas de

Figura 4. Recaudadores
("Zona residencial Parque Piura")

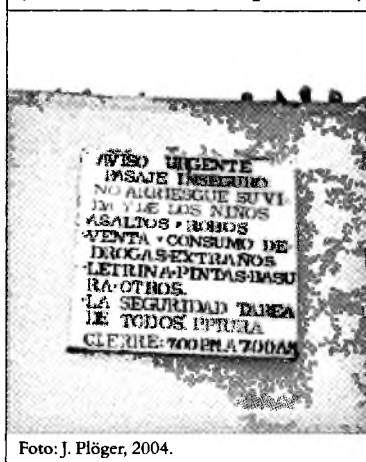
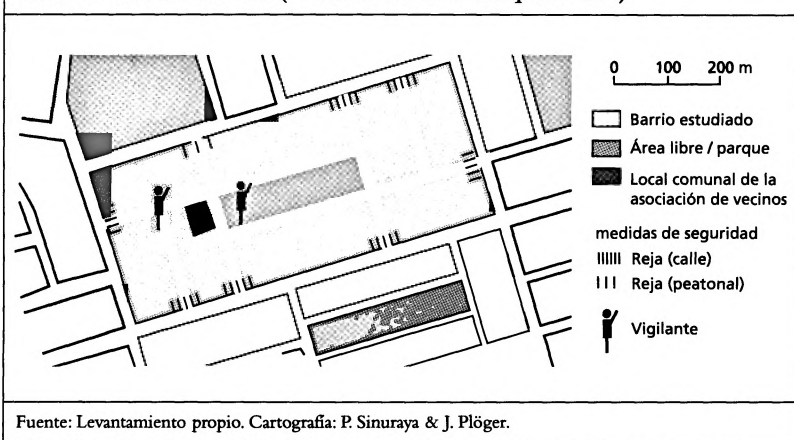


Foto: J. Plöger, 2004.

Cuadro 6. Recaudadores ("Zona residencial Parque Piura")



Fuente: Levantamiento propio. Cartografía: P. Sinuraya & J. Plöger.

inseguridad. Allí se reuniría “gente de mal vivir”, entre ésta supuestos alcohólicos, vendedores y consumidores de droga, prostitutas y vagos. En uno de los pasajes enrejados que llega directamente a este parque, un letrero advierte a los transeúntes que esta zona es descuidada, peligrosa y frecuentada por personas extrañas (Fig. 4).

Conclusión

El proceso de formación de enclaves residenciales en Lima con su expresión particular, se entiende sólo en el contexto de los cambios fundamentales en el marco social y económico a partir de la década de 1990. La sociedad peruana fue confrontada en ese entonces por un “cambio fundamental de las reglas de juego”, según expresó Grompone (1999: 81).

Las inseguridades generales por las cuales una gran parte de la población se veía progresivamente confrontada se intensificaron por la ausencia o ineficiencia del Estado. En el área de la provisión de seguridad, el déficit era, y es, bastante marcado. En las zonas de investigación, los habitantes tenían en general poca confianza en la Policía. Como consecuencia, se formó una estructura compleja de actores en el ámbito de seguridad (Plöger, 2007). Eso conllevó a una privatización, comercialización y comunalización de la provisión de seguridad. La implementación de medidas referidas a la seguridad por parte de los pobladores es otra respuesta al vacío de seguridad percibido. La magnitud y expansión de estas prácticas informales es otro indicio de la debilidad y la poca legitimación del Estado. El ejemplo de las barreras en calles públicas muestra que las normas existentes son escasamente aplicadas y controladas.

Los residentes aprovechan este descuido del Estado para obtener una cuasi legalización de las medidas instaladas. La gran tolerancia del *status quo*, por lado de las instituciones públicas, incrementa la informalización de la “geografía de seguridad” en Lima.

Una manera de interpretar los procesos descritos es que cuanto más grave es amenazada la seguridad social, con más vehemencia es defendida la seguridad física. En el sector residencial, según lo supuesto, las inseguridades se manifiestan físicamente en el aumento de mecanismos de intervención espacial. Es decir, que los habitantes reaccionan al creci-

miento de amenazas e ineficiente provisión de seguridad pública mediante una apropiación sucesiva de su entorno residencial.

Bajo la utilización del concepto de la “condominización”, se describe cómo las unidades espaciales son superpuestas por diversos niveles de medidas físicas, organizatorias y culturales.

Los gastos necesarios para realizarlos se podrían entender como “gastos de la desigualdad” (Grompone, 1999: 43). El objetivo es lograr a nivel local un tipo de “zona de amortiguación” ante el resto de la ciudad, que es percibida cada vez menos calculable y segura. Con el continuo ejercicio de control socioespacial, los vecinos persiguen el objetivo de asegurar las “permanencias” de sus barrios en el contexto de profundas transformaciones (Harvey, 1996: 242).

Además, la formación de la “geografía de seguridad”, en Lima, reproduce las desigualdades socioespaciales existentes. La posibilidad de protegerse y la provisión de seguridad se distribuyen desigualmente, tanto espacial como socialmente. En zonas con más recursos financieros, los vecinos disponen de una mejor capacidad para implementar niveles adicionales de seguridad. Además, reciben un mejor servicio de seguridad a través de la Policía y cuerpos distritales como el serenazgo. Por lo tanto, pueden equilibrar el déficit de seguridad con menos problemas.

Bibliografía

- Abad, D. (2003). *Esta es Villa*. Documento electrónico disponible en: <http://www.monografias.com/trabajos14/villa/villa.shtml>
- Amendola, G. (2000). *La ciudad postmoderna. Magia y miedo de la metrópolis contemporánea*. Madrid: Celeste Ediciones.
- Andrea, C. de y M. Mucha (2005). “Vigilantes de Cuidado”. *Somos* (946). Lima.
- Apoyo Opinión y Mercado (2003). *Perfiles Zonales de Lima Metropolitana 2003*. Lima: Apoyo Opinión y Mercado.
- Bähr, J. y G. Klückmann (1985). “Sozialräumliche Differenzierung von Wohngebieten unterer Einkommensschichten in lateinamerikanischen Metropolen: Die Beispiele Santiago de Chile und Lima”. *Ibero-Amerikanisches Archiv*, 11: 283-314.

- Bähr, J. y G. Mertins (1995). "Die lateinamerikanische Großstadt – Verstädterungsprozesse und Stadtstrukturen". *Erträge der Forschung* No. 288. Darmstadt.
- Balbi, C. y J. Gamero (2003). "El otro divorcio de Fujimori", en: Gamero, J. y M. Zeballos *Perú Hoy - La clase media existe?* pp. 151-170. Lima.
- Basombrío, C. (2004) "Inseguridad ciudadana: y ahora: cómo nos defendemos?". En: *Ideele*, 161: 39-45.
- Beaverstock, J., R. Smith y P. Taylor (1999) "A roster of World Cities". *Cities*. 16(6.): 445-458.
- Blakely, E. y M. Snyder (1997). *Fortress America - Gated Communities in the United States*. Washington D.C./Cambridge: Brookings Institution; Lincoln Institute of Land Policy.
- Bourdieu, P. (1991). "Physischer, sozialer und angeeigneter physischer Raum", en: M. Wentz *Stadt-Räume*. Die Zukunft des Städtischen / Frankfurter Beiträge, Vol. 2. Frankfurt: Campus. pp. 25-34.
- Cabrera, L. (ed.) (2002). *Latinoamérica: países abiertos, ciudades cerradas*. Guadalajara: UNESCO; Universidad de Guadalajara.
- Cáceres, G. y F. Sabatini (ed.) (2004). *Barrios cerrados en Santiago de Chile: entre la exclusión y la integración residencial*. Santiago de Chile: Lincoln Institute of Land Policy; Instituto de Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Caldeira, T. (2000). *City of Walls: Crime, Segregation and Citizenship in São Paulo*. Berkeley: University of California Press.
- Cariola, C. y M. Lacabana (2001). "La metrópoli fragmentada – Caracas entre la pobreza y la globalización". *EURE*, 27(80): 9-32.
- Castells, M. (1996). *The Rise of the Network Society*. Oxford/Cambridge: Blackwell.
- Chion, M. (2002). "Dimensión metropolitana de la globalización: Lima a fines del siglo XX". *EURE*, 28 (85): 71-87.
- De Mattos, C. (2002). "Transformación de las ciudades latinoamericanas – impactos de la globalización?". *EURE* 28(85): 5-10.
- Díaz, F. (1998). "La ciudad en América Latina: entre la globalización y la crisis". *América Latina Hoy*, (15): 5-13.
- Dureau, F. y T. Lulle (1999). *Movilidad espacial y transformaciones territoriales en Bogotá*. Documento 99-11. Bogotá: Universidad de los Andes.

- Figueroa, A., T. Altamirano y D. Sulmont (1996). *Exclusión social y desigualdad en el Perú*. Lima: Organización Internacional del Trabajo.
- Frantz, K. (2001). "Gated Communities in Metro-Phoenix (Arizona) – Neuer Trend in der US-amerikanischen Stadtlandschaft". *Geographische Rundschau* 53(1): 12-18.
- García, P. y M. Villá (2001). "De la sociabilidad vigilante a la urbanidad privativa – homogeneización residencial, usos ciudadanos y ciudadanía en Caracas". *Perfiles Latinoamericanos*, 19: 57-83.
- González, E. (1998). *El neoliberalismo a la peruana - economía política del ajuste estructural, 1990-1997*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Grompone, R. (1999). *Las nuevas reglas de juego. Transformaciones sociales, culturales y políticas en Lima*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Harvey, D. (1996). *Justice, Nature & the Geography of Difference*. Malden, Oxford: Blackwell.
- Hidalgo, R., A. Salazar y L. Álvarez (2003). "Los condominios y urbanizaciones cerradas como nuevo modelo de construcción del espacio residencial en Santiago de Chile (1992-2000)". Presentación V Coloquio Internacional de Geocrítica: La vivienda y la construcción del espacio social de la ciudad. Barcelona, 26-30 de mayo. Documento electrónico disponible en: [http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-146\(123\).htm](http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-146(123).htm)
- IDL (2004). *Perfil de la policía peruana*. Lima: Instituto de Defensa Legal.
- INEI (1998). *Planos estratificados de Lima Metropolitana a nivel de manzanas*. Lima: Instituto Nacional de Estadística e Informática.
- Janoschka, M. (2002). "Urbanizaciones privadas en Buenos Aires: hacia un nuevo modelo de ciudad latinoamericana?", en: L. Cabrales *Latinoamérica: países abiertos, ciudades cerradas*. pp. 287-318. Guadalajara.
- Jaramillo, S. (1999). "El papel del mercado del suelo en la configuración de algunos rasgos socioespaciales de las ciudades latinoamericanas". *Territorios* 2: 107-129.
- Jiménez, F. (2000). "Historia y problemas de la economía peruana de fin de siglo", en: Cabrales, L. *Ensayos sobre la economía peruana*.
- Joseph, J. (1999). *Lima megaciudad: democracia, desarrollo y descentralización en sectores populares*. Lima: Alternativa; UNRISD.
- Joseph, Jaime (2004). Los jardines que se bifurcan: segregación e integración en Lima. CSUIM Working Paper, No. 4. University of Princeton.

- Kroß, E. (1992). "Die Barriadas von Lima – Stadtentwicklungsprozesse in einer lateinamerikanischen Metropole". *Bochumer Geographische Arbeiten*, 55. Paderborn.
- Low, S. (1997). "Urban Fear - Building the Fortress City". *City and Society*, Annual Review. pp. 53-72.
- Löw, M. (2001). *Raumsoziologie*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp.
- Ludeña, Wiley. (2002). "Lima: Ciudad y globalización – paisajes encontrados de fin de siglo", en: *Actas del seminario internacional*. Barcelona 04-06 de junio. pp. 163-191.
- Ludeña, Wiley (2004) *Lima: historia y urbanismo en cifras 1821-1970*, Tomo 1. Kieler Arbeitspapiere zur Landeskunde und Raumordnung, Vol. 45. Kiel.
- Madanipour, A. (2002). *Public and Private Spaces of the City*. London/New York: Routledge.
- Matos, J. (2004) [1984]. *Desborde popular y crisis del Estado – veinte años después*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- McKenzie, E. (1994). *Privatopia – Homeowner Associations and the rise of Residential Private Government*. New Haven/London: Yale University Press.
- Meyer, K. y J. Bähr (2001). "Condominios in Greater Santiago de Chile and their impact on the urban structure". *Die Erde* 132(3): 292-321.
- Meyer-Kriesten, K., J. Plöger y J. Bähr (2004). "Wandel der Stadtstruktur in Lateinamerika- sozialräumliche und funktionale Ausdifferenzierungen in Santiago de Chile und Lima". *Geographische Rundschau* 56(6): 30-37.
- Parodi, C. (2001). *Globalización y crisis financieras internacionales - Causas, hechos, lecciones e impactos económicos y sociales*. Lima: Universidad del Pacífico.
- Pedraglio, S. (2003). "Los Olivos: clase a 'medias'", en: Gamero, J. y M. Zeballos, *Perú Hoy – La clase media existe?* pp. 47-104.
- Plöger, J. (2006a). "Practices of Socio-spatial Control in the Marginal Neighbourhoods of Lima, Peru". *Trialog*, 89: 32-36.
- Plöger, J. (2006b). *Die nachträglich abgeschotteten Nachbarschaften in Lima (Peru). Eine Analyse sozialräumlicher Kontrollmaßnahmen im Kontext zunehmender Unsicherheiten*. Kieler Geographische Schriften, Vol. 112.

- Plöger, J. (2007). *Security providing bodies in Lima (Peru): Emergence of a complex constellation of actors*. Presentación Private Urban Governance symposium. Paris, junio de 2007.
- Portes, A. y K. Hoffman (2002). "Latin American Class Structures: Their Composition and Change during the Neoliberal Era". *Latin American Research Review*, 38(1): 41-82.
- Portes, A. y R. Roberts (2004). *The free market city: Latin American urbanization in the years of neoliberal adjustment*. University of Texas (Austin).
- Pradilla, E. (1998). "Metrópolis y megalópolis en América Latina". *Revista Interamericana de Planificación*, 119/120: 194-212
- Riofrío, G. (1996). "Lima: Mega-city and mega-problem", en: Gilbert, A., *The Mega-City in Latin America*. pp. 155-172. Tokyo/New York/Paris.
- Riofrío, G. (2004). "Pobreza y desarrollo urbano en Perú". *Serie Perú Hoy: Las ciudades en el Perú*. Lima. pp. 71-111.
- Saavedra, J. y E. Nakasone (2003). "Una nota sobre la informalidad y el autoempleo en Lima Metropolitana 1985-2000". Documento no publicado. University of Texas (Austin).
- Sassen, S. (1991). *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton: Princeton University Press.
- Scholz, F. (2000). "Perspektiven des "Südens" im Zeitalter der Globalisierung". En: *Geographische Zeitschrift*, 88(1): 1-20.
- Short, J., C. Breitbach, S. Buckman y J. Essex (2000). "From World Cities to Gateway Cities. Extending the Boundaries of Globalization Theory". *City* 4 (3): 317-340.
- Sibley, D. (1995). *Geographies of exclusion - Society and Difference in the West*. London: Routledge.
- Suttles, G. (1972): *The social construction of communities*. Chicago: University of Chicago Press.
- Svampa, M. (2001). *Los que ganaron - La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires: Biblos.
- Thorp, R. (1999). *Progress, poverty and exclusion - an economic history of Latin America in the 20th century*. Washington: Inter-American Development Bank.
- Ugarteche, O. (1998). *La arqueología de la modernidad - El Perú entre la globalización y la exclusión*. Lima: DESCO.

II

Cultura urbana

Urbanización temprana en Lima, 1535-1900*

Aldo Panfichi

Introducción

Este trabajo busca mostrar las características centrales de la urbanización temprana de la ciudad de Lima, desde su fundación en el siglo XVI hasta las primeras décadas del siglo XX. Se parte de la premisa de que en este período histórico de larga duración, existen más continuidades que rupturas en la naturaleza y configuración urbana de la ciudad. En especial, entre su rol de centro político y administrativo y las características de su lento y desordenado crecimiento urbano; entre la proximidad residencial de diversos grupos étnicos y sociales y la persistencia de estilos de vida caballerescos y no confrontacionales; y entre la cultura urbana de la plebe colonial y la cultura criolla popular de inicios de siglo XX. Precisamente, cuando esta matriz de continuidades empieza a cambiar con los primeros intentos de modernización de la sociedad urbana de inicios del siglo XX, se crean las condiciones para la emergencia de un arquetipo de identidad cultural entre la heterogénea población de los antiguos barrios populares de la ciudad. Arquetipo cultural, lo “criollo popular”, que representa por primera vez desde los sectores más pobres de la sociedad limeña el reclamo de constituir lo “auténticamente” peruano.

Lima, ciudad de los reyes

Lima, fundada en 1535, representa una de las primeras ciudades españolas en América Latina. Destinada a convertirse en sede del principal

* Publicado originalmente en: Panfichi, Aldo (2004) [1995, 1998]. “Urbanización temprana de Lima, 1535-1900”, en: Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero, editores *Mundos Interiores de Lima 1850-1950*. Lima: Universidad del Pacífico.

Virreinato Colonial de América del Sur, la ciudad fue concebida desde el inicio como un centro de conquista y dominación política de vastos territorios coloniales. Desde esta ciudad, los conquistadores organizaron las campañas militares contra los centros de poder indígena y, sobre todo, a los lugares donde el oro y la plata podían ser fácilmente encontrados. Asimismo, en la ciudad se establecen las principales instituciones de la administración colonial, así como sus más altos funcionarios y ordenes religiosas.

El rol político-administrativo de Lima permitió que la ciudad estableciera una forma de dominación patrimonial y burocrática con el resto del territorio colonial. Forma de dominación basada en el hecho de que los conquistadores y sus descendientes, ya sean burócratas, comerciantes o militares, organizaron distintos mecanismos políticos de apropiación de los excedentes económicos producidos por la población indígena y esclava en el resto del país. Buena parte de estos beneficios económicos se canalizaron hacia España, con el objetivo de pagar deudas de guerra y mantener el suntuoso estilo de vida de la corte española. Sin embargo, un monto significativo de estas rentas quedó en Lima, como fondo de consumo y atesoramiento de la elite conquistadora.¹ Dicho poder adquisitivo determinó en buena parte la naturaleza económica de la ciudad. Así, a su primigenia función política y administrativa, Lima pronto añadió la función económica de mercado. De un mercado de mercancías en su mayor parte importadas de Europa o producidos por artesanos locales, y destinados al consumo de las elites dominantes en todo el territorio colonial.

La importancia de Lima como mercado se refuerza cuando los Reyes de España deciden darle a esta ciudad el monopolio comercial con las colonias. Producto de esta medida, que duró casi dos siglos, todas las embarcaciones de carga que venían de Europa a Hispanoamérica debían cruzar El Caribe y dirigirse al puerto de El Callao, para luego reexportar sus mercancías hacia otras regiones coloniales. Los principales beneficiarios de este monopolio fueron un grupo de ricos comerciantes españoles residentes en Lima y, por supuesto, la alta burocracia colonial.

¹ Entre 1651 y 1739, el 49 % de los ingresos del Virreinato del Perú eran gastados en la administración virreinal (Lynch, 1976: 186).

En base a las rentas y privilegios patrimoniales de la conquista, la elite colonial buscó obsesivamente reproducir el estilo de vida de las aristocracias europeas. Viajeros de la época han registrado en detalle la suntuosidad de este estilo de vida donde predominaba la exhibición de trajes de gala, los numerosos esclavos negros símbolos de status, las carrozas adornadas con oro, grandes casas y palacetes decorados con obras de arte provenientes de Europa.²

Esta situación empieza en cambiar con el desarrollo del mercantilismo inglés del siglo XVII, el cual, urgido de nuevos mercados para su creciente producción, busca disputarle a España el dominio del mercado hispanoamericano. Durante el siglo XVIII, el incremento del contrabando inglés y la apertura oficial por España de nuevas rutas comerciales y puertos como Buenos Aires, hizo cada día más difícil que Lima pudiera sostener el monopolio comercial de las colonias.

En estas circunstancias, en 1776 España, bajo la administración de los Borbones, decreta una serie de reformas dirigidas a reorganizar el sistema de comercio colonial así como su aparato burocrático administrativo. Por esta razón, se divide el territorio del Virreinato del Perú creándose, en 1776, el Virreinato del Río de la Plata (Argentina) y la Capitanía General de Chile. Asimismo, se dispone el libre comercio, dejando sin efecto el rol monopólico de Lima.

Las Reformas Borbónicas afectaron las bases políticas y económicas sobre las cuales la elite conquistadora residente en Lima había construido su poderío. Dada la naturaleza burocrática y comercial de la ciudad, no es casual que en 1780 se originara un retraimiento general de la economía urbana.³ Retraimiento económico que con excepción del período 1842-1873, llamado por Basadre (1980) “la ‘falaz prosperidad del guano y el salitre’”, se mantiene hasta fines del siglo XIX con las Guerras de Independencia (1820-1840), las Guerras Civiles por el liderazgo de la República (1840-1860), y la Guerra del Pacífico (1879-1884).

En todo este período, Lima no volvió a recuperar el esplendor económico de otrora, aunque mantuvo su rol de capital política y administrativa, esta vez de una república empobrecida. La ciudad sintió fuerte-

2 Crónica de un judío portugués (citado por Romero, 1958).

3 El trabajo de Haitin (1989) discute en detalle el impacto de las medidas Borbónicas en la economía urbana de Lima.

mente el impacto de la pérdida de su liderazgo comercial y político en la región. Un mapa del Cuerpo Técnico de Tasaciones de 1896 mostraba que, con la excepción de la Muralla que la rodeaba, la extensión de la ciudad era idéntica a la Lima de 1650. Es decir, casi no había crecido en 250 años (Gunther y Lohmann, 1992: 227).

Este estancamiento se ve recién modificado entre 1895 y 1920, cuando el gobierno del presidente Pierola, aprovechando los buenos precios que en el mercado internacional tenían algunas de nuestras materias primas de exportación, desarrolla el primer intento de modernizar la ciudad transformando su estructura, hasta entonces colonial.

El damero de Pizarro

La ecología urbana de Lima colonial refleja bien la naturaleza político-burocrática de la ciudad, así como el estratificado carácter de su estructura social. Lima fue organizada por los conquistadores bajo las disposiciones urbanísticas del damero, las cuales habían sido ya utilizadas en Inglaterra y Gales durante el siglo X, y difundidas por los españoles en el “nuevo mundo” durante el siglo XVI (Hardoy, 1972: 168-169).⁴

Las disposiciones del damero consistían en trazar la ciudad como un tablero de ajedrez, donde los lotes o “cuadras”—exactamente cuadradas y encontradas en ángulos de 90 grados—, se distribuían alrededor de una plaza central llamada la Plaza Mayor. El tablero original de Lima preveía que la ciudad tendría 117 cuadras y una extensión de 215 hectáreas, extensión solo comparable con la ciudad de México (1530) y el trazado inicial de Buenos Aires (1536) (Tizón y Bueno, 1908:189).

El núcleo de la ciudad colonial era la Plaza Mayor que concentraba los edificios que simbolizaban el nuevo poder: la Iglesia, el Palacio de Gobierno y el Ayuntamiento. La plaza, ubicada adyacente al río Rímac, cumplía múltiples funciones: mercado principal, espacio público para las festividades cívicas y religiosas, y punto de concentración militar en tiempos de guerra. En su perímetro se ubicaban las calles principales donde, a

⁴ Para una interesante discusión sobre la cultura de la conquista que estaría detrás de la opción de los españoles por el damero, ver Durston (1992).

manera de privilegio, residían los habitantes más ricos y poderosos de la ciudad (primeros conquistadores, jerarquía eclesiástica y altos burócratas coloniales). En estas calles, como es fácil suponer, se construyen las casas privadas y los edificios públicos más grandes y de mejor calidad.

La distribución de los lotes del damero, en términos generales, estaba definida por una consistente correlación entre el status social del individuo y la distancia física de su residencia a la plaza central. Es decir, mientras “más lejos de la plaza es la distancia, más bajo es el status social” (Portes, 1979: 66). Según este principio, los lotes alejados de la Plaza Mayor pero aún al interior del damero, fueron asignados a funcionarios de mediana categoría y a las numerosas órdenes religiosas que acompañaban el proceso de Conquista. Las casas, edificios públicos, iglesias y conventos que se construyeron en estos lotes, fueron más pequeños y modestos que las construcciones ubicadas alrededor de la Plaza Mayor.

Sin embargo, desde los primeros años de fundada la ciudad, este principio general parece no cumplirse a cabalidad. Estudios historiográficos recientes revelan la presencia de indios en distintas partes del damero, especialmente como ayudantes y sirvientes de artesanos y comerciantes españoles. Asimismo, al interior del damero surge un número reducido de modestas viviendas multifamiliares conocidas con el nombre de “callejones” o “corrales”, donde residían españoles pobres recién llegados, religiosos de bajo status y caballeros en desgracia. Precisamente en 1541, de una de estas viviendas —el callejón de Petateros— salió un grupo de conspiradores españoles para asaltar el Palacio de Gobierno, matar al Conquistador y Gobernador del Perú, Francisco Pizarro.⁵

El callejón representa la primera forma de vivienda popular aparecida en la ciudad con fines de renta.⁶ Con la expansión urbana, como vere-

5 El Callejón esta formado por un conjunto de oscuras y estrechas habitaciones alineadas en hileras opuestas a lo largo de un pasaje central que, al mismo tiempo, sirve como único medio de comunicación con la vía pública. Los callejones casi sin excepción tenían un nombre ligado a la mitología de la guerra, un santo católico patrón, y una fiesta anual de vecinos. Sobre los callejones ver Gálvez (1935).

6 El padrón de indios de 1613 muestra la existencia de dos callejones muy cerca de la Plaza Mayor. Uno de ellos era propiedad de Don Hernando Niño de Guzmán, arcediano, canónigo y chantre de la Catedral de Lima. Este callejón esta ubicado al costado de la vivienda de Don Hernando, lo cual revela la búsqueda de una renta complementaria a sus ingresos que, en su caso, no deberían ser bajos.

mos más adelante, su número se incrementa significativamente fuera del damero central y con una composición étnica mucho más heterogénea. Sin embargo, desde ese momento quedará fijada en la ciudad su naturaleza de vivienda popular. Sobre el borde limítrofe del damero, donde acaba el cuidadoso trazado de la ciudad, los principales conquistadores y los miembros de la alta jerarquía eclesiástica reservaron para sí enormes solares semi-rurales, huertas y lugares de descanso. Alrededor de estas edificaciones, entre 1535 y 1555, se establece una diversa población popular, conformada por trabajadores de las huertas, personal doméstico de los vecinos notables, artesanos recién llegados a la ciudad y esclavos negros e indígenas. Sin embargo, pocos años más tarde, la mayor parte de este vecindario popular es obligado a abandonar este lugar.

En efecto, las autoridades coloniales consideraron que indios y miembros de otras castas “inferiores” estaban residiendo por toda la ciudad y ocupando lotes previstos para edificios públicos y vecinos notables, cuando el lugar “natural” de estas personas debía estar fuera del perímetro de la ciudad-tablero. Con tal motivo, se alentó la formación de dos núcleos residenciales para las llamadas castas populares: El Pueblo de Indios del Cercado (1571) y el Arrabal de San Lázaro (1563). Ambos núcleos, en las décadas siguientes, tendrían un papel importante en el primer ciclo de expansión de la ciudad fuera de los límites originales del damero. Crecimiento de la ciudad que, como veremos en la siguiente sección, constituyó un proceso de urbanización de naturaleza distinta al que dio lugar a la fundación de la ciudad.

Urbanización temprana

El primer ciclo de expansión de la ciudad de Lima fuera de los límites del damero central, es un proceso lento y desordenado que se inicia a mediados del siglo XVI y no parece concluir sino hasta la segunda mitad del siglo XIX. En este período el perímetro de la ciudad se incrementa de 215 hectáreas, previstas en los planos de fundación, a 1.107 hectáreas en 1857. El patrón de crecimiento urbano fue la formación de diversos barrios ubicados fuera del damero central, que van creciendo y conectándose entre sí a partir de puntos urbanos dispersos como parroquias,

capillas, bocatomas de agua, hospitales, pequeños mercados, o antiguos caminos indígenas. Las más importantes de estas construcciones eran las parroquias e iglesias, que no sólo tenían una función religiosa sino también la de estructurar la vida social de los barrios que se formaban casi de inmediato en sus alrededores. En ellas se registraban los eventos centrales de la vida de los vecinos: bautizos, bodas y defunciones.⁷ Bajo su iniciativa, además, se organizaban las acciones de caridad, las cofradías y celebraciones religiosas. Sus pequeñas plazuelas servían como lugar de encuentro e intercambio entre la población.

Las fronteras entre un barrio y otro se establecían, por lo general, en ciertas esquinas, chinganas o pequeñas plazuelas que tenían un valor simbólico limítrofe en la vida cotidiana de sus pobladores. En algunos barrios, la esquina fue lugar de reuniones sociales o de intercambio comercial; en otros, servía como referencia de ciertas calles; y en barrios alejados del centro de la ciudad, era sinónimo de peligro y criminalidad (Gálvez, 1935: 55-60).

Como ya se dijo, dos eran los núcleos urbanos que polarizaron el crecimiento de Lima hasta fines del siglo XIX: el Pueblo de Indios del Cercado y el Arrabal de negros e indios de San Lázaro. El primero se estableció en 1571, en dirección este, hacia los Andes, en lo que eran las tierras de la encomienda de Cacahuasi. El pueblo fue construido a manera de "ghetto" por el Gobernador Lope García de Castro, con el objeto de concentrar en dicho lugar a los indios que cumplían servicios personales a los encomenderos residentes en Lima y que vivían dispersos por la ciudad. La construcción del pueblo respondió al objetivo colonial de concentrar a los indios en espacios urbanos predeterminados, con el objeto de lograr un mejor control físico y un dominio ideológico más férreo.⁸ La concepción arquitectónica del pueblo, rodeado de altos muros, con

7 Mannarelli (1993), señala que la distribución de las parroquias revela el orden social de la ciudad. En todas asistía un público heterogéneo étnica y socialmente, aunque es posible detectar ciertas tendencias. El Sagrario (La Catedral) tendió a concentrar a los vecinos notables, mientras El Cercado, a indios y San Lázaro, a negros.

8 Según Morse (1994) uno de los objetivos de la política colonizadora era la creación de dos repúblicas, una de españoles y otra de indios. El término república se refería a dos pueblos con cierto grado de administración propio, pero bajo el control del imperio colonial. En realidad este objetivo nunca se cumplió y la república de indios no paso de ser un eufemismo para un régimen de explotación, regimentación y trabajo forzado.

solo dos puertas de entrada y salida, y bajo estricta administración, revela su principal objetivo de control social.

El segundo núcleo urbano, ubicado en dirección norte, al otro lado del río Rímac, fue inicialmente una zona de matorrales habitada por indígenas del grupo étnico Yunga, dedicados a la pesca de camarones. En 1563, durante el gobierno del Virrey Conde de la Nieva, se desató en Lima una epidemia de lepra entre los esclavos negros, quienes huyendo del cruel apedreamiento de que eran objeto en la ciudad, buscaron refugio al “otro lado del río”. Ese mismo año, se establece en dicha zona un hospital para leprosos y una parroquia adjunta llamada San Lázaro (1563). Alrededor de estas construcciones se formó de inmediato un arrabal habitado por negros enfermos, sus familias que habían sido expulsadas de la ciudad por temor al contagio, y sacerdotes a cargo del hospital y la parroquia.

Entre 1573 y 1592, las autoridades coloniales intentaron sin éxito crear otro pueblo indígena en esta área: El Pueblo de Indios Camaroneros de San Pedro. Durante esos años, otros grupos de esclavos, negros libertos, indígenas, artesanos y blancos pobres, convergen en la zona construyendo casas de vecindad para pobres y solares de recreo para vecinos de mejor condición económica. En 1592, se establece en el área la Casa de Recolación, más tarde llamada el Convento de los Descalzos. A fines del siglo XVI, el pueblo de indios desaparece como unidad diferenciada y, de esa manera, el arrabal, el hospital, la iglesia y el nuevo vecindario recibieron el nombre de El barrio de San Lázaro. Este barrio, cuyo trazo no seguía la cuadrícula del damero, se comunicaba con la ciudad través de un puente que, además, servía para darle cierta identidad local. Pronto se ubicó allí una fábrica de pólvora y el quemadero de la ciudad, cuya presencia cerca del damero era rechazada por los vecinos de Lima.

La consolidación urbana de la zona continúa en los siglos XVIII y XIX, por el interés de la aristocracia en convertirla en un área de recreo. En 1768 se construye la Plaza de Toros y dos años después se inicia la construcción del Paseo de Agua. No obstante, esta urbanización estuvo acompañada de una creciente presencia popular. Cinco calles de la actual avenida Francisco Pizarro formaron Malambo, un barrio de negros y mulatos dedicados al peonaje y comercio ambulatorio. La animadversión contra estos vecinos de Malambo llevó a llamarlos despectivamente “ca-

rachosos", refiriéndose a la falta de higiene y a supuestos antepasados leprosos.

En los espacios intermedios entre el damero central de la ciudad colonial y los núcleos urbanos de concentración indígena (El Cercado) y negra (San Lázaro), se desarrollaron dos de los principales ejes del crecimiento de Lima hasta fines del siglo XIX. Este fue un proceso de urbanización espontáneo, lento y desordenado, como en la mayor parte de ciudades hispanoamericanas. El trazo de calles y manzanas no siguió la rígida orientación del damero, sino que la ciudad creció alrededor de construcciones urbanas muy localizadas, llámense parroquias, iglesias u hospitales. En este proceso de urbanización temprana, no existía una clara diferencia en la ocupación del espacio residencial por parte de la aristocracia limeña y la plebe urbana. Al lado de grandes casonas, se encontraban callejones de esclavos, indios y miembros de las castas. Y, junto a ellas, talleres de artesanos, chinganas y construcciones propiedad de la iglesia.

El crecimiento demográfico que acompañó la expansión urbana fue también lento, aunque convirtiendo a Lima en una ciudad con una población muy heterogénea étnica y socialmente (Gunther y Villena, 1992: 141-143).⁹ Poco después de fundada la ciudad, en 1574, se calculaba una población aproximada de 10 mil personas. En 1615 la población era de 26.087 individuos, de los cuales 9.630 eran españoles; 1.720 religiosos; 425 criadas de monasterios; 10 mil negros; 1.999 indios; 744 mulatos; 192 mestizos; y 144 japoneses, filipinos, camboyanos e indios de otras latitudes. Dos siglos más tarde, en 1812, la población de Lima era de 63.900 personas. De ellos 18.210 eran blancos o españoles; 10.643 indios; 4.897 mestizos; 10.231 pardos; 17.881 negros; y 2.056 de otras castas. Y finalmente, el censo de 1876 revela que en el casco urbano de Lima vivían 120.276 personas. 45.586 se declaran blancos; 25.747 mestizos; 26.414 indios; 11.286 negros; y 11.958 asiáticos.¹⁰

Tomando uno de los ejes más importantes de crecimiento de la ciudad, desde la Plaza de Armas hasta el Pueblo de Indios del Cercado y que da origen a una zona conocida como Barrios Altos, veamos las características de la urbanización temprana de Lima.

9 Los datos disponibles si bien son metodológicamente discutibles y en muchos casos incompletos, sirven de todos modos para dar una idea de la evolución demográfica de la ciudad.

10 Estos últimos datos son tomados del Censo de Lima de 1908.

Los Barrios Altos

A 600 metros al este de la Plaza Mayor de Lima, en dirección a los Andes, se inicia un área constituida por varios barrios de origen colonial y conocidos con el nombre de “Barrios Altos”. La zona cuya mayor extensión se ubica sobre una cuesta, que tiene una altura de 175 metros, y a la que precisamente se debe su nombre, representa desde tiempos prehispánicos un lugar de tránsito entre el valle costero del Rímac y los Andes centrales; es, además, uno de los espacios tempranos en la expansión urbana de Lima. Sin embargo, no toda el área de Barrios Altos se forma en un mismo período histórico ni constituye una estructura urbana homogénea. Por el contrario, su urbanización, tal como en el resto de la ciudad, fue un proceso lento, plasmando áreas diferenciadas en su interior.

Los primeros años (1535-1570)

Con el damero colonial se traza un sector de barrios altos que entonces formaba la parte limítrofe de la ciudad en dirección este; hoy el sector comprendido entre la Av. Abancay y el Jr. Paruro. La pertenencia al damero significó para este sector estar ligado al poder colonial que emanaba de la Plaza Mayor. En los primeros años de fundada la ciudad los principales conquistadores tuvieron en esta área solares, huertas y chacras de descanso. Francisco Pizarro, por ejemplo, tuvo una huerta llamada El Estanque donde luego se formarían las calles La Universidad y Colegio Real. Lo mismo ocurrió con Nicolás de Ribera el mozo y con Juan de Larreynaga, con las calles Caridad y San Diego, respectivamente (Eguiguren).

Décadas más tarde, junto al establecimiento de solares de vecinos notables, en este lugar se construyen varios locales de instituciones representativas del poder colonial: el Hospital San Damián y Templo de la Caridad (1559); la Casa de la Moneda (1561); el Monasterio de la Concepción (1573); la Universidad y la Escuela de Artes y Oficios (1576); y, finalmente, el temido local de la Santa Inquisición (1579). La totalidad de estas instituciones se ubican alrededor de una segunda plaza pública, la Plaza de la Inquisición –hoy Plaza del Congreso–, repitiendo a menor

escala el mismo principio urbanístico de la Plaza Mayor. Es decir, la plaza central como espacio público concentrador y difusor del poder colonial.

Entre la Plaza Mayor y la Plaza de la Inquisición, por la naturaleza de las instituciones que ambas concentran, se estableció un fluido tránsito que consolida el sector y define las características particulares de su vecindario: vecinos notables, numerosos funcionarios coloniales, clérigos de diversas órdenes religiosas e innumerables sirvientes y esclavos, lo que permanece invariable durante la mayor parte de la colonia.

El damero en su lado este, detuvo su trazado en el lugar donde se inicia una cuesta en dirección a los cerros que limitan la costa con los Andes. El hecho tiene una explicación geográfica, pero no es absurdo pensar que también revela el temor de los conquistadores con los Andes, donde los indígenas no habían sido totalmente doblegados y algunas de sus manifestaciones culturales aparecían como desconocidas e incomprensibles.

El temor a una cultura ajena y la necesidad de consolidar el dominio colonial, se expresa en los primeros movimientos de la ciudad fuera del damero central en dirección este. En 1542 se construye en lo que hoy es la Plaza Italia, el Hospital de Indios de Santa Ana (1542), una de las primeras construcciones ubicadas fuera del damero central. Ocho años más tarde, al costado del hospital, se levanta la Parroquia de Santa Ana (1550). Hospital y Parroquia contruidos encima de una de las mayores huacas de la Lima prehispánica, la llamada Huaca Grande, que “a decir de los cronistas se destruyó para evitar el culto indígena al dios Rimac” (Pacheco, 1985: 229).

Alrededor de estas construcciones, que simbolizaban la imposición colonial sobre la cultura indígena, se establecieron españoles de poca fortuna y religiosos de menor status que no habían logrado alcanzar lotes al interior del damero central. Privilegio este último que, como sabemos, estaba reservado a los miembros de las jerarquías mayores. Igualmente, se instalan numerosos esclavos negros e indios. Las características de este vecindario ya se reseñan en 1570, en el decreto que convierte la Parroquia Santa Ana en Iglesia, y que el Padre Bernabé Cobo registra en su *Historia de la Fundación de Lima*.

Mas allá del damero (1570-1700)

La urbanización de Lima recibió un fuerte impulso con la construcción del Pueblo de Indios de Santiago, ubicado al este de la Iglesia de Santa Ana, en tierras de la encomienda de Cacahuasi. El pueblo fue inaugurado por el Virrey Toledo el 26 de julio de 1571. Según el calendario católico español, este es el día de Santiago Apóstol, Patrón de España, razón por la cual el pueblo recibió dicho nombre, aunque fue más conocido como El Cercado por los altos muros que lo rodeaban. El cerco tenía dos puertas de comunicación con el mundo exterior que se cerraban al anochecer. Una puerta hacia el lado de la ciudad, en el lugar hasta hoy conocido con el nombre de “Cinco Esquinas”, y la otra hacia el valle de Ate. El pueblo, con una extensión de 40 hectáreas y 35 manzanas construidas, tenía “una parroquia a cargo de Jesuitas, un colegio seminario para hijos de caciques, una cárcel para indios hechiceros o maestros de idolatrías, una ermita, y un ayuntamiento” (Tizón y Bueno, 1908: 195).

El establecimiento de El Cercado en terrenos vecinos a la ciudad, produjo paulatinos efectos urbanizadores en los espacios que median entre la Iglesia de Santa Ana y el Pueblo de Indios. En efecto, a fines del siglo XVI ya se tenían noticias de la existencia de un camino carretero que unía ambos poblados. Es decir, desde la Plaza Mayor a la Iglesia de Santa Ana y de allí a la puerta principal del Cercado, en “Cinco Esquinas”. A ambos lados de este camino –hoy Jr. Junín– surgieron calles, viviendas y otras construcciones que en su trazo no respetaron las rígidas disposiciones del damero sino que retomaron curvas, acequias, quebradas y otros accidentes del terreno. El trazo urbano irregular va acompañado de un vecindario formado por indios y mulatos, donde “no se pensó llegaran jamás casas de vecinos”. Por ejemplo, en 1613, sobre el mismo camino carretero, en las calles luego denominadas Pena Horadada y Carmen Bajo, existían “grandes huertas, corralones, tiendas de oficios, y aposentos de mulatos e indios”. Lo mismo sucede con las calles Carmen Alto y Mascarón del Prado, que llegaban hasta la puerta principal del Cercado y que también tenían “huertas, tambos y callejones rurales” (Velarde, 1957: 40-41).

En las décadas siguientes, se construyen en estas mismas calles: la
 154 Iglesia y Monasterio de las Descalzas (1603); la Iglesia y Monasterio de

Nuestra Señora del Prado (1640); la Iglesia y Convento del Carmen (1643); y la Iglesia de Santo Tomas (1646). Y en sus alrededores la Iglesia y Monasterio de Santa Clara (1603); y el Monasterio de Santa Teresa (1645). Las numerosas Iglesias no solo expresaban el espíritu cristiano que acompañó la conquista de los nuevos territorios, sino que también revelan el rol activo que tuvieron las órdenes religiosas en la temprana urbanización de la ciudad. Alrededor de estas construcciones, de inmediato se establecieron viviendas para españoles pobres, clérigos y locales de caridad para mendigos.

A mediados del siglo XVII, un siglo después de iniciada la urbanización temprana, la ciudad había desbordado el damero central en dirección a los Andes. En 1640, Lima llegaba hasta la Iglesia de Santa Clara y las orillas del río Huatica (Jr. Huanuco). Entre este nuevo límite de la ciudad y el Pueblo de Indios de El Cercado, quedaban numerosos terrenos baldíos atravesados eso si por un largo camino carretero (Jr. Junín). Un examen de varios mapas de la época revela que esta situación permanece sin mayores cambios hasta 1685.¹¹

La Muralla (1687-1790)

Una nueva etapa de la urbanización de Barrios Altos se inicia a fines del siglo XVII, con la construcción de la muralla de Lima. Dicha muralla, construida con fines de defensa militar, rodeaba el perímetro de la ciudad y las zonas consideradas de expansión inmediata, dejando solo fuera de su protección el núcleo urbano de San Lázaro (Gunther y Lohmann, 1992:125-126).¹² Con la muralla, la ciudad coloca límites físicos a su crecimiento urbano hasta la segunda mitad del siglo XIX.

Terminada de construirse en 1687, bajo el gobierno del Virrey Duque de la Plata, la muralla cortó parte del Pueblo de Indios, destruyendo su

11 "Plano Scenographico de Lima, Capital de los Reinos del Perú, 1685", de Pedro Nolasco Mere; "Plano de la Ciudad de los Reyes, 1613", reconstruido por J. Bromley. Ambos en Gunther (1983).

12 La muralla de Lima estaba construida de adobes y cubría una extensión de 920 hectáreas. Tenía además nueve portadas de ingreso a la ciudad: Martinete, Maravillas, Barbones, Cocharcas, Santa Catalina, Guadalupe, Juan Simón, Callao, y Monserrate.

cerca de adobes y reduciéndola por el lado este a lo que hoy es el Jr. Comandante Espinar, y por el lado opuesto a las calles Barbones, Cinco Esquinas y Jr. Huari (Barbagelata, 1945). El corte del Pueblo de Indios y su destrucción como una unidad urbana diferenciada, acelera la urbanización de espacios baldíos ubicados al interior de la ciudad amurallada. También acelera cambios en la composición étnica de la población de alrededores. Veamos cada uno de estos factores.

En primer lugar, la urbanización de los espacios baldíos se reactiva teniendo como eje otro camino carretero, esta vez el camino que comunica la iglesia de Santa Clara con lo que había sido la puerta posterior del Cercado (Jr. Ancash). Este sector no tenía buena reputación. No sólo estaba ubicado en el extremo noreste, lejos del damero y a espaldas del Pueblo de Indios, sino que la única construcción que existía en medio de pobres arrabales era el hospital de mendigos, insanos e incurables de Santo Toribio (1669), actualmente el Hospital Neurológico de Mogrovejo.

Con la muralla y el establecimiento en dicho lugar de la Portada de Maravillas (hoy Plazuela de Santo Cristo), el sector se convierte en la entrada noreste de la ciudad, sobre todo para aquellos que vienen desde los Andes. Por esta razón, en las calles Maravillas y Mercedarias se combinaban huertas, tambos para arrieros y comerciantes, corrales para animales de carga, un gran número de callejones, chinganas y lugares de recreo, y el ya mencionado hospital de mendigos, insanos e incurables de Santo Toribio.

Dadas estas características, esta área era uno de los lugares más importantes para el encuentro y socialización de las distintas castas que constituían la plebe limeña. Gálvez enfatiza los conflictos, al señalar que tambos y chinganas de las calles Maravillas y Refugio solían llamarse El Grande, El Gigante, Los Caballeros o Los Leones, y que en ellos “solían repartirse cuchilladas”, viéndose las personas obligadas a “relucir dagas y tizones” (Gálvez, 1943:130). Cosamalón (1994), a su vez, argumenta que no todo era violencia sino que callejones y las chinganas eran también espacios de convivencia, amistad, y donde incluso surgían matrimonios entre miembros de castas distintas.

Coherente con la creciente importancia de la zona, desde fines del siglo XVII y durante todo el siglo XVIII, se construyen numerosas iglesias y monasterios, al igual como ocurrió en la primera mitad del siglo

XVII con el otro camino carretero que unía la antigua puerta principal de El Cercado con el damero central (Jr. Junín). Esta vez, son la Iglesia y Monasterio de las Trinitarias (1682); la Iglesia y Beatarío de Copacabana del Cercado (1696); la Iglesia y Convento de la Buena Muerte (1709); la Iglesia y Monasterio de Mercedarias (1734); la Iglesia y Viceparroquia de Santo Cristo (1780). Todas ellas construidas, valga la redundancia, sobre el camino carretero hoy conocido como Jr. Ancash.

En segundo lugar, el área donde estuvo ubicado el Pueblo de Indios fue perdiendo aceleradamente su carácter indígena por la cada vez mayor presencia residencial de otros grupos étnicos. Por ejemplo, en un callejón de la calle Rincón del Prado (hoy Jr. Humalies) se estableció una cofradía de negros esclavos propiedad de la Compañía de Jesús. Asimismo, se construyen solares donde habitan mestizos y españoles pobres recién llegados, quienes optaban por vivir allí para sacar provecho de sus privilegios de casta en medio de una masa crecientemente mestiza e indígena (Eguiguren, s. f.).

En pocos años la estructura étnica de la zona fue otra. De acuerdo a libros de bautizo de la Parroquia del Cercado, entre 1769 y 1793 se modifica el carácter inicialmente indígena del pueblo por la presencia cada vez más numerosa de blancos y mestizos. En 1812, el 33% de la población del Cercado se declara mestiza, aunque es revelador el hecho de que la mayoría de ellos fueran considerados "hijos ilegítimos", es decir, no reconocidos por sus padres (Cárdenas, 1985:81-82).

Consolidación Urbana (1790-1890)

La consolidación urbana de barrios altos no está al margen del fortalecimiento patrimonial de la Iglesia Católica en la zona. Según el Virrey Avilés, en 1790 existían en Lima 3.941 casas, de las cuales 1.135 eran propiedad de diversas órdenes religiosas (Basadre, 1980: 86). Pues bien, buena parte de estas propiedades son las iglesias, conventos, beaterios, huertas, solares y callejones, que se construyen a lo largo de los dos caminos carreteros que comunican el damero central con el pueblo de El Cercado.

¿Qué explica la importancia patrimonial de la Iglesia Católica? En términos generales, la presencia de sacerdotes y religiosos desde el inicio

de la Conquista le aseguró a la Iglesia acceder a grandes propiedades urbanas. Asimismo, la necesidad colonial de consolidar un dominio ideológico sobre las masas indígenas, llevó a los españoles a destruir huacas y adoratorios indígenas y levantar sobre ellas iglesias y parroquias. Barrios Altos, al ser desde tiempos prehispánicos un lugar de cruce de diversos caminos hacia los Andes y punto de distribución de agua a través del río Huatica (hoy Jr. Huanuco), tenía uno de los adoratorios indígenas más importantes del valle de Lima, por lo que la presencia de la Iglesia podría ser interpretada como el intento de levantar una pared de cristiandad sobre las idolatrías andinas. Finalmente, la mentalidad profundamente religiosa de los conquistadores que urgidos de salvar el alma, patrocinaron mediante donaciones de propiedades el establecimiento de iglesias, conventos e instituciones de caridad, a cambio de la promesa de que una vez muertos ellos fueran sepultados lo más cerca al altar mayor de dichos templos.

Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XVIII, a estos factores hay que agregar el terremoto de 1746 que destruye la mayor parte de la ciudad y la crisis de la economía colonial iniciada en 1780, producto del debilitamiento de Lima como centro político-burocrático, y que dejó sin recursos económicos a las numerosas órdenes religiosas e instituciones de caridad que se habían establecido en la ciudad. Frente a tal situación, estas órdenes religiosas no tuvieron otra alternativa que lotizar parte de sus propiedades urbanas y construir tiendas y callejones con fines de renta o vender solares o lotes de terreno baldíos. Con el agravamiento de la crisis económica y el estallido de las luchas por la independencia, la opción de vender propiedades urbanas se hizo la única fuente para obtener recursos. De esto, aprovecharon algunas familias para adquirir inmuebles a bajo precio, diversificándose aun más la propiedad inmobiliaria de Barrios Altos. Al respecto, Gálvez escribe irónicamente: “mientras los predicadores alzaban las manos al cielo e invitaban a orar y arrepentirse a los pecadores, muchos de estos se las frotaban, entre golpe y golpe de pecho, pensando en la ocasión de cómodas adquisiciones” (Gálvez, 1945: 115).

La diversificación de la propiedad urbana dio lugar a la proliferación de casas solariegas con zaguanes y enormes patios interiores, especialmente en los sectores de Barrios Altos que forman parte del damero (Plaza el Congreso), y los alrededores de la Iglesia Santa Ana. Las nuevas

viviendas se construyeron cerca de modestos inmuebles donde residía la plebe limeña, acentuándose así una vieja característica de la ciudad: la proximidad residencial entre grupos social y étnicamente diferenciados. Por ejemplo, en 1804, en la calle Caridad, vivían en una lujosa residencia los descendientes del Conde de Monteblanco acompañados de numerosos esclavos. A escasos metros estaba el Callejón La Caridad que, con 22 cuartos, albergaba “un vecindario de lavadoras, costureras, carpinteros, mestizos, mulatos, zambos, y negros libertos”. Lo mismo ocurría en las calles La Moneda, La Universidad, San Diego, Carmen Bajo, San Andrés, y San Cristóbal” (Eguiguren s. f.).

La proximidad residencial de diversos grupos étnicos y sociales no significó el abandono por parte de los vecinos pudientes de la idea colonial de vivir separados de las “castas inferiores”. Por el contrario, al no poder evitarlo, estas familias se “recluyen en los espacios interiores de las grandes casonas” que se caracterizaban por “las paredes exteriores altas, los balcones y las ventanas enrejadas”. Estilo arquitectónico que buscó hacer explícitas las diferencias y “separar con nitidez la vida familiar aristocrática con la vida diaria de la plebe” (Flores Galindo, 1983: 79).

Los únicos sectores de Barrios Altos que permanecen al margen de la coexistencia residencial entre vecinos pudientes y la plebe, son los ubicados en el límite noreste de la ciudad y los alrededores de El Cercado: el primero, lugar de residencia de locos, enfermos incurables y el lumpen, refuerza su particular condición en 1806 con el establecimiento del Cementerio de Lima, y años más tarde con la construcción del Lazareto, un hospital para enfermos de fiebre amarilla y peste. El segundo, a pesar de los cambios en la composición étnica de su población, nunca llegó a ser un lugar de residencia de familias adineradas. Ambas áreas han mantenido, hasta nuestros días, invariable su carácter popular.

Durante la mayor parte del siglo XIX, la urbanización de Barrios Altos permaneció estancada. En 1858, todavía existían como terrenos baldíos las mismas huertas y chacras que muestran los mapas de inicios de siglo. En especial junto al río Rímac, en el extremo noreste de la ciudad (Jr. Amazonas), y alrededor de la Portada de Cocharcas. Recién en 1870, cuando la muralla de Lima fue destruida por los impulsos modernizadores del presidente Balta, la urbanización de estas áreas recobra dinamismo con el trazo de las calles Chirimoyo, Prolongación de Chirimoyo y

Cocharcas. Con estas calles quedaron conectadas entre sí todos los barrios que conforman lo que hoy se conoce con el nombre de Barrios Altos.

En resumen, la urbanización de Barrios Altos es un proceso lento que se inicia poco después de la fundación de Lima y culmina a fines del siglo XIX. Barrios Altos se compone de varios barrios pequeños organizados alrededor de parroquias, iglesias y plazuelas coloniales. La mayor parte de sus calles no están trazadas de acuerdo al rígido sistema del damero, sino retomando acequias, curvas y caminos indígenas en dirección a los Andes. Es decir, sus manzanas no son cuadradas sino irregulares, comunicándose entre sí por angostas calles que siempre desembocan en los antiguos caminos carreteros que unían el damero con el Pueblo de Indios del Cercado. A fines del siglo XIX, las manzanas tienen además, como rezagos de otros tiempos, pequeñas huertas o espacios vacíos en la parte central de los lotes. Asimismo, en sus calles se distribuían grandes casonas, casas solariegas, callejones, solares y tiendas.

En casi toda el área coexistían, en espacios residencialmente cercanos, la heterogénea plebe limeña y familias provenientes de la aristocracia. Sin embargo, conforme un área de Barrios Altos esté más próxima al damero central, su composición social y la calidad de sus viviendas serán consideradas de mejor condición. Esto ocurre con el área que media hoy entre el Congreso de la República y la Plaza Italia (Parroquia Santa Ana), la cual fue asiento de funcionarios coloniales e instituciones virreinales y, siglos más tarde, lugar de residencia y comercio de los migrantes europeos, principalmente italianos, de fines del siglo XIX. No sucede lo mismo con las zonas ubicadas más al este, Maravillas y los alrededores del antiguo Pueblo de Indios del Cercado (hoy barrio de Santo Cristo), que fueron siempre consideradas lugar de pobres e indeseables.

Los inicios de la ciudad moderna

Entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, Lima es objeto de una serie de transformaciones urbanas que buscaban modernizar lo que hasta ese entonces constituía una ciudad tradicional y con fuertes rezagos coloniales. Esta modernización temprana ocurre en un contexto de crecimiento económico acelerado, producto de un incre-

mento sustantivo de exportaciones de caucho, azúcar, algodón y minerales a países en procesos de industrialización acelerado. Se establecen en la ciudad las primeras industrias, algunas propiedades de capitales extranjeros. Lima, al beneficiarse de esta expansión económica, reafirma su histórico rol de centro político y administrativo de la república, y lugar de residencia y consumo de las elites del país.

La modernización de Lima se expresa en la renovación de los servicios urbanos básicos como agua, desagüe, alumbrado público eléctrico y transporte. En 1906 se pone en servicio el tranvía eléctrico que, con siete rutas y 40 kms. de vía, conecta los diversos barrios de la ciudad. Asimismo, se construyen edificios públicos y grandes avenidas que se expanden fuera de los antiguos límites de las murallas coloniales, especialmente en dirección a los balnearios del sur, donde construyen su nueva residencia las clases acomodadas del país. Y también en el desarrollo de las primeras urbanizaciones, tanto en terrenos baldíos al interior de la vieja ciudad como en huertas y chacras ubicadas inmediatamente después del antiguo límite de las murallas.¹³

Con estas acciones, la ciudad quiebra definitivamente los límites de su traza colonial. La idea predominante en las elites era construir una ciudad moderna que represente el nuevo orden republicano. Es verdad, como señala Majluf, que estos ideales republicanos se forjaron décadas antes (1850-1879), pero la Guerra del Pacífico postergó toda iniciativa al respecto. En estas nuevas trazas urbanas, “el orden republicano oponía a la supuesta pomposidad del barroco la monumentalidad; a la exuberancia de los antiguos tiempos, un sentimiento de recato; y a la sinuosidad de las formas curvilíneas, una simetría rígida”. Nueva traza urbana que ofreciera a una población “traumatizada por décadas de inestabilidad [...] símbolos de estabilidad, orden, y progreso” (Majluf, 1994: 21-25).

Con esta lógica, la Plaza Mayor, transformada en Plaza de Armas, dejó de ser un lugar de encuentro y comercio de la población, convirtiéndose en un espacio oficial para las ceremonias del Estado republicano, donde las “multitudes eran convocadas como espectadoras de dichas ceremonias” (Del Águila, 1994: 23-27).

13 Este es el caso de barrio de La Victoria que surge a partir de 1896 en los extramuros de la ciudad. Este es un barrio moderno producto de la inversión, diseño, y lotización de dos empresas inmobiliarias: Compañía Urbana La Victoria y Compañía Nacional La Cerámica.

Este conjunto de transformaciones urbanas, tiene un enorme impacto sobre los viejos barrios populares del centro de Lima. En primer lugar, la modernización de Lima va acompañada de un crecimiento demográfico sin precedentes, con una importante migración de grupos medios de ciudades y pueblos de la costa y sierra central. En 1897, la ciudad tenía 120.276 habitantes; en 1908 se incrementó a 154.617 personas; para llegar a 203.381 en 1920. Las migraciones y el traslado de los vecinos ricos, generalmente de raza blanca, reforzaron la importancia de los mestizos en los viejos barrios del centro de Lima. Como vimos anteriormente, estos barrios siempre fueron étnicamente muy heterogéneos. Sin embargo, en 1908 Barrios Altos tienen ya una población mayoritariamente mestiza (36%), aunque también con una presencia significativa de blancos (34%), indios (17%), negros (6%) y asiáticos (7%). Lo mismo sucedía en el Rímac (San Lázaro) y otros barrios populares.¹⁴

En segundo lugar, estos barrios dejan de ser espacios residenciales comúnmente para ricos, medios y pobres. La concepción colonial de “vivir separados” se reviste de modernidad con la mudanza de las familias acomodadas a los distritos exclusivos del sur. Los pobres se quedan en los viejos barrios, ocupando los espacios baldíos aún disponibles, y luego, con las migraciones tempranas, presionando por un mayor número de viviendas. Demanda satisfecha por los propietarios, en retirada con la subdivisión de viejas casonas y la construcción con fines de renta de numerosos callejones y casas de vecindad. La tugurización de estas viviendas absorbe el incremento demográfico de aquellos años.¹⁵

En este contexto, desde callejones, casas de vecindad y chinganas de los viejos barrios del centro de Lima, se desarrolla una forma de identidad cultural común entre los pobres de la ciudad que reclaman por primera vez desde el pueblo, ser la expresión de lo “auténticamente” peruano. Esta forma de identidad conocida como el “criollo popular” está asociada al predominio de los mestizos en una estructura social multiétnica. Y supone compartir un estilo de vida, un código de interacción social y

14 Según el Censo de Lima de 1908, los mestizos eran el 38% de la población del Rímac; los blancos, el 36%; indios, el 17%; negros, el 5%; y asiáticos, el 3%.

15 Según el censo de 1908, los callejones y casas de vecindad constituían el 16.5% de las viviendas de Barrios Altos, aunque albergaban al 60,8% de su población. Los distritos censales 4, 5, y 6, corresponden a Barrios Altos.

un conjunto de solidaridades entre iguales, basados en valores provenientes tanto de la cultura de la plebe colonial como de la nueva cultura popular emergente con la modernización temprana de la ciudad.¹⁶

La cultura de la plebe colonial ha sido estudiada por Flores Galindo (1983) y Millones (1978). Según el primero, la residencia en espacios reducidos de una masa heterogénea de negros esclavos, blancos pobres, y miembros de las castas o mestizos, todos excluidos y menospreciados por una sociedad que pretendía acatar una rigurosa estratificación estamental, dio lugar a un estilo de vida construido al margen de las convenciones vigentes. La plebe urbana elaboró una jerga propia, antihéroes, idealizando a los bandidos, una sátira burlona de la formalidad de la aristocracia, danzas consideradas escandalosas por sus insinuaciones sexuales, canciones disolutas, y una fuerte afición por los juegos de azar (Flores Galindo, 1984: 155-160). Millones, si bien está de acuerdo con que estas manifestaciones han sido elaboradas al margen de las convenciones vigentes, precisa que ellas no tienen un sentido contestatario al sistema social imperante. La razón estaría en el fuerte enraizamiento de valores serviles coloniales en la cultura de la plebe limeña (Millones, 1978: 41-44).

Varias características de la cultura criolla popular parecen derivarse de la cultura de la plebe colonial. Esta continuidad se habría hecho posible porque la historia social de Lima, al igual que su naturaleza burocrática y rentista, entre mediados del siglo XVI e inicios del siglo XX, no habría experimentado quiebres profundos originados en transformaciones de gran impacto en la vida cotidiana de los individuos. Por el contrario, los cambios habrían sido lentos, de agregación y combinación de prácticas provenientes de matrices étnicas y culturales diversas, controladas o condicionadas por los grupos coloniales o sus herederos republicanos. Nuestro énfasis en las continuidades no significa, de ninguna manera, obviar los cambios culturales y transformaciones sociales, sino enfatizar sociológicamente el peso que la historia y la tradición tiene en comportamientos y cosmovisiones de grupos humanos que habitan entornos con gran densidad histórica.

16 El término criollo ha tenido múltiples significados a lo largo del tiempo, aunque desde el inicio ha tenido una connotación peyorativa de "inautenticidad" (Lavalle, 1986).

Lo criollo popular es un estilo de vida donde juega un papel importante el sentido de la gracia, la picardía y el espectáculo exhibicionista. Estas prácticas, históricamente están asociadas a la cultura afroperuana y a la picaresca española. Viajeros que pasaron por Lima durante los siglos XVII y XVIII, han testimoniado lo festivo de las celebraciones de las “clases bajas”. Con la modernización de inicios del siglo XX, las fiestas o jaranas se convierten en uno de los elementos centrales de la identidad criolla popular. Ser criollo significa ser “alegre y jaranero”, sin importar las consecuencias de su práctica continua en un contexto de modernización y nuevas exigencias sociales. Quizás, hasta una forma de “resistir” los cambios culturales. Las jaranas, según Ortega, eran espacios de identidad ritual donde individuos de diverso origen étnico y social compartían una práctica de juegos, indulgencias y licencias (Ortega, 1986:95-130). También espacios donde se establecían relaciones de clientela, compadrazgo y compromisos mutuos.

Diez Canseco (1935) denomina este estilo de vida la “miseria alegre”, ya que explicitaría la capacidad de luchar contra la pobreza, haciendo uso de recursos celebratorios y festivos (Diez Canseco, 1935). Sin embargo, López (1980) cuestiona la naturaleza corrosiva del humor criollo. Según él, este humor usa la sátira con un sentido meramente destructivo, ya que no se proyecta por encima de los adversarios que son objeto de la burla, los que por lo general son otros miembros de las clases populares.

Sin embargo, lo más importante a enfatizar es que “lo criollo” es un código cultural de interacción social que incorpora selectivamente como iguales a todos aquellos que conocen sus prácticas de identificación ritual, sin hacer distingos étnicos o de clase. Junto a estas características democráticas, al mismo tiempo, el criollo excluye o agrede a quienes no conocen o ignoran sus códigos de interacción, especialmente a los recién llegados, como se conocía a los migrantes o personas de otros grupos sociales “no acriollados” (Ortega, 1986). Para este código de interacción lo importante ser “vivos” o “sabérselas todas”. Es decir, saber combinar de acuerdo a las circunstancias la astucia, bravura y prudencia, con el fin de obtener las máximas ventajas en las interacciones sociales. Asimismo, es importante actuar como “caballeros”, con “honor”, “fidelidad” y “decencia”, en la reciprocidad de favores y solidaridades entre amigos, vecinos o compadres. Todo lo cual revela la vigencia de valores tradicionales pro-

pios de hidalgos pobres de las ciudades coloniales, así como la solidaridad entre iguales que provocan las nuevas exigencias de la modernización temprana de la ciudad.

Bibliografía

- Barbagelata, José (1945). *Desarrollo Urbano de Lima*. Lima: Lumen.
- Basadre, Jorge (1980). *La Multitud, la Ciudad y el Campo en la Historia del Perú*. Lima: Imprenta A.J. Rivas Berrío.
- Cárdenas, Mario (1985). "Demografía del Pueblo de Santiago del Cercado". *Revista del Archivo General*. Vol. 8, época 2: 79-110.
- Cosamalón, Jesús (1994). "Amistades Peligrosas. Indios y Negros en los Barrios de Lima", en: Scarlett O'Phelan (ed.) *El Perú en la era borbónica*. Lima: Instituto Riva-Agüero.
- Del Águila, Alicia (1994). *Callejones y Mansiones. Redes y Espacios de Opinión Pública en Lima de Principios del Siglo XX*. Lima: PUC. 1997.
- Díez Canseco, José (1935). "Lima, coplas y guitarras", en: *Lima, la Ciudad de los Reyes en el IV Centenario de su fundación*. Lima: Municipalidad de Lima.
- Domingo, Angulo (1913). "Notas y Monografías para la Historia del Barrio de San Lázaro". *Histórica*, vol. 5. Lima. pp. 272-274.
- Durand, María (1992). *Lima en 1613: Aspectos Urbanos*.
- Durston, A. (1994). "Un régimen urbanístico en la América hispana colonial: el trazado en damero durante los siglos XVI y XVII". *Historia* 28, Santiago.
- Eguiguren, Luis Antonio (s. f.). *Las Calles de Lima*.
- Flores Galindo, Alberto (1983). *La ciudad sumergida. Aristocracia y plebe. Lima, 1760-1830*. 2ª Ed. Lima: Horizonte.
- Gálvez, José (1935). "Las Esquinas", en: *Estampas Limeñas*. pp. 107-110. (1943). *Calles de Lima y meses del año*. Lima: IPC.
- Gunther, Juan y Guillermo Lohmann (1992). *Lima*. Madrid: Mapfre.
- Haitin, Marcel Manuel (1989). *Late Colonial Lima: Economy and Society in an era of Reform and Revolution*. Vol. 71, (1): 35-71.
- Hardoy, Jorge Enrique (1972). "Las Formas Urbanas Europeas durante los siglos XV al XVII y su Utilización en América Latina".

- Lavalle, Bernard (1986). *Situación colonial y marginación léxica. La aparición de la palabra criollo y su contexto en el Perú del siglo XVI.*
- López, Sinesio (1980). *La Cultura Criolla en el Siglo XX.*
- Majluf, Natalia (1994). *Escultura y Espacio Público. Lima, 1850-1879.* Documento de Trabajo No. 67 Serie Historia del Arte N° 2. Lima: IEP.
- Mannarelli, María Elena (2004). *Pecados Públicos.* Lima: Flora Tristán.
- Mariátegui, Ricardo (1956). *El Rímac, Barrio Limeño de Abajo el Puente.* Lima.
- Millones, Luis (1978). *Tugurio, la cultura de los marginados.* Lima: Instituto Nacional de Cultura.
- Morse, Richard (1994). "The Urban Development of Colonial Spanish America", en: L. Bethell, ed. *The Cambridge History of Latin America* Vol. 2. Cambridge, 1987. pp. 67-104.
- Ortega, Julio (1986). *Cultura y Modernización en la Lima del 900.* Lima: Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación.
- Pacheco Vélez, César (1985). *Esplendor, Miseria y Salvación de la Vieja Lima.* Lima: Universidad del Pacífico.
- Portés, Alejandro (1979). *Urban Latin America: The Political condition from Above and Below.* Texas: University of Texas, Austin.
- Romero, José Luis (1958). "Crónica anónima del S. XVII, descripción del Perú", en: Levin (ed) *En Latinoamérica: las ciudades y las ideas.*
- Tizón, y Ricardo Bueno (1908). *Historia del Plano de Lima.* Lima.
- Velarde, Ernesto (1957). *Los Barrios Altos de Lima.* Lima.

Los rostros cambiantes de la ciudad: cultura urbana y antropología en el Perú*

Pablo Sandoval

A veces ciudades diversas se suceden sobre el mismo suelo y bajo el mismo nombre. Nacen y mueren sin haberse conocido, incomunicables entre sí. En ocasiones, hasta los nombres de los habitantes permanecen iguales, el acento de las voces e incluso de las facciones. Pero los dioses que habitan bajo los nombres y en los lugares se han ido sin decir nada y en su sitio han anidado dioses extranjeros...
(Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*)

Introducción

En septiembre de 1996, Matos ofreció una conferencia en el marco de las celebraciones por los cincuenta años de la Escuela de Antropología de San Marcos. En ella, recordó una anécdota de Valcárcel:

En 1956 yo estaba en mi casa terminando mi tesis doctoral sobre Taquile, y se presenta el Dr. Valcárcel con su chofer y me dice: "José, salga Ud., acompañeme". "¿A dónde Dr.?", le respondí. "Venga, no más, sígame Ud. al auto y acompañeme. Le quiero enseñar algo muy importante que va a ser el futuro del Perú". Entonces, Valcárcel me hace subir al auto a las seis de la tarde y me lleva a Ciudad de Dios. La Ciudad de Dios había sido invadida el día anterior y se había creado la gran barriada en la época de Prado, en 1956. Y Valcárcel me dice: "Mire Matos, Ud. tiene que meterse en este problema, éste es el problema futuro del país" y yo le digo: "Pero Dr. Valcárcel, para qué me trae, éste es un mundo muy complicado, yo

* Publicado originalmente en: Sandoval, Pablo (2000). "Los rostros cambiantes de la ciudad: cultura urbana y antropología en el Perú". En: Degregori, Carlos Iván (Ed.) (2000). *No hay país más diverso. Compendio de antropología peruana*. Lima: PUCP, IER, UP, pp. 278- 329.

estoy metido en Taquile, cómo voy a saltar a Lima". Bueno pues, llegué a Ciudad de Dios y no me moví tres meses, ya no iba a mi casa. De allí salió mi libro de barriadas, y ahí entré al tema de urbanización y barriadas".

Este diálogo nos revela las primeras miradas de los antropólogos a la ciudad. La intuición del viejo indigenista de *Tempestad en los Andes* de ir hacia las afueras de la ciudad, que Moro bautizó como *Lima la horrible*, nos invita a indagar por las visiones que la antropología elaboró acerca de lo urbano y lo rural, por las explicaciones a una realidad que empezaba a desbordar los contornos físicos y culturales de la parametrada ciudad criolla. El "meterse en el problema", en palabras de Valcárcel, significaba entonces ampliar los marcos de una disciplina que se había especializado en "otras culturas", lejanas en geografía y sentimientos, pero que al acortarse las distancias comenzaban a llegar a la periferia de Lima. ¿Hasta qué punto los antropólogos estaban preparados para ingresar a la ciudad y dar cuenta de sus nuevas interacciones?, ¿en qué medida podemos hablar de una antropología urbana propiamente dicha?, ¿cuáles han sido los objetos de estudio de la antropología en la ciudad?¹

Entre la sorpresa y las viejas certidumbres: la etnografía de lo diferente en la ciudad

Para 1940, Lima tenía alrededor de 533 mil habitantes. En 1957, un millón trescientos sesenta mil. En sólo 17 años su población se había triplicado. El crecimiento de la capital, y luego el de otras ciudades, se vuelve por esos años vertiginoso, debido al aluvión migratorio proveniente del campo. Hombres y mujeres de diversas regiones del país empezaban su traslado ininterrumpido hacia las ciudades. En palabras de Franco, este proceso constituiría "la ruptura histórica más importante de la sociedad peruana del presente siglo" (1991).

1 Es preciso anotar que este balance se referirá exclusivamente a la ciudad de Lima. Lamentablemente, hemos constatado que no se han realizado investigaciones de este tipo para otras ciudades del país, constatación que contradice el acelerado proceso de urbanización de los espacios rurales. Para balances anteriores véase Altamirano (1985) y Wallace (1984).

Así, Osterling y Martínez (1986: 47) ubican el inicio de la antropología en la ciudad en el marco del *Proyecto de Estudios de Barriadas* (1956), bajo la dirección de Matos y el auspicio de una oficina estatal: la Corporación Nacional de Vivienda. Como parte de ese proyecto, los alumnos del entonces Instituto de Etnología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM) aplican un censo a las “barriadas” que empezaban a aparecer como resultado del acelerado proceso migratorio del campo a la ciudad.² Para diciembre de ese año, el censo ubicó 56 agrupaciones barriales, que sumaban en su conjunto 108.988 habitantes distribuidos en 21.003 familias. Así, Matos aborda las características demográficas y sociales de los pobladores de las barriadas. De igual manera, indaga por las motivaciones que determinan el éxodo rural a las ciudades, entre las que se encuentran la baja en la tasa de mortalidad, resultado de la eficacia de políticas de salud en zonas rurales; el estímulo que generan los medios de comunicación como mecanismos de integración a la ideología urbana; y el papel que cumplen las escuelas como generadoras de expectativas profesionales que sólo pueden ser satisfechas en la ciudad. Según Matos, los migrantes traen a la ciudad “patrones culturales tradicionales de la cultura llamada indígena” (1967: 196). En otro párrafo añade:

Las barriadas [...], en cierta forma, repiten en su estructura tradicionales sistemas comunitarios, lo que significa un apoyo a sus integrantes para su adaptación a la vida urbana. Las asociaciones de residentes de provincias en Lima, las asociaciones de pobladores de barriadas y los sindicatos a los cuales pertenecen sus miembros por razones de trabajo, constituyen mecanismos de compensación para aliviar sus problemas sociales y económicos. Pero, en el fondo, queda siempre la familia como la mayor fuente de seguridad de los componentes de estas agrupaciones... (Matos, 1967: 197).

En suma, para el autor, predomina la adaptación positiva a la vida urbana, que tiene su soporte en la socialización andina anterior a la migra-

2 Los resultados de este censo son presentados por Matos (1959) en un seminario convocado por la ONU, la CEPAL y la UNESCO sobre los *Problemas de Urbanización en América Latina* llevado a cabo en Santiago de Chile.

ción. Desde una perspectiva similar, Merino (1958) escribe la primera tesis antropológica referida al tema de la migración y las barriadas. En ella, explora la formación de una barriada en el cerro San Cosme, La Victoria. Esa invasión databa de 1945, y había sido emprendida por vigilantes y obreros del Mercado Mayorista y familias de comerciantes provenientes en su mayoría de Ayacucho, Junín, La Libertad, Huancavelica y Ancash. El estudio se detiene nuevamente en el análisis de las motivaciones que los empujaron a migrar, a más de enfatizar el peso de la cultura andina en su inserción a la ciudad.³ Compara el paisaje de las comunidades con la vista “amplia” del cerro San Cosme, donde un *ethos* andino se reproduce. Así:

La cohesión comunal es fuerte [...]. Se practica en realidad una especie de ayni; inclusive al tratarse de construcción de viviendas particulares [...]. El ambiente y vida del cerro es de marcada influencia serrana [...], subsisten, además, algunas costumbres andinas: el convivir con los animales (gallinas y cuyes principalmente); algunas manifestaciones folklóricas, danzas y pantomimas... en los últimos años es comprobable la abundancia de mujeres que visten faldellín, y el uso constante, en público y privado del quechua... (Merino, 1958: 194).

Las explicaciones de Matos y Merino giran en torno a la adaptación cultural de los migrantes andinos a las formas de socialización urbanas, explorando las motivaciones psicosociales de la migración. En términos metodológicos, indagan desde las propias barriadas; es decir, reconstruyen el proceso migratorio desde la ciudad, preguntando a los migrantes por los motivos de su éxodo. Se deduce, además, que las posibilidades “modernas” que ofrece la ciudad como educación, salud, etc., son las que atraen a los migrantes. Volvamos a Matos que, utilizando la información de las encuestas aplicadas a 56 barriadas, nos dice:

3 Si bien la zona se ha degradado mucho, la siguiente referencia de la autora al paisaje que se ve desde el cerro San Cosme no deja de mostrar un sesgo idealizador: “[a diferencia de los tugurios, ellos cuentan] con ese amplio horizonte bellísimo que se extiende ante la vista y se hunde en el mar, dejando una sensación de dulzura y bienestar, cambiando el espíritu y refrescándolo, y satisfaciendo los nobles sentimientos con sus maravillosas puestas de sol... Es que ellos, también, como los campesinos, no viven con la vista en el suelo, sino mirando el espacio abierto, por donde su propio espíritu se alienta de infinito” (Merino, 1958: 189).

Las condiciones existentes tales como el estado de tenencia de la tierra, y el escaso desarrollo tecnológico, hacen de los pueblos y zonas rurales regiones atrasadas culturalmente, en las cuales el poblador no enmarca sus expectativas. De allí que en la gran ciudad vean la fuente de sus más caras aspiraciones. [...] No hay planes regionales, ni fomento a las industrias, ni promoción de nuevas áreas para atender el crecimiento. Esta ausencia de planes nacionales de desarrollo económico y social trae como consecuencia las migraciones que están agudizando el problema y congestionando la ciudad en todo orden. El caso del surgimiento de barriadas es una muestra palpable de este desborde, de este desequilibrio... (Matos, 1967: 194).

Desde una perspectiva desarrollista y planificadora, en un momento en el cual planificación era una mala palabra, el autor critica la ausencia de políticas agrarias y “planes nacionales de desarrollo” en general. Pero se advierte en sus afirmaciones una cierta contradicción. La cultura andina es buena (ayuda a la inserción de los migrantes), pero la migración no tanto: “desequilibra” las ciudades. Subyace la idea de que los campesinos debieran quedarse en el campo.⁴ Los migrantes andinos son valorados positivamente. En todo caso, la que sufre las consecuencias negativas es la ciudad que se “congestiona” y se “desborda”.⁵

Desde otra disciplina, sin embargo, se construye por esos mismos años una imagen distinta del proceso migratorio. Si bien, la teoría de la modernización concebía el desarrollo económico como la transición gradual y cualitativa de una sociedad tradicional agrícola a una sociedad moderna, industrial y urbana, otros pensaban que la migración traería consigo severos problemas de adaptación e integración social. En ese marco, un equipo interdisciplinario encabezado por el psiquiatra social Rotondo realizó, en 1962, un estudio en el barrio de Mendocita, en La Victoria. La característica ecológica del barrio, un tugurio con una composición étnica mixta de criollos y serranos, hace que los problemas de espacio, con-

4 Desde *La Prensa*, el diario liberal dirigido por Pedro Beltrán, se tildaba en esos años de “comunistas” a quienes impulsaban la planificación, propugnada por la CEPAL, los desarrollistas y también por los pequeños núcleos socialistas e izquierdistas. Pero todos parecían coincidir en su desazón frente a las migraciones. Una posición semejante a la de Matos se encuentra por esos años en su profesor, Valcárcel (1964).

5 Aparece aquí por primera vez el tema del “desborde”, que el mismo Matos haría popular en un *best-seller* dos décadas más tarde.

flicto cultural y precariedad económica produzcan dificultades de adaptación al contexto urbano, que derivan en patologías como la desorganización individual y familiar, la depresión continua, los desajustes psicológicos y la violencia interpersonal.

Rotondo señala además, que la migración de los Andes a las ciudades costeñas producía no solamente choques culturales, sino también una “personalidad básica”, cuyos rasgos serían: “tendencia depresiva y pesimista, dependencia e inseguridad, recelo, envidia, sentimientos de inferioridad y de baja estima personal, actitud hipocondríaca y hostilidad mal canalizada que se orienta frecuentemente hacia los miembros del hogar y poco hacia los extraños” (Rotondo, 1970: 99). En lo que se refiere al parentesco y el paisanaje como sustento cultural, señala:

La figura materna inconsistente y fuertemente ambivalente; la figura paterna gradualmente distante o ausente; y la atmósfera del hogar, tempranamente desintegrado [...] no ha podido ser contrarrestada sino en parte por el apoyo foráneo que ha brindado la parentela consanguínea o espiritual de los paisanos... (Rotondo, 1970: 100).

Se señala también que los migrantes sufren una severa frustración en sus expectativas de mejora material en las ciudades, y que sus comportamientos están orientados a la desorganización individual y social. De lo que se trataba, era de mostrar los límites culturales y efectos traumáticos que producía el proceso migratorio en el marco del desarrollo capitalista y la expansión inevitable de las ciudades.

Otro estudio en perspectiva semejante es el del médico Fried (1960). En su investigación, en el mismo cerro San Cosme, donde años antes había trabajado Merino, dijo haber encontrado un grupo humano desilusionado de su nueva vida en la ciudad, sin contacto con otros migrantes, y con una tendencia al aislamiento. Fried añade, a su vez, que este comportamiento de apatía impide que los migrantes se integren a la vida urbana moderna. Concluye que “la migración es un factor de etiología de la salud mental y muy específicamente de desórdenes psicosomáticos” (Fried, 1960: 45). Una muestra de ello, era el aferrarse a costumbres indígenas como masticar hoja de coca y tomar chicha de maíz.

Será en los estudios etnográficos sobre las asociaciones de residentes y clubes provincianos en Lima, donde se negará que entre los migrantes predominen la frustración y la apatía. Al contrario, antropólogos como Mangin y Doughty enfatizan la vitalidad y empuje mostrados por los migrantes. Luego de haber trabajado en el callejón de Huaylas en el Proyecto Vicos, Mangin y Doughty realizan investigaciones en Lima Metropolitana. Mangin (1964) estudia el proceso de migración y adaptación de los migrantes desde sus comunidades de origen, en lugar de partir observándolos en las barriadas a las cuales llegaron. Estudia los clubes de serranos residentes en Lima, y concluye que uno de los aspectos más importantes es el papel que juegan en la adaptación del migrante a la vida de Lima. La seguridad que ofrecen el parentesco, el compadrazgo y la amistad reemplaza o recrea los lazos sociales que se establecieron en las comunidades de origen. El desencuentro entre la cultura urbana y la de origen rural se vería sopesado por estas asociaciones: “las costumbres limeñas se aprenden en los clubes y se suprimen las serranas o, por lo menos, aquellas imaginadas como ‘marca’ de los campesinos o serranos, tales como usar sombreros de lana, no usar medias, etc.” (Mangin, 1964: 302).

Este autor, constata, además, la jerarquización de los clubes según la composición social de sus integrantes. En el caso de los clubes provinciales, profesionales, políticos y militares; y campesinos analfabetos en los clubes distritales y de anexos. A través de los clubes, se establecen redes de intercambio entre la ciudad y el lugar de origen, como por ejemplo, las conocidas gestiones ante la burocracia estatal de los residentes ciudadanos para conseguir mejoras en infraestructura y servicios que benefician a sus pueblos. Asimismo, los dirigentes van acumulando experiencia y manejo de la cultura criolla, y se van diferenciando del resto de sus paisanos, acumulando lo que contemporáneamente se denominaría capital cultural.⁶ Estas asociaciones, por tanto, no sólo son expresiones culturales de los migrantes sino también estrategias colectivas de defensa:

Cuando las presiones de transculturación son muy fuertes, el club ofrece una oportunidad para hablar con los paisanos, tocar y oír música serrana, comer sus alimentos típicos y bailar huaynos en las fiestas del club sin sen-

6 Esta distancia entre líderes y base no es estudiada en más detalle por Mangin, ya que su objetivo era resaltar las solidaridades y cohesión a partir del sustrato cultural andino.

tirse avergonzados o inquietos de parecer ridículos a los costeños. Hay una considerable conservación de las costumbres serranas mientras aprenden cómo actuar con los de fuera y cuáles son las costumbres que deben descartar... (Mangin, 1964:303).

Los clubes constituyen espacios de reconstrucción cultural en la ciudad y reproducción de culturas regionales:

La lealtad al pueblo entre los residentes en Lima, es en muchos casos más fuerte que entre los mismos residentes del pueblo. Las competencias de bandas o la asistencia en masa al Coliseo Nacional para ovacionar a los artistas locales, son otros de los modos de expresar, dentro del club, la lealtad al pueblo... (Mangin, 1964:304).

Entre 1961 y 1967, Doughty (1969), antropólogo de la Universidad de Indiana, realizó una investigación entre los miembros de la Asociación Distrital de Huaylas, comunidad del departamento de Ancash. En términos de propuestas teóricas, Doughty entró en debate con los postulados de Lewis (1969) sobre la “cultura de la pobreza”, planteada para el caso de pobladores rurales mexicanos que habitaban en los tugurios de la ciudad de México. Lewis, afirmaba que el proceso de urbanización impactaba en los sectores más bajos produciendo despersonalización, anomia, conflicto social e intergeneracional. Además, describía migrantes que llevaban una vida desaliñada, falta de pulcritud y virtualmente carente de lazos grupales o de comunidad. Por el contrario, Doughty enfatiza que:

En el Perú uno debe sorprenderse no por el hecho de que exista, en ocasiones, aparente anomia y caos social sino por el hecho de que tanto individuos y familias sean capaces de retener sus estructuras integrativas y reorganizar sus vidas de manera significativa. Logran esto mediante la organización de asociaciones cuyo criterio básico de membresía es el de proceder de un mismo lugar. Estas asociaciones o clubes auspician actividades que permiten la continuidad social no sólo durante el período inicial de tensión de ajuste a la vida metropolitana, sino para toda la vida... (Doughty, 1969:950).

pobreza emocional de los migrantes, visualiza de manera positiva la creación de asociaciones regionales, las cuales constituirían no sólo ámbitos importantes de integración social para una gran proporción de los migrantes, sino también extensión y continuidad de la sociedad y culturas originarias de los migrantes.

Por su parte, Turner, arquitecto, estudioso de las barriadas e influyente en los estudios de la época, afirma que existe una clara racionalidad detrás de la decisión de los migrantes al invadir terrenos para su vivienda. Los invasores desarrollan actividades y elaboran estrategias, con el objetivo común de mejorar sus condiciones de vida y explorar nuevas posibilidades. La autoconstrucción de viviendas, su lucha por obtener la titulación de las mismas y el esfuerzo por mejorar sus servicios, hacen de estos pobladores y sus barrios espacios de esperanza y progreso (Turner en Calderón, 1990: 50). Podrá notarse las diferencias en perspectivas teóricas y empíricas, comportamientos positivos y negativos, anomia y esperanza, que se atribuyen a los mismos grupos sociales en un mismo escenario: la ciudad.

Una de las conclusiones que pueden desprenderse de los estudios urbanos de las décadas de 1950 y 1960, es la común preocupación por los problemas de integración, por un lado, y desadaptación, por otro, de los migrantes pobres de origen rural a la ciudad moderna en proceso de industrialización. Este proceso fue medido desde una lectura cultural y otra psicosocial.

En los estudios de Matos (1967), Merino (1958) o Turner, puede constatar la importancia y el peso de la socialización andina para la adaptación cultural de los migrantes a la vida urbana. La cohesión comunal, la solidaridad y las estrategias colectivas llevan a la mejora de su situación material en la ciudad. En términos metodológicos se reconstruye el fenómeno desde la ciudad, generalizando desde la percepción subjetiva de los migrantes las motivaciones que provocaron la migración, descuidando con frecuencia las móviles estructurales. Cabe resaltar la polaridad que se establece entre ciudad y campo, tributaria de las teorías de la modernización. Esta oposición enfatizaba la permanencia en el campo de relaciones primarias, de lazos fuertemente arraigados en la idiosincrasia y la autosubsistencia; mientras en la ciudad prevalecían el anonimato y la segmentación de roles sociales. Dicho de otro modo, la polaridad se plan-

teaba como la diferencia entre un campo tradicional y una ciudad moderna.

Por su parte, Rotondo (1970) y Fried (1960) enfatizan los efectos de la pobreza material, el hacinamiento y los conflictos culturales, que producen un estado de desorganización social, sentimientos de baja autoestima, anomia y pobreza emocional. En esta perspectiva, se deja sentir la influencia de Lewis y su tesis de la “cultura de la pobreza”. Por su parte, Mangin (1964) y Doughty (1969) resaltan, desde otra perspectiva, la función que cumplen las asociaciones de migrantes no sólo como organizaciones de ayuda para la adaptación e integración a la ciudad, sino también como espacios de reproducción cultural. Ellos estudiaron a los migrantes desde sus comunidades de origen siguiéndolos en su ruta a la ciudad,⁷ en lugar de partir observándolos en los barrios populares a los cuales llegaban. Una vez allí, se reconstruían los vínculos que los migrantes mantenían, individual y colectivamente, con sus familias y comunidades de origen. Con estos estudios se inicia la exploración de las redes de intercambio entre ciudad y campo, retomadas años después bajo nuevas interrogantes y planteamientos.

Así, las investigaciones antropológicas localizaron dos tipos de cultura en ciudad: la andina, pujante, progresiva y cohesionada; y la criolla, anómica, desorganizada e individualizante. Estas culturas fueron ubicadas espacialmente en las barriadas y los tugurios, respectivamente. Para los psiquiatras, por su parte, todos compartirían los rasgos culturales que sus colegas antropólogos reservaban para los criollos. Por otra parte, de la literatura antropológica podemos deducir un mapa dual: dos tipos de barrios populares, diferenciados por el lugar físico en que se ubican, el tipo de gente que los habita y las opuestas prácticas socio-culturales de sus pobladores. Es importante subrayar que, con matices y diferentes bagajes teóricos (culturalismo y funcionalismo), esta premisa ha permanecido como una constante en las posteriores reflexiones sobre la cultura y la política de los migrantes en la ciudad.

Al enfatizar la dualidad cultural andinos/criollos en los espacios urbanos, la naciente antropología ocultaba la base estética y moral de sus percepciones sobre la ciudad. En realidad, esa polaridad cultural —andinos

pujantes/criollos anómicos— reproducía en buena cuenta los propósitos de “justicia visual” planteados por el indigenismo algunas décadas atrás.⁸ De esta forma, en esa primera etapa de la antropología en la ciudad prevaleció el sustrato poético de la realidad urbana por sobre lo epistemológico. En ese predominio se advierten las huellas del debate indigenista, plasmadas por ejemplo en el “traslado etnográfico” que hace Matos de la isla de Taquile a los arenales de Ciudad de Dios.

Entre la masa marginal y los enclaves culturales: la antropología de lo ya no tan diferente

La teoría de la modernización, concebía a la industrialización y la urbanización como preámbulos del desarrollo económico y la democratización política. El énfasis puesto por las etnografías en la integración y la adaptación correspondían a la preocupación por la aculturación de las poblaciones urbanas, y a la apuesta funcionalista por insertar a los migrantes en ciudades en proceso de industrialización. Pero la vida se orientó por otros rumbos. Como otros países de América Latina, el Perú se modernizaba, pero al mismo tiempo se profundizaba la desigualdad económica y emergían regímenes políticos autoritarios. Así, la década de 1970 se caracterizó por la efervescencia de la organización política de los sectores populares. El desarrollo del clasismo como identidad de los trabajadores, fue el punto más saltante de ese proceso. El movimiento obrero adquirió una presencia gravitante en el escenario social y político del país, expresada en los paros nacionales de finales de esa década.⁹ Incluso, desde el poder se intentó replantear las históricas brechas que separaban a los peruanos, modificando en sus cimientos las percepciones aristocráticas sobre las diferencias sociales y el poder.

En ese nuevo contexto, las ciencias sociales y, particularmente, los estudios urbanos experimentaron un giro teórico hacia un mayor énfasis en las estructuras y la economía política, dentro de los marcos analíticos de

8 Refiriéndose a la plástica, Lauer (1997) plantea que el privilegiar la imagen del indio y los Andes como tema central, el indigenismo propugna una suerte de “justicia visual”.

9 Un excelente análisis sobre las condiciones de este proceso y sus perspectivas políticas puede encontrarse en: Quijano (1977) y Balbi (1989).

la teoría de la dependencia, la marginalidad y el marxismo. Las clases sociales y los conflictos de clase aparecerán como la preocupación central en los estudios urbanos de los años setenta.¹⁰ En ese sentido, es pertinente preguntarse dónde estuvieron ubicadas las preocupaciones antropológicas por la ciudad y cómo explicaban la organización de las diferencias sociales, tema tan en boga por aquellos años.

Si bien la lectura clasista sobre la ciudad provenía mayormente de la sociología urbana,¹¹ que describía a las barriadas como “cinturones de miseria” y “masa marginal”, la antropología también modificó gradualmente su andamiaje teórico y metodológico. Las asociaciones regionales siguieron siendo el ámbito de estudio por excelencia, pero desde otra perspectiva. Mangin (1964) y Doughty (1969) trabajaban con los migrantes sólo desde instituciones como las asociaciones regionales. El holandés Jongkind (1971) critica este enfoque y afirma que las asociaciones asentadas en Lima hacen poco para ayudar a sus comunidades de origen, no se proponen los objetivos que Doughty (1969) enfatizaba y, además, su número no es tan grande.

Pero si bien Jongkind abre el debate sobre la supuesta funcionalidad de los clubes regionales, también se limita a observarlos como espacios formales de organización. Es con Altamirano (1977, 1979), que se inicia una exploración diferente de este fenómeno. Formado en San Marcos y luego en Inglaterra, con influencia de la Antropología Social Británica, tiene preocupaciones más sociales que culturales. Altamirano sostiene que la cultura regionalista aflora en situaciones de crisis de la cultura urbana: originada en las crisis estructurales. En este sentido, el regionalismo no es solamente la expresión cultural de los migrantes y un medio para la adaptación cultural a las ciudades, sino a la vez un recurso para enfrentar problemas como

10 El trabajo de Cardoso y Falleto (1979) es ya un clásico ejemplo de la reflexión dependentista. Cabe resaltar el esfuerzo de un grupo de intelectuales en la constitución, por primera vez, de un pensamiento social latinoamericano. En el caso peruano, es Quijano quien mejor desarrolla esta perspectiva. Entre los antropólogos, Matos y Cotler, quien por esos años deriva a la sociología y la ciencia política.

11 Por ejemplo, la producción de DESCO sobre el problema de la vivienda resalta el carácter clasista de la desigualdad en el acceso a la vivienda en la ciudad. Julio Calderón, Abelardo Sánchez León, Gustavo Rifoño, Alfredo Rodríguez, entre otros, se ubican en esta perspectiva. La influencia de Manuel Castells era notoria. Entre sus principales obras, ver: Castells (1973, 1974).

trabajo, vivienda, pareja matrimonial, etc.¹² Para Altamirano, los migrantes tenían un pasado cultural que seguía gravitando en su vida cotidiana en la ciudad, es decir, que los referentes culturales del lugar de origen influían en la modalidad de agrupamiento en la ciudad.

Así, ubica el proceso de urbanización en el contexto del desarrollo capitalista en América Latina e investiga cómo la familia y la organización regionalista se convierten en las bases para plantear una serie de demandas económicas y políticas al Estado, los partidos políticos y otras organizaciones urbanas. Hoy, diríamos que a través de sus organizaciones regionalistas los migrantes acumulaban capital social. De ese modo, las asociaciones regionales no sólo serían espacios de adaptación y/o reproducción cultural, sino también bases organizativas para la movilización de recursos políticos que contribuyan a reconfigurar la política urbana, además de incidir en la situación social y política de los lugares de origen de los migrantes. Ellos se movilizan no sólo en función a su cultura, sino que también ésta sirve como estrategia política para enfrentar problemas de marginalidad urbana como la falta de vivienda, por ejemplo.

A pesar de las novedades, las investigaciones de Altamirano muestran ciertas continuidades con los trabajos de décadas anteriores. Según él, las asociaciones regionales reducen considerablemente la marginalidad sociocultural y psicológica del migrante a través de la reinterpretación, en un contexto urbano, de los valores culturales de los lugares de origen. El parentesco, la vecindad, la solidaridad, servirían para preservar y proteger social y económicamente a los migrantes más pobres.¹³ Al enfatizar el continuo cultural, es decir, el compartir en la ciudad un sistema de valores que incluye usos, costumbres e imágenes,¹⁴ Altamirano insiste en

12 Se puede rastrear esta perspectiva en Altamirano desde su participación en la investigación que realizaron Norman Long y Bryan Roberts en la sierra central. Ver: Long y Roberts eds. (1978). Ellos, mostraban cómo la expansión de relaciones capitalistas en esa región había generado formas inéditas de cooperación campesina para afrontar el establecimiento de nuevas relaciones sociales.

13 Basta ver, por ejemplo, los títulos de sus posteriores publicaciones. Su tesis doctoral *Regionalism and Political Involvement among Migrants in Perú: The case of Regional Associations*, Ph. D. Tesis, Universidad de Durham (Inglaterra) publicada en 1984 como *Presencia Andina en Lima Metropolitana: estudio sobre migrantes y clubes de provincianos*. PUCP, Lima. Siguiendo con esta línea, Altamirano (1988).

14 Siguiendo un artículo de Long (1973). Ver además, Long y Roberts, eds. (1984), donde Altamirano escribe el artículo "Regional Commitment among Migrants in Lima".

entender a las culturas regionales en cierta medida como una suerte de enclaves culturales que exhiben cierto grado de independencia en el ejercicio de sus características propias. Esta independencia cultural y el énfasis puesto en la continuación de las formas de organización campesina es debatible, ya que los problemas cotidianos a los cuales se enfrentan los migrantes son cualitativamente distintos a los problemas planteados en el campo. Golte y Adams (1986), demostrarán años más tarde la fluida interacción entre estrategias campesinas y urbanas.

Otros autores como Doughty continúan también en esta línea, que era la de sus estudios de años anteriores, pero con más datos etnográficos, que no alteran sustancialmente sus argumentos anteriores (Doughty 1970, 1976 y 1978). Skeldon, antropólogo de la Universidad de Indiana, sigue esta temática sin mayores variantes (Skeldon, 1976, 1980). Por su parte, Osterling (1980) retoma el estudio clásico de la comunidad de Huayopampa, pero esta vez para analizar la migración de esos huayopampinos a Lima. Describe con bastante detalle la estructura de relaciones entre migrantes de Huayopampa, y nos muestra la integración dinámica entre residentes rurales y urbanos de Huayopampa. El de Osterling es así, otro antecedente de los futuros estudios de redes ciudad-campo.

De esta forma, mientras la sociología observaba la ciudad como el escenario de conflictos de clase, dentro del marco teórico del marxismo y la dependencia, la antropología seguía remarcando fundamentalmente el panorama cultural de las ciudades. La barriada era estudiada como una suerte de apéndice de la comunidad de donde provenían los migrantes. Mientras la sociología estudiaba las rupturas y el conflicto, la antropología enfatizaba la continuidad y la valorización de patrones sociales y culturales andinos, minimizando su integración dinámica a la ciudad. A pesar de incorporar conceptos como clase y estructura social, se seguía enfatizando el carácter funcional de la cultura andina en la reproducción social de los migrantes en la ciudad. En otras palabras, mientras la sociología veía la ciudad como el escenario donde se establecen relaciones estrictamente capitalistas, la antropología rastreaba una cultura que se las ingeniaba para pasar por alto un contexto de clara estructuración clasista de la sociedad, y de una alta ideologización y politización de los sectores populares urbanos. Mientras la sociología con sus enfoques estructurales vislumbraba la construcción de una nueva ciudad, la antropología no per-

cibía el surgimiento de una nueva cultura urbana hegemónica, diferente a la criolla. No se pretende decir que la sociología de aquellos años tenía la “línea correcta” en la interpretación de la ciudad, sino remarcar el hecho de que conclusiones sobre un mismo proceso, la migración, fueran tan dispares. ¿Responde esto a la actitud política conservadora de los antropólogos?, ¿a la radicalización de los sociólogos que no veían el sustrato cultural de las contradicciones de clase?, ¿por qué no se produjo el diálogo entre ambas disciplinas? Preguntas que merecen una atención más detallada pero que escapan a los alcances de este balance.

Por su parte, los científicos políticos empezarán a estudiar las actitudes y la participación política de los pobladores de las barriadas, pero al precio de ver a los migrantes menos anclados en su cultura y más orientados a la movilización política dentro de lo que, contemporáneamente, se denomina “acción racional”. En efecto, los científicos políticos argumentan que el comportamiento social y político de los pobres es claramente pragmático. Los migrantes establecen relaciones de clientelaje con burócratas y partidos políticos, con el objetivo de obtener bienes materiales y servicios de infraestructura urbana. Aquí está planteada la imposibilidad de estos sectores por constituir una conciencia de clase con una práctica política confrontacional, pues en su cultura política estaría anclado el paternalismo, el cual se combina con el temor a las represalias de parte del Estado.

En el Perú, es Collier (1978) quien va a desarrollar con mayor profundidad esta propuesta. Según él, “una de las causas más importantes del surgimiento de las barriadas ha sido el amplio y casi siempre encubierto, apoyo del propio gobierno y de las élites”. La formación de las barriadas “literalmente no ha sido sino un doble juego entre invasores y oligarcas” (Collier, 1978:16). Collier acuña el concepto de “corporativismo autoritario”. Según él, ante el crecimiento de la movilización política de las masas urbanas como resultado de las desigualdades estructurales, los grupos dominantes, representados en el Estado, utilizan recursos políticos para integrar al migrante y al residente pobre a la vida política de un modo controlado.¹⁵ Utiliza el concepto de “incorporación segmentaria”, acuñado por Cotler (1968), para entender cómo el Estado logra media-

15 Ver, además, Collier (1973).

tizar a los sectores populares antes de que desarrollen un mayor poder político autónomo. Analiza los gobiernos de Odría (paternalista oligárquico), Prado y Belaúnde (liberales), y Velasco (corporativista), integrando en su análisis el carácter dependiente de América Latina, la noción de clase social como dinamizador de las diferencias sociales y el importante papel que cumple el Estado en la expansión de las barriadas.¹⁶

En estos estudios, los migrantes ya no sólo se adaptan e integran, apoyándose en sus asociaciones regionales, sino que se organizan políticamente, confrontan y negocian, obtienen recursos y participan en las diversas coyunturas políticas con sus propias demandas. En pocas palabras, el migrante deja de ser un actor pasivo que se moviliza sólo en relación con su cultura y con una conciencia principalmente localista, para dar paso a un migrante activo que construye una cultura política de negociación o contestación, según sea el caso, con una conciencia más nacional. Son los antecedentes de lo que más recientemente serán los estudios sobre ciudadanía.

También la antropología urbana incorpora en los años setenta temas que van más allá de las asociaciones regionales. Los problemas de la vivienda o la pobreza urbana van a ser estudiados en un nuevo andamiaje conceptual distinto a las propuestas de Castell y sus seguidores sociólogos. Esta vertiente de investigación centra su interés en las prácticas sociales y políticas de los pobres de las barriadas que rodean el casco urbano de la ciudad.¹⁷ Así, Isbell (1973) analiza la existencia de factores culturales indígenas en las barriadas limeñas tomando a los migrantes de Chuschi (Ayacucho) que mantendrían lazos ceremoniales y económicos con sus lugares de origen. Por su parte, Smith (1973) analiza el universo del empleo doméstico en el que predominan las mujeres migrantes, y Lobo (1976, 1984) estudia dos barriadas —Ciudadela Chalaca y Dulanto— en El Callao, donde reitera la adaptación positiva de los migrantes, utilizando el parentesco como estrategia en la formación de alianzas que permiten al individuo fortalecer sus lazos sociales.

16 En una perspectiva parecida, es preciso mencionar un artículo de Cotler (1967), el cual hace referencia a la dominación externa como moldeadora del desarrollo urbano en países del tercer mundo. Además, podemos ver el artículo de Dietz (1976).

17 Incluso a comienzos de la década de 1990 algunos seguirían con esta propuesta, ver: Vega (1992).

La literatura de esos años no modificó la perspectiva que enfatizaba la dualidad sociocultural de dos tipos de barrios populares distintos y opuestos. La oposición criollo-andino, tugurio-barriada, iba acompañada de valorizaciones subjetivas sobre el comportamiento de los pobladores de estos espacios urbanos (Panfichi, 1994). En términos de construcción de conocimiento, habría que interrogarse por qué la antropología no se interesó por el estudio de los criollos, y hasta qué punto esto es resultado de un neoindigenismo que se amparaba primero en el culturalismo (Mangin (1964), Doughty (1969)) y luego en el estructural-funcionalismo (Altamirano, 1977, 1979).

Tampoco Millones (1978), en su estudio sobre la Huerta Perdida, conocido tugurio de los Barrios Altos, altera en mucho la dicotomía criollo-andino, pero sí aporta en el reconocimiento etnográfico de lo que se conoce como cultura criolla. El autor nos dice:

Lo que se observa en Lima es una reafirmación regional, en que las identidades comunales de la sierra peruana están muy bien delimitadas. Pero, en todo caso, también es claro para todos que existe un telón de fondo que los une en la confrontación diaria con lo que podríamos llamar “Cultura Criolla”... (Millones, 1978).

Esta cultura criolla contemporánea tendría su antecedente en las relaciones interétnicas, que se organizaron en las ciudades coloniales. Lo que Millones denomina “cultura colonial urbana”, se expresa sobremanera en el conflicto entre criollos y serranos en los tugurios. Millones, reconstruye etnográficamente estas tensiones en Huerta Perdida, donde se establecería “una pirámide simple de situación económica y autopercepción racial, los mestizos ocuparon la cúspide, en segundo lugar los serranos y la población negra permaneció en la base” (Millones, 1978: 63).¹⁸

18 Flores Galindo, argumenta que en la sociedad colonial la fragmentación étnica en los sectores de la plebe urbana era uno de los motivos básicos por los cuales “no tuvo lugar una revolución social. La imbricación entre situación colonial, explotación económica, y segregación étnica edificaron una sociedad aunque suene paradójico, tan violenta como estable” (1991:182-183). La investigación de Millones se realizó con estudiantes de Antropología de la UNMSM y PUCP y el apoyo del Ministerio de Vivienda. Como fruto de esa experiencia, Fukumoto (1976), estudiante de Antropología de la UNMSM, y luego de la PUCP, escribió su tesis, la que no hemos podido revisar por ser imposible el acceso a la misma.

En realidad, el estudio de los tugurios, como se dijo, fue iniciado por Rotondo (1970) y el grupo de psiquiatras que lo acompañaban. Desde la antropología, fue Patch (1973) quien inició el estudio de los tugurios como espacio cultural, con una serie de artículos sobre el Terminal Terrestre de la Parada, en La Victoria.¹⁹ Este autor, recoge tres biografías de serranos que, por diversas razones, llegan a residir en La Parada. En su estudio, es la cultura criolla la que emerge triunfadora en el choque con los migrantes andinos. A partir del argumento de que los códigos culturales andinos son disfuncionales para la inserción social y las interacciones cotidianas con la cultura criolla, Patch anota que la estrategia de adaptación positiva de estos tres migrantes fue asumir los códigos culturales criollos. A través de la observación del lenguaje, la música y la vestimenta, nos habla de un proceso de acriollamiento integral como mecanismo de adaptación al grupo social criollo²⁰. Este argumento será retomado una década más tarde, cuando se discuta acerca del tránsito del “mito del inkarrí” al “mito del progreso” y el precio cultural que se paga para ingresar a la “modernidad”.

Patch reconoce que “en el Perú —como en cualquier parte del mundo [...] hay rígidas delimitaciones de clase que impiden la movilidad a través de los logros— y las divisiones de clase se fortifican al atribuirseles distinciones étnicas” (1973: 36). Pero el autor hace una lectura de la estructura de clases en términos culturales, destacando los conflictos, interacciones y desencuentros entre criollos y andinos. El concepto “clase social” no es razonado desde su constitución como relación social de producción desde el punto de vista marxista, sino como un dato empírico de diferenciación social.

En ambos estudios, de Millones (1978) y Patch (1973), la cultura andina va a tener un destino social parecido. En el caso de Millones, es clara la subordinación de los andinos; en el caso de Patch, los andinos recurren a la estrategia del acriollamiento para sobrevivir e integrarse a la ciudad.

19 Los artículos se publicaron originalmente en inglés bajo el título “La Parada, Lima’s Market”, en los números 1, 2 y 3 del volumen XIV de la *West Coast South America Series* del American University Field Staff en New York, 1967. En el Perú fueron publicados como *La Parada, Estudio de un mundo alucinante*. Lima: Mosca Azul. 1973 (edición utilizada en las citas).

20 Son reveladores los títulos de los tres capítulos: “Un aldeano que conoció el desastre”; “Serrano y Criollo: una confusión de raza con clase”; “De serrano a criollo, un estudio de asimilación”.

Otro tema que emerge en esa década es el del llamado sector informal en Lima (Osterling, Althaus y Morelli, 1979), que será ampliamente estudiado en la década siguiente. A pesar del énfasis puesto en comprender las relaciones políticas, sociales y económicas, la antropología urbana de los años setenta no abordó la comprensión del tema urbano más allá de la migración, la identidad étnica y la familia. Demás está decir que este tipo de investigación era indispensable, pero a su vez, era preciso levantar imágenes con una proyección teórica macrosocial. No se vincularon los estudios de caso con la estructura social y el contexto político que el Estado y la economía reconfiguraban.

Como ya se dijo, las ciencias sociales, en especial la antropología, no se preocuparon por definir conceptualmente la dimensión cultural de las ciudades. La antropología en la ciudad, o la antropología de lo diferente en la ciudad, realizó un inventario de espacios de socialización cultural sin mostrar analíticamente el carácter interdependiente que esos espacios en la vida diaria de los migrantes. En efecto, la vivencia cotidiana en la ciudad diluía las separaciones que los antropólogos establecían, por ejemplo, entre las asociaciones regionales y las movilizaciones por la invasión y titulación de terrenos. Estas prácticas “totales” en la ciudad irán a tono con los cambios que la sociedad nacional, en su conjunto, sufrirá en años posteriores. En ese sentido, la década de 1980 significó un avance importante.

La cultura andina: entre la conquista y la descomposición

La década de 1980 se abre con el restablecimiento de la democracia representativa, resultado de una transición democrática que coexistió con una larga crisis económica. Frente a este nuevo escenario, los científicos sociales replantean su aproximación al cambiante comportamiento social y político de los sectores populares urbanos, sus organizaciones y movimientos sociales. Asimismo, el crecimiento demográfico de las ciudades siguió siendo sostenido. En 1940, de un total de 7.023.111 habitantes, el 35,4% vivían en áreas urbanas y un abrumador 64,6% en zonas rurales. En 1981 la población nacional bordeaba los 17.762.231 de habitantes, de los cuales sólo un 34,8% vivían en zonas rurales y un 65,2% en las ciudades (INEI, 1996). De estos últimos, más de la mitad vivían en Lima,

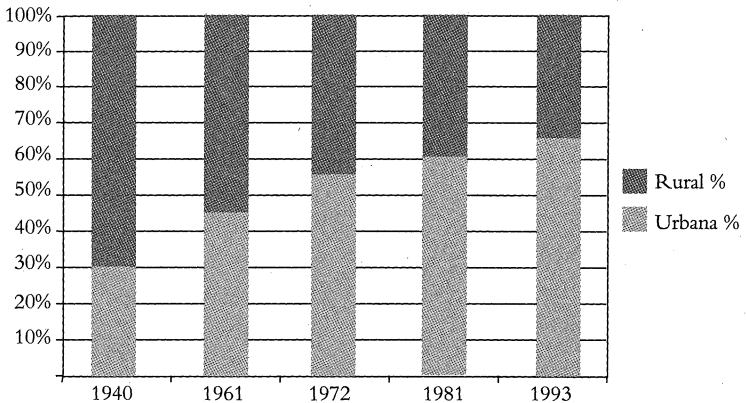
alterando no sólo los espacios físicos, la economía nacional, la demografía, sino además los modelos de socialización y significado en las formas de entender y sentir la ciudad.

Cuadro 1. Población urbana a nivel nacional

Año	Total	Urbano %	Rural%
1940	7.023.111	35,4	64,5
1961	10.420.3457	47,4	52,6
1972	14.121.564	59,5	40,5
1981	17.762.231	65,2	34,8
1993	22.639.443	70,1	29,9

Fuente: INEI, Censos Nacionales 1993, LIMA 1993.

Gráfico 1. Población a nivel nacional



Intuyendo estos acelerados cambios, el Instituto de Estudios Peruanos (IEP) realizó un proyecto multidisciplinario titulado *Clases populares y Urbanización en el Perú*. Este, estaba dirigido a comprender el proceso de construcción de una nueva cultura urbana, los cambios en la identidad política de las clases populares urbanas y la importancia que tendría la socialización andina de los migrantes en la organización del llamado sector informal.

En la parte antropológica del proyecto, el libro colectivo de Degregori, Blondet y Lynch (1986) reconstruye la historia de una barriada de ese distrito, Cruz de Mayo, a través de los relatos de los pobladores desde las “invasiones” de la década de 1940 hasta el momento del estudio. Este libro, resume los cambios que se venían produciendo en las ciencias sociales de la década de los ochenta al girar hacia las vertientes más “cálidas” del marxismo, incorporando la subjetividad de los actores. Aquí, lo subjetivo no se reduce a lo privado o psicológico, sino que se le reconoce su papel en la cimentación de las relaciones sociales. Es el rescate de la voluntad de los actores y sus acciones colectivas, donde se advierte la influencia de la teoría de los Nuevos Movimientos Sociales planteada principalmente por Alain Touraine. Asimismo, es importante observar la lectura del historiador británico E.P. Thompson y su concepto de clase, que modifica sustancialmente la relación entre cultura y clase en el debate marxista contemporáneo.²¹ Así, los autores nos dicen:

El desplazamiento del foco de atención hacia los sujetos y la subjetividad trajo consigo una revaloración de la antropología como “ciencia de la cultura” y de sus técnicas: estudios de caso, observación participante, entrevistas abiertas, biografías. Y henos ahora, casi podríamos decir contritos, regresando a las fuentes, buscando rescatar del naufragio de nuestra tradición todo lo valioso que pudiera subsistir pero, sin idealizar el pasado ni desechar el aporte marxista, ubicarlo dentro de una corriente de interpretación más ‘cálida...’ (Degregori, Blondet y Lynch, 1986: 15).

21 Ver: Thompson (1989,1995). El libro de Degregori, Blondet y Lynch (1986) es, metodológicamente, un trabajo multidisciplinario: participan un antropólogo, una historiadora y un sociólogo, los cuales coinciden en la necesidad de utilizar tradicionales técnicas antropológicas, historias de vida y entrevistas abiertas.

En ese trabajo, los autores muestran que los movimientos populares urbanos de “invasores” despliegan potentes fuerzas culturales, que persiguen múltiples significados y objetivos. Ellos, recogen exhaustivas historias de vida de algunos pobladores del barrio de Cruz de Mayo, recorriendo a través de sus memorias las etapas de su incorporación conflictiva a la ciudad. A partir de una lectura lineal y evolucionista de la identidad social, los autores afirman que en ese espacio social, a través de sus luchas sociales por acceso a la vivienda y servicios básicos, los invasores, en su mayoría migrantes de diversas partes del país, se convirtieron en ciudadanos. Se trataría de una ciudadanía que ponía en cuestión la histórica segmentación étnico-cultural de los sectores populares. Este proceso de conquista popular de la ciudadanía logró articular derechos ciudadanos frente a un Estado todavía excluyente y regido aún por relaciones patrimoniales. Los autores sugieren que mediante estas luchas democráticas, estarían surgiendo nuevas formas de hacer política y nuevas reglas de sociabilidad.

Así, en sintonía con las propuestas de cambio de la izquierda marxista, la organización popular vendría generando prácticas políticas ajenas al clientelismo y desarrollando caminos más autónomos en su relación con el Estado. En el marco de esas luchas sociales, se estaría articulando en el tejido social cotidiano una nueva identidad política, que diluiría las identidades étnicas y locales para dar paso a una nueva identidad nacional-popular en pos de construir su hegemonía, entendida en términos gramscianos. De ese modo, cotidianamente se estarían estableciendo reglas democráticas en el ejercicio del poder y la autoridad. Destacar este punto es importante, pues era una época donde se rescataba la dimensión cultural de las luchas sociopolíticas, lo que en un reciente libro Álvarez, Dagnino y Escobar (1998) denominan “políticas de la cultura”:

El concepto de políticas de la cultura es importante para valorar las esferas de las luchas de los movimientos sociales en pos de la democratización de la sociedad, así como para subrayar las implicancias menos visibles y a menudo descuidadas, de dichas luchas [...] La cultura es política puesto que los significados son constitutivos de procesos que, implícita o explícitamente, buscan redefinir el papel social. Esto es, cuando los movimientos establecen concepciones alternativas de las mujeres, la naturaleza, la raza, la economía o la ciudadanía que desestabilizan los significados

de la cultura dominante, ellos efectúan una política de la cultura... (Álvarez, Dagnino y Escobar, 1998: 7).

Cabe resaltar que esta investigación elabora una imagen en la cual la migración ha convertido a las ciudades, y en especial a Lima, en un complejo y conflictivo espacio de democratización social:²² “en ese sentido, la fundación del barrio constituye tal vez el momento más ‘rousseauuniano’ de nuestra historia, pues entonces se establece un ‘contrato social’ entre los pobladores, a partir del cual se constituye una ‘voluntad general’ en el barrio. A este nivel son, por tanto, democráticos” (Álvarez, Dagnino y Escobar, 1998: 293).

La metáfora de “la unidad de lo diverso” puede retratar la intención académica y la vocación política de esta investigación, en el contexto de una alta adhesión electoral de los sectores populares con propuestas de cambio estructural de la sociedad. Este trabajo plantea, además, la posibilidad de que los movimientos barriales propongan la pregunta de cómo ser modernos y, a la vez, diferentes. Pero su sesgo optimista dejaba de lado el peligro que corría la consolidación de esa forma de construcción de ciudadanía y democratización social. ¿Era la única forma de imaginarnos una nueva propuesta de ciudadanía?, ¿esta ciudadanía popular apuntaba realmente a una efectiva socialización del poder político desde lo cotidiano?, ¿cuál era la relación entre ella y el sistema democrático de esos años? No olvidemos que en ese contexto, mediados de los ochenta, empiezan a replantearse las solidaridades colectivas y las subjetividades que las sostenían. Si bien es cierto que en ese trabajo lo andino perdía las inocentes esencializaciones de décadas pasadas, no dejaba de ser la matriz básica (nacional-popular) bajo la cual se definía el rostro de la ciudad e incluso del país.

22 Ver, además, el polémico artículo de Degregori (1986). Revisar a la vez las diversas réplicas de Flores Galindo (1989) sobre la noción de modernidad que Degregori usa en sus reflexiones. En una de ellas, Flores Galindo señala: “Berman es citado entusiastamente por Degregori pero Lima o San Martín de Porres no obedecen al mismo modelo de New York o el Bronx [...] La discusión sobre lo andino es una invitación a pensar desde nuestro propio entorno. Situar nuestro pensamiento Degregori y sus amigos terminan el libro *Conquistadores* de un nuevo mundo, ubicando a los migrantes a Lima entre la “disgregación regresiva o la recomposición democrática”. También, podrían considerarse otras opciones. La revolución, por ejemplo” (1989: 16). A su vez, es importante la reseña de Castillo Ochoa (1987), el cual critica la supuesta dualidad democrática y autoritaria en el comportamiento político de los sectores populares.

Desde otra perspectiva, el libro de Golte y Adams (1986)²³ enfatiza el peso que tiene la socialización campesina de los migrantes, para su inserción y desenvolvimiento diferenciado en la ciudad. A partir del estudio de doce pueblos diseminados en diversas regiones, del país, los autores quieren demostrar que:

El carácter de las sociedades campesinas de las cuales provenían los migrantes, influía fuertemente sobre las formas de inserción y su desenvolvimiento en la ciudad [...], [pues] no resulta posible entender la suerte que corre un migrante en Lima, sin comprender al mismo tiempo la sociedad local de la cual proviene, y los nexos que los originarios de un mismo pueblo establecen entre sí en su proceso de inserción en la economía y la sociedad urbana... (Golte y Adams, 1986: 72).

Por su incipiente industrialización y la crisis económica, la ciudad no podía absorber la mano de obra que provenía del campo. Empieza entonces a surgir un mundo productivo que gira alrededor del llamado comercio informal, a través de lazos de paisanaje y parentesco. En muchos casos, las redes de intercambio estaban teñidas de relaciones de producción no-capitalistas, pero tenían como fin último el mercado.

Golte y Adams aciertan en ver el impacto de la interacción ciudad-campo en las economías campesinas y, sobre todo, en el deterioro de las jerarquías étnicas de la ciudad criolla, que podía tener una doble lectura; desde los migrantes y desde el poder:

Si bien la Ciudad de los Reyes nació a consecuencia del asentamiento de los migrantes europeos invasores, la 'invasión' que se produjo a partir de la década de 1930 en adelante, fue conceptuada por los criollos nativos limeños como un enfrentamiento étnico, social, cultural y económico. El enemigo invasor, desprovisto de todo, tomaba la ciudad, se apropiaba de sus parques, plazas y jardines, implantando la pobreza, afeando la bella Lima señorial y sus palacios. La ciudad jardín se transformó en el reino de los vendedores ambulantes... (Golte y Adams, 1986).

Los autores ubican al mercado como el ámbito donde las jerarquías étnicas se ven cuestionadas. En efecto, desde mediados de la década de 1970 la crisis económica dejaba demandas no atendidas en los rubros de consumo. En ese contexto, los migrantes tuvieron que elaborar un entorno cultural y material que les permitiese no sólo la supervivencia, sino la realización de los objetivos de superación y bienestar que se habían planteado al momento de migrar. De ese modo, tuvieron que recurrir a su pertenencia primordial; es decir, a las redes de parentesco y de paisanaje. En ese soporte cultural encontraban la seguridad que la organización de la sociedad urbana criolla no les ofrecía.

Sin embargo, habría que precisar qué nuevas relaciones de desigualdad surgen de este proceso, cuáles son los límites de la horizontalidad en las relaciones de paisanaje y parentesco, y sus consecuencias en la organización de la fuerza de trabajo.²⁴ Por ejemplo, preguntarnos por las formas de manipulación de las relaciones de reciprocidad y parentesco en la producción textil de Gamarra, interpretada por esos años como el milagro de la informalidad urbana. En otras palabras, ubicar el proceso de la informalidad en una nueva etapa de expansión del capitalismo y las nuevas formas de conflicto entre capital y trabajo.²⁵ Si bien Mangin (1964) y Doughty (1969) habían inaugurado el estudio de las redes ciudad-campo a través de las asociaciones regionales, Golte y Adams (1986) le dan un sentido estructural e histórico al proceso de urbanización.²⁶ En ese sentido, es comprensible encontrar en la bibliografía textos de Hannerz, Lomnitz, Marx, Quijano, E. P. Thompson o Weber, los cuales les permiten una visión integral sobre la producción y reproducción de las relaciones sociales como procesos históricos. Mientras los trabajos de Degregori, Cecilia Blondet y Lynch (1986) y Golte y Adams (1986) son estudios de

24 Para una comprensión más cabal de estos argumentos véase: Golte (1980) y Golte y De la Cadena (1986). Para un valioso aporte sobre la migración a ciudades intermedias puede consultarse, De la Cadena (1988), que nos muestra cómo el proceso de urbanización en Huancayo, a partir del estudio de las comunidades de Jarpa y Pusacpampa, difiere del proceso urbanizador de Lima por la distinta dirección y articulación de la economía regional en la sierra central.

25 Golte (1997) en los últimos años viene desarrollando la idea de la formación de un capitalismo andino históricamente distinto al surgido en Occidente.

26 Ver el Capítulo 2, "El contexto: la segunda gran transformación", que es una excelente mirada panorámica de las transformaciones que sufre el mundo en su conjunto por efectos de la urbanización.

caso, el de Matos (1984)²⁷ nos presenta una visión general del impacto de las migraciones en el país. Si bien, el texto no cumplía con todos los requisitos de rigurosidad académica, acertaba en construir una imagen distinta del país donde la confluencia entre migración y modernidad era fundamental. Matos concibe a Lima como un espacio andinizado, una síntesis de diversas matrices culturales. Aquí, lo andino es contrapuesto a la cultura criolla, la cual había hecho de la ciudad un espacio privilegiado para la discriminación y exclusión de vastos contingentes de campesinos de los Andes a lo largo de su historia colonial y republicana.

El estudio de Matos (1984) nos da la posibilidad de pensar la sociedad nacional en perspectiva. Por ello, no es casual que las constataciones básicas del libro se convirtieran en sentido común más allá de la comunidad de las ciencias sociales, entre comunicadores, políticos, maestros e incluso organizaciones barriales.

Estos tres estudios, pese a sus distintas formas de abordar el fenómeno migratorio, coinciden en mostrar la emergencia de una nueva cultura urbana, marcada por la recreación y replanteamiento de las culturas rurales andinas en el nuevo contexto urbano. Es lo que llamamos la “visión optimista”, en la cual se puede percibir —sobre todo en el trabajo de Golte y Adams (1986)— una supuesta superioridad cultural andina ante la cultura rentista criolla. ¿Pero “lo criollo” se mantenía inmutable eludiendo el paso del tiempo?, ¿se puede afirmar que sigue existiendo “lo criollo”?, ¿era posible seguir entendiendo la organización cultural de la ciudad bajo la lupa de lo criollo y lo andino? Por otro lado, las imágenes del Estado en este proceso son asumidas de modo distinto. Matos (1984) propone la ampliación democrática del Estado para dar cabida a ese desborde popular que con acierto anunciaba, sin embargo, no nos ofrece los contenidos y características de ese Estado ampliado, ni las nuevas prácticas sociales que lo sustentarían. Degregori, Blondet y Lynch (1986), llegan a delinear las posibilidades políticas de esa nueva relación entre Estado y sociedad (ciudadanía popular); mientras en Golte y Adams (1986), la dimensión política y el Estado no aparecen de manera contun-

27 El antecedente de este trabajo lo podemos encontrar en otro estudio de Matos (1968), donde trabaja la idea de la ruralización y andinización de la ciudad, la cual fue aceptada ampliamente por la intelectualidad de los ochenta. Ver, asimismo, Matos (1983).

dente pues su preocupación principal era demostrar las circunstancias históricas y culturales del surgimiento de la informalidad urbana.

En síntesis, a diferencia de décadas anteriores, las poblaciones urbanas populares serán comprendidas en la ampliación de sus referentes culturales hacia identidades más globales y dinámicas, como por ejemplo la identidad clasista, la ciudadana, la nacional-popular, la informal, la “chola”, entre otras.

De otro lado, puede verse en estas perspectivas la confluencia teórica de un marxismo heterodoxo y de una suerte de funcionalismo, donde la cultura andina recontextualizada confluye y engarza en inéditos procesos de cambio estructural. Además, los autores comparten una visión positiva y optimista sobre la realidad urbano-popular. En esta perspectiva, se inscriben también los estudios sobre el papel de las mujeres de sectores populares en la consolidación de una sociedad más democrática, principalmente los de Blondet (1985, 1987), que a través de testimonios e historias de vida estudia la emergencia de un movimiento de mujeres, que ponía en entredicho las jerarquías y discriminaciones de género en el ámbito familiar y público, en las denominadas “organizaciones de sobrevivencia”.

En otro trabajo, a través de técnicas etnográficas, Blondet (1991) reconstruye la historia del movimiento de mujeres de Villa El Salvador, un distrito limeño que por esos años se convirtió en emblema de las potencialidades democráticas y sociogónicas de los sectores populares.²⁸ Estos trabajos acerca de los movimientos de mujeres, abren también la posibilidad de incorporar al análisis de las diferencias sociales la categoría de género que, por lo general, no acompañaban por aquellos años a los conceptos de clase y etnicidad.

La visión optimista de los sectores urbano-populares, que enfatizaba la transformación y la construcción de lazos solidarios y democráticos, se vio cuestionada por el trabajo de Rodríguez (1989, 1996) el cual ofrece una suerte de contraescena sobre las posibilidades de sobrevivir psíquica

28 Para una lectura histórica y sociológica de Villa El Salvador consultar, Zapata (1997). Desde la ciencia política, puede revisarse también el excelente trabajo de Stokes (1989) en el distrito de Independencia (Lima) sobre las modalidades y el cambio de la conciencia política de los sectores populares como resultado de la crisis social en la década del 1980. La autora muestra la ambigüedad de una conciencia popular donde coexisten: “una corriente contestataria, que típicamente está acompañada por una aguda conciencia de clase social [...] [con] individuos y grupos que muestran actitudes y prácticas clientelistas y verticales” (1989: 7).

y materialmente en un contexto de crisis y extrema pobreza. Psicoanalista formado en Alemania, Rodríguez afirma que la sociedad peruana de esos años estaba atravesando un proceso de descomposición y anomia. Sobre la base de un trabajo de campo psicoanalítico en barriadas del distrito de Independencia, en el Cono Norte de Lima, Rodríguez y su equipo encontraron una relación de causalidad entre los niveles de deterioro individual y colectivo, y la profundización de la crisis social, que traía como resultado el resquebrajamiento de la solidaridad y la destrucción de la personalidad. Las organizaciones barriales autogestionarias tenderían a fragmentarse hasta casi desaparecer. En síntesis, el aporte consiste en el estudio, a través de procesos terapéuticos y psicoanalíticos, de la forma en que los individuos procesan e interiorizan el impacto de la crisis material y la pobreza urbana; en cómo ese “mundo externo” repercute en la estructura de la personalidad, dificultando la proyección hacia el futuro y la capacidad de idear y organizar propuestas individuales y colectivas que conduzcan a cambios sociales cualitativos.

Así, Rodríguez, define los límites temporales de la que hemos llamado perspectiva “optimista”:

Hay una diferencia notable con los años cincuenta y sesenta y la primera mitad de los setenta. Degregori, Cecilia Blondet y Lynch, lo demuestran en su libro “Conquistadores de un Nuevo Mundo”. El migrante, mal que bien, tenía una cierta capacidad de acumulación que le permitía, aunque precariamente y con grandes esfuerzos construir su vivienda y tomar un poco más en cuenta la realidad de los demás y cuando las circunstancias políticas lo propiciaron, surgieron con vigor instituciones autogestionarias que recogían antiguas tradiciones andinas [...] El panorama se nubla en la mitad de los años setenta hasta oscurecerse totalmente en la década de los ochenta. El espíritu de progreso de los migrantes choca con la cruda realidad de ausencia de opciones; ahora debe luchar hasta el último aliento para sobrevivir y el hecho de que uno que otro logre hacer dinero no deja de significar que la calidad de vida de millones de peruanos resulta crecientemente indigna de la condición humana... (Rodríguez, 1992: 34).

cesos de individuación. No dejemos de comparar estas conclusiones con las de Rotondo veinte años antes. Sin embargo, lo dicho por Rodríguez Rabanal nos obliga a preguntarnos: ¿qué nuevas formas de sociabilidad se están generando entre los pobres urbanos?, ¿más de treinta años después, las barriadas son espacios de esperanza o de crisis social permanente?, ¿esta diferencia entre antropólogos, por un lado, y psiquiatras y psicoanalistas por otro, responde únicamente a criterios teóricos y metodológicos?²⁹

Sin embargo, desde la sociología también se llega a conclusiones más bien pesimistas. Larrea (1989), en su estudio sobre las relaciones políticas en Ancieta Alta, en el distrito de El Agustino, sugiere que los conflictos dentro de la barriada son resultado del desencuentro entre matrices culturales de criollos “desarraigados” y migrantes andinos. Larrea recalca la importancia del *habitus* criollo para asumir el papel de dirigente barrial, ya que ese capital cultural le permitiría monopolizar la información dentro de la dirigencia y más aún entre los pobladores. La exploración, indaga cómo se vive y concibe la democracia y la relación con el Estado desde las organizaciones de pobladores barriales, además de aclararnos las pugnas y contradicciones entre dirigentes y bases en sus luchas por el poder.

Similar orientación encontramos en las reflexiones de Pásara (1991), el cual postula la funcionalidad de las organizaciones barriales y de sobrevivencia en su lucha por alcanzar ganancias materiales. Una vez conseguidos estos objetivos, la organización pierde su consistencia y priman la precariedad y la anomia. La limitación del trabajo de Pásara es que homogeneiza y elude la perspectiva histórica al explicar la disolución de identidades colectivas para sólo mostrarnos un paisaje de anomia, resquebrajamiento y fisuras sociales.

En resumen, en la literatura de los años ochenta persisten y predominan dos visiones sobre la constitución de los sectores urbanos populares. La visión optimista con su mezcla de marxismo heterodoxo y teoría funcionalista asimilados y consumidos por la izquierda de aquellos años, enfatizaba la emergencia de una inédita identidad política, la cual va cre-

29 Golte, en sus clases de Antropología Urbana en San Marcos, remarcaba que la investigación y las conclusiones de Rodríguez Rabanal y su equipo responden en buena medida a la imagen que los sectores medios profesionales tienen sobre el mundo popular. Pero, si le devolvemos esa afirmación, ¿a qué sector corresponderían sus imágenes sobre ese mismo “mundo popular”?

ando una nueva cultura urbana que recrea y reconstruye la cultura andina en el nuevo contexto urbano, signado por la crisis y la violencia. Por otro lado, la visión pesimista coincide en relacionar pobreza y crisis económica con desestructuración psíquica de los pobladores involucrados en un proceso de sobrevivencia en la ciudad.

La similitud con las décadas de 1950 y 1960 está en la persistencia de visiones contrapuestas sobre el comportamiento de los migrantes urbanos, que podríamos resumir como la oposición "conquistadores versus anómicos".³⁰ Pero esta polarización ya no se da entre pobladores de tugurios y barriadas, sino dentro de las propias barriadas.³¹

En esa misma década se realizan importantes estudios sobre la cultura popular urbana. Lloréns (1981, 1983) y Llóres y Núñez (1987) exploran la evolución de la música popular urbana. Degregori (1981, 1984), bajo la influencia teórica de Gramsci y lo "nacional-popular", analiza la música *chicha* en Lima como la sensibilidad musical de los migrantes de la segunda generación. Miró (1986a, 1986b, 1988, 1989), se detiene a analizar la relación entre cultura, estética y poder.³²

Asimismo, Altamirano (1984, 1988) continúa centrando su atención en la funcionalidad de las asociaciones regionales. Él insiste en que las asociaciones son los espacios principales de articulación y reordenamiento de las relaciones socioculturales de los migrantes en la ciudad. Por su parte, a partir de observaciones etnográficas en El Agustino, Marzal (1988) describe una serie de manifestaciones que estarían vinculadas a la emergencia de una religiosidad popular, la cual tendría una relación de continuidad con la religiosidad campesina.³³

30 Sobre una discusión similar ver el debate entre Neyra, Romero y Lynch sobre la violencia y la anomia social. Revisar los números 37,39 y 45 de *Socialismo y Participación*, publicados entre 1987 y 1989.

31 Panfichi (1994), menciona que en los ochenta los tugurios del centro de la ciudad no son el espacio por excelencia para describir la anomia y la desorganización social, sino que ésta se hará extensiva a las propias barriadas, vistas en años anteriores como espacios de solidaridad y cooperación.

32 Es lamentable que los antropólogos no hayan tenido una lectura sistemática de la producción de Miró Quesada, pues creemos que es un autor que analiza la cultura popular desde una posición crítica, historizando su representación y consumo estético por diversos grupos sociales, principalmente los sectores medios.

33 Desde una perspectiva parecida puede revisarse la producción realizada por investigadores vinculados al Centro de Estudios y Publicaciones (CEP), tributarios de la Teología de la Liberación. Revisar principalmente su revista *Páginas*.

En suma, las investigaciones sobre la cultura urbana en los años ochenta “desbordan” las preocupaciones culturalistas y funcionalistas, pero no dejan de percibir el derrotero de la ciudad con la mirada centrada casi exclusivamente en sus espacios marginales: barriadas, informales, organizaciones de sobrevivencia, cultos populares ¿Pero eran estas instituciones las que realmente definían el rostro de la ciudad?, ¿qué pasaba con las otras clases?, ¿eran éstas las únicas subjetividades que emergían en este período?, ¿cómo describían la ciudad otras disciplinas, por ejemplo, la narrativa, la plástica o la poesía? Porque al hablar de la ciudad no debemos restringirla sólo a lo popular, pues estaríamos dejando de lado espacios y actores con los cuales lo “popular” interactúa cotidianamente. En ese sentido, era necesario sacar la preocupación por lo urbano de la barriada, para empezar a mirar la ciudad con nuevas interrogantes e intereses; recorrer sin prejuicios sus viejas y nuevas calles para desentrañar sus nuevas sensibilidades. Era necesario desesencializar y desterritorializar, parafraseando a García Canclini, las intuiciones y certidumbres de la antropología en la ciudad.

De la geografización de la cultura a los espacios de anonimato: las posibilidades de una antropología urbana³⁴

En la década de 1990, las visiones sobre la ciudad van a estar impregnadas por la emergencia del llamado proceso de globalización y por las secuelas de la violencia política en un contexto de “crisis de paradigmas” y auge de las corrientes post-modernas. Lo urbano y la ciudad van a sufrir una radical alteración por la puesta en circulación de bienes simbólicos y materiales, que desbordan y rompen la primacía del espacio geográfico en la definición de la cultura, relativizando de ese modo la distinción entre lo próximo y lo lejano. Las formas “tradicionales” de generar, construir y transmitir conocimientos culturales, de corte localista, palidecen ante el avance vertiginoso de una cultura transnacional que no cuenta con puntos rígidos de asentamiento y orientación. Según la literatura de la glo-

34 Con este título queremos hacer referencia a la importante obra de Augé (1993).

balización,³⁵ los actores sociales ya no se definen por su anclaje cultural en lo local, sino desde su vinculación asimétrica con lo global, sin tener que transitar necesariamente por los circuitos planteados por el Estado-nación. Además, nos dicen que la presencia del referente inmediato y cosificado ya no es lo que determina que un hecho sea entendido como un problema para alguien, sino que es la instantaneidad de los medios de información y comunicación la que provoca que referentes lejanos se nos presenten como próximos. Estos argumentos nos llevan a pensar que las relaciones cotidianas entre los pobladores de la ciudad van a estar sostenidas por una mayor densidad cultural o, dicho de otro modo, la organización de los referentes cotidianos de los habitantes de la ciudad se tornarán más acelerados, desplazando y haciendo menos inteligibles los lazos y pertenencias culturales de los migrantes. Anthony Giddens señala al respecto:

En las sociedades premodernas casi siempre coinciden el espacio y el lugar puesto que las dimensiones espaciales de la vida social, en muchos aspectos y para la mayoría de la población, están dominadas por la 'presencia' —por actividades localizadas. El advenimiento de la modernidad paulatinamente separa el espacio del lugar al fomentar las relaciones entre los 'ausentes' localizados a distancia de cualquier situación de interacción cara a cara. En las condiciones de la modernidad, el lugar se hace crecientemente fantasmagórico, es decir, los aspectos locales son penetrados en profundidad y configurados por influencias sociales que se generan a gran distancia de ellos. Lo que estructura lo local no es simplemente eso que está en escena, sino que la 'forma visible' de lo local encubre las distantes relaciones que determinan su naturaleza... (Giddens, 1994: 30).

¿Y esto qué significa para todo lo dicho anteriormente por la antropología en la ciudad?, ¿cómo interpretar estos cambios, producto de la transnacionalización de los sentidos, en la cultura de la ciudad? En décadas anteriores, la antropología urbana había privilegiado el estudio de los migrantes localizados principalmente en las barriadas y asociaciones de migrantes. En cambio, en la década de los noventa predominan los estu-

35 Un buen estado de la cuestión lo podemos encontrar en Beck (1998), principalmente la primera y segunda parte.

dios de actores sociales e identidades configuradas a partir de interrelaciones fundamentalmente urbanas, con códigos culturales que no necesariamente corresponden a la “racionalidad andina” en la ciudad, debido principalmente a las diferencias producidas por más de cuarenta años de migración, que reelabora las perspectivas de futuro y modifica las tradiciones culturales. Es una década donde “lo andino” ya no define la fisonomía cultural de la ciudad. Los “nuevos limeños” se apropian simbólicamente de los códigos transnacionales de la ciudad, trascendiendo las fronteras culturales de sus padres y abuelos. Se podría afirmar que en los noventa culmina el tránsito de una antropología en la ciudad a una antropología urbana propiamente dicha. ¿Pero cuáles son los temas que dan contenido a este viraje conceptual sobre la ciudad?, ¿quiénes llevan adelante estas nuevas propuestas?, ¿bajo qué ropaje teórico?

Antes de entrar de lleno a responder estas preguntas, veamos primero los nuevos desarrollos de antiguas temáticas. Así, Lloréns (1990), antropólogo preocupado por la interacción entre cultura y procesos comunicacionales, realiza un estudio sobre los componentes culturales e ideológicos de la radiodifusión.³⁶ Argumenta que los migrantes andinos han adoptado la radio no sólo por razones técnicas o económicas, sino también por necesidad de hacer sustentable la reproducción sociocultural de sus identidades regionales en el contexto de la ciudad. El autor analiza esta estrategia a través del estudio del perfil sociocultural de los conductores de espacios folklóricos, los intereses que persiguen y quiénes los apoyan publicitariamente. Las características de la audiencia y la relación entre emisores y público radial están presentes en las reflexiones de Lloréns, quien agrega, además, que:

El hecho de que algunos sectores de provincianos hayan logrado acceso a la radiodifusión en Lima, no sólo tiene consecuencias culturales. Este proceso también tiene notorias implicancias políticas. En efecto, significa que algunos sectores sociales —como los migrantes de origen rural o campesino que ahora viven en la capital, tradicionalmente excluidos de los medios de difusión de alcance nacional—, han encontrado la posibilidad de propagar sus puntos de vista a la vez que promueven sus actividades sociales y culturales a través de un medio moderno de comunicación... (1990: 150).

36 Vivanco (1973) nos ofrece una rica descripción sobre la “música folklórica” en la ciudad.

Si bien es cierto que la temática andina cobra fuerza en las emisoras radiales, se puede percibir que en el estudio de Lloréns (1990) persiste la polaridad cultural entre criollos y andinos. El autor no nota las variadas estrategias de captación de audiencia, que tienen muchos elementos criollos, ni que estos directores de programas no pertenecen generacionalmente a la década de los noventa. Tal vez por ello apelan a la identidad regional para convocar su audiencia.

Una pregunta que se le puede formular al texto es: ¿qué hacen o en qué andan los hijos de los directores de programas y de sus radioyentes?³⁷

En una perspectiva distinta ubicamos el artículo del americano Turino (1992),³⁸ que analiza la relación entre clubes regionales y promoción musical a través del Centro Social Conima, distrito de Huancané, Puno, Turino entra en polémica con las visiones esencialistas de lo andino y lo criollo en la ciudad, puesto que esta dicotomía oculta la compleja heterogeneidad de los sectores populares urbanos:

La visión sobre la andinización de Lima, sin embargo, es simplemente la revocación del anterior paradigma de la aculturación con la pareja esencialista 'andino/criolla'. En cualquier caso, se ha prestado poca atención a los procesos de creación cultural a través de nuevas formas, prácticas, identidades y sensibilidades que están siendo forjadas por los serranos en la ciudad... (Turino, 1992: 42).

El autor agrega que es importante integrar en el análisis la cuestión generacional, para entender las formas en las que los conimeños han asimilado a su identidad regional las ofertas simbólicas que la modernidad urbana les ofrece. El acierto de Turino radica en que pone en cuestión la supuesta esencia cultural de la identidad regional a través de la práctica

37 Salvo Lloréns, ningún antropólogo/a peruano/a ha abordado esta interesante temática. Sin embargo, los análisis sobre medios de comunicación elaborados principalmente por los comunicadores de la Universidad de Lima, incluyen la dimensión cultural, aunque en sus trabajos la cultura sea entendida predominantemente en términos semióticos. En esta vertiente podemos ubicar principalmente a María Teresa Quiroz, Rosa María Alfaro, Helena Pinilla y Javier Protzel, en quienes se advierte la influencia de autores como Jesús Martín Barbero y Néstor García Canclini.

38 Es preciso señalar que en la década de 1980 se inicia una exploración más sistemática sobre las prácticas musicales "andinas" en la ciudad. Aparte de los artículos de Degregori y Lloréns, ya citados, puede verse el trabajo de Nuñez Rebaza (1985).

musical, y considera que es necesario tener en cuenta: “la subjetividad de los individuos y las relaciones históricamente específicas de las condiciones externas, el lugar preciso donde la cultura se crea, recrea y transforma dialécticamente” (1992: 42).³⁹

Su afirmación pone en cuestión las imágenes clásicas de la antropología en la ciudad. Lo criollo y lo andino ya no son entendidos por Turino como identidades históricas estables (o como los buenos y los malos de la película), sino como construcciones históricas que se reproducen cotidianamente bajo las exigencias de nuevas formas de interacción. La crisis económica, la violencia urbana y los medios de comunicación son el nuevo escenario donde se estructura la cultura urbana en los noventa.

Otro tema que continúa trabajándose es la informalidad. De Adams y Valdivia (1991) aportan a la comprensión de este fenómeno desde la dimensión cultural, ampliando de este modo el enfoque unilateral propiciado por los economistas. Ellos incorporan en su análisis las valoraciones y motivaciones que han orientado las estrategias y prácticas socio-económicas de los informales. Este “empresariado popular”, de procedencia mayoritariamente andina, ha enfrentando las desventajas de una ciudad criolla excluyente con una ética de trabajo de aliento weberiano, que coincidiría con las nuevas exigencias del capitalismo occidental. Los vínculos comerciales personalizados, la utilización de redes sociales en el intercambio productivo,⁴⁰ además de la organización da trabajo y la producción de manera pre-capitalista, entre otras características andinas, encajan sobremanera en la estructura productiva y de servicios de la ciudad, a la vez que sirven de elemento cohesionador y dinamizador de la pequeña industria informal asociada al universo cultural andino.⁴¹ Si bien es cierto que este estudio tomó en cuenta las condiciones históricas y culturales en el surgimiento de la informalidad, así como el contexto de crisis en que cobró auge, puede advertirse un ánimo optimista sobre las

39 Desde la sociología, es Bourdieu quien ha enfatizado el carácter objetivo de las percepciones sociales, a través del concepto de *habitus*. Véase principalmente, sus trabajos de 1990 y 1991.

40 En esta misma línea puede verse el trabajo de Steinhilber (1991), el cual profundiza sobre el carácter regional para entender la historia migracional y sus consecuencias en la ciudad. Nuevamente, parentesco y paisanaje cumplirían la función de “socializadores” en el contexto urbano.

41 De Adams puede a la vez revisarse su tesis de licenciatura (1989).

consecuencias de este modelo de desarrollo, propiciado incluso como una ética individualizante.⁴²

Quijano (1998), nos muestra la otra cara de la moneda al entender al fenómeno de la informalidad como una nueva etapa de las contradicciones entre el capital y el trabajo. Este nuevo período nos lleva, según Quijano, a una reclasificación social de nuestras relaciones materiales e intersubjetivas.

Altamirano (1990), por su parte, continúa trabajando el tema de las migraciones, esta vez al extranjero. Los emigrantes reconstituyen su identidad cultural en un nuevo escenario, que ya no es Lima, haciendo posible la circulación fluida de información, bienes y mensajes entre los residentes en el exterior y sus familiares en el Perú. Nos muestra que las migraciones se han vuelto una estrategia de carácter transnacional. Examina la economía de remesa, es decir, los flujos económicos desde el exterior a los paisanos y parientes en el Perú, destacando la importancia de estos desembolsos para la supervivencia de muchas familias en medio de la crisis económica, principalmente desde la década de 1980. Asimismo, analiza los factores de expulsión y atracción, los objetivos trazados por los migrantes y el surgimiento de una suerte de “refugiados”, que han visto en la emigración la única alternativa viable a la actual situación de crisis. Con sus nuevos estudios (1991, 1992, 1996) se abre una rica posibilidad de investigación de los procesos de desterritorialización de los referentes culturales donde lo global y lo local coexisten y, es más, no se plantea la contradicción entre tradición y modernidad.⁴³

42 Huber (1998) ha elaborado una mayor sistematización de esta propuesta en su estudio de los productores textiles de Gamarra, lo cual le lleva a tener una visión optimista de este proceso: “me inclino hacia la línea más optimista. No desconozco que la mitad de la población peruana vive en condiciones de extrema pobreza; tampoco soy partícipe de una idealización del ‘mundo popular’... y soy consciente del peligro de exagerar el aspecto de la integración social, siempre latente en la antropología [...] [pero] si queremos entender la dinámica de la sociedad peruana, no podemos ignorar la otra cara de la moneda: provincianos que sí han logrado superar la pobreza y la marginación” (Hubeer, 1998: 1).

43 Para un análisis comparativo puede verse, Altamirano y Hirabayashi (1997). Asimismo, Altamirano tiene en prensa dos libros donde sistematiza sus investigaciones anteriores y actuales, *Culturas Transnacionales y Desarrollo*; y *Culturas Migrantes y Desarrollo*, ambos editados por la PUCP y PROMPERU.

Mentalidades

Una ruptura en el conocimiento de los sectores urbano populares surge en el trabajo colectivo del Taller de Mentalidades Populares (TEMPO), liderado por Portocarrero, que en diálogo con el psicoanálisis y la sociología espontánea⁴⁴ pretende elaborar un mapa cognitivo de la idiosincrasia de los migrantes y la constitución de una mentalidad popular regida por sus propias valoraciones y visiones del mundo (TEMPO, 1993). Rasgos como la laboriosidad, la ética, la religiosidad popular, el parentesco, constituyen articuladamente el nuevo escenario por donde discurren las prácticas socioculturales de los “nuevos limeños”. Basta con revisar algunos títulos del primer libro de TEMPO: “Cuando trabajo no me da sueño: raíz andina de la ética del trabajo”, “Cuando dios dijo que no, Sarita dijo quién sabe”, “¿Por qué lloran las vírgenes?”, “Para que mis hijos no sufran como yo”, etc., los cuales grafican la importancia que adquiere la diversidad cultural en la nueva cultura urbana. El abordar desde lo subjetivo la reproducción social de los sectores populares es un acierto de vital importancia, pero el radicalizar esta perspectiva podría llevar a esencializar la cultura de los sectores pobres de la ciudad. ¿Hasta qué punto se trata de un distanciamiento estético de los sectores medios y altos con respecto a la cultura popular?⁴⁵ ¿en qué medida puede hablarse de una mentalidad popular sin cuestionar los mecanismos de poder que hacen posible ese *universo subjetivo*? Estas interrogantes son pertinentes en tanto el Colectivo TEMPO enfatiza las peculiaridades y características de la cultura de los migrantes o sus hijos, como una suerte de identidad primordial. Los textos nos dejan la sensación de un mundo popular limeño signado por una racionalidad propia,⁴⁶ con Saritas, madres abnegadas, sikuris telúricos, vírgenes que lloran, coliseos de chicha, traba-

44 Denominación hecha por Bourdieu (1988) a las diversas vertientes de la fenomenología.

45 Mientras esta publicación se encontraba en prensa [2002], salió a circulación, *Las Clases Medias*, obra editada por Portocarrero y auspiciada por el taller TEMPO. Lamentablemente no hemos podido revisar los temas ni las tendencias de investigación de esta publicación.

46 La propuesta de Bajtin sobre la cultura popular en la Edad Media como una respuesta contracultural a un orden de dominación, parece ser de alguna manera asumida por los miembros de TEMPO. Para una perspectiva mucho más elaborada sobre cultura y poder, puede consultarse De Certeau (1996), donde nos invita a observar las microresistencias y microlibertades ocultas en la vida diaria de los pobladores pobres de la ciudad.

jadores con una ética cristiana deambulando por las avenidas polvorientas de la ciudad. Una suerte de *collage* de personajes urbanos que se rigen por sus propias lógicas de comportamiento.⁴⁷ Como se sabe, la identidad propia se construye en función a una permanente diferenciación con otras identidades, sean estas clasistas, étnicas o de género.

La propuesta del Colectivo TEMPO, sintoniza de algún modo con la imagen optimista levantada años atrás por Carlos Franco con respecto a la migración y la emergencia de una nueva cultura urbana. Franco desarrolla esta tesis en un artículo publicado en 1991, el cual revaloriza el papel que ha jugado la migración como proceso de reconfiguración del rostro de la ciudad y el país. El autor rescata el factor subjetivo que llevó a miles de campesinos a migrar hacia las ciudades, lo cual rompe con históricos lazos de dominación establecidos en las zonas rurales del país. Franco enfatiza que este proceso funda en las ciudades una cultura plebeya, o plebe urbana, que recrea y construye "...probablemente una imagen un sentido nuevo, más profundo y más abarcativo de lo que entendemos hoy por nación peruana" (Franco, 1991: 108). En esto radica básicamente la "otra odernidad". Si bien situamos a este autor en la década de los noventa, su propuesta puede entenderse como una prolongación y sistematización de los postulados *optimistas* de los ochenta.⁴⁸

Jóvenes

Esta perspectiva subjetiva-cultural, va a sufrir un giro cuando se empiece a analizar el comportamiento de uno de los grupos sociales que ha experimentado con mayor amplitud las ofertas de la modernidad, conjuntamente con la crisis económica y violencia política: los jóvenes. La aparición de la temática juvenil en los estudios urbanos marca esta nueva etapa. Una de las causas de esta aparición es el importante peso demo-

47 La denominada antropología visual nos adeuda un análisis sobre la correspondencia que existe entre la producción plástica sobre la temática urbana y popular de los ochenta y noventa (en artistas como Herbert Rodríguez, Enrique Polanco o Piero Quijano), y las imágenes levantadas por la sociología y la antropología urbana sobre ese mismo mundo popular urbano.

48 Lo hacemos por dos razones: porque su artículo principal lo escribe en 1990 para un seminario titulado "Modernidad en los Andes" (Urbano edit. 1992), y porque su consumo académico se observa con mayor fuerza en años recientes.

gráfico de los jóvenes en Lima Metropolitana y el impacto en la opinión pública de la violencia juvenil.⁴⁹ Una razón adicional es la ruptura generacional entre los investigadores sociales. Son los jóvenes quienes de algún modo empiezan a explorar sus propios espacios de identidad y que, además, tocan temas más próximos a su universo cultural. Una interrogante aún por resolver es la correspondencia entre los nuevos temas abordados por las ciencias sociales y el clima ideológico y epistemológico de la post-modernidad. En todo caso, es central el cambio en la forma como se tematiza el problema del poder, que pierde su centralidad y visibilidad.

La Universidad Católica será el espacio donde se planteará este tema. Así, el trabajo de Castro (1994a), joven antropólogo y periodista deportivo, acierta en abordar la ciudad ya no desde los portadores de una cultura andina sino desde lo que podríamos llamar sujetos estrictamente urbanos. Las barras de fútbol en los estadios de los equipos tradicionales, Universitario y Alianza Lima, son planteados como el escenario donde significativos sectores juveniles constituyen su identidad cotidiana. La peculiaridad de estos espacios es su carácter multiétnico y multclasista, que ha permitido la formación de una identidad juvenil signada por la violencia, en un contexto donde:

Lo familiar, lo clasista, lo etnocultural y lo regional son rasgos de identidad no definidos, sino parciales... Así, ante la relativización de las diferencias, el poblador urbano necesita nuevos referentes para poder diferenciarse socialmente ya que los anteriores... no (lo) definen del todo. Este es el papel de las identidades futbolísticas. El fútbol, para una sociedad tan diversa como la nuestra, actúa como un diferenciador social, como una taxonomía, que organiza o identifica a las personas según los sentimientos, los valores admirados... (Castro, 1994a: 38).

Castro razona la violencia en las barras de fútbol como resultado de la necesidad que tiene el joven por afirmar su identidad, en la búsqueda de una comunidad con referentes identitarios comunes. Estos jóvenes socializados en el marco de la crisis y la violencia, y de expectativas simbólicas

49 Los jóvenes en nuestro país han pasado de 1.821.000 en 1961 a 3.466.300 en 1981, y 4.498.300 para 1993. Si en 1961 el 51 % de estos jóvenes residían en las ciudades, este porcentaje subió al 68% para 1981 y 71,6% en 1993 (INEI, 1998:21).

no satisfechas, habrían incubado una serie de frustraciones que los predisponen a una actitud beligerante⁵⁰. Probablemente, un estudio de las barras de fútbol en las décadas de los setenta y los ochenta hubiera sonado irrelevante. Por otro lado, con la etnografía como herramienta metodológica el sociólogo Benavides (1994) ha explorado estos nuevos espacios intersubjetivos en la barra de Alianza Lima, y el peso que tienen referentes como la familia y la tradición “íntima” en la construcción de la radicalizada Barra Sur. Benavides, afirma que la tradición criolla urbana tiene rasgos culturales a partir de los cuales los jóvenes barristas de los noventa han repleteado y recreado la tradición “íntima” de Alianza Lima.

También en otros espacios urbanos se estarían forjando subculturas juveniles articuladas por la violencia. Son las pandillas, comunidades de solidaridad regidas por códigos y normas que es imprescindible respetar, espacios de socialización desde los cuales los jóvenes enfrentan colectivamente situaciones que ellos consideran ineludibles.⁵¹ En este sentido, Santos (1995) analiza el diario de Cirilo, un líder pandillero del barrio El Planeta, en el Cercado de Lima. Según el autor, con la lectura de este diario podríamos indagar por la “violencia de las circunstancias”; es decir, la aparición de frustraciones en aquellos nudos de las redes sociales urbanas donde no son tomados en cuenta, situación que generaría una violencia simbólica. Estos estudios se desarrollan dentro de un marco teórico post-estructuralista, que con frecuencia los lleva a desterrar de sus preocupaciones el tema del poder, el Estado y la política; así como la economía. En efecto, estas investigaciones nos muestran jóvenes desenchufados de marcos estructurales, de la política, del mundo del trabajo, que viven historias parciales e inconexas; jóvenes en búsqueda de intensidad, de emociones conflictivas. El sociólogo francés Maffesoli, sus ideas sobre el papel del individualismo en la sociedad posmoderna y la construcción de identidades en las “tribus urbanas”, parece ejercer gran influencia en estos estudios (Maffesoli, 1990). Pero dudamos que estos jóvenes urbano-populares se entreguen a la heteronomía del tribalismo; así como de que

50 Ver también, Castro (1994b, 1996).

51 Cabe señalar que es preciso investigar las nuevas formas en que se construye culturalmente el cuerpo y la masculinidad en contextos de pobreza. Tanto las pandillas como las barras de fútbol son espacios fuertemente masculinizados que se contraponen a sentimientos como la compasión y el afecto considerados como femeninos y subordinados.

la realidad exista en tanto discurso y sea imposible aprehenderla en grandes esquemas unificadores. En suma, lo que se pierde durante esta época es la comprensión del mundo social bajo la noción de totalidad, pues toda referencia a ella es juzgada como un indicio de barbarie ideológica.⁵²

Un matiz dentro del tema de los jóvenes lo constituye el trabajo de Ames (1996, 1996b), que indaga sobre las consecuencias de la violencia política en la identidad de un grupo de niños de Collique, Comas. Ames explora este tema a partir de los dibujos trazados por los propios niños: pandillas, barras bravas, terrorismo. Para ellos, los conflictos se resuelven de manera violenta, sea con su grupo de pares o con su familia. Este trabajo ensancha nuestra comprensión de las poblaciones pobres de la ciudad luego de que una década de violencia generara cambios en su identidad social.

Racismo

El racismo es otro de los temas abordados en los noventa. Estos estudios parten de la premisa que el racismo cumple una función decisiva en la legitimación de las desigualdades sociales, pues naturaliza las relaciones de poder que coexisten con la estructura de clases de la sociedad peruana. Así, Oboler (1996), antropóloga de la Universidad de Brown (EE.UU.), aborda el análisis del racismo y la discriminación racial en la vida cotidiana de los limeños, expresado en los diversos estereotipos raciales que acompañan a los pobladores de la ciudad en su interacción cotidiana.

Siguiendo las reflexiones de Portocarrero y Manrique, el antropólogo Callirgos (1995) elabora una interesante etnografía de aula en algunos colegios nacionales, encontrando la formación de lo que él denomina la “cultura escolar realmente existente”, la cual expresa el desfase entre los códigos formales de la educación (con sus normas y valores rígidos) y el desborde propiciado por la cultura juvenil contemporánea. El desencuentro entre comportamientos formales e informales en los colegios nacionales de Lima es resultado de la valorización positiva de actitudes, que para la mayoría de los jóvenes escolares son negativos, *monses* o inútiles. Callir-

52 Al momento que esta compilación se encontraba en prensa [2002], se publicó, *Juventud, sociedad y cultura*, (RED, Lima 1999), editada por Aldo Panfichi y Marcel Valcárcel.

gos nos dice que en los colegios se están construyendo nuevos modelos, hábitos, valorizaciones e ideales que no conjugan con lo que el Estado formalmente promueve. Lo que Callirgos denomina “cultura escolar realmente existente”, está estructurada por relaciones de discriminación racial y de poder, de antecedentes históricos incluso coloniales. Este trabajo nos muestra las nuevas identidades forjadas por los hijos de migrantes de primera y segunda generación, y las profundas brechas generacionales con sus padres y abuelos, migrantes pioneros, en la conformación de su identidad, patrones de consumo y perspectivas de futuro.⁵³

Planificación urbana

Si hasta aquí se ha descrito la evolución de la antropología urbana como disciplina académica, es preciso señalar que desde la época de Matos en la década de 1950 los antropólogos han participado también en el diseño, planificación y desarrollo de la ciudad, en las diversas oficinas estatales y municipales de desarrollo urbano⁵⁴. En la década de 1970 destaca la experiencia concreta de Matos y Delgado, uno de los principales asesores del gobierno de Velasco Alvarado, en la elaboración de los Planes de Desarrollo Metropolitano de la capital (PLANDEMET).⁵⁵ En la actualidad [2002], a través del Instituto Metropolitano de Planificación, la Municipalidad de Lima viene elaborando el Plan de Desarrollo Integral de la ciudad de Lima, en el cual la dimensión cultural del desarrollo ha adquirido mayor importancia.⁵⁶ La responsabilidad de este plan ha recaído en Roberto Arroyo, antropólogo y profesor de la UNMSM y la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI). Entre sus objetivos está comprender la ciudad como un crisol de identidades culturales donde se respete la diferencia y prime la tolerancia cultural; su concepción del des-

53 Ver, además, Callirgos (1997).

54 Como se señaló al inicio de este capítulo, la antropología urbana comenzó sistemáticamente con los estudios de barriadas realizados para la Corporación Nacional de Vivienda, al igual que una de las primeras generaciones de antropólogos “andinos” se formaron en el proyecto Perú-Cornell en Vicos.

55 Para una visión global de la participación de los científicos sociales en el desarrollo planificado de la ciudad ver, Díaz (1985) y Ortiz de Zevallos (1992).

56 La concepción sobre desarrollo y cultura se amplió a partir de los postulados de Amartya Sen, y más recientemente debido al informe de la UNESCO (1997).

arrollo incorpora perspectivas culturales en las estrategias de planificación. Una de las conclusiones del equipo de planificación es que:

No puede concebirse el desarrollo en términos meramente económicos, siendo necesario ampliar el concepto de desarrollo a fin de incorporar adecuadamente los elementos culturales, pues un desarrollo disociado de su contexto humano y cultural es un crecimiento sin alma... (IMP, 1998: 10).⁵⁷

Conclusiones

¿Cuáles son, finalmente, las posibilidades de una visión antropológica más anclada en lo urbano? Un inicio saludable es someter a revisión las maneras en las que se entendieron la ciudad y sus actores, replanteando la dicotomía construida alrededor de lo rural y lo urbano. Esta revisión se hace imprescindible en un contexto donde la cultura urbana se va estructurando cada vez más por los imperativos del mercado, el cual contribuye a la formación de nuevas identidades urbanas que contienen nuevas formas de sociabilidad perfiladas por los medios y el consumo.⁵⁸ En ese sentido, nuestra preocupación por la ciudad no debe responder sólo al evidente giro demográfico de los últimos cincuenta años, sino también a las nuevas formas en las que los habitantes de una ciudad más consolidada (ya no sólo los migrantes) ordenan culturalmente sus experiencias cotidianas, construidas muchas veces en contextos de pobreza y exclusión social. Peculiarmente, la ciudad se ve envuelta en un escenario donde se viene afirmando una individualidad menos condicionada por identidades territorializadas.

Sin embargo, y a pesar de una mayor presencia de lo “popular” en los medios de comunicación, la brecha material entre ricos y pobres se viene acentuando día a día en nuestras ciudades. Esta situación lleva a la siguiente paradoja: estos dos mundos se encuentran cada vez más cerca y a

57 Igualmente puede revisarse, Figueroa, Altamirano y Sulmont (1996), principalmente el capítulo seis: “Exclusión y cultura”.

58 Al respecto pueden revisarse las propuestas de García Canclini (1995, 1997). Un buen inicio lo podemos encontrar en la sugerente descripción sobre los estereotipos juveniles urbanos en Samanez Bendejé (1999).

su vez más lejos que nunca. En efecto, el imaginario de los ricos y pobres se va acercando a través de la presencia cada vez mayor de los medios de comunicación en la vida cotidiana de las personas, creándose nuevas necesidades y aspiraciones de consumo. Sin embargo, los pobres tienen pocas posibilidades de satisfacer su acceso a las mercancías vistas y soñadas, y ven lejana la posibilidad de tocar esas mercancías con las manos. Esta sensación de ausencia viene siendo llenada desde hace ya algunos años por prendas y objetos de imitación, que tratan de aliviar simbólicamente las férreas barreras de la diferenciación social. Por su parte, los ricos, en la comodidad de sus casas, pueden “acercarse y presenciar” la pobreza con tan sólo prender su televisor y navegar virtualmente por los territorios nacionales y mundiales donde se expande la miseria. De ese modo, si bien los códigos de la globalización se comparten crecientemente, los productos no se reparten homogéneamente en las distintas clases que ocupan el espacio urbano. Asimismo, las identidades de género, generacionales y étnicas se ven minadas y resignificadas de acuerdo a la posición material y simbólica que ocupan en relación con los centros hegemónicos de sentido (Bourdieu, 1990).

¿Qué tipo de antropología urbana debemos pensar en este escenario paradójico? Responder a esta pregunta significa organizar de otro modo nuestras certezas e intuiciones para poder captar empíricamente las tendencias culturales de la globalización y descifrar desde un ángulo distinto las tensiones de la sociedad urbana contemporánea. Pero esto no debe llevarnos a desechar del todo nuestras viejas certidumbres, pues si caemos en el error de comprender a la cultura y la sociedad como la tierra baldía donde sólo habitan el signo y el discurso, perderemos de vista las condiciones materiales y los contextos de poder en los que se asientan estas nuevas prácticas discursivas y de identidad.

Bibliografía

- Altamirano, Teófilo (1977). *Estructuras regionales, migración y formación de Asociaciones Regionales en Lima Metropolitana*. Lima: PUCP.
- Altamirano, Teófilo (1978). *Regionalism and Political Involvement Among Migrant in Perú: the case of Regional Association*. Ph. D. Tesis, Universidad de Durham, Inglaterra.
- Altamirano, Teófilo (1979). *Migración y urbanización de Inmigrantes: un marco conceptual introductorio*. Lima: Taller de Coyuntura, Universidad Nacional Agraria.
- Altamirano, Teófilo (1984). *Presencia Andina en Lima Metropolitana: estudio sobre migrantes y clubes de provincianos*. Lima: PUCP.
- Altamirano, Teófilo (1985). "La antropología urbana en el Perú, Notas sobre las investigaciones", en: Humberto Rodríguez (editor) *La Antropología en el Perú*. Lima: CONCYTEC.
- Altamirano, Teófilo (1988). *Cultura andina y pobreza urbana: Aymará en Lima Metropolitana*. Lima: PUCP.
- Altamirano, Teófilo (1990). *Los que se fueron: peruanos en EEUU*. Lima: PUCP.
- Altamirano, Teófilo (1991). "Pastores quechuas en el oeste norteamericano". *América Indígena*, Vol. LI, No. 2/3, México.
- Altamirano, Teófilo (1992). *Éxodo. Peruanos en el exterior*. Lima: PUCP.
- Altamirano, Teófilo (1996). *Migración. El fenómeno del siglo. Peruanos en Europa, Japón y Australia*. Lima: PUCP.
- Altamirano, Teófilo y Lane Hirabayashi (Eds.) (1997). *Migrants, Regional Identities and Latin American Cities*, Vol 13, en: Jeffrey, David (general editors). *Society for Latin American, Anthropology Publications*.
- Alvarez, Sonia, Evelina Dagnino y Arturo Escobar (1998). "Introducción: lo cultural y lo político en los movimientos sociales de América Latina". Introducción a *Cultures of Politics / Politics of Cultures: Re-visioning Latin American Social Movements*, Westview.
- Ames, Patricia (1996a). *Imágenes de la violencia, el terrorismo y la política desde los niños de Collique*. Tesis de Licenciatura en Antropología. Lima: PUCP.
- Ames, Patricia (1996b). "Las huellas indelebles. Apuntes sobre el impacto de la violencia en los niños". *Flecha en el Azul*, No. 2, año 1, Lima.

- Augé, Marc (1993). *Los "no lugares". Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Balbi, Carmen Rosa (1989). *Identidad clasista: su impacto en las fábricas*. Lima: DESCO.
- Beck, Ulrich (1998). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas de la globalización*. Buenos Aires: PAIDOS.
- Benavides, Martín (1994). "Comando Sur: la metáfora de la familia y el poder de la tradición", en: *Fútbol, violencia y racionalidad*. Lima: PUCP.
- Bourdieu, Pierre (1988). "Fieldword in Philosophy", en: *Cosas Dichas*. Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, Pierre (1988). *La Distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Blondet, Cecilia (1985). "Nuevas formas de hacer política: las amas de casa populares". *Allpanchis*, No. 25, año, Vol. XXI, Cusco.
- Blondet, Cecilia (1987). *Muchas vidas construyendo una identidad: mujeres pobladoras de un barrio limeño*, Documento de trabajo No. 9. Lima: IEP.
- Blondet, Cecilia (1991). *Las mujeres y el poder. Una historia de Villa El Salvador*. Lima: IEP.
- Calderón, Julio (1990). *Las ideas urbanas en el Perú: 1958-1989*. Lima: CENCA.
- Callirgos, Juan Carlos (1995). *La discriminación en la socialización escolar*. Lima: Facultad de Ciencias Sociales, PUCP.
- Callirgos, Juan Carlos (1997). *El (poco) discreto encanto de la burguesía. Distancias sociales y discursos legitimadores en el Perú de hoy*. Lima: IDEELE.
- Cardoso, Fernando H. y Enzo Falleto (1979). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Castells, Manuel (1973). *Problemas de investigación en Sociología Urbana*. España: Siglo XXI.
- Castells, Manuel (1974). *La cuestión urbana. Movimientos sociales urbanos*. España: Siglo XXI.
- Castillo Ochoa, Manuel (1987). "Reseña a Conquistadores de un nuevo mundo". *El Zorro de Abajo*, n°7, Lima.
- Castro Pérez, Raúl (1994a). "U-Norte: de la marginalidad a la representación colectiva", en: *Fútbol, Identidad, violencia y racionalidad*. Lima: PUCP.

- Castro Pérez, Raúl (1994b). "No pedimos ni damos tregua: barras de fútbol y violencia en el estadio". *Antropológica*, No. 12, PUCP, Lima.
- Castro Pérez, Raúl (1996). "Conjuro y ritual de las barras bravas, entrevista a Raúl Castro". *Flecha en el Azul*, No. 1, año 1, Lima.
- Certeau, Michel de (1996). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- Collier, David (1973). "Los pueblos jóvenes y la adaptación de los migrantes al ambiente urbano limeño". *Estudios Andinos*, año 3, vol III, n° 3, Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Pittsburg.
- Collier, David (1978). *Barriadas y Élite. De Odría a Velasco*. Lima: IEP.
- Cotler, Julio (1967). "Estructura social y urbanización: Algunas notas comparativas". *Aspectos Sociológicos del desarrollo de América Latina*. IEP, CIDOC, cuaderno No. 17, México.
- Cotler, Julio (1968). "La mecánica de la dominación interna en la sociedad rural". *Perú Problema* 1. Lima: IEP.
- De Adams, Norma (1989). *Organización campesina y migrantes en Lima: el caso de la comunidad de Hauhuapuquio*. Tesis de Licenciatura en Antropología. UNMSM, Lima.
- De Adams, Norma y Néstor Valdivia (1991). *Los Otros empresarios. Ética de migrantes y formación de empresas en Lima*. Lima: IEP.
- Degregori, Carlos Iván (1981). "El Otro Ranking: de música folklórica a música nacional". *La Revista*, No. 4, Lima.
- Degregori, Carlos Iván (1984). "Huayno, chicha: el nuevo rostro de la música peruana". *Cultura Popular*, No. 13/14, Lima.
- Degregori, Carlos Iván (1986). "Del mito del Inkari al mito del Progreso". *Socialismo y Participación*, No. 36, Lima.
- Degregori, Carlos Iván, Cecilia Blondet y Nicolás Lynch (1986). *Conquistadores de un nuevo mundo. De invasores a ciudadanos en San Martín de Porras*. Lima: IEP.
- De la Cadena, Marisol (1988). *Comuneros en Huancayo. Migración campesina a ciudades serranas*. Documento de trabajo No. 26. Lima: IEP.
- Delgado, Carlos (1972) *Problemas sociales del Perú contemporáneo*. Lima: IEP.
- De Soto, Hernando (1986). *El otro Sendero. La revolución informal*. Lima: ILD.

- Díaz Albertini, Javier (1985). *Promoción urbana: balance y desafíos*. Lima: DESCO.
- Dietz, Henry (1976). *Pobreza y participación política bajo un régimen militar*. Lima: Universidad del Pacífico.
- Doughty, Paul (1969) "La cultura del regionalismo en la vida urbana de Lima, Perú". *América Indígena*. Vol. XXIX, N° 4, México.
- Doughty, Paul (1970). "Behind Back of the city. Provincial life in Lima, Perú", en: William Mangin (ed.) *Peasent en Cities*. Boston.
- Doughty, Paul (1976). "The social Lives of Migrants: The case of Provincial Voluntary Associations in Lima", en: *Actes do XLII Congress International des Americaniste*, Vol. 10: 331.
- Doughty, Paul (1978). "El caso de las Asociaciones Provinciales Voluntarias de Lima: algunos problemas metodológicos y de interpretación", en: J. E. Hardoy y Richard Morse (ed.) *Ensayos Histórico-Sociales sobre la urbanización de América Latina*. Buenos Aires: CLASCO.
- Figuerola, Adolfo, Teófilo Altamirano y Deniss Sulmont (1996). *Exclusión social y desigualdad en el Perú*. Lima: OIT; IIEL; ONU.
- Flores Galindo, Alberto (1989). "El rescate de la tradición", en: Carlos Arroyo, *Encuentros. Historia y Movimientos Sociales en el Perú*. Lima: Memoria Angosta.
- Flores Galindo, Alberto (1991). *La ciudad sumergida. Aristocracia y Plebe en Lima, 1760-1830*. 2da. Edición. Lima: Horizonte.
- Franco, Carlos (1991). "Exploraciones en 'otra modernidad': de la migración a la plebe urbana", en: *La Otra Modernidad, Imágenes de la Sociedad peruana*. Lima: CEDEP.
- Fried, Jacob (1960). "Enfermedad y organización social", en: *Etnología y Antropología*, pp. 38-49. Lima: UNMSM.
- Fukumoto (1976). *Relaciones raciales en un Tugurio de Lima: el caso de la Huerta Perdida*. Tesis de Magister en Ciencias sociales, PUCP, Lima.
- García Canclini, Néstor (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- García Canclini, Néstor (1997). *Imaginario Urbanos*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Giddens, Anthony (1994). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza editorial.

- Golte, Jürgen (1980). *La racionalidad de la organización andina*. Lima: IEP.
- Golte, Jürgen (1997). "Polanyi, la Gran Transformación y un capitalismo andino", en: Rafael Varón (Ed.) *Arqueología, Antropología e Historia en los Andes. Homenaje a María Rostworowsk*. Lima: IEP-BCR.
- Golte, Jürgen y Marisol de la Cadena (1986). *La codeterminación de la organización social andina*. Documento de trabajo No. 13. Lima: IEP.
- Golle, Jürgen y Norma Adams (1986). *Los Caballos de Troya de los Invasores. Estrategias Campesinas en la conquista de la Gran Lima*, Lima: IEP.
- Huber, Ludwig (1998). *Los enanos del capitalismo: economías étnicas en el Perú*. Lima: Mimeo.
- IMP- Instituto Metropolitano de Planificación (1998). *Marco conceptual y metodológico para el diagnóstico y diseño de políticas de desarrollo cultural del Plan Integral de Desarrollo Metropolitano a mediano plazo: 1998-2002*, Área de Planificación Cultural. Lima: IMP.
- INEI-Instituto Nacional de Estadística e Informática (1996). *Lima Metropolitana: perfil socio-demográfico*. Lima.
- INEI-Instituto Nacional de Estadística e Informática (1998). *Estado de la población peruana: 1998. Situación de la población joven y de la tercera edad*. Lima: INEI.
- Isbell, Billie Jean (1973). "La influencia de los inmigrantes en los conceptos sociales políticos tradicionales: estudio de un caso peruano". *Estudios Andinos*, año 3, vol. III, n° 3, Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Pittsburgh.
- Jongkind, F (1971). "La supuesta funcionalidad de los clubes regionales en Lima, Perú". *Boletín de Estudios Latinoamericanos*, n° 11, University of Amsterdam, Holanda.
- Larrea, José Enrique (1989). *Poblaciones urbanas precarias: el derecho y el revés (el caso de Ancieta Alta)*. Lima: Servicios Educativos de El Agustino.
- Lauer, Mirko (1989). *El sitio de la literatura, Escritores y política en el siglo XX*. Lima: Mosca Azul Editores.
- Lauer, Mirko (1997). *Andes Imaginarios: discursos del indigenismo 2*, SUR. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas.
- Lewis, Oscar (1969). *Antropología de la pobreza. Cinco familias*. México: FCE.
- Lobo, Susan (1976). "Urban adaptation among Peruvian migrants", *Rice University studies*. 62(3): 113 -130.

- Lobo, Susan (1973). *Kin relation ships and the process of urbanization in squatter sttlements of Lima, Peru*, Tesis Ph. D., Universidad de Arizona.
- Lobo, Susan (1984) *Tengo Casa Propia. Organización Social en las Barriadas*. Lima: IEP.
- Long, Norman (1973). "The Role of Regional Associations in Perú", en: *The Process of Urbanization*. pp. 173-88. Bletch, Buckinghamshire, The Open University.
- Long, Norman y Bryan Roberts (eds.) (1978). *Peasent Cooperation and Capitalist Expansion in Per , Austin*. University of Texas, Press.
- Long, Norman y Bryan Roberts (1984). *Miners, Peasent and Entrepreneurs: Regional Development In the Central Hinghlands of Central Perú*. Cambridge University.
- Lloréns, José Antonio (1983). *Música popular en Lima: criollos y andinos*. Lima: IEP; Instituto Indigenista Interamericano.
- Lloréns, José Antonio (1987). "¿Nueva identidad o alienación?". *El Zorro de Abajo*, No.7, Lima.
- Lloréns, José Antonio (1990). "Voces provincianas en Lima: migrantes andinos y comunicación radial". *Revista Peruana de Ciencias Sociales*, Vol. 2, No. 1, Lima.
- Lloréns, José Antonio y Lucy Núñez (1981). "La música tradicional andina en Lima Metropolitana". *América Indígena*, Vol. XLI, No. 1, México.
- Maffesoli, Michael (1990). *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*. Barcelona: Ikaria.
- Mangin, William (1964). "Clubes de provincianos en Lima", en: *Estudios sobre la cultura del Perú*. pp. 298-305. Lima: UNMSM.
- Marzal, Manuel (1988). *Los caminos religiosos de los migrantes en Lima Metropolitana*. Lima: PUCP.
- Matos Mar, José (1967) [1959]. "Migración y urbanización. Las barriadas limeñas: un caso de integración a la vida urbana", en: Philip M. Hauser *La Urbanización en América Latina*. Buenos Aires: Solar; Hachette.
- Matos Mar, José (1968). "Dominación, desarrollos desiguales y pluralismos en la sociedad y cultura peruana", en: José Matos Mar (editor), *Perú Problema 1*. Lima: IEP.

- Matos Mar, José (1983) "Lima es ahora una ciudad andina". Entrevista de Peter Elmore y Federico de Cárdenas. Suplemento cultural de *El Observador*, Lima, 9 de febrero.
- Matos Mar, José (1984) *Desborde Popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima: IEP.
- Merino de Zela, Mildred (1958). *El cerro San Cosme. Formación de una barriada*, Tesis de Bachiller, Instituto de Etnología y Arqueología, UNMSM.
- Millones, Luis (1978). *Tugurio. La cultura de los marginados*. Cuadernos del INC, n° 1, Lima.
- Miró Quesada, Roberto (1986a). "Arte urbano: lo popular que viene del futuro". *Socialismo y Participación*, No. 36, Lima.
- Miró Quesada, Roberto (1986b). "Música y cultura en el Perú". *El Zorro de Abajo*, No. 4, Lima.
- Miró Quesada, Roberto (1988). "Crisis estructural y cultura nacional: lo andino como eje nodal". *Socialismo y Participación*, No. 41, Lima.
- Miró Quesada, Roberto (1989). "Repensando lo popular. Dos hipótesis alternativas". *Socialismo y Participación*, No. 44, Lima.
- Núñez Rebaza, Lucy (1985). *La vigencia de la danza de tijeras en Lima Metropolitana*. Tesis de Maestría, PUCP, Lima.
- Oboler, Suzanne (1996). *El mundo es racista y ajeno. Orgullo y prejuicio en la sociedad limeña contemporánea*. Documento de trabajo No. 47, Lima: IEP.
- Ortiz de Zevallos, Augusto (1992). *Urbanismo para sobrevivir en Lima*. Lima: APOYO.
- Osterling, Jorge (1980). *De campesinos a profesionales. Migrantes de Huayopampa en Lima*. Lima: PUCP.
- Osterling, Jorge y Héctor Martínez (1986). "Apuntes para una historia de la antropología social peruana, décadas de 1940-1980", en: Humberto Rodríguez Pastor *La Antropología en el Perú*. Lima: CONCYTEC.
- Osterling, Jorge, Jaime de Althaus y Jorge Morelli (1979). "Los vendedores ambulantes de ropa en El Cercado: un ejemplo económico informal en Lima Metropolitana". *Debates en Antropología*, No. 4, PUCP, Lima. pp. 24-41.
- Panfichi, Aldo (1994). "Los pobres de las ciudades latinoamericanas: balance y perspectivas teóricas". *Revista de Sociología*, Vol. 8, No. 9, Lima.

- Pásara, Luis (editor) (1991). *La Otra cara de la luna*. Buenos Aires: CEDYS.
- Patch, Richard (1973). *La Parada. Estudio de un mundo alucinante*. Lima: Mosca Azul.
- Quijano, Aníbal (1977). "Las nuevas condiciones de la lucha de clases en el Perú". *Sociedad y Política*, No. 7, Lima.
- Quijano, Aníbal (1998) *La emergencia del otro social en América Latina*. Lima: Mimeo.
- Rodríguez Rabanal, César (1989) *Cicatrices de lo pobreza*. Caracas: Nueva Sociedad.
- (1992) "Golpe y anomia social: entrevista a César Rodríguez Rabanal". *Travesía*, No. 6, Lima.
- Rodríguez Rabanal, César (1996). *La violencia de las horas*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Rotondo, Humberto (1958). "El estudio de la moral en la colectividad de Mendocita". *Psiquiatría Peruana*, No. 1, Lima. pp. 259-271.
- Rotondo, Humberto (1970). "Personalidad básica, dilemas y vida de familia de un grupo de mestizos", en: *Estudios sobre la familia en relación con la salud*. Lima: UNMSM.
- Samanez Bendejú, Jorge (1999). "Lo pacharaco y su carácter jerarquizador en el escenario juvenil limeño". *Flecha en el Azul*, No. 10, Lima.
- Santos, Martín (1995). "Diario de un pandillero. Algunas reflexiones sociológicas", en: *Ciudad de Jóvenes*. Lima: PUCP.
- Skeldon, Ronald (1976). "Regional Associations and Population migration in Perú Interpretation". *Urban Anthropology*, (3): 233-252.
- Skeldon, Ronald (1980). "Regional Associations: a note on opposed interpretations", en: Press and M. E. Smith (edit) *Urban Places and process in the anthropology of cities*. New York.
- Smith, Margo L. (1973). "Domestic service as a channel of upward mobility for lower-class women: the Lima case", en: A. Prescatello (edit) *Female and male in Latin American: Essays*. Pittsburgh.
- Steinhaus, Andreas (1991). "Diferenciación étnica y redes de larga distancia entre migrantes andinos: el caso de Sanka y Colcha". *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 20, No. 1, Lima.
- Stokes, Susan (1989). *Política y conciencia popular en Lima. El caso de Independencia*. Documento de Trabajo No. 31. Lima: IEP.

- TEMPO- Taller de Estudio de las Mentalidades Populares (1993). *Los nuevos limeños. Sueños, fervores y cambios en el mundo popular*, SUR. Lima: TAFOS.
- Thompson, Edward P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.
- Thompson, Edward P. (1995). *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.
- Turino, Thomas (1992). "Del esencialismo a lo esencial: pragmática y significado de la interpretación de sikuris en Lima". *Revista Andina*, No. 2, año 10, CBC, Cusco.
- UNESCO (1997). *Nuestra diversidad creativa. Informe de la comisión de cultura y desarrollo*. Madrid: UNESCO.
- Urbano, Henrique (compilador) (1992). *Modernidad en los Andes*. Cusco: CBC.
- Vega Centeno, Pablo (1992). *Autoconstrucción y Reciprocidad. Cultura y Solución de problemas urbanos*. Lima: CENCA; FOMCIENCIAS.
- Vivanco, Alejandro (1973). *El migrante de provincias como intérprete del folklore en Lima*, Tesis de bachiller en Antropología. Lima: UNMSM.
- Wallace, James M. (1984). "Urban Anthropology in Lima: An Overview". *Latin American Research Review*, Vol. XIX, No. 3.
- Zapata, Antonio (1997). *Sociedad y poder local. El caso de Villa El Salvador*. Lima: DESCO.

III

Gobierno de la ciudad:
planificación y gestión de
políticas públicas

Políticas urbanas y expansión de las barriadas 1961-2000*

Julio Calderón

Introducción

El presente texto aborda la “la otra cara” de la política habitacional. El énfasis se pone en los efectos de la política frente a las barriadas, con relación a su expansión y ubicación al interior del área metropolitana.¹ Aunque ambos fenómenos serán abordados por separado, resulta evidente que el acceso al suelo en las barriadas y la regularización de este se encuentran mutuamente imbricados en la producción de la ciudad. El crecimiento barrial hacia los arenales de la ciudad de “menor costo” no ha sido un proceso espontáneo, sino más bien guiado por políticas públicas que así lo decidieron. A partir de 1962, el Estado peruano generó el marco jurídico pertinente para disponer de las tierras no productivas de la ciudad. Luego, el propio Plan de Desarrollo Metropolitano se abocó a detectar terrenos para cubrir la expansión de los sectores de menores ingresos.

El texto consta de cinco acápite. En primer lugar, revisa brevemente los principales contenidos de la Ley de Barrios Marginales de 1961. Luego, muestra el momento en que las políticas públicas optaron por la barriada como la solución, reservando los arenales públicos para tal uso. En tercer lugar, aborda el largo gobierno militar (1968-1980) que se definió, en sus inicios, como un promotor institucional de los pueblos jóvenes y cuyas políticas resultarán decisivas para entender la ciudad de Lima tal como hoy la conocemos. En cuarto lugar, analiza los esfuerzos por municipalizar la problemática de las barriadas en la década de 1980. Final-

* Publicado originalmente en: Calderón, Julio (2006). *La ciudad ilegal: Lima en siglo XX*. Lima: UNMSM. Capítulo 6.

1 En nuestra revisión sólo hemos encontrado un dispositivo similar para El Cairo, Egipto en 1967 (Farid, 1984).

mente, se detiene en la aplicación gubernamental de un programa económico de corte neoliberal, durante los gobiernos de Fujimori, y sus efectos para la dinámica de la expansión de las barriadas y el crecimiento de Lima Metropolitana.

La Ley 13517

En 1961, el gobierno de Manuel Prado (1956-1962) expidió la Ley 13517, conocida como Ley de Barrios Marginales o Ley de Barriadas. Dicho instrumento, planteó un conjunto de medidas referidas a la legalización y la regularización de la tenencia de la tierra de las barriadas y, a la vez, previó un conjunto de mecanismos respecto al acceso al suelo que, a futuro, supuestamente evitarían nuevas invasiones. En cuanto a la regularización de la tierra:

- Declaró de necesidad, utilidad pública e interés social la remodelación, saneamiento y legalización de los barrios marginales. Estos, fueron definidos claramente como aquellos agrupamientos de vivienda constituidos por invasión y al margen de las disposiciones legales sobre propiedad, con autorización municipal o sin ella, sobre lotes distribuidos sin planes de trazado oficialmente aprobados y que carecieran de algunos de los servicios básicos.
- Reconoció las invasiones producidas hasta el 20 de septiembre de 1960 sobre tierras cualesquiera fuera su propiedad (privada, fiscal, municipal, otros). Atribuyó a la Corporación Nacional de la Vivienda (CNV) (en 1963 reemplazada por la Junta Nacional de la Vivienda, JNV), la responsabilidad de reconocer todas las ocupaciones hasta esa fecha y calificarlas como permanentes o no. Jurídicamente se trató de una ley de excepción, referida a una situación pasada perfectamente identificable.
- Fijó los procedimientos para remodelar y otorgar los títulos de propiedad a los ocupantes precarios. En la remodelación, el Estado se comprometía a apoyar la instalación de los servicios públicos y dotar de un trazo regular a aquellos barrios que carecieran de él. El Estado debía aprobar los planos perimétricos y de lotización (Artículo 20), a

fin que el terreno sea inscrito en el Registro de la Propiedad Inmueble (Artículo 22). Luego, correspondía celebrar los contratos de dotación de agua y saneamiento y, posteriormente, se extendía en favor del adjudicatario y su cónyuge o conviviente (Artículo 39) el “Título provisorio de adquiriente” (Artículo 29), el mismo que se convertía en definitivo cuando se hubiese pagado el importe proporcional de la expropiación, conforme a su área.

- Estipuló, en cuanto a los costos del terreno a pagar por los pobladores, que si la propiedad había sido pública se pagaría un precio simbólico y si eran privados procedería la expropiación, pagándose al costo del momento de la ocupación y no aquel en que se realizaba la expropiación. El pago de dichas obligaciones podría hacerse en un plazo de hasta siete años y a un interés no mayor del 6% anual (Artículo 31).
- Consideró la inclusión de las comunidades físicamente parecidas a las barriadas, y en que sus habitantes hubieran construido sus casas en terrenos alquilados, dentro de la definición de barriadas. Por tanto, podrían solicitar la expropiación y los beneficios de la ley (Artículo 27). Esta definición comprendía a algunas modalidades de los tugurios y representaba un aspecto radical de la ley, cuyas consecuencias sociales no tardarían en emerger con la “huelga de alquileres” que se desató a raíz de su promulgación.
- Dispuso el corte de juicios de desahucio en este tipo de asentamientos y su suspensión por un año.

En cuanto a la promoción de un acceso ordenado al suelo figuraba:

- El Artículo 2, a la vez que reconocía los barrios formados, prohibía a futuro nuevas invasiones las que, en caso de ocurrir, quedaban excluidas de los beneficios de la ley. La Ley 13517 ratificaba su carácter de excepción y mostraba la voluntad del gobernante de promover a futuro un crecimiento ordenado de las ciudades.
- El Artículo 3, complementario al anterior, autorizaba a la CNV a crear Urbanizaciones Populares de Interés Social (UPIS) en terrenos reservados por el Estado o adquiridos para dicho fin. El reglamento de la ley (mes de julio de 1961) comprometía a crear UPIS en cual-

quier momento que la CNV estimase que había demanda para ello. Sin lugar a dudas, de haberse aplicado este artículo, ello hubiera representado importantes inversiones por parte del Estado. Asimismo, hubiera constituido una muestra de la decisión de la autoridad política de promover una ciudad ordenada y legal. En este aspecto, la ley se distanciaba de las propuestas de la CRAV que, enfatizaba más el papel de la iniciativa privada. En la ley se auspiciaba al Estado como productor de soluciones de vivienda (Collier, 1978).

- Se dotaba a la CNV de recursos especiales para la implementación de la ley: asignación del producto de diversos impuestos y rentas (Artículo 40); una partida fija y reajutable anualmente en el Presupuesto General de la República (Artículo 44); incremento del capital de la CNV; y un sistema de financiamiento mediante Bonos de Mejoramiento Urbano.

En suma, la Ley 13517 representó algo más que el compromiso público de adoptar formalmente políticas que antes habían sido aplicadas sobre bases muy informales y discrecionales. Consideró necesario el rol del Estado como propulsor de la vivienda, bajo las ideas de autodesarrollo y autoconstrucción. Representó, para su época, un paso importante en las políticas urbanas frente a los asentamientos ilegales emergentes. Hasta donde llega nuestro conocimiento, se trató del primer Estado en el mundo que legalizó a las ocupaciones ilegales,² distinguiéndonos de los demás países de América Latina los que, atravesando por situaciones similares, no adoptaron un dispositivo de esta naturaleza.

Momento de decisión: la opción por la barriada (1961-1968)

Lima desde la segunda mitad del siglo XX había experimentado un alto crecimiento demográfico. Entre 1940-1961 su tasa de crecimiento fue de 5,1 y entre 1961-1972 de 5,5, en que alcanzó su pico, para luego disminuir a 3,7 entre 1972-1981 y a 2,7 entre 1981-1993 (INEI, 1997: 102). El explosivo crecimiento poblacional y su posterior moderación, típico

en la evolución de las grandes urbes, cuya base poblacional llega a ser tan grande que deviene un punto de inflexión, muestra que el período 1961 y 1972 fue clave, pues la ciudad absorbió un aluvión poblacional pobre, venido de la sierra, el cual demandó suelo y vivienda. Esta demanda sería canalizada preponderantemente por la barriada en tanto una modalidad de no mercado.

En 1961 la barriada acogía al 17% de la población metropolitana, poco más de la mitad de aquella cobijada en los tugurios, y configuraba un cinturón (“de miseria”) alrededor del área central. Existían en Lima 139 barriadas con 316.426 habitantes³ en 1.696 hectáreas, 8,2% de la superficie total (Negromonte, 1968; INEI, 1997). Se ubicaban en el distrito de San Martín de Porres (24,5%), Rímac (12,8%), Lima-Cercado (11,5%) y Comas (11,5%). Este último distrito –constituido en 1961–, así como Ciudad de Dios, que data de 1954, serían las verdaderas cabeceras de puente en la ocupación de los hoy conocidos conos populares Sur y Norte. Por entonces, el cono Norte superaba en población al Sur: Comas, en 1961, multiplicaba por 10 la población de Villa María del Triunfo, que sólo contaba con 3.965 habitantes.

Las barriadas se asentaban sobre terrenos con condiciones topográficas de relativa dificultad. Si bien las barriadas ubicadas en los cerros –como San Cosme o El Agustino–, formadas hacia finales de los cuarenta, mostraban en algunos casos pendientes altas, la ocupación de Comas o Villa María del Triunfo, por no decir las zonas planas de El Agustino o Mirones, se realizaba sobre zonas de poca pendiente. Se ubicaban cercanamente al centro histórico, a la zona comercial de La Parada, al área industrial entre Lima y Callao y a las carreteras Panamericana Sur y Norte.

Para los pobres urbanos, la Ley 13517 tuvo un efecto inconmensurable. Para aquellos que habían invadido se borraría el estigma de la ilegalidad a través de la regularización o saneamiento físico y legal; y para los que no contaban con vivienda abría las esperanzas de acogerse a las UPIS o, en todo caso, la certidumbre que, pese a la prohibición del Artículo 2, nuevas invasiones serían finalmente aceptadas por el Estado. Para los habi-

3 En 1963 el empadronamiento realizado por la Junta Nacional de la Vivienda (JNV), que sólo consideró las barriadas ocupadas hasta octubre de 1960, daba cuenta de un número un poco mayor: 154 barriadas con 335.919 pobladores. Debido a que las diferencias son reducidas optamos por trabajar con los datos del Censo.

tantes de los tugurios, el Artículo 27 abría la posibilidad no sólo de dejar de pagar los alquileres sino de quedarse con la propiedad que ocupaban, conservando las ventajas de localización. Prontamente la Ley dio lugar a acciones colectivas como la huelga de alquileres y nuevas invasiones.⁴ La CNV hubo de acelerar el proceso de identificación y reconocimiento de las barriadas para determinar cuáles resultarían calificadas como “barrios marginales” y cuáles no (Collier, 1978; Riofrío, 1991). Aquellas familias excluidas de los tugurios pasaron a formar parte de las listas de espera para ocupar las UPIS que debían crearse.

Las invasiones tempranamente justificaron el temor de instituciones como la CRAY, en el sentido que la población sin vivienda invadiría tierras a la espera de su reconocimiento posterior a los plazos establecidos por la Ley 13517. Por esta razón, la Junta Militar de Gobierno (1962-1963) endureció su posición frente a las invasiones nuevas, aplicando desalojos violentos al amparo del Artículo 2 de la Ley 13517 y expidiendo la Ley 14495 (27.05.63). Esta última, señalaba que: “habiéndose incrementado la realización de invasiones sobre terrenos de propiedad privada y pública, organizadas y dirigidas en forma colectiva, debe reprimirse a quienes la organicen y dirijan en resguardo de la propiedad y el orden público” (ONPU, 1967). La ley, que iniciaría una larga tradición jurídica de prohibir nuevas invasiones, calificaba como sujetos a “acto delictuoso” a quienes incurrieran en situaciones de “peligrosidad”. En particular, anulaba cualquier título otorgado a barrios marginales que contravinieran los Artículos 7, 9 y 11 de la Ley 13517; imponía desalojo y enjuiciamiento y calificaba el acto como delito de usurpación, según el Artículo 257 del Código Penal, y contra la tranquilidad pública, según el Artículo 283 del mismo Código. Además, calificaba como delito de defraudación a quienes vendieran, directa o indirectamente, la adquisición de derechos sobre lotes de tierras en barrios marginales o UPIS. Legalmente, buscaba poner freno al desarrollo de eventuales “urbanizaciones piratas” que surgían en otras ciudades de América Latina.

La aplicación de la Ley 13517 en su dimensión integral fracasó, porque no existió voluntad política del Estado peruano para destinar los

4 No existe un estudio sobre la huelga de alquileres de 1961. Las menciones a ella figuran en los informes que la Junta Nacional de la Vivienda realizó a principios de los sesenta, al efectuar el reconocimiento de los barrios marginales.

recursos económicos necesarios, y la población no contó con los recursos requeridos para su aporte⁵. Estas limitaciones también se revelaron en la política de construcción de las UPIS. En 1962, durante el último año de gobierno de Prado, la CNV había recibido apoyo financiero y político para impulsar tres grandes programas (Condevilla, Valdiviezo y Tahuantinsuyo), los cuales llegarían a cobijar aproximadamente a veinte mil habitantes (Collier, 1978). Se trató de unos 765 mil dólares americanos, que serían complementados con préstamos por US\$ 4 millones del Banco Interamericano de Desarrollo (BID)⁶ (Harris, 1963). Adicionalmente, nuevas UPIS, concebidas como proyectos de núcleo básico con servicios, fueron proyectadas en terrenos ubicados en Pamplona, Pampa de Cueva, El Ermitaño, Caja de Agua-Chacarilla de Otero y Collique. Sobre la base de la información de Osterling (1981), hemos estimado que estos proyectos cubrían un área de 542.4 hectáreas, con 15.667 lotes al servicio de 77.834 habitantes. La ubicación de los proyectos seguía, a grandes rasgos, las tendencias de ubicación que imponía el mercado formal de tierras que retenía las áreas mejor ubicadas. La razón era simple: el Estado buscaba tierra barata para las UPIS y ésta se encontraba bien en áreas agrícolas cercanas a barriadas ya existentes, o en los eriazos públicos. Por ello, las UPIS se ubicaban en San Martín de Porres, por entonces la mayor concentración barrial, y 10 que hoy constituyen los distritos de San Juan de Miraflores, San Juan de Lurigancho e Independencia.

El primer gobierno de Fernando Belaunde (1963-1968) pronto reveló que no tuvo ni los recursos ni la voluntad para una inversión de la naturaleza estimada. La aplicación de la Ley 13517 perdió actualidad. La inversión pública en vivienda se canalizó para grandes conjuntos habitacionales para clase media y evidenció resistencias a invertir en las barria-

5 Recordemos que la implementación del Plan de Vivienda Decenal ~1961 • 1972 representaba un desembolso de 797 millones de dólares para construir casi 800 mil nuevas viviendas y rehabilitar otras 340 mil en barriadas y tugurios (Harris, 1963). En el caso de la vivienda popular se requería una inversión de 8.4 millones de dólares por año siendo que dicho monto superaba en 10 veces el dinero adjudicado en 1962 a la CNV. La instalación de los servicios representaba un costo de US\$ 245 por lote, siendo que ello representaba el 59% del total de ingresos anuales promedio de los habitantes. Considerando 159 barriadas con 413 mil habitantes ello hubiera representado una inversión popular del orden de US\$ 20.237.000.

6 Adicionalmente, aunque para apoyo del sistema mutual la Agencia Interamericana de Desarrollo (AID) prestó US\$ 7.500.000 para el Banco Nacional de la Vivienda comprometiéndose al gobierno peruano a una contraparte similar.

das. El 91% de los 2.646 millones de soles invertidos se destinaron a programas de vivienda de clase media (Valladares y Ventocilla, 1975). Esto es, la JNV invirtió en barrios marginales y UPIS unos 291 millones de soles. Incluso, en 1967 la JNV vio reducirse en un 10% su presupuesto. Así lo señala Collier:

Durante el gobierno de Belaunde, las más importantes inversiones en viviendas tuvieron muy poca relación con las necesidades de los sectores populares. En cambio, se privilegió hermosos proyectos para familias de clase media y media alta. En parte, esta preferencia puede ser atribuida a la naturaleza de la base de apoyo político de Belaunde que más procedía de las clases media y media-alta que de los sectores populares. Es digno de mencionarse que algunos de los habitantes de los tugurios, erradicados para hacer posible la construcción del más notable de estos proyectos —San Felipe— fueron reubicados en barriadas... (Collier 1978: 100).

Belaunde consideraba a las barriadas como soluciones urbanísticas inadecuadas.⁷ Por su parte, el abandono práctico de la Ley 13517 generó desazón en urbanistas que consideraban a la barriada como parte de una concepción evolutiva de la vivienda, y cuestionaban el regreso al enfoque tradicional de construir casas y buscar quien las compre (Valladares y Ventocilla, 1975). Sin embargo, junto a la convocatoria para elegir a las autoridades municipales, Belaunde desplegó un esfuerzo descentralista por trasladar la responsabilidad del desarrollo urbano de las barriadas al fuero municipal. Prado había creado los distritos de Comas (1961) y Villa María del Triunfo (1961), el gobierno de Belaunde creó Independencia (1964), San Juan de Miraflores (1965), El Agustino (1965) y San Juan de Lurigancho (1967). A éstos se les empezaría a transferir la potestad de otorgar los títulos de propiedad y la titularidad de los terrenos públicos para un eventual desarrollo de programas de vivienda, política que sería cortada por el golpe militar de octubre de 1968.

El gobierno de Belaunde continuó las UPIS programadas durante el gobierno de Prado, tales como Condevilla, Valdivieso y Tahuantinsuyo al norte, Ciudad de Dios al Sur y Caja de Agua Chacarilla de Otero al Este,

7 En 1995, en la presentación del libro de A. Zapata *El joven Belaunde*, el ex presidente Belaunde, allí presente, ratificó estos conceptos.

en el hoy distrito de San Juan de Lurigancho. Sin embargo, pronto esta alternativa mostró severas limitaciones por los escasos recursos públicos y los reducidos ingresos de la población (recuadro 6.1*).

Recuadro 6.1. El caso de la UPIS Caja de Agua

Por ejemplo Caja de Agua-Chacarilla de Otero, proyectada en 1961, fue ejecutada y ocupada en 1966 y 1967. Consistió en 2.700 núcleos básicos con servicios para lo cual se expropió la hacienda Otero y se recurrió a préstamos del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Esta UPIS más que albergar a población nueva, acogió a los pobladores desalojados de las barriadas Cantagallo, cuya ubicación obstruía la construcción de la vía de evitamiento de la ciudad. Sus habitantes fueron trasladados masivamente a la UPIS, llevándose incluso las imágenes y las campanas de su capilla, pero no todos los beneficiados pudieron cumplir con los requisitos económicos exigidos (Poloni, 1987). Unas 103 familias quedaron al margen y fueron reubicadas en Collique y Canto Chico hacia 1964, acontecimiento que es importante pues representa uno de los primeros pasos del gobierno de Belaunde por promover solapadamente nuevas barriadas, tal como en 1970 lo expresó el Ministerio de Vivienda.

"Los descalificados... fueron llevados a Collique donde se les señaló un área y se les dieron esteras para que construyeran sus viviendas. Muchas de estas familias dejaron dichos lotes yéndose a vivir a diversos lugares de la ciudad. Este hecho de traslado masivo fue el inicio de la invasión de Collique. Otras familias fueron erradicadas a Canto Chico en una operación similar" (MVC, 1973: 49).

De modo que las UPIS pronto fueron olvidadas y los terrenos reservados para tal fin terminarían siendo invadidos, tal como ocurrió en el distrito de Independencia. Entre 1963 y 1968, la labor de la JNV fue limitada y no pudo evitar la formación de nuevas barriadas. Según el Censo de Barriadas de 1963, realizado por la JNV, había 154 barriadas comprendidas en los alcances de la Ley 13517; unas 59 consideradas como UPIS; y, además, 56 formadas por nuevas invasiones. Alrededor de un 20% de las barriadas existentes en 1963 se habían constituido con posterioridad a la ley. Se asentaban en el casco urbano (24), Cono Sur (15) y Cono Norte

* [N.E]. Se mantiene la numeración de los cuadros del documento original.

(11), incluyendo aquí la gran barriada de Collique (Negromonte, 1968). El surgimiento de 24 barriadas al interior del casco urbano sólo cabe ser explicado como efecto de la demanda de reconocimiento por habitantes de los tugurios, en su modalidad de corralón, muy parecida a las barriadas internas.

Según la información actualizada a mediados de los ochenta (Meneses, 1998), entre octubre de 1960 y 1968 se formaron 111 nuevas barriadas. La mayor parte de ellas sobre tierras de propiedad pública (81), continuando la tendencia establecida desde los cincuenta bajo el gobierno de Manuel Odría (1948-1956); y unas 29 sobre tierras de propiedad privada. En las ocupaciones de tierra pública primó tanto el mecanismo de las invasiones (30 casos) como el de las ocupaciones graduales (30 casos), y, en menor grado, el de reubicación (10). En las ocupaciones sobre tierras privadas, 10 se originaron a partir de relaciones de alquiler, ocho fueron invadidas, dos ocupadas gradualmente y dos por reubicación.

Si bien la modalidad predominante continuaba siendo la invasión (39%), su peso proporcional bajó con relación al período anterior a la Ley 13517 (en que llegó al 45%), seguido por la ocupación gradual (29%) y la reubicación (11%). Es importante notar el peso que van adquiriendo las reubicaciones por el sector público, que pasan de 3% a 11%, pues muestra la acción disimulada del sector público en la formación de barriadas.

Entre las barriadas más grandes formadas en este período se tiene 7 de Octubre, invadida en 1962 en El Agustino, que recibió difusión por los medios periodísticos que levantaron la figura de uno de sus líderes, apodado "Poncho negro". La invasión fue reprimida sucesivas veces, sus dirigentes detenidos, juzgados y condenados a prisión y, de hecho, nunca sería reconocida por la JNV por estos años (Calderón, 1980). También debe considerarse a Collique, en el distrito de Comas, ocupada en 1964, en parte como producto de la reubicación de Cantagallo.

En cuanto a las barriadas existentes antes de 1960, la JNV consideró que sólo sería posible regularizar un 47% de las existentes. La falla en la aplicación de la Ley 13517 tuvo consecuencias urbanísticas, jurídicas y sociales.

En términos urbanísticos, el Estado dejó de promover un crecimiento ordenado de la ciudad. Al fracaso de la política de las UPIS continuó

el incremento de las invasiones. La Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo (ONPU), a pedido del Plan de Desarrollo Metropolitano (PLANDEMET), entre 1967-1968 se abocó a detectar terrenos públicos hacia donde orientar el crecimiento barrial: Valle del Chillón medio, Valle del Chillón bajo, las pampas de Canto Grande (que en 1976 daría lugar a "Huáscar") y las pampas de Tablada de Lurín, que en 1971 daría lugar a la formación de Villa El Salvador (Ramaciotti, 1968). El Estado terminó promoviendo, disimuladamente, barriadas. Según el PLANDEMET se hubiera requerido, en dicho período, construir 900 mil viviendas, incluyendo nuevas y las que demandaba la renovación de los tugurios. Esto es, 125 mil viviendas anuales con una inversión total de 34 mil millones de soles, el equivalente al Presupuesto de la República entre 1965 y 1966. Ello hubiera supuesto destinar, en promedio, un 7.5% del presupuesto público para vivienda y sólo se destinó el 1.5% (500 millones de soles anuales). En 18 años, el Estado sólo había construido 31 mil viviendas, el mismo número que se requería sólo para el año 1968 (Deler, 1975).

En términos jurídicos, el fracaso reveló las limitaciones de la pretensión ilusoria de la ley por modificar la realidad. Arrastró consigo, además, el riesgo de generar una mayor falta de respeto a la ley por parte de los pobres, los cuales, al intentar satisfacer sus necesidades de suelo y vivienda, tenían que desconocer las medidas prohibitivas establecidas por el marco jurídico en curso (Manaster, 1968; Chirinos, 1983). Se desprende aquí dos asuntos capitales: de un lado, la inconsistencia del Estado en cumplir lo ofrecido a través de sus propias leyes y, del otro, sus consecuencias en las prácticas sociales de los pobladores, que apuntan a una débil cultura jurídica y sus efectos en la formación de la ciudadanía.

En términos sociales, según la célebre frase de David Collier (1978), la JNV llegó a ser odiada por los pobladores de las barriadas.⁸ La JNV no destinó los recursos requeridos ni regularizó los barrios.

En términos espaciales, entre 1961-1968 las barriadas se distribuyeron mayormente en la periferia de la ciudad, continuando la ocupación del Cono Norte con 25 barrios. El distrito de Independencia (1964) superó en formación de barriadas al de Comas (1961): 17 barriadas (15%), inclu-

8 Dicho investigador norteamericano realizó su trabajo de campo en Lima entre 1967 y 1968, por lo que el empleo de la palabra odio debe de ser literal.

yendo Pampa de Cueva (1960), El Ermitaño (1962), El Volante, Fundo Aliaga, El Ángel, entre otras. En Comas se formaron sólo ocho barriadas, incluyendo a Collique (1964) y Año Nuevo (1967). Debe destacarse que Independencia está más próximo al centro de la ciudad que Comas, por lo cual los invasores ocuparon un área intermedia entre Comas y Lima. En el Cono Sur se formaron 11 barriadas, menos de la mitad de las constituidas en el Cono Norte, incluyendo tres en Chorrillos (como Villa Venturo, 1964) y Pamplona Baja (1962), como reubicación pública, Pamplona Alta (1964) frente a la urbanización San Juan, y los tres sectores de Pachacútec (1968), a las puertas de lo que luego sería Villa El Salvador (1971). En el cono Este, de incipiente ocupación por entonces, la mayor parte de las barriadas se formaron en San Juan de Lurigancho con tolerancia pública como producto de la reubicación de Cantagallo, encontrándose allí a Canto Chico, Providencia y Sagrado Madero. En lo que puede considerarse hoy el Área Central de Lima, el distrito de El Agustino contribuyó con el 8% de las barriadas formadas, Callao con el 13,5% y Lima con el 9%, es decir, un 30,5% de las barriadas formadas.

El Estado promotor institucional de las barriadas (1968-1980)

A diferencia de su predecesor, el régimen militar “revolucionario” asumió a conciencia su rol de promotor institucional de barriadas, que por decisión oficial pasaron a denominarse “pueblos jóvenes”. Hacia mediados de la década de 1960 John Turner y William Mangin habían iniciado un importante debate urbanístico, cuestionando la política de vivienda construida que dejaba de lado los aspectos positivos que ellos veían en las barriadas y en la autoayuda como solución al problema de la vivienda popular (Mangin y Turner, 1978). En 1968, un seguidor de ellos, comparando la dinámica entre los tugurios y las barriadas internas con aquellas ubicadas en la periferia, sugirió que el Estado se convirtiera en un *promotor institucional* de barriadas y que su nombre se cambiara por el de pueblos jóvenes (Delgado, 1974). Delgado llegaría, con el gobierno militar (1968-1975), a ocupar altos cargos en la administración pública. Desde allí, se impulsaría la política de pueblos jóvenes y autogestión. Para él, el Estado debía abandonar su noción paternalista y convertirse en un

promotor institucional que aportara espacio residencial, propiedad legal y que estimulara la participación de la población mediante la asistencia técnica, así como programas de tierra y servicios, instalados previamente a la ocupación humana.

Sobre esa base, el gobierno militar estableció una Política Nacional de Integración de Pueblos Jóvenes que marchó paralela a la del apoyo a los sectores medios mediante el sistema mutual. Esta política implicó la reorganización de las Asociaciones de Pobladores y su reemplazo por las Organizaciones Vecinales, la entrega de títulos de propiedad y el establecimiento del Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (1971) como órgano centralizado de las demandas bajo un esquema corporativista (Stepan, 1978; Henry, 1978). Para el desarrollo de esta política fue necesario un subrepticio legal: el D.S. 105-68-FO del Ministerio de Fomento y Obras Públicas, que estableció la necesidad que el Estado estudie y tome las decisiones inmediatas y de largo alcance respecto a los pueblos jóvenes existentes y de aquellos “que se formen de conformidad con las reglamentaciones pertinentes”. Al ser ratificado con rango de ley, el Decreto Supremo establecía una contradicción conceptual con el Artículo 2 de la Ley 13517 que prohibía nuevas invasiones pero, a la vez, se convertía en la fórmula que permitiría declaraciones posteriores de pueblos jóvenes (Rivera, 1981). Se trató del primer dispositivo que inauguró otra importante rama de la legislación urbana, aquella que da pie a la “amnistía” a los invasores.

En 1970 el Organismo Nacional de Desarrollo de Pueblos Jóvenes (ONDEPJOV), creado en 1968 en sustitución de la JNV, efectuó el tercer censo de barriadas. La población barrial en Lima se había multiplicado por 2.4 con relación a 1961: unos 761.765 habitantes. Durante los años 1961 y 1968 su población se había incrementado en 445.345 nuevos habitantes, es decir, casi medio millón más de personas. San Martín de Porres continuaba siendo el distrito más poblado por barriadas, pero ahora abarcando sólo el 12% de la población (a diferencia del 25%, de 1961). El Cono Norte (Comas, Independencia y Carabayllo) se había vuelto sólido (con 28,4%), seguido del Cono Sur (con el 19%). Mientras tanto, las barriadas del área central habían perdido peso: Lima-Breña (7%), El Agustino (9%) y Rímac (5%). El Cono Este, integrado aquí por San Juan de Lurigancho y Lurigancho sólo cobijaba al 4% de la población.

La tendencia a la ocupación por las barriadas de arenales y tierras no productivas en la periferia de Lima, sería afirmada a partir de 1971 con la política de los “bolsones”, especialmente con la formación de Villa El Salvador, continuada luego con Huáscar en las Pampas de Canto Grande, en 1976, y complementada, en 1978, con Fundo Márquez en el Callao.

Sin embargo, los procesos sociales reales que dieron lugar a los “bolsones barriales” distaron mucho de mostrar una imagen de planificación y orden. Villa El Salvador, por ejemplo, no se originó de acuerdo a una política establecida. Por el contrario, la invasión, en mayo de 1971, por 200 familias de un terreno ubicado en Pamplona (San Juan de Miraflores), fue una acción destinada a constituir una Asociación de Vivienda y negociar sus cartas. Pero pronto se unieron otros invasores, estimulados por la propia difusión de la noticia, hasta alcanzar nueve mil personas. El problema no era que se hubiera invadido un cerro, sino que dicho cerro miraba, y era mirado, desde las haciendas que se urbanizaban en el distrito de Santiago de Surco al servicio de los sectores de medios y altos ingresos. Ello atentaba contra los negocios de las urbanizadoras que eran respaldados por la “otra cara” de la política de vivienda (Zapata, 1996). El terreno constituía una frontera que conectaba dos espacios sociales destinados a la segregación más extrema. De modo que urbanizadoras como Las Gardenias, Vista Alegre, San Roque y Loyola presionaron por los desalojos, atemorizados además por los vientos reformistas del régimen. Tras varios intentos de desalojo, en una de cuyas batallas murió el poblador Edilberto Ramos, se produjo la negociación y luego de cuatro meses los pobladores fueron a parar a la Tablada de Lurín.

Se creó así la mundialmente famosa barriada de Villa El Salvador, denominada Comunidad Urbana Autogestionaria. La planificación realmente comenzó cuando el Estado programó 50 mil lotes en unas 2,900 hectáreas y estableció una división funcional sobre los espacios mediante un diseño novedoso.⁹ En 1973 Villa El Salvador contaba con aproximadamente 100 mil habitantes, la barriada más grande del país que consolidaría, entonces, la ocupación del cono Sur de la ciudad que terminaría superando la importancia que tenía el cono Norte. Recuérdese que la Urbanización Perú, la barriada más grande de Lima, catorce años antes, en 1957, contaba con tan sólo nueve mil habitantes.

236 ⁹ No corresponde aquí entrar en detalles sobre la historia de Villa El Salvador, abundantemente estudiada. Se puede consultar: Riofrio, 1986; Burga y Delpech, 1988; Tuesta, 1989 y Zapata, 1996.

La UPIS Huáscar-Canto Grande tampoco tuvo un origen planificado. En enero de 1976 alrededor de 220 familias, excedentes de los habitantes de la UPIS Caja de Agua, ocuparon un terreno abandonado cercano al Puente Huáscar, entre la vía de circunvalación y el río Rímac. Diez años después, Caja de Agua había generado sus excedentes, que invadían otras tierras, marcando el futuro patrón de reproducción de las barriadas por obra de una segunda generación de invasores. En dos semanas había poco menos de cinco mil invasores que provenían de distritos aledaños (San Juan de Lurigancho, Rímac, San Martín de Porres, centro). El Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (SINAMOS) negoció con los invasores y los reubicó en las Pampas de Canto Grande, formando la denominada UPIS Huáscar (Riofrío, 1986). Así, sobre 2.300 hectáreas se constituyó la denominada UPIS Huáscar. El término UPIS debe considerarse un eufemismo explicable como una reminiscencia de las épocas de la Ley 13517 y, tal vez, porque sus ocupantes originales venían de otra UPIS. En realidad se trató de un proyecto de lotes rizados y sin servicios, e incluso sin las pretensiones que había tenido Villa El Salvador. Los tiempos políticos habían cambiado y, a diferencia de Velasco (1968-1975), el régimen de Morales Bermúdez (1976-1980), acosado por diversas presiones, buscaba dejar el poder no sin antes desbaratar las medidas reformistas de su antecesor.

Recordemos que esta operación fue posible porque, en 1972, el D.L. 19955 había determinado que eran sujeto de expropiación los terrenos eriazos en concesión sobre los que no se hubieran ejecutado obras de habilitación urbana, trastocando su uso en función social. Bajo ese fundamento, en 1973, el Estado recuperó aproximadamente 1.500 hectáreas de eriazos que habían estado “en concesión” a un grupo urbanizador que operaba en Canto Grande (Calderón, 1984). Tal reversión de tierra permitió al gobierno instalar allí al bolsón barrial de Huáscar, medida que afectó los intereses de grupos urbanizadores que operaban bajo la figura de concesiones mineras y que, de acuerdo al Código de Minería, podían urbanizarlas tras la realización de obras de habilitación. En 1975, el D.L. 21067 (07.01.75), conocido como la Ley Orgánica del Ministerio de Vivienda y Construcción, otorgó a esta entidad la competencia para proceder a la habilitación de tierras, especialmente las eriazas.

Los bolsones de barriadas tenían un endeble sustento jurídico. Por ello, en octubre de 1977 una directiva del SINAMOS (037-J-77) incorporó a la legislación un tipo de asentamiento que no había sido contemplado en los considerandos de la Ley 13517: las Habilitaciones Progresivas. Esta figura sirvió para trasladar a pueblos jóvenes calificados como no permanentes, o a la población excedente de otros remodelados, a zonas reservadas para tales fines por el Ministerio de Vivienda, añadiéndose “de conformidad al Artículo 16 de la Ley 13517”. Esta directiva brindaba cobertura legal, aunque posterior a Villa El Salvador y Huáscar (Rivera, 1981).

Finalmente, en enero de 1978 un grupo de familias allegadas al “Proceso Revolucionario de la Fuerza Armada” invadió una parte del terreno del Pueblo Joven Todos Unidos en el Callao y, rápidamente, como había ocurrido en las anteriores ocasiones, los invasores llegaron a ser tres mil personas. También los invasores provenían de zonas aledañas (Reynoso, Carmen de la Legua, San Martín de Porres y Dulanto). Se trataba de familias jóvenes que antes habitaban en condición de alojados (72%), inquilinos (25%) y desalojados (3%). Tras luchas y detenciones, se inició la negociación y tras descartar los pobladores ir a Pampa de los Perros, en Ventanilla, unas dos mil familias fueron reubicadas en un terreno público a 17 kilómetros cercano a la Refinería de la Pampilla, creando el Pueblo Joven Fundo Márquez (Zolezzi y Calderón, 1985).

Esta apretada revisión de los procesos de ocupación de los “bolsones barriales” muestra algunas constantes: i) ninguna invasión permaneció en el lugar originalmente ocupado que era de mayor valor económico, sino que más bien se negoció su traslado; ii) ya se había constituido una segunda generación, los hijos de los pioneros de las barriadas de los años 50 y 60, que presionaba al Estado por espacio; iii) el Estado reaccionó a las iniciativas de los pobladores y nunca adelantó programas de acceso ordenado al suelo. Por tanto, los “bolsones” combinaron la iniciativa popular y la respuesta de ocasión del gobierno. No puede afirmarse que se trató de un acto administrativo de distribución de lotes¹⁰, sino más bien

10 La distribución administrativa de lotes, como ocurre en algunas ciudades africanas, no se aplica para definir estos casos pues la iniciativa popular fue importante. Distinto será el caso de algunos Programas de Habitación Municipal de los años ochenta en Lima.

de procesos que a partir de medidas de presión, como las invasiones, dieron lugar a la reubicación por parte del sector público.

Otras formas de acceso al suelo por las barriadas en estos años se muestran en el recuadro 6.2.

Recuadro 6.2. Otras formas de ocupación del espacio por las barriadas

Un conjunto de invasiones de tinte radical cuya resistencia, incluso política al modelo corporativo del régimen militar, les permitió permanecer en el lugar. El primero de octubre de 1972 unas mil familias, influidas por partidos de izquierda maoista, invadieron la ladrillera Conde de la Vega, tierra vacante de alto valor en la zona industrial camino al Callao. Se denominaron a sí mismos El Rescate, según sus pobladores: "porque estábamos recuperando algo que los gamonales habían expropiado: las tierras de los antiguos peruanos. Por tanto, nos pertenecen legítimamente" (Pobladores 1997). Dicha expresión refiere a un complejo proceso de identificación social por parte de una segunda generación, instruida, de pobladores de barriadas. A pesar de una abierta pugna con los propietarios privados (Poppe, Larraín y Madueño), así como con el SINAMOS, la población permaneció en los terrenos contando con apoyo sindical y de profesionales progresistas. En la línea de estas ocupaciones entre septiembre de 1972 y enero de 1973, se fundaron El Montón, Chacra Puente, Playa Ríñac y Gambetta (MAP, 1979). Estas acciones no fueron del agrado del gobierno militar. En respuesta, el 26 de junio de 1973 se expidió el D.L. 20066 que, nuevamente, prohibió las invasiones y estableció que sus promotores podrían ser acusados de delito de usurpación. El mensaje gubernamental no podía ser más claro: no se toleraría invasiones allí donde los pobres deseen. En todo caso, el Estado negociaría y crearía "bolsones", ordenando el proceso de ocupación del espacio. El Estado definía así un "orden" que, al establecerse, guiaba el conjunto de procesos que moldeaban la nueva estructura urbana de Lima.

Otro modo de crecimiento y formación de barriadas fue por la reubicación a que dieron lugar los procesos de remodelación de barriadas antiguas que generaban excedentes. El gobierno de Velasco asumió los costos de las remodelaciones de las antiguas barriadas. Dichas operaciones generaban una población excedente que debía ser reubicada en otros terrenos, para cuyos efectos el gobierno empleó las nuevas leyes de expropiación expedidas en 1968 y 1969. Fue el caso de Ciudadela Chalaca en el Callao que, formada en 1940, fue remodelada en 1973 reubicándose a 400 familias excedentes en la "Urbanización Popular" Dulanto (Lobo, 1984). Este proceso adquiriría características notorias en el caso del distrito de El Agustino, con la formación de Perales, Nochetto, Huáscar, Villahermosa y Héroes del Pacífico, sobre terrenos de propiedad privada que fueron expropiados para tal fin (Calderón, 1980).

Para diciembre de 1974, la población de las barriadas en Lima había superado la barrera del millón de personas (1.086.266 habitantes), ubicados en 371 pueblos jóvenes reconocidos y distribuidos en 184.234 lotes. El 40% de la población se asentaba en el cono Sur, 27% en el cono Norte, 18%

en el cono Este y 14% en la zona Oeste-Centro (SINAMOS, 1974). De modo que el cono Sur había superado al cono Norte: 428.479 pobladores frente a 289.001. En 1979, el MVC estimaba 362 asentamientos, un poco menos que los localizados por SINAMOS, lo que podría significar que algunos barrios antiguos ya no eran considerados como barriadas, pero la población había pasado a representar 1.458.181 habitantes, es decir, 400 mil más que en 1974 (Sánchez León y Calderón, 1980:165). Entre 1970 y 1979, bajo un Estado autodenominado promotor institucional de los pueblos jóvenes, se había conseguido que unos 1.141.761 habitantes se localizaran allí. Fue el modo en que la ciudad canalizó, especialmente, su crecimiento poblacional de 5.5 entre 1961 y 1972, superando largamente a los tugurios como modalidad de la ciudad ilegal.

En cuanto al tipo de propiedad de la tierra ocupada, Meneses (1998) muestra que para 1968-1980 se habían constituido 188 barriadas nuevas: 140 (74%) sobre tierras de propiedad pública y 40 (21%) en tierras de propiedad privada¹¹. La política de los bolsones había disminuido más aún la tendencia a la ocupación de tierras privadas. En cuanto a las modalidades de ocupación 74 (39%) se generaron por invasión, 61 (32%) por ocupación gradual, 32 (17%) por reubicación pública y sólo 7 (4%) surgidas a partir de relaciones de alquiler. Nuevamente se observa el incremento de las barriadas constituidas por reubicación, que suben del 11%, de 1968, al 17%, a julio de 1980. Pero, a estas alturas, esta información resulta relativa por la importancia que en términos de población asumen los "bolsones barriales". Sólo dos barriadas –Villa El Salvador y Huáscar– sumaban alrededor de 150 mil habitantes sobre aproximadamente unas 5.200 hectáreas para uso residencial.

Entre 1972 y 1981 Lima había incorporado 10.426 nuevas hectáreas, un 30% de la superficie configurada hacia 1972. Dos bolsones –Villa El Salvador y Huáscar– aportaban el 50% de ese crecimiento. La población de la ciudad había pasado de 3.302.523 a 4.608.100 habitantes. De un total de 44.498 hectáreas las barriadas ocupaban, aproximadamente, unas 8.158 hectáreas hacia 1978, un 24% de la superficie metropolitana siendo que a 1961 ocupaban sólo el 8% (Allou, 1989). En otras palabras, a

11 La información consignada por Meneses (1998) no se corresponde con la información que se presentará en la tabla 1, puesto que allí figuran sólo los barrios que, en su momento, eran oficialmente reconocidos.

1978 las barriadas ocupaban un espacio cinco veces mayor que las 1.696 hectáreas ocupadas a 1961. Sus habitantes habían pasado del 17%, en 1961, al 32%, en 1981, de la población metropolitana total (ver tabla 1). El Censo de 1981 mostraría que en Lima existían 1.459.865 habitantes en barriadas, cifra cercana al estimado del MVC a 1979. En 11 años la población barrial se había duplicado respecto al censo de pueblos jóvenes de 1970; la cual, a su vez, se había más que duplicado respecto a la de 1961¹².

Tabla 1. Número de barriadas y población por años en Lima¹³

Período	Barriadas	Barriadas Acumulado	Población	% En Lima	Hab/Barriada
1956	56	56	119.140	10	2127,5
1959	131	187	236.716	14	1265,8
1961	s.i.	s.i.	316.426	17	s.i.
1970	50	237	761.755	25	3214
1976	82	319	1.113.000	27	3489
1981	89	408	1.329.600	28,8	3258,8
1984	190	598	1.617.786	32,2	2705,3
1993	549	1147	2.188.415	34,4	1907,9
1998	833	1980	2.623.000	38	1324,7

Fuente: INEI, 1997; Driant, 1991; Sánchez León y Calderón, 1980; *El Comercio* 07-07-98.

Municipalización de las barriadas (1980-1990)

Gracias a elecciones generales, Fernando Belaunde volvió al gobierno sustituyendo, irónicamente, a aquellos que lo habían desalojado del poder

12 Entre agosto de 1980 y 1983, según Meneses (1998), se constituyeron 81 nuevas barriadas, 71 (88%) en tierras públicas y sólo cinco en tierras de propiedad privada. Predominó la invasión con 60 casos (74%), seguido de la ocupación (11%) y la reubicación pública.

13 La tabla ha sido simplificada no consignándose toda la información disponible. Por ejemplo, los resultados de los censos de barriadas de 1963 y el Censo de Población y Vivienda de 1972 que fue mal formulado, no han sido tomados en cuenta.

en 1968. Para entonces, la discusión sobre si correspondía al gobierno resolver los problemas populares de la vivienda mediante barriadas o unidades habitacionales construidas formaba parte de un pasado ya remoto para las elites.

El gobierno del General Morales había dejado dos importantes dispositivos legales: la creación del Fondo Nacional de la Vivienda (D.L. 22951 de julio de 1979), el cual hacia mediados de los ochenta se utilizaría también para la provisión de servicios en los pueblos jóvenes; y el D.L. 22612 (25.07.79), que retiraba la condición de pueblos jóvenes a aquellos barrios cuyos planos de lotización hubieran sido inscritos en los Registros Públicos, lo cual permitiría la entrega de los títulos definitivos de propiedad bajo las condiciones estipuladas por la Ley 13517. Este dispositivo establecía la municipalización de la atención de las barriadas, ratificada por el régimen belaudista mediante el D.L. 051 (marzo de 1981) y la Ley Orgánica de Municipalidades (Ley 23853), de marzo de 1984. En consecuencia, la provisión de servicios urbanos, la entrega de los títulos de propiedad, los planes de desarrollo y el control del uso del suelo pasaron a control municipal. Se retomaba así el camino de la descentralización del Estado, frenada por el régimen militar precedente.

En términos espaciales, entre 1972 y 1981 se había consolidado el cono Sur con Villa El Salvador, e iniciado la expansión en el cono Este con Huáscar-Canto Grande que, juntamente con el cono Norte, configuraban un triángulo isósceles extendido que hoy cuenta la ciudad. El distrito más poblado era Villa María del Triunfo, con 292.714 habitantes (que incluía Villa El Salvador), secundado de Comas, con 164.492, y luego San Martín de Porres, con 147.591. Seguía luego el Callao, con 106 mil, e Independencia, con 104 mil (Driant, 1991:69).

Los mecanismos internos de producción y reproducción de la ciudad popular se habían modificado. Ya no se trataba, como en los años sesenta, de un movimiento de excedentes de los tugurios que se dirigían a las barriadas, sino de un movimiento que iba de la barriada a la barriada. Parte significativa de la masa invasora seguía huyendo de los alquileres, pero ya no de los que pagaban en los tugurios, sino de los que se pagaban en otras barriadas, lo cual revelaba la existencia de un mercado ilegal de alquileres (Zolezzi y Calderón, 1985; Riofrío y Driant, 1987). Esta segunda generación de invasores permitía constatar que, a pesar de los

defensores de la barriada, esta modalidad de asentamiento era incapaz de acompañar su crecimiento vegetativo.

Un estudio sobre las invasiones entre 1978 y 1983 mostraba algunas características particulares de las nuevas invasiones: un proceso de relleno de áreas ubicadas al interior de las barriadas existentes, o en sus fronteras. Es decir, se empezaban a ocupar áreas reservadas como zonas de equipamiento, como fue el caso de las “ampliaciones” de Villa El Salvador. Los nuevos invasores eran familias jóvenes que provenían, en un 95 por 100, de otros pueblos jóvenes, en los que habitaban en condición de alojadas (53%) o como inquilinas (37%) (Arnillas, 1983). Primaba en la acción de los pobladores el deseo de ubicarse en la cercanía de las barriadas que se encontraban consolidándose, lo cual les permitiría mantener las redes sociales preexistentes y alimentar la pronta esperanza en una dotación de los servicios básicos.

Sin embargo, la Municipalidad Metropolitana de Lima (MML), entre 1981-1983, se ocupó más de otorgar títulos de propiedad a los invasores reconocidos que de promover programas de acceso ordenado al suelo. En cambio, entre 1984-1986 se llevó a cabo un importante y aislado esfuerzo por enfrentar el problema desde sus causas. La administración municipal de la Izquierda Unida (IU) había planteado una política de democratización del suelo, bajo un diagnóstico que atribuía a los grandes propietarios de tierras el encarecimiento de la vivienda. Por ello, intentó promover un “banco de tierras” con las propiedades públicas, así como gravar a los propietarios/urbanizadores, beneficiados por las obras públicas, con contribuciones de tierras. No obstante, el marco jurídico resultaba limitado, inexistente el apoyo del gobierno central y políticamente peligroso enfrentarse a los grupos de poder en medio del temor de las elites a una administración de izquierda.

De todos modos, se dio inicio a los Programas Municipales de Vivienda y Habitación Progresiva. Dado que la IU tenía influencia en las dirigencias vecinales, se empadronó a las personas sin vivienda que habitaban en las viejas barriadas, tal como fue la experiencia en los distritos de El Agustino y Ate, para el caso del Programa Huaycán, y del cono Norte, para el caso de Laderas del Chillón. En septiembre de 1984 se fundó Huaycán, en el distrito de Ate, con una ocupación prevista para 20 mil habitantes, sobre 438 hectáreas ubicadas a 17 km al Este de Lima. Si se exceptúa a las UPIS de

los primeros años de los sesenta, se trató de un esquema innovador, pues la municipalidad no esperaba que la invasión ocurriera para iniciar las negociaciones, como había sido la política del gobierno militar (1968-1980), sino que el proceso se adelantaba desde la identificación de los excedentes¹⁴. No obstante, debido al conflicto judicial iniciado por los supuestos propietarios privados (la familia Poppe) hubo de adelantarse una ocupación de facto. Otro proyecto fue Laderas del Chillón, de 223 hectáreas, ubicado en el distrito de Puente Piedra al Norte, para cuyo reclutamiento de excedentes se convocó a las municipalidades distritales. Aquí también se generaron problemas con los propietarios agrícolas de la zona adyacente (familia Nicolini). Otros proyectos fueron Programa Chillón, Pampas de San Juan y el Arenal de San Juan de Lurigancho.

Aunque estos proyectos no pudieron desarrollarse en toda su dimensión, en la práctica se trató de barriadas ordenadas. Su formulación puso en evidencia, una vez más, el poder de los grandes propietarios, en este caso de aquellos que se habían apropiado de terrenos públicos bajo la figura de concesión minera, así como la protección que gozaban por parte del poder judicial. Era claro que, pese a que las tierras agrícolas mejor ubicadas habían sido ya urbanizadas o adjudicadas a sus trabajadores, los grupos de poder iban a disputar palmo a palmo todo espacio en la ciudad, aún si su ubicación fuera periférica (Calderón y Olivera, 1989).

En octubre de 1984, y entrando en contradicción con los esfuerzos descentralistas de la segunda administración del presidente Belaunde, el gobierno central también quiso habilitar las tierras eriazas declarando de interés público y necesidad nacional su utilización mediante la Ley Techo Propio (Tepro), número 23948. Pero ésta no se tradujo en proyectos significativos. Sirva esta referencia para mostrar que la municipalización de la atención de las barriadas no siempre se cumplió a cabalidad. Por el contrario, el historial de las políticas urbanas muestra la permanente intromisión del gobierno central en estos menesteres.

En julio de 1985, el Partido Aprista asumió el gobierno central tras triunfar en la contienda electoral de ese año. Se produjeron masivas invasiones de tierras. A diferencia del patrón predominante, se ocuparon tierras vacantes de propiedad privada muy bien ubicadas, en áreas interme-

días cercanas al aeropuerto, atravesadas por vías de carácter metropolitano y rodeadas por urbanizaciones privadas, todo lo cual otorgaba un alto valor al precio del suelo y había dado pie a su retención especulativa. Se trató de las invasiones a los fundos Bocanegra y Garagay, ubicados en el Callao y Los Olivos. En principio, el grupo invasor original, vinculado al APRA, pensaba constituir una Asociación de Vivienda para luego negociar una reubicación con los propietarios y el gobierno. Sin embargo, rápidamente se incorporaron otros invasores, algunos liderados por sectores de izquierda, y otros simplemente vecinos de la Urbanización Perú que buscaban lucrar con el “segundo lote” (Herrera, comunicación personal, 1997).

El gobierno aprista, tras una inicial represión violenta, expidió el 4 de junio de 1986 la Ley 24513, conocida como la Ley de Titulación. Esta, otorgó una nueva amnistía a los invasores hasta el 14 de abril de 1986. Con ello, extendió los plazos antes fijados, que se limitaban bien hasta 1978 o hasta 1984, siguiendo la contradictoria legislación expedida entre 1983 y 1984 respecto al saneamiento físico y legal. Esta ley continuó la línea de amnistías a los invasores, antes aplicadas en 1961, 1968 y 1977. Con esta disposición se beneficiarían no sólo los invasores de 1985, sino aquellos que habían constituido las “ampliaciones”. La ley estableció la preeminencia del saneamiento de los barrios por encima de los procesos judiciales iniciados por los propietarios afectados. En otras palabras, los trámites judiciales no podrían dar lugar al desalojo de los ocupantes sobre la tierra posesionada. Para ello, se establecía un justiprecio a pagar, según la fecha de ocupación de los terrenos y no al momento de terminar el juicio de expropiación, y se daba la posibilidad que la compensación podría ser con otras tierras. De hecho, hasta hoy –20 años después [al 2006]– los ocupantes permanecen en dichas tierras, mientras que los juicios por pago de monto de expropiación no han sido resueltos.

La amnistía de 1986 resolvió el cuello de botella que representaron las nuevas invasiones de tierras. Lamentablemente, la nueva gestión municipal metropolitana, controlada por el APRA a partir de 1987, abandonó los Programas Municipales de acceso al suelo y dejó manos libres al gobierno central para que promoviera reubicaciones. Fue el caso de la reubicación de la barriada Mi Perú, en Ventanilla, y el Proyecto de Ciudadela Pachacútec (1989) en la misma jurisdicción. Este proyecto trató de ensa-

yar una nueva y curiosa metodología: no se daba tierra a los pobres sino a sectores medios organizados en Asociaciones y Cooperativas de Vivienda. Fue un fracaso: los beneficiados esperaban que el Estado habilitara las tierras antes de ocuparlas, debido a que no estaban dispuestos a asumir el “costo de invasión” (Sarabia, 1992). En 1990 se formó el denominado Programa Municipal Los Olivos de Pro, extensa faja de terreno, en parte propiedad de la urbanizadora del mismo nombre, que cobijó alrededor de 10 mil habitantes y cuya resolución se encuentra en trámite judicial.

Neoliberalismo y Barriadas (1990-2000)

Los gobiernos de Fujimori (1990-1995, 1995-2000) realizaron un importante esfuerzo desregulador de la función pública en vivienda. El sector fue virtualmente desmantelado, esperando que el mercado aportara las soluciones. Entre 1990 y el 2000, el gobierno central, y también las gestiones municipales, se desentendieron de promover programas de acceso ordenado al suelo. Específicamente, la Ciudadela Pachacútec dejó de recibir apoyo del gobierno central en 1992.

Para observar las consecuencias de esta ausencia de política sobre el crecimiento de las barriadas se comparará información oficial proporcionada para 1993 y 1998 por el Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI). En el primer caso, se trata del Censo de Población y Vivienda, el más completo respecto a los asentamientos humanos que existe en el país, y de estimados realizados por el INEI en 1998, tomando en cuenta información proporcionada por las municipalidades. Por tanto, debe ser tomado con la reserva del caso.

El Censo de 1993 registró en Lima 1.147 asentamientos humanos con 2.188.442 habitantes, el 34% de la población total de la ciudad, estimada en 6.434.323 habitantes. En 1998, según el INEI, en Lima existían 1.980 barriadas, que albergaban a 2.623.000 habitantes, el 37% de la población metropolitana. Es decir, entre 1993 y 1998 habían surgido 833 barriadas nuevas, a razón de 208 por año, cobijando a 434.585 habitantes nuevos, a razón de 86.917 por año. Dichos años remiten a un período en que, según el gobierno de entonces, la economía peruana creció a

un 7% anual, lo cual mostraría que el programa económico neoliberal tuvo poco efecto para los asuntos que aquí nos ocupan.

Como consecuencia, en la década de 1990 se produjo un incremento del crecimiento desordenado de la ciudad de Lima. Se reforzaron las tendencias de la expansión física de las barriadas a ocupar una periferia compuesta por laderas muy empinadas lo cual, a diferencia de las barriadas de 1960 ó 1970, establecía costos de habilitación aún más altos por la necesidad de edificar terrazas para asentar la vivienda, o tener que excavar en roca viva para abastecer los servicios. Asimismo, la lejanía de muchos asentamientos, como Ciudadela Pachacútec en Ventanilla, demandaría grandes inversiones para la extensión de los servicios.

La respuesta del régimen neoliberal fue simplemente dejar hacer y dejar pasar a las invasiones allí donde éstas desearan instalarse. Se abrió así una tercera "corona" del crecimiento metropolitano que tuvo como expansión los distritos de Ventanilla y Puente Piedra, en el cono Norte, las zonas altas de Huaycán y Huáscar Canto Grande, en el cono Este, y los cerros de Nueva Pamplona y Villa El Salvador, en el cono Sur.

Para 1993, San Juan de Lurigancho había pasado a convertirse en el distrito con más población viviendo en barriadas en Lima y en el Perú: 326.746 habitantes, que representaban el 56% de su población total y el 15 % del total metropolitano. Villa María del Triunfo, con 213.099 pobladores en barriadas, el 80,8% del distrito, se ubicaba en segundo lugar. Luego le seguían Comas, con 194.127 habitantes, San Juan de Miraflores, con 174.134, y Villa El Salvador, con 168.179 (INEI, 1997). Aunque con menor población debe destacarse los casos de Ate (96.418 pobladores), de Ventanilla y Puente Piedra, donde la población barrial llegaba a 63,3% y 49,6%, respectivamente. El peso porcentual de las barriadas por distrito fue revelándose como indicador del crecimiento popular en la ciudad.

A 1993 el cono Sur continuaba cobijando a la mayor población barrial (30,5%), aunque seguido cercanamente por el cono Norte (25%) y el cono Este (25%), estimulado este último por la ocupación de San Juan de Lurigancho y de Huaycán en Ate. Las restantes barriadas se distribuían en el área central (13%) y en los distritos de balnearios que no aparecen en la tabla 2.

Tabla 2. Crecimiento de población barrial (porcentajes) por conos y distrito, según censos de 1961, 1972, 1981 y 1993¹⁵

Cono/Distrito	1961	1972 (1)	1981	1993
Cono Sur	1,5	25,7	30,1	30,5
VMT	1,2	17,7	20,0	9,9
SJM	-	2,6	6,0	7,9
Chorrillos	0,3	5,4	4,1	5,2
VES	-	-	-	7,7
Cono Norte	36,7	34,3	31,3	25,0
Comas	11,5	15,5	11,2	8,8
Independencia	-	12,3	7,1	3,9
SMP	24,5	2,9	10,1	1,3
Carayllo	0,4	3,0	2,2	2,5
Puente Piedra	0,3	0,6	0,7	2,4
Ventanilla	-	-	-	2,7
Los Olivos	-	-	-	3,4
Cono Este	16,2	16,5	13,9	25,1
El Agustino	10,8	4,5	6,0	2,7
Ate	2,5	1,0	0,3	4,4
SJL	0,3	6,5	4,8	14,9
Chaclacayo	0,5	1,5	1,2	-
Área Central (2)	39,4	20,6	29,04	13
TOTAL	316426	814,931	1459865	2188455
Fuente: Censos Nacionales de Población y Vivienda de 1961, 1972, 1981 y 1993. Elaboración: Julio Calderón.				

El régimen neoliberal de Fujimori simplemente dejó que la gente pobre invadiera las tierras públicas, formándose asentamientos como Keiko So-

15 (1) La información del Censo de 1972 debe ser tomada cuidadosamente, por el error de las autoridades de dejar al criterio del encuestador la calificación de pueblo joven (*n*). Este Censo no es mayormente utilizado por los investigadores urbanos. (2) Área Central considera Callao, Lima, La Victoria, Rímac, Breña y Carmen de la Legua.

fía, Susana Higuchi, Jaime Yoshiyama y otros que mostraban la vena populista y clientelar de la propia población pobre. En 1993 y en 1996 se expidieron leyes que amnistiaron a los invasores hasta esas fechas. No hubo propuestas de programas de acceso al suelo y más bien la política se orientó hacia la formalización de la propiedad. Esto resultó coherente con el discurso gubernamental: se regularizaba para que los pobres incorporaran sus activos al mercado a través del crédito por medio de garantías hipotecarias y desarrollen el capitalismo popular; y no se intervenía en el proceso de ocupación del espacio, porque ello correspondía al mercado. A pesar de ello, en 1996, cuando se creó la Comisión de Formalización de la Propiedad Informal (COFOPRI), se le otorgó también la facultad de detectar tierras públicas y promover programas de acceso ordenado al suelo. Pero no se avanzó en esa dirección porque la consigna, abocada totalmente a promover la tercera elección del presidente Fujimori, consideró que mayores lealtades y votos, a un menor costo, se conseguirían con la distribución de un millón de títulos de propiedad.

Dadas esas circunstancias la situación era explosiva y, en efecto, explotó en el verano del 2000. En enero de ese año se produjeron grandes invasiones de tierras en casi todo el país. En Lima las invasiones promovidas por sectores vinculados al Presidente de la República se localizaron en la zona agropecuaria de Villa El Salvador, que se encontraba magníficamente ubicada y cuyos parceleros ya la valorizaban en unos US\$ 80 el metro cuadrado. Tras los enfrentamientos, primero entre los invasores y los parceleros y luego entre invasores y policía, el régimen de Fujimori negoció y reubicó a los invasores en la Ciudadela Pachacútec, en Ventanilla, el mismo programa que había decidido abandonar desde 1992.

Entonces, el gobierno recordó que una ley de 1996 le daba pie también a la formación de programas de acceso ordenado y estableció el Programa de Lotes Familiares (PROFAM), iniciando un publicitado empadronamiento de familias que llegó a inscribir a unas 407.101 personas, incluyendo a algunas que vinieron expresamente desde las provincias para asegurarse un lote en la capital. En pleno año electoral, la COFOPRI aceleró la habilitación de unos 68,368 lotes en Lima que formarían parte del PROFAM. Estos lotes se distribuían en la periferia de la tercera corona del crecimiento metropolitano: Pampas de Ancón (15.055 lotes), Piedras Gordas (19.202 lotes), Pampas Canario (23.339) y ampliación Pa-

chacútec (10.722 lotes). En noviembre del 2000, Fujimori, re-reelecto como candidato único, salió del país y renunció. Entonces el gobierno de transición, al someter a revisión los proyectos del PROFAM, descubrió que la mayoría de las habilitaciones carecían de expedientes técnicos en niveles mínimos. Así, a fines de julio de 2001, un decreto supremo creó en su reemplazo el Programa Mi Barrio, pero ésta es ya otra historia.

Al año 2000, la estructura urbana de Lima ha devenido en un triángulo isósceles con su punta en los Andes y sus extremos en los ríos Chillón y Lurín. La ciudad de 20.612 hectáreas, en 1961, pasó a 66.452, en 1993. Las tres carreteras importantes (Panamericana Norte y Sur y la Carretera Central) pasaron a constituirse en los ejes de la expansión barrial. Entre 1981 y 1993, a población total de la ciudad se incrementó porcentualmente en 37.7, mientras que la barriada lo hizo en 49.9. Mientras que entre 1981-1993 la población limeña creció a un ritmo anual de 2,49%, los conos lo hicieron a 4,92% en el norte, 5,53% en el este y 4,25% en el sur (Joseph, 1999: 53). Según proyecciones a 1998, el cono Sur cobijaba a 851.444 habitantes en barriadas y 474 asentamientos, seguido por el cono Este con 784.541 personas y 860 asentamientos, y el Norte con 465.497 pobladores y 442 barrios. Detrás aparece el Callao con 319.087 habitantes y 174 asentamientos.

Conclusiones

La relación entre la política urbana y la formación de barriadas se estableció de manera solapada en el primer gobierno de Belaunde, en contra de lo estipulado por la Ley de Barrios Marginales de 1961. El gobierno militar asumió a conciencia su rol de promotor institucional de las barriadas y cobijó a los pobres en “bolsones” de tierras públicas destinados a tal fin. Estas tendencias continuaron en la década de 1980 y aunque el régimen neoliberal de Fujimori en los noventa no implementó programas ordenados de acceso al suelo, ya se había constituido en los pobres la tradición de ocupar las tierras públicas periféricas. Por consecuencia, la población de las barriadas de Lima ha pasado de constituir el 17%, en 1961, al 38%, en 1998. Entre 1961-1970, la barriada se incrementó 2.4 veces; entre 1970-1981 unas 1.7 veces; y entre 1981-1993

unas 1.6 veces. Cada 10 años la población de barriadas se ha multiplicado por dos. La barriada, como parte de la ciudad ilegal, se ha convertido en la principal vía de crecimiento de Lima. Entre 1993 y 1998, bajo la aplicación “exitosa” del programa neoliberal, en promedio por año hubieron 86.917 pobladores nuevos en barriadas. Esto supera con creces las series históricas anteriores, pues entre 1981-1993 el promedio anual fue 60.712 pobladores, entre 1970-1981 unos 63.461 y entre 1961-1970 de 49.482 habitantes por año.

Bibliografía

- Allou, S. (1989). *Lima en cifras*. Lima: CIDAP; IFEA.
- Angiotti, T. (1987). “Urbanization Latin America. Toward a theoretical synthesis”. *Latin American Perspectives*. Issue 53, Volume 14, number 24.
- Burga, J. y C. Delpech (1988). *Villa El Salvador, la ciudad y su desarrollo: realidad y propuestas*. Lima: CIED.
- Calderón J. (1980). *El Agustino: 33 años de lucha*. Lima: SEA; DESCO.
- Calderón J. (1984). *Expansión urbana y mercado inmobiliario en Lima Metropolitana (1960-1983). El caso de San Juan de Lurigancho*. Lima: DESCO; CLACSO.
- Chirinos, L. (1983). “Títulos de propiedad en pueblos jóvenes, política del Estado y movimiento de pobladores”, en: L. Lima *La investigación-acción: una vieja dicotomía*. Lima: CELATS.
- CISM-Centro de investigaciones sociales por muestreo (1967). *Barriadas de Lima Actitudes de los habitantes respecto a servicios públicos y privados*. Lima: Ministerio de Trabajo
- Collier, D. (1978). *Barriadas y Élite: de Odría a Velasco*. Lima: IEP.
- Deler, J.P. (1975). *Aspectos del crecimiento de Lima Metropolitana*. Lima: IFEA.
- Delgado, Carlos (1974) [1968]. “Tres planteamientos en trono a problemas de urbanización acelerada en áreas metropolitanas: el caso de Lima, en: *Problemas sociales en el Perú contemporáneo*. Lima: IEP.
- Driant, J.C. (1991). *Las barriadas de Lima: historia e interpretación*. Lima: DESCO; IFEA.

- Farid, S. (1984). "Preservation and the housising problem of the old city in Cairo", en: E. Bruno *Development of urban low income neighbourhoods in the Third World*. Darmstrandt: Archimed.
- Harris, W. y colaboradores (1963). *La vivienda en el Perú*. Washington D.C.: Unión Panamericana.
- Henry, E. (1978). *La escena urbana*. Lima: PUCP.
- INEI-Instituto Nacional de Estadística e Informática (1995). *IV Censo Nacional Agropecuario*. Lima.
- INEI-Instituto Nacional de Estadística e Informática (1997). *Tendencias del crecimiento urbano de Lima al año 2015*. Lima: INEI.
- Joseph, J. (1999). *Lima megaciudad*. Lima: Alternativa; UNRISD.
- Mangin, W. y J. Turner (1978). "Benavides y el movimiento de las barriadas", en: P. Oliver *Cobijo y Sociedad*. Madrid: Blume.
- Manaster, K. (1968). "The problem of urban squatters in developing countries: Perú". *Wisconsin Law Review*. Vol. 68, número 1.
- Meneses, M. (1998). *La utopía urbana*. Lima: UNMSM; INCA.
- Ministerio de Vivienda y Construcción (H. Scheuch, E. Zuloaga, A. Becerra) (1973). *Evaluación del programa de vivienda: Caja de Agua y Chacarilla de Otero*. Lima.
- Negromonte, F. (1968). *Investigación sobre barriadas*. Documento de Trabajo PLANDEMET, Lima.
- ONPU (1967). *Urbanismo y vivienda*. Lima.
- Ramacciotti, O. (1968). *Criterios normativos para los nuevos asentamientos periféricos*. Lima: PLANDEMET.
- Riofrio, G. (1991). *Producir la ciudad (popular) de los 90*. Lima: DESCO.
- Riofrio, G. y J. C. Driant (1987). *¿Qué vivienda han construido? Nuevos problemas en viejas barriadas*. Lima: CIDAP; IFEA; Tarea.
- Rivera, A. (1981). "Aspectos legales y jurídicos en pueblos jóvenes", en: *Servicios Básicos integrados en áreas urbano marginales del Perú*. Lima: UNICEF.
- Sánchez León, A. y J. Calderón (1980). *El laberinto de la ciudad*. Lima: DESCO.
- Sarabia M. (1992). *Proyecto Pachacútec. Informe final*. Lima: MVC.
- Stepan, S. (1978). *The State and society*. Princeton.
- SINAMOS (1974). *Informe trimestral*. Lima.

- Valladares, M. y E. Ventocilla (1975). *Para una concepción de la vivienda de interés social*. Tesis. Universidad Nacional de Ingeniería, Lima.
- Tuesta, F. (1989). Informe Villa El Salvador. Lima: CEDYS.
- Zapata, A. (1995). *El joven Belaunde. Historia de la revista El Arquitecto Peruano*. Lima: Minerva.
- Zapata, A. (1996). *Sociedad y poder local*. Lima: DESCO.
- Zolezzi, M. y J. Calderón (2001). *Situación de la vivienda: diagnóstico*. Lima: Viceministerio de Vivienda.

Pobreza y desarrollo urbano en el Perú*

Gustavo Riofrío

Elementos de contexto económico, social, político y cultural del Perú

La primera constatación cerca del contexto nacional tiene que ver con el estancamiento de América Latina en la superación de la pobreza. El Perú, se encuentra en una situación relativamente mejor en relación a otros países del continente, pero está rezagado frente a la meta comprometida en la Declaración del Milenio. Según la CEPAL la mejor posible performance nacional sólo llegaría a cumplir la meta de pobreza en el año 2010 (CEPAL, Síntesis del Panorama Social de América Latina, 2002-2003).

Se nos presenta una aparente paradoja, puesto que por un lado la situación macroeconómica del país es estable durante un periodo relativamente largo y, por el otro, esa estabilidad no produce resultados en términos de desarrollo. Esta paradoja está íntimamente relacionada con los grandes temas de la globalización y el desarrollo en un mundo unipolar, en el cual ya no es posible aceptar que el solo crecimiento económico sostenido resolverá los grandes problemas de la pobreza y la desigualdad.

Normalmente se asume que las situaciones de poco crecimiento económico determinan los bajos niveles generales de vida, y que es preciso que haya esfuerzos sustanciales de producción económica para que ocurra el desarrollo. Si bien esta afirmación es básicamente correcta, el problema consiste en que se asume que las propuestas de desarrollo económico son universales y neutras en su formulación, cuando existen diversas estrategias posibles para lograr el desarrollo sostenible. Lo que sucede es que la propuesta de desarrollo que actualmente hegemoniza no sola-

* Publicado originalmente en: Riofrío, Gustavo (2006). "Pobreza y desarrollo urbano en el Perú". *Perú Hoy*, No. 6. Lima: DESCO: 71-111.

mente no redistribuye el ingreso, sino que aumenta la vulnerabilidad de los países mismos.

Los problemas derivados de esta situación empiezan a aparecer más allá de la escena política convencional. Para acercarse a la situación peruana es preciso observar las similitudes y diferencias con los países vecinos. Tanto en Ecuador como en Bolivia —países netamente andinos como el Perú— existen vastos grupos sociales marginados no solamente del desarrollo, sino de las propuestas mismas de desarrollo que están en vigor.

En Ecuador y Bolivia, sin embargo, existen movimientos que expresan las necesidades de los sectores tradicionalmente marginados del campo. La vigencia del Ayllu en Bolivia y el Movimiento Pachacutik en Ecuador es mucho mayor que la comunidad campesina en el Perú. En esos países inclusive se cuenta con representantes indígenas en sus parlamentos. Ellos han tenido decisiva influencia en la caída y reemplazo presidencial ecuatoriano de los años pasados y en la reciente situación de crisis boliviana. La representación política de estos movimientos es más bien de corte tradicional y populista, pero ella se nutre de la identidad existente y de la protesta frente a la exclusión social y, sobre todo, económica. En el caso peruano los grupos y partidos que buscan proponer medidas que atiendan a los sectores dejados de lado por la política económica y por la sociedad tienen las mismas características populistas e inconsistentes que en los países vecinos, pero no expresan a ningún movimiento puesto que éste no existe.

La situación a que aludimos, tiene algunas repercusiones que deben ser destacadas para el análisis del contexto urbano peruano actual.

En primer lugar, tenemos la austeridad fiscal y la ciudad. Si la ciudad es un satisfactor social de primer orden, es evidente que la inversión en la infraestructura urbana resulta un tema de gran importancia para permitir que las mayorías urbanas puedan desplegar sus esfuerzos de producción social y económica.

En la situación actual, mantener los equilibrios financieros hace imposible que el país pueda destinar importantes recursos para el gasto en la infraestructura urbana, lo que constituye la plataforma sobre la cual se desarrollan las actividades y la vida de las mayorías urbanas. La coyuntura económica, entonces, hace imposible pensar en el desarrollo de nuevas infraestructuras urbanas de gran importancia. El gasto público se en-

cuentra drásticamente controlado, de manera tal que no es posible siquiera acceder a recursos de endeudamiento externo con facilidad. Adicionalmente, todo esfuerzo de mejora de los servicios públicos se efectúa sobre la base de su privatización. La privatización supone la eliminación de un subsidio encubierto al consumo que, aunque indiscriminado, en ciertos casos contribuía al bienestar de las familias de bajos ingresos. Más importante aún es el hecho que en algunos servicios como el agua y desagüe, las empresas privatizadas consideran poco rentable invertir en redes para las familias de bajos ingresos, ya que tradicionalmente la recuperación de esta inversión se efectuaba sobre la base de la tarifa aplicada al conjunto de usuarios. Ahora no se busca aumentar la tarifa del conjunto, sino que el costo real de las instalaciones sea sufragado por el propio Estado o por los usuarios directamente afectados.

En segundo lugar, vale la pena constatar que la falta de movimientos genuinos que expresen las reivindicaciones de los marginados y las características de la sociedad política convencional, determinan que no haya quien proponga de manera consistente atender las necesidades de la sociedad urbana pobre. Menos aún hay una propuesta de desarrollo urbano, que tenga elementos que ayuden a desarrollar el conjunto del sistema urbano y del país. Con la extinción en los años ochenta del movimiento barrial, se presenta un serio problema de representación de los intereses de las mayorías urbanas en los asuntos de vivienda y desarrollo urbano. A menudo aparecen protestas y planteamientos de defensa del consumidor, los que no tienen como correlato un cuestionamiento al fundamento marginalizador de las políticas públicas, sino a sus efectos en el grupo específico que expresa su descontento.

En tercer lugar, existe una particularidad en la precaria gobernabilidad peruana, en relación a los países andinos ya citados. La falta de expresión de las reivindicaciones de las mayorías marginadas bajo la forma de grandes movimientos sociales, y la fragilidad del sistema político determinan una gran vulnerabilidad en el sistema para canalizar las demandas sociales. Ellas, solamente son atendidas a través de precarios canales de participación en los procesos de gestión local.

Esta situación puede ingresar en un momento crítico debido al hecho que las grandes restricciones en el gasto público están generando frustración en las municipalidades, en especial, en las municipalidades urbanas.

En el caso de los gobiernos locales de las ciudades medianas y pequeñas, existe aún la posibilidad de acudir a los mecanismos de inversión de compensación social que, aunque insuficientes para atender las demandas que los procesos de planificación social, crecientemente participativos, todavía captan la atención general como mecanismo de financiamiento de las obras locales.

De manera general, entonces, ni hay una clara visión alternativa de lo que puede hacerse para obtener resultados sostenibles en el desarrollo urbano y nacional, ni hay movimientos sociales autónomos que presionen a la sociedad a buscar tal visión. Este es el contexto global en que se desarrollan las ciudades peruanas de nuestros días.

Las principales características y tendencias demográficas del país

El Perú del nuevo siglo, a la cabeza de los países latinoamericanos, es un país eminentemente urbano, ya que más del 70% de su población vive en ciudades. La primacía urbana de Lima no ha sufrido modificaciones, lo cual nos remite a una gran expectativa de lo que el proceso de regionalización peruano pueda proporcionar en el desarrollo de las ciudades en los años que vienen. De manera general, sin embargo, se espera que para el 2030 de cada 10 peruanos, 9 vivirán en ciudades, lo cual plantea el tema de la vida urbana y de la red de ciudades como un tema básico para el desarrollo.

Desde hace más de una década, el asunto de las migraciones a la gran ciudad ha dejado de ser el tema más significativo en la evolución demográfica urbana. En Lima, son los hijos de limeños los que aumentan la población muy por encima de aquellos que llegan a la ciudad, lo cual implica un importante cambio en la pobreza. En las décadas anteriores, una característica de la pobreza era su origen provinciano y hasta rural, razón por la cual se afirmaba con razón que, a partir de los años sesenta, la pobreza se trasladó del campo a la ciudad. En nuestros días, los nuevos pobres urbanos son hijos de la ciudad y tienen actitudes y conductas distintas de las del inmigrante provinciano. El aumento del crecimiento vegetativo por sobre el crecimiento por migración no es uniforme en todo el país, pero la pauta de la ciudad de Lima ya es seguida por muchas,

Cuadro 1. Población, 2002		
Población (miles)		26.749
Tasa de crecimiento		1,53
Promedio diario de crecimiento		11,01
Componentes de crecimiento (por cada mil)		
Tasa de natalidad		23,7
Tasa de mortalidad		6,2
Tasa de migración		-2,3
Estructura de género	miles hab.	%
Hombres	13.454	50,3
Mujeres	13.295	40,7
Estructura por edades		
De 0 a 14 años	9.014	33,7
De 15 a 64 años	16.424	61,4
Más de 65 años	1.311	4,9
Estructura según área de residencia		
Urbana	19.313	72,2
Rural	7.436	27,8
Fuente: INEI.		

aunque no por todas, pues existen aquellas como Iquitos, Huancayo, Tacna, Pucallpa, Juliaca y Huánuco que registraban tasas de crecimiento superiores al 4% anual en el periodo intercensal anterior.

Lo más significativo desde el punto de vista de las ciudades son dos importantes hechos: el primero, es el aumento relativo de los jóvenes por sobre los niños. Nuestras ciudades de manera general tienen menos niños y más jóvenes, lo cual atestigua una estabilidad demográfica que fuera prevista para esta década ya en los años setenta. Para ilustrar esta situación mostraremos a continuación tres ejemplos de lo que sucede en nuestras ciudades, siendo el tercero el caso típico de los años sesenta, mientras que los dos primeros evidencian la tendencia actual. El Tambo, en Huancayo, y Comas, en Lima, han experimentado un importante crecimiento de jóvenes y una relativa disminución de niños. En otras palabras, los niños de ayer son los jóvenes de hoy. Esta situación es más parecida a la media nacional que la de San Juan de Lurigancho, el distrito limeño en el cual

hay no solamente un mayor crecimiento de la población, sino un significativo aumento de niños.

Las implicancias de este hecho no pueden ser desdeñadas. Si en las décadas anteriores, el problema a atender consistía en la salud y la educación infantiles, en nuestros años de lo que se trata es de proporcionar empleo, educación superior y alojamiento a las nuevas generaciones nacidas en la ciudad.

Otro cambio demográfico tiene que ver con el aumento de la expectativa de vida de las personas. Los adultos mayores aumentan, ya que la mortalidad adulta ha disminuido y aumenta la expectativa de vida al nacer. Quienes nacen en ciudades el año 2002 vivirán en promedio 72 años, esto es, siete años más que sus compatriotas rurales (cuadro 2). Esto trae como consecuencia la necesidad de disponer de servicios específicos para el adulto mayor, los que no se restringen a la salud y abarcan asuntos tan disímiles como el acondicionamiento del espacio público, el transporte y los equipamientos sociales y culturales.

El segundo hecho demográfico de relevancia para examinar la situación actual de las ciudades es el aumento del embarazo juvenil. Si bien las estadísticas muestran una reducción en la tasa de natalidad urbana, las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales vienen advirtiendo acerca del explosivo aumento de los embarazos adolescentes.

El embarazo precoz representa una carga tan dura como inesperada para las familias urbanas pobres. Un hijo anticipado, y hasta no deseado, puede representar la línea divisoria entre el éxito y fracaso económico no solamente de la joven involucrada, sino de su familia entera, ya que, por un lado, trunca las posibilidades de preparación escolar o profesional y, por el otro, demanda gastos que afectan la precaria economía familiar. Finalmente, esto también aumenta el hacinamiento al interior de las viviendas, ya que generalmente el o la joven con familia habitan en el hogar de sus padres, ahora convertidos en abuelos.

Cuadro 2. Esperanza de vida al nacer (años), 2002

Según género	Nacional 69,7	Hombre 66,6	Mujer 71,6
Según área de residencia	Nacional 71,6	Urbana 72	Rural 64,8

Fuente: INEI.

Aumento de la desigualdad social

De manera general, el aumento del precio de los productos de consumo básico no ha venido acompañado por el aumento de los ingresos, lo cual es un primer indicador de la pobreza peruana. Es necesario, sin embargo, comparar las familias de mayores ingresos con las de menores ingresos para apreciar la situación de desigualdad en el país y su evolución.

Es conocido que la característica latinoamericana es la gran desigualdad en los ingresos de ricos y pobres. La diferencia entre el ingreso de los más ricos y de los más pobres es mayor que en otros continentes, lo cual revela la magnitud de la tarea del desarrollo. En el Perú, el decil de más bajos ingresos percibía en 1996 tan solo el 2% del ingreso nacional, mientras que el decil de más altos ingresos percibía el 35% del ingreso nacional, lo que grafica esta situación. Especulando estadísticamente, bastaría sólo una disminución del 2% en el monto de ingreso del 10% más rico del país, para duplicar el ingreso de los más pobres del país.

En la última década, el tema de la pobreza y de la desigualdad han llamado poderosamente la atención por lo que se han efectuado esfuerzos para eliminar esta brecha. El esfuerzo efectuado en el Perú se manifestó en la inversión social, como parte integrante de las políticas de ajuste y compensación. Ello determinó que a mediados de los años noventa pudo acreditarse una ligera disminución de la pobreza en las áreas rurales, como resultado de la prioridad otorgada por organismos gubernamentales tales como FONCODES, PRONAMACHS y el PRONAA en las áreas rurales. Al iniciarse la nueva década esta situación se ha revertido, puesto que la pobreza rural ha aumentado.

Cuadro 3. Evolución del precio de la canasta familiar, 1997 - 2002*

1997	134,55%	S/. 2261,95
1998	144,32%	S/. 2426,05
1999	149,32%	S/. 2510,22
2000	154,94%	S/. 2604,57
2001	158,00%	S/. 2656,02
2002	159,54%	S/. 2681,97

Fuentes: Instituto Nacional de Estadísticas e Informática. Coordinadora Nacional de Derechos Humanos.
 * Año Base: 1994

Los límites de la eficacia de las políticas de compensación social han sido descritos a partir de los casos de Chile y Bolivia, que han tenido suficiente número de años en aplicar las políticas de ajuste y compensación. Una vez suspendidas las actividades de “compensación” —que son concebidas como paliativo momentáneo mientras ocurren los procesos de desarrollo— volvió a aparecer la pobreza, lo cual cuestiona la validez de las acciones de ajuste que suponen un desarrollo espontáneo de la economía.

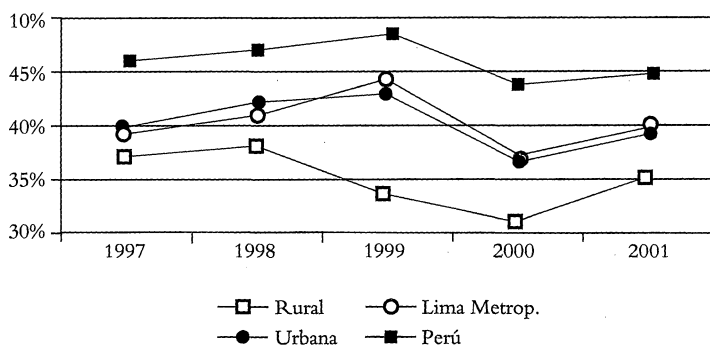
El análisis del coeficiente de Gini —que mide la desigualdad— nos permite apreciar varios hechos. En primer lugar, la serie que va desde 1997 indica que tras una bajada en la desigualdad el año 2000 (que algunos explican como resultado de modificaciones en los procedimientos de medición), ésta ha empezado a aumentar.

En segundo lugar, apreciamos un coeficiente de desigualdad más bajo en las áreas rurales que en las urbanas, debido al hecho que el mundo rural es pobre de manera generalizada, mientras que en las ciudades hay mayor desigualdad.

La desigualdad económica sólo es un indicador de la desigualdad social en el Perú. La falta de un movimiento social de expresión indígena en el país debe ser considerada como una expresión de la situación de debilidad de las mayorías nacionales y no solamente de las mayorías rurales, debido a que ello contribuye a una situación en la cual las necesidades específicas de un país pluriétnico y pluricultural no se reflejan en los

planteamientos de desarrollo nacional. Este es el caso específico de las políticas de vivienda. La heterogeneidad de estilos de desarrollo en el país se expresa de manera muy clara en los pueblos jóvenes del país y tienen la ventaja adicional de mostrar que ello no es un asunto puramente andino, ya que acontece en toda ciudad, sea costeña o serrana. Como veremos más adelante, la producción de viviendas de autoconstrucción, asunto masivo en el Perú, no es objeto de políticas públicas.

Gráfico 1. Evolución de los índices de Gini



Fuente: ENAHOS; elaboración Desco.

En los últimos meses [2006], esta situación se ha visto confirmada por el Informe de la Comisión de la Verdad. Este informe, ha mostrado de manera descarnada que la muerte de las personas quechua hablantes no tiene la misma importancia que la de las personas que viven en la ciudad. La respuesta airada de rechazo de la sociedad política, nos indica a su vez la profundidad de las diferencias existentes y la negativa a reconocer esta realidad de desigualdad en el Perú.

Aumento de la desigualdad interurbana

La desigualdad urbana debe ser apreciada en relación a dos asuntos: la desigualdad entre las diferentes ciudades y aquella al interior de las ciudades mismas. Pensamos que el asunto menos valorado es el de la desigualdad interurbana, lo que es uno de los tantos elementos que denotan la falta de preocupación sobre el sistema urbano nacional y lo que puede hacerse a favor de procesos de desarrollo nacional.

En la última década, el producto bruto interno nacional ha aumentado, de manera tal que el Perú ya no es considerado más como un país pobre, sino un país de ingresos medios. El producto per cápita en la actualidad es de US\$ 4.800 anuales, que se descompone en:

Agricultura, 10%; Industria, 35%; y Servicios, 55%.

Los sectores más dinámicos se sitúan en la minería y la agricultura de exportación. El sector servicios presenta una situación más compleja de analizar, debido a la importante tasa de subempleo existente, que se expresa en este rubro.

Esta situación no quiere indicar que la riqueza se distribuye de manera uniforme en el país, puesto que tanto la minería como en menor medida la agricultura de exportación realizan sus ganancias en la gran ciudad de Lima. Por el contrario, es conocido que la demanda por una descentralización nacional es sostenida no solamente por los sectores populares del país, sino también por la empleocracia y los pequeños y medianos empresarios provincianos. Esta situación, también influye en las tensiones políticas dentro de la sociedad oficial. A lo largo de los últimos años, en el Parlamento Nacional se han expresado y se expresan de diferentes maneras tensiones entre los parlamentarios provincianos y los vinculados a la capital.

El análisis de la evolución de la pobreza refleja la situación de las ciudades en el país. Desde 1997 hasta 2001 ha aumentado tanto la pobreza como la pobreza extrema (28% y 34%, respectivamente).

Este aumento promedio no refleja la situación de las ciudades, ya que se encuentra estabilizado por el bajo aumento relativo en el mundo rural, porque este no puede empobrecerse ya más. Mientras que en Lima la pobreza extrema no ha mostrado un aumento relativo (esto es, se mantiene en la misma tendencia), tanto la pobreza como la extrema pobreza han aumentado dramáticamente en las ciudades pequeñas.

A pesar que la condición de capital de departamento no indica necesariamente el tamaño de la ciudad, de manera general puede afirmarse que a medida que la ciudad es más pequeña la pobreza aumenta.

La importancia de las grandes ciudades del Perú y la gravedad de sus problemas, ha tenido como resultado perder de vista lo que sucede en las ciudades medianas y pequeñas. El aumento de la pobreza extrema en las ciudades pequeñas nos indica que éstas no pueden cumplir a cabalidad el papel de *feedback* al mundo campesino y es un indicador ex post de que el sistema urbano solamente tiene flujos que van de la periferia al centro.

El tema de la relación entre el campo y la ciudad debe contar con más atención. Las ciudades pequeñas son el lugar de los intercambios económicos y culturales con el mundo rural. Allí, se prestan los servicios a los habitantes del campo.

Solamente en las zonas más tradicionales los desplazamientos de las familias son reducidos. Aún allí, las relaciones entre las familias de uno y otro lado son permanentes y fluidas de modo tal que —como señala gráficamente Amat y León—, la ciudad constituye una suerte de nuevo “piso ecológico” del hombre y la mujer andinos. No debe considerarse descabellado, entonces, pensar en las ciudades como lugares de servicio para las actividades rurales, y que una dimensión del proceso de desarrollo rural se encuentra en las actividades urbanas allí donde viven las personas relacionadas con el mundo rural.

Cuadro 4. Porcentaje de incremento de la pobreza, 1997 y 2001

	Incremento de la pobreza % 1997-2001	Incremento de la pobreza extrema % 1997-2002
Lima	25	0
Ciudades capital de departamento	55	117
Otras ciudades	58	131
Rural	18	23
Pení	28	34

Fuente: ENAHOS. Elaboración DESCO.

De lo anterior, puede deducirse que en las políticas y proyectos que se ejecutan en las ciudades debe estar siempre presente una “dimensión rural”—tal como ahora se acepta la necesidad de disponer de una dimensión de género—, ya que ciertas acciones pueden tener repercusiones positivas o negativas en familiares del campo o, simplemente, en actividades rurales que se ramifican hacia la ciudad. Esta dimensión rural, debe estar presente en las actividades que se desarrollan en las ciudades y no solamente con los pobres de las ciudades. Así, por ejemplo, el desarrollo de la telefonía y de las tarjetas pre-pago permite que personas en Lima puedan comunicarse con personas de gran parte del país a costos accesibles. Igualmente, las acciones de alfabetización de adultas en barrios populares pueden impactar en sus congéneres del campo o en la habilidad de estas mujeres para mejorar sus relaciones con el mundo rural o del pequeño centro poblado.¹

Aumento de la desigualdad intraurbana

En su Informe Anual 2002 sobre los Derechos Humanos en el Perú, la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos (CNDH) ha incluido por primera vez una sección sobre el tema de la vivienda, a instancia de las ONG vinculadas en el tema. En esta, se señalan, de manera general, las carencias en este rubro que, por cierto, afectan a las familias de más bajos ingresos.

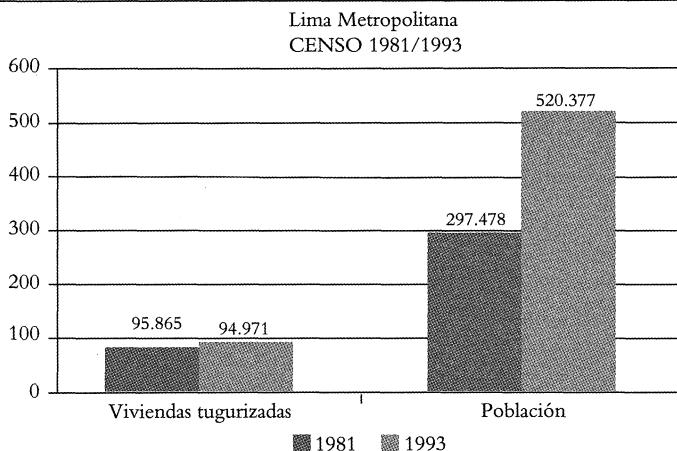
Además del déficit de vivienda existente, el informe presta atención a la situación de quienes viven en viviendas de alquiler, generalmente en condiciones de hacinamiento y tugurización. Esta situación afecta de manera particular a las ciudades de Lima, Trujillo, Arequipa y Cusco, las que reflejan los mayores índices de hacinamiento en los centros urbanos.

El asunto del déficit de vivienda y su falta de atención será tratado más adelante. En esta sección, nos interesa destacar que las carencias en

1 Este autor constató que las actividades del PAIT en las ciudades serranas fueron efectuadas sin tomar en consideración los periodos de siembra y cosecha del campo. La mujer que participaba en esos programas se vio obligada a escoger entre enrolarse en el programa (y obtener ingresos monetarios) o asistir a las tradicionales faenas de cosecha que le proporcionaban seguridad alimentaria. Modificar las fechas del PAIT hubiera sido suficiente para asegurar ambos aspectos.

vivienda constituye solamente un indicador de los problemas de desigualdad en el acceso mismo a la ciudad. El Informe de la CNDH toca, en otras secciones, las diferencias que existen en el acceso a servicios tan elementales como la salud y la educación, en las que una clara discriminación se establece entre las familias de ingresos bajos y altos. El Informe, destaca el alto grado de centralismo en las prestaciones de salud, lo cual abona a la diferenciación entre ciudades peruanas. Citando a la Organización Panamericana de la Salud (OPS), el informe muestra las diferencias en el tipo de enfermedades y causas de la mortalidad entre ricos y pobres, lo cual constituye un indicador de desigualdad.

Gráfico 2. Cuadro comparativo: Viviendas tuguizadas y población



Fuente: Censos Nacionales, elaboración CIDAP.

En relación a la educación, el INEI (año) nos provee de información general que relaciona la educación por niveles de ingreso, que ratifica lo señalado líneas arriba.

Como se observa en el cuadro 5, solamente en la educación primaria hay un acceso similar entre los pobres y no pobres. No ocurre lo mismo en la educación inicial y en la educación secundaria. Además de los problemas de acceso, los asuntos de la mala calidad de la educación pública,

así como la educación privada para familias de bajos ingresos no necesitan mayor discusión por ser ampliamente conocidos.

Buscando enfocar el asunto de la desigualdad, mucho puede afirmarse respecto a la desigualdad en el acceso a la ciudad.

Aquí, hay una serie de elementos insuficientemente analizados y que deben formar parte de una apreciación sobre la situación urbana en el Perú.

Cuadro 5. Educación, 2000			
Años promedio de estudio de la población de 15 años a más			
Según género	Nacional	Hombre	Mujer
	8,3	8,9	7,8
Según área de residencia	Nacional	Urbana	Rural
	8,3	9,7	5,4
Tasa de analfabetismo de la población de 15 años a más (%)			
Según género		11,7	17
Tasa de asistencia por condición de pobreza (%)			
A educación inicial de la población de 3 a 5 años	Pobre	No pobre	
	42,3	56,9	
A educación inicial de la población de 6 a 11 años	93,6	93,2	
A educación inicial de la población de 12 a 16 años	50,9	76,4	
Fuente: INEI.			

Es clave preguntarnos acerca del acceso a infraestructura y servicios elementales en las ciudades. La falta de agua y desagüe en las periferias urbanas y la ausencia o mala calidad de la vialidad. Un asunto clave al respecto, está en las vías de comunicación convenientemente asfaltadas y en la calidad de los servicios de transporte público. La proliferación de “ticos” y mototaxis aseguran un servicio muy eficaz y personalizado, pero a costa de la eficiencia global del sistema, debido a los costos del combustible y a la contaminación. La falta de agua corriente y transporte adecuado

atentan contra la productividad del hombre y la mujer de la ciudad y, por tanto, contra su capacidad de generar ingresos. En algunas ciudades, la electricidad aún continúa siendo un problema. Si no es por su carencia, es la falta de interconexión con el sistema nacional, que hace que se utilice energía fósil a costos poco competitivos para el conjunto nacional.

Respecto del transporte, una visión poco adecuada de la realidad en los barrios populares no reconoce el sobre-esfuerzo que efectúan las familias pobres, muy en particular de las mujeres. Las ciudades populares y en especial los pueblos jóvenes, son ciudades “de a pie”, en las que el transporte de cortas distancias es muy importante. El transporte intra urbano no cuenta con sistemas adecuados, puesto que se piensa que lo único importante es el transporte de grandes distancias. Ello ha generado la proliferación de mototaxis, ya que ellos brindan el servicio de cortas distancias, como se dijo, de manera personalizada y eficaz, aunque a costos poco eficientes para la familia y muy contaminantes para la sociedad. El transporte en triciclos y mototaxis cumple una importante función de provisión de empleo, por lo que no debiera ser eliminado, pero sí apoyado con el objeto de bajar sus costos y mejorar la eficiencia global del sistema que ahora irrumpe en la escena urbana sin una adecuada reglamentación.

A medida que la ciudad crece y se consolida, las distancias a recorrer van haciéndose más largas y se presenta un vacío entre el sistema local de triciclos y mototaxis y el sistema urbano general con el transporte de larga distancia. El transporte a media distancia no puede ser suplido por los mototaxis y no hay propuestas para ello, lo cual empieza a convertirse en un problema en muchas ciudades peruanas. Encontramos, entonces, un problema de calidad del servicio para las cortas distancias y un problema de acceso para las medias distancias.

Hay otros servicios que son claves de satisfacer en el mundo globalizado, y que aún no se han desarrollado convenientemente en las ciudades. La telefonía y el acceso a Internet son asuntos tan importantes, que no tener acceso a ello limita severamente las posibilidades de integrarse al país y al mundo. La proliferación de cabinas de Internet en el Perú lo distingue positivamente de los países vecinos. Sin embargo, el uso del Internet está reducido a actividades del tipo “chat” y a costos innecesariamente altos para la ganancia que el servicio puede reportar a las empre-

sas telefónicas. Un acceso mayor a partir de la escuela, posibilitará el desarrollo de destrezas y la comunicación para la juventud.

Hasta el momento, hemos aludido a las condiciones de habitabilidad urbana en los barrios populares del país. Las familias de bajos ingresos no solamente habitan sus lugares de residencia, sino que recorren toda la ciudad. El acceso a la ciudad como un todo es un asunto menos percibido y atendido.

Normalmente nos referimos a la calidad de la vida, servicios y equipamiento en los lugares de residencia y constatamos la falta de servicios y equipamiento allí. Pero las familias habitan toda la ciudad y el asunto también está en la falta de acceso equitativo al conjunto del tejido urbano: plazas, avenidas principales, edificios públicos y demás no acogen a la familia pobre y, en particular, a la mujer pobre.

Empezando por el transporte, la mototaxi puede ser eficaz para los trayectos cortos, pero no para los largos desplazamientos. El transporte público es poco eficaz por los tiempos y las rutas. Ello se agrava a medida que se agranda la ciudad. Adicionalmente, hay que mencionar que el transporte en mototaxi es altamente contaminante, sobre todo en aquellos vehículos que utilizan motores a dos tiempos, asunto que debiera ser reglamentado.

El acceso a ciertas plazas y lugares públicos se hace más difícil en las ciudades grandes en los que la pobreza tiene poco espacio: falta de baños públicos, de asientos y lugares de descanso o abrigo. Lo más importante, sin embargo, reside en la falta de acceso —en especial a la mujer pobre— a los edificios públicos. Ellas no tienen asientos para descansar, son mal vistas si vienen con sus niños, no hay lugares apropiados para cambiar pañales y, por cierto, deben franquear intimidantes servicios de seguridad públicos o privados que exigen documentos e impiden el ingreso con “bultos”; esto es, con lo que deben cargar para el conjunto de tareas a cumplir en una larga jornada de desplazamiento fuera del hogar o del barrio. Si existe la vecina o el servicio de cuidado diurno infantil y sino existe un transporte rápido y barato, la mujer tendrá que hacer de su traslado a la ciudad para alguna gestión o negocio toda una complicada jornada.

270 La importancia de este acceso diferencial al conjunto de la ciudad reside en la falta de ciudadanía para las actividades de los pobres, para sus

estilos de vida, para sus necesidades específicas. Ello produce sobre costos para sus actividades productivas, sean o no formales.

El mejor ejemplo de ello reside, quizás, en la falta de adecuación de las vías para el transporte en triciclos, que es muy frecuente. El diseño de las pistas (líneas, cebras, lugares de estacionamiento, entre otros elementos) está pensado para automóviles y no para triciclos y mototaxis. La señalización no les permite un acceso y tránsito adecuados. Por esta razón, siempre van a “interferir” con el transporte y tránsito considerado “normal”, esto es, el de los grandes vehículos a motor y en especial con los automóviles. Considérese, por ejemplo, la situación de aquellos países asiáticos en los que la bicicleta tiene carta de ciudadanía en las pistas, que son muy anchas, dado que la mayoría de la gente se transporta en bicicleta.

De manera general, es necesario señalar que las políticas y las inversiones hacia la ciudad conciben el desarrollo urbano en función de un solo estilo de vida y de producción —la gran empresa transnacionalizada—, en el cual la pequeña producción informal no es percibida con necesidades específicas. La pequeña producción informal de bienes y servicios constituye un sistema productivo y social específico que demanda que la ciudad le ofrezca espacio formal: espacio para transportar las mercancías, espacio para comerciar al aire libre, espacio en los vehículos y para que éstos se estacionen adecuadamente.

Se trata de espacios que no se prevén en la ciudad “formal” y que limitan el acceso a la urbe de formas de producción (la pequeña y micro empresa) perfectamente válidas y que deben ser apoyadas, en vez de ser restringidas, ilegalizadas o “informalizadas”. El error de base resulta de la combinación de la tradicional actitud despectiva de la sociedad oficial peruana a la vida de los pueblos, con la reciente difusión del “pensamiento único” y de la globalización. Ellas generan visiones del desarrollo urbano en las que la formalización de los sistemas productivos locales está fuera de lugar y solamente se asume la necesidad de “formalizar” a las personas. En el caso de formalizar a las personas, de lo que se trata es que ellas dejen de hacer lo que están haciendo y desarrollen sus actividades según un patrón único considerado el oficial y formal. En el caso de la formalización de los sistemas, de lo que se trata es de aceptar que existen diversas modalidades de producción —incluyendo la producción de la ciu-

dad – y no una sola. Todas estas modalidades necesitan de atención pública específica y que la ciudad las acoja con equidad, es decir, respetando, alentando y buscando modernizar los procesos sin desconocer ni buscar desvirtuar la esencia específica que las anima, que es diferente de aquella que anima a las actividades consideradas formales.

Un ejemplo de la posibilidad de desarrollar políticas como las que sugerimos es proporcionado por el Parque Industrial de Villa El Salvador. A diferencia de los parques industriales convencionales (como el que originalmente se había planificado para dicho distrito), este tiene lotes más pequeños y una red de equipamiento destinado a brindar los servicios que la gran industria no necesita, pero que la pequeña industria sí.

Entre ellos encontramos los maquicentros, destinados a brindar maquinaria de uso eventual al pequeño empresario, y los centros de capacitación y de exposición ferial de los productos. Se puede apreciar que el sistema busca la normalización, el control de calidad y, por cierto, la formalidad en las actividades de las empresas, pero lo hace de un modo distinto al necesario por la gran empresa. Para generar este espacio para la producción con características *sui géneris* fue necesario entender –en este caso intuir– que no se trataba simplemente de “formalizar” a personas, sino que era necesario acoger, incentivar y “formalizar un sistema de producción” que tiene modos de funcionamiento y reglas específicas, susceptibles de ser mejoradas y modernizadas.

Ausencia de discusión sobre la ciudad y la vivienda

Tanto en las grandes ciudades como en los pequeños centros poblados, la actividad principal de las autoridades y los pueblos consiste en tramitar y ejecutar obras de acondicionamiento territorial. Tal como los canales de riego en el campo, la ciudad bulle de acciones de agua y desagüe, edificación de escuelas, parques y edificios públicos y de acciones de pavimentación. Para no hablar del acondicionamiento de nuevas urbanizaciones o, simplemente, de las demandas de legalización de suelo que iniciarán muchas acciones en la nueva urbanización. Todas estas actividades expresan la voluntad de desarrollar los pueblos y, en el terreno más específico, de mejorar el medioambiente construido. Planear el desarrollo de

estas inversiones urbanas y darle una forma específica es asunto al cual se le presta poca atención. La forma y características de la ciudad, el gran contenedor de las actividades urbanas, no pueden ser consideradas como elementos irrelevantes para las acciones de desarrollo.

La ciudad es un satisfactor social de primer orden, ya que sus espacios públicos y la heterogeneidad de actividades representan el medioambiente en que se desenvuelven las personas, tal como la naturaleza es el medioambiente de las actividades rurales. Los acontecimientos urbanos tienen tanta importancia para el "productor" en la ciudad, como los tienen los fenómenos climáticos rurales. El ancho de las vías, la edificación de edificios, el flujo de tránsito, la existencia de controles y sanciones, el estado de los parques y veredas, etc., son tan importantes a la vida urbana como lo son el ancho de los ríos, la cercanía a otros pueblos, el apoyo de las instituciones, la existencia de montañas, la actividad comercial o constructiva y los fenómenos meteorológicos. Por ello, así como en nuestros días se discute acerca de la necesidad de contar con políticas "pro-pobres" que faciliten la eliminación de la pobreza, también es necesario que las ciudades mismas tengan el carácter de pro-pobres.

Estamos lejos de tener en la agenda la propuesta de hacer que las ciudades peruanas tengan este carácter, ya que el tema de las características que debiera de tener el sistema urbano peruano ni siquiera es asunto público.

Con el joven proceso de regionalización, el país ha entrado en un momento en el cual la discusión de los planes de desarrollo regional y local se ha puesto a la orden del día. Las inversiones en infraestructura, sin embargo, aún están lejos de responder a un plan de acondicionamiento del espacio dentro del cual el acondicionamiento urbano es un tema de gran importancia.

La red de ciudades de una determinada región y el sistema urbano en general, son asuntos igualmente importantes como descuidados. Lo más probable es que se asista, al menos en un primer momento, a la continuación de la actitud que busca la mayor inversión en una localidad sin considerar las prioridades de la localidad vecina. El hecho que el tema "urbanismo" no haya estado presente en las autoridades nacionales es conocido. Nuestros ministerios han sido de "vivienda y construcción" antes que

de “vivienda y urbanismo”, como en la mayoría de países latinoamericanos. Lejos estamos de una situación como la brasileña en la cual la nueva autoridad es el Ministerio de las Ciudades.

Con lo anterior, no queremos afirmar que el análisis de la situación urbana del país debiera reducirse a sus aspectos espaciales. Lo que afirmamos, es que la dimensión espacial es uno de los asuntos ausentes de la discusión urbana al pensar en el desarrollo nacional.

Donde mejor se advierte esta ausencia de relación entre los asuntos del planeamiento urbano y las políticas sociales es en el tema de la vivienda. Las dos manifestaciones espaciales más notorias del déficit de la vivienda son las áreas tugurizadas –asunto de gran importancia en algunas de las más importantes ciudades del país, incluyendo a Lima– y los pueblos jóvenes.

La urbanización de pueblos jóvenes y similares es la modalidad mayoritaria en todo el Perú. No hay ciudad, excepto Lima (40%), en la cual esta modalidad no supere el 60% del tejido urbano. No obstante, las políticas de acondicionamiento territorial se han preocupado, en el mejor de los casos, en el saneamiento de los terrenos y en el orden de la lotización, mas no en el saneamiento de las viviendas, que se edifican sin ningún tipo de asistencia técnica ni apoyo legal ni financiero. El mejor ejemplo de ello lo proporcionan las recientes actividades de COFOPRI, la actividad sistemática más importante desarrollada en los pueblos jóvenes. Desde 1996 hasta julio de 2003, se han entregado 1.332.481 títulos de propiedad en 17 regiones del país, 45% de los cuales se entregaron en Lima (COFOPRI). La entrega de títulos de propiedad se efectuó afirmando que permitiría el acceso al crédito a las familias que allí habitan, pero ello no ha sucedido. Desde el año 2000 hasta abril de 2003, sólo se han registrado 52 mil préstamos hipotecarios, equivalente al 3,2% del total de títulos inscritos, la mayoría de los cuales pertenecen al Banco de Materiales y el resto aplicables a aquellos lotes situados en las áreas formalizadas de mayor riqueza o movimiento comercial.

Podría afirmarse que también ha sido materia de una política pública la dotación de agua y desagüe, así como los equipamientos e infraestructura urbanos, pero ello no es exacto. Como es conocido, este tipo de inversiones se efectúa en la medida en que las demandas se hacen patentes

--y hasta violentas-- y no como resultado de un plan. Respecto del agua, no existen fondos específicos suficientes para su dotación, de manera tal que durante los años noventa los recursos del FONAVI fueron utilizados con tal fin, distrayéndolos de su objetivo original.

En todos los casos, las inversiones en escuelas, centros de salud y equipamientos de todo tipo no son resultados de planes nacionales, sino de planes sectoriales, en los que cada organismo maneja análisis propios y tiene su propia prioridad. En otras palabras, las inversiones efectuadas por empresas de servicios y ministerios se efectúan sobre la base de ventanas de oportunidad que aparecen, sin que se hayan planificado ni pertenezcan a una propuesta integral de acondicionamiento territorial. Este tipo de acción es resultado y causa a la vez de actitudes populistas y de política tradicional respecto de las necesidades urbanas, ya que el modo de obtener las inversiones se basa en complejas negociaciones de poder. Resulta evidente que detrás de las propuestas de inversión existen visiones de desarrollo de los pueblos y las autoridades. Pero estas visiones, no se transforman en objetivos explícitos y planificables de desarrollo. Además, ellas no concuerdan con otras visiones de la misma comunidad o con visiones de conjunto, que podrían señalar pautas para la determinación de las prioridades de inversión.

Este campo agitado y confuso es propicio para la acción de los grupos de poder y de los *lobbies* comerciales e industriales, los que puede efectuarse sin control alguno y pareciendo servir a poco definidos intereses de la sociedad. La mejor muestra de ello es proporcionada por la actual política de vivienda, opuesta a lo que debiera ser una política urbana para las grandes ciudades del país, y que favorece a un sector de industriales de la construcción, los que hasta el momento no han producido más de 10 mil unidades de vivienda en tres años. El gobierno actual cuenta con fondos suficientes para desarrollar programas de apoyo a la producción progresiva de vivienda, que es la que efectúan las familias en los pueblos jóvenes, pero su política no desarrolla acciones en este sentido. Todos los esfuerzos, concertados con los grandes empresarios, se concentran en la producción de vivienda nueva, en especial para las familias de ingresos medios. El programa MIVIVIENDA, para estos sectores ya ha generado 10 mil créditos hipotecarios. Cerca de esa cantidad está siendo producida también dentro del programa Techo Propio, que entrega

viviendas con un subsidio de US\$ 3.600, cantidad poco sostenible y excesiva para atender las necesidades de las familias de bajos ingresos. Nosotros estimamos que un subsidio de US\$ 1.200 ya constituye una suma significativa para apoyar a las familias de bajos ingresos para edificar la primera parte de sus viviendas, o para densificar sus propiedades produciendo departamentos para la segunda generación de familias que viven en los pueblos jóvenes de las grandes ciudades del país. La actual política de vivienda solamente busca atender el déficit cuantitativo, mediante la producción de vivienda nueva en suelo nuevo, asunto que ya no corresponde a las necesidades de las grandes urbes del país. Esta producción, además, se efectúa mediante las grandes empresas constructoras, que no están en capacidad ni tienen el interés comercial en producir viviendas de muy bajo costo, asunto que sí es atendido por los pequeños productores de vivienda a menudo informales, que viven en pueblos jóvenes.

Se estima que el déficit de viviendas en el Perú es de 1.3 millones, de los cuales 75% es el déficit cualitativo (viviendas en pueblos jóvenes y áreas tugurizadas). Las acciones en vivienda no consideran ni el mejoramiento de la vivienda ni la edificación masiva de viviendas de muy bajo costo, que es la que efectúan las familias en los pueblos jóvenes. En Lima solamente 6% de las viviendas están en situación de extrema precariedad (esto es, en esteras), mientras que el resto habita en viviendas que al menos tienen muros exteriores y esperan un techado definitivo. La cantidad de familias por lote se ha modificado: mientras que en las viviendas precarias habita por lo general una familia, en las demás habitan dos o más familias, por tanto la segunda familia habita en condiciones de precariedad. Un proceso de densificación de vivienda podría producir más viviendas en el mismo lote donde, por lo general, ya existen los servicios y equipamientos mínimos que aseguran que esa familia solamente requiere de una vivienda adecuada para superar las necesidades urbanas insatisfechas; mientras que en el primer caso, se necesita el acceso al agua, a la educación y demás para situarse por encima de las necesidades básicas insatisfechas.

Además del asunto del déficit de vivienda en los pueblos jóvenes, debe prestarse atención a la situación de las áreas tugurizadas, en particular en las ciudades de Lima, Arequipa, Trujillo y Cusco. El deterioro de

estas áreas solamente puede ser evitado por medio de una política de renovación urbana, que aparece como demasiado cara si es que se justifica únicamente en acciones de preservación cultural y patrimonial, que constituyen el principal interés de las autoridades locales y nacionales. Las acciones de renovación urbana inspiradas en asuntos de conservación y revitalización patrimonial, consideran que los habitantes de estas áreas no necesitan ser “revitalizados” y, más bien, constituyen un estorbo y hasta la causa del deterioro de estos tejidos urbanos.

Tanto en lo que se refiere a los pueblos jóvenes como a las áreas tugurizadas de los centros urbanos, ocurre el mismo problema conceptual. La noción de “mejoramiento urbano” no es entendida en toda la acepción del concepto, que involucra a la vez al mejoramiento del tejido urbano como el de las viviendas, respetando ante todo al vecindario. En el caso de las áreas tugurizadas hasta donde se llega es al mejoramiento de las áreas públicas y de ciertas edificaciones de gran valor monumental, no importando los habitantes, que normalmente se quiere desalojar y reubicar en nuevos pueblos jóvenes. En relación a los pueblos jóvenes, se ha anunciado el inicio de programas de mejoramiento urbano, que están inspirados en las propuestas del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), que sostiene que en los barrios muy pobres no hay nada más que hacer que acciones de mejoramiento público y no de mejoramiento o apoyo a la vivienda.

Eficiencia sin gobernabilidad

En esta sección quisiéramos abordar algunos asuntos vinculados a la gobernabilidad en las ciudades. Respecto de ello, conviene trabajar dos elementos: las políticas de la organización social y el proceso de regionalización.

La consolidación urbana de las ciudades más grandes del país, unido a los fenómenos de mercado han traído consigo procesos de heterogeneidad y diferenciación de la población.

La juventud urbana, por ejemplo, no sigue patrones únicos de conducta, aún en quienes pertenecen al mismo sector socioeconómico. En un mismo ámbito geográfico, podemos encontrar barrios muy nuevos

junto con áreas bastante consolidadas y con todos sus equipamientos. Las familias tienen como opción un comportamiento que las agrupa en organizaciones vecinales —para las que todo asunto que acontezca en la comunidad es de su incumbencia, tal como en un gobierno local— junto con organizaciones funcionales, que agrupan a los individuos por áreas de interés. Más aún, si en las décadas del sesenta y setenta predominaba la acción de las organizaciones vecinales, ahora predomina la organización de tipo funcional.

Así, debido a que la mayoría de los habitantes de un pueblo joven eran niños, las organizaciones de padres de familia, responsables de los asuntos escolares pertenecían o eran dependientes de la organización vecinal. En nuestros días, las asociaciones de padres de familia (APAFAS) no tienen relación estable con las organizaciones vecinales que, de manera general, están en proceso de declinación. Esta no solamente obedece al hecho de que consolidación urbana y la municipalización de los asuntos vecinales hacen menos necesaria la acción colectiva, sino también al hecho de que las políticas públicas de compensación social han evitado tratar con las organizaciones vecinales, prefiriendo un tratamiento más segmentado a la organización social. Adicionalmente, la crisis económica y las políticas populistas han debilitado la capacidad de la población de sostener a sus dirigentes, que actúan sobre la base voluntaria. De esta manera, aún en los barrios nuevos, en donde es necesaria la acción de toda la comunidad para atender asuntos de regularización del suelo y de acondicionamiento territorial, es patente la falta de cohesión de la organización. La modalidad en que se han llevado a cabo las políticas de compensación social ha tenido mucho que ver con este fenómeno de debilitamiento y subordinación de la organización social. Las políticas públicas han buscado sectorizar a la población más que reforzarla. Al buscar focalizar la pobreza, se ha buscado relación con las organizaciones de los más pobres, dejando de lado a las organizaciones de los pobres. Esta separación entre pobres y muy pobres resulta artificial en la vida de los barrios. Ella, escinde a las organizaciones sociales convirtiéndolas en organizaciones con un solo propósito y un solo canal de relación con el Estado y los organismos de apoyo social (incluyendo las ONG's). La separación de la comunidad entre pobres y muy pobres, rompe el mejor camino de subsidio cruzado que ha existido en la sociedad peruana que es, precisamente, el subsidio

que los pobres de la sociedad han hecho hacia los muy pobres de la misma comunidad.

Probablemente, el tema de los nuevos pueblos jóvenes grafique mejor que nada esta escisión entre los pobres y los muy pobres. Un estudio efectuado por Desco en el año 2001 en el cono Sur de Lima, ha ubicado los nuevos asentamientos humanos de la última década. Ellos ya no se asientan en terrenos que pueden ser habilitados con facilidad, sino en áreas de riesgo y en las partes más altas donde resulta demasiado caro no solamente la construcción de las viviendas, sino la dotación de servicios y equipamiento. Se trata de alrededor de 25.000 nuevos lotes, en donde lo que aparece es la pobreza extrema segregada de la pobreza, asunto inédito en el país hasta la década de los noventa.

El reciente proceso de regionalización, por otra parte, trae importantes cambios en el país. Con las elecciones regionales se ha abierto formalmente las puertas para una descentralización del Estado y para la mejora del proceso de toma de decisiones local. Los recursos que se han asignado, hasta el momento [2006], son sumamente reducidos y no se comparan con los que sigue manejando el gobierno central. Las regiones poseen recursos propios que, como es el caso del Arequipa, no superan a veces la suma de 10 millones de soles anuales. En nuestros días se viene transfiriendo a las regiones una serie de programas gubernamentales, tales como FONCODES, PRONAMACHS, Proviás rural y demás, que tienen un presupuesto mayor de 700 millones de soles anuales, lo cual excede el total de los presupuestos de los gobiernos regionales. Sucede, sin embargo, que estos programas se han formulado sobre la base de acuerdos nacionales de financiamiento con organismos internacionales y no permiten a las regiones un margen de maniobra tal que haga que sean puestos al servicio de los proyectos regionales, a menos que éstos movilicen recursos extra que no disponen. En otras palabras, los gobiernos regionales se convierten –al menos en esta fase– en operadores de programas nacionales.

El tema de la regionalización resulta de suma importancia en lo que a la gobernabilidad local y nacional se refiere. La legislación respecto del manejo presupuestal establece tanto para los gobiernos municipales como regionales la necesidad de hacer planes y presupuestos de manera participativa. La modalidad de participación que permite la ley pareciera muy amplia en lo que a procedimientos se refiere, pero resulta siendo dema-

siado restringida respecto al tiempo para el proceso de discusión y toma de decisiones, puesto que ello está normado en función de los intereses y la visión del Ministerio de Economía y Finanzas y los plazos que desde el ministerio —y no desde las municipalidades y las regiones— se consideran adecuados para su accionar. El procedimiento aprobado para hacer planes y presupuestos no considera los siguientes asuntos clave para garantizar que ellos sean un vehículo de participación de la sociedad y, por tanto, de gobernabilidad local:

- No se considera un suficiente grado de libertad local, ya que, como se indicó, varios programas y recursos vienen “amarrados” desde el gobierno central.
- No se proporciona suficientes recursos para la capacitación de funcionarios y sociedad civil, con el objeto de efectuar los procesos participativos de manera holgada.
- No se considera que el proceso de participación tiene que ser gradual: se permitió a las municipalidades solamente un mes para hacer planes participativos y no se dará recursos a éstas para que hagan esta actividad en 2004.
- No se proporciona libertad para el manejo presupuestal.
- Ahora las municipalidades tienen menos libertad en el manejo de sus ingresos que antes de la nueva ley municipal, lo cual es incongruente con el reducido monto de recursos que manejan.
- No se garantiza que los montos presupuestales aprobados entre gobiernos y sociedad civil —según los procedimientos del Ministerio de Economía y Finanzas— vayan a ser efectivamente puestos a disposición de estos organismos, con lo cual se genera frustración y se amenaza el pacto social que pueda haber sido establecido en ese momento.

El resultado es que en el mejor de los casos pueden cumplirse objetivos de eficiencia en el gasto, pero no de gobernabilidad. En otras palabras, los objetivos de control de gasto desde el gobierno central se cumplen, pero no los objetivos de libertad e iniciativas de regiones y municipios. Esta situación es particularmente crítica en circunstancias en que la credibilidad de los pueblos en el poder central, tanto en el Poder Ejecutivo como en el Legislativo y Judicial, es baja y el país se encuentra atrapado por una

política económica muy restrictiva en el gasto para cumplir con objetivos de estabilidad. Si la regionalización era percibida como un proceso que generaría oportunidades de desarrollo por la vía de permitir el involucramiento de los actores locales en los procesos de decisión, esto es un asunto que no se puede encontrar en la actualidad.

Adicionalmente, conviene preguntarse si los procesos de decisión local son relevantes para las decisiones de importancia macro regional.

Un estudio efectuado por la Universidad de Lima muestra que el sector privado tiene desconfianza y desaprobación frente a los procesos regionales de toma de decisiones, como se muestra en el cuadro 6.

El resultado de ello, es que las decisiones sobre las más importantes inversiones de impacto regional se toman en la capital y entre pequeños grupos poco transparentes. Es de presumir que algunas decisiones tomadas entre al gobierno central y las grandes empresas no coincidan necesariamente con las prioridades (caso del cultivo de la caña para producir alcohol en San Martín) o, inclusive, con los intereses (caso de la minería en Piura) de los gobiernos regionales o locales.

Cuadro 6. Percepcion sobre procesos de descentralización				
		Mucho	Poco	Nada
Grado en que la descentralización beneficiará a la empresa privada		19,4	46,3	34,3
Grado en que la descentralización logrará impulsar el desarrollo de las regiones		22,4	50,0	27,6
Grado de conformidad con la ley de descentralización que crea 25 gobiernos regionales con administrativa y económica	Muy de acuerdo	De acuerdo	En desacuerdo	Muy en desacuerdo
	2,2	35,8	30,6	29,9
Fuente: Universidad de Lima, Grupo de Opinión Pública, Perúmetro #6, opinión de los líderes empresariales 2002. Muestra en julio 2002 de 134 presidentes de directorio de las 1 mil empresas con mayor facturación a nivel nacional.				

Lima: descentralización, democratización y desarrollo*

Jaime Joseph

Son cada vez más escasos los países cuya genealogía histórica o contrato social sean tales que el territorio baste para definir la nación como una evidencia. La “evidencia territorial” en los pocos países en los que pudo imponerse la historia, se cuestiona hoy por parte de un conjunto de fenómenos económicos. Nuevas formas de la modernidad económica atacan hoy el fundamento territorial de la modernidad política, tal como la hemos pensado durante siglos... (Guéhenno, 1995).

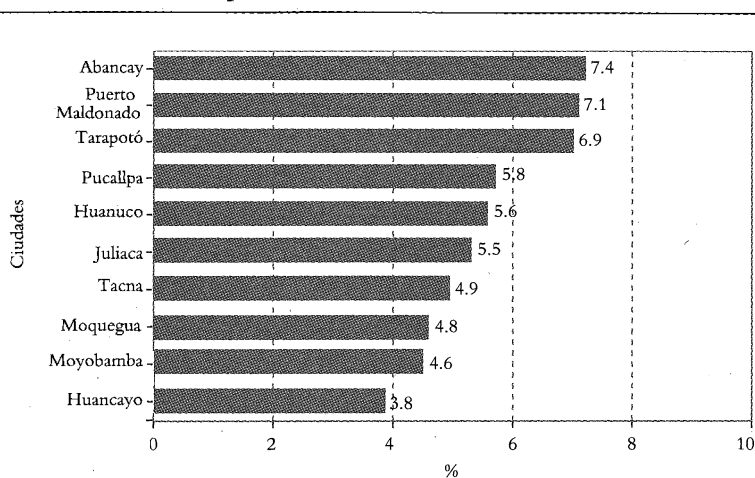
El centralismo limeño

La estrategia de descentralización, al igual que la estrategia de participación, es esencial para resolver varios de los problemas estructurales que afectan a la población y a la nación peruana. Sólo en los escenarios subnacionales será posible reconstruir el nexo entre la lucha contra la pobreza y las políticas sociales y una estrategia de desarrollo. La democracia ha sido inestable a nivel nacional debido a las grandes brechas que han dificultado la forja de una nación peruana. A nivel subnacional, en el contexto de la descentralización, hay mejores posibilidades para construir y consolidar un sistema político democrático. Las experiencias de participación directa, experiencias que se dan en los distritos y en las regiones, son un factor importante en esta tarea. Las diferencias culturales y étnicas, la exclusión, las desigualdades de género y las tremendas brechas sociales y económicas, que hacen prácticamente inoperante cualquier sistema político democrático, pueden ser tratadas mejor en escenarios subnacionales, en particular en las ciudades donde el encuentro de lo diverso es más factible.

* Publicado originalmente en: Joseph, Jaime (2005). “Lima, descentralización, democratización y desarrollo”, en: Joseph, Jaime. *La ciudad, la crisis y las salidas*. Lima: UNMSM.

Durante mucho tiempo, y aún hoy, el proceso de descentralización ha sido considerado y abordado como un proceso “contra el centralismo limeño”. De hecho, hay cifras que se repiten y que muestran en qué medida dicho centralismo existe. El crecimiento demográfico de la capital, en los años de industrialización fue más de 5% anual. Lima es una de las pocas ciudades de Sudamérica que ha mantenido su primacía. Es cierto que la tasa anual de crecimiento poblacional se redujo de 5,5%, en 1972, a 3,9%, en 1981, y 2,4%, en 1993. Hay otras ciudades en el país cuya tasa de crecimiento es mayor que el promedio nacional de 2,0%, debido a actividades comerciales, productivas y sobre todo extractivas, pero este crecimiento relativo no ha afectado en lo sustancial la primacía de la capital.

Gráfico 1. Ciudades que más crecieron, 1993



Fuente: INEI, 1996 (en Castellanos, 2003:18).

Cuadro 1. Principales ciudades del Perú, estimado 1998

	Nombre	Departamentos	A E 1998-07-01
1	Lima	LIM	7.060.600
2	Arequipa	ARE	710.103
3	Trujillo	LLI	603.657
4	Chiclayo	LAM	469.200
5	Iquitos	LOR	334.013
6	Piura	PIU	308.155
7	Huancayo	JUN	305.039
8	Chimbote	ANC	298.800
9	Cusco	CUS	278.590
10	Pucallpa	UCA	220.866
11	Tacna	TAC	215.683

Fuente: Ulrich Buys.

Lo que no ha sido debidamente estudiado en los últimos años es el crecimiento demográfico anual de las ciudades en la Selva, tales como Pucallpa (5,6%), Tarapoto (6,9%) y Moyobamba (4,6%). Una de las hipótesis para explicar este crecimiento es la influencia de la violencia política, que ha expulsado a la población rural de sus comunidades, y las actividades vinculadas al narcotráfico. En todo caso, pese a estos cambios en las tendencias de urbanización, Lima no ha perdido su primer lugar y no hay índices claros de que las ciudades secundarias estuviesen formando redes o un sistema urbano como sustento del desarrollo regional o macrorregional. Será necesario, pues, observar el proceso de regionalización para ver si la planificación regional y macrorregional de desarrollo va a contribuir a crear redes entre las ciudades.

La preponderancia de Lima no se expresa sólo en términos de población, sino también en la concentración de los poderes económicos y políticos. El gobierno central controla el 90% del presupuesto nacional y el 80% de los gastos se realizan en Lima.¹ Las cifras siguientes dan una idea

1 Sin embargo, este 80% es más un reflejo del centralismo burocrático que del gasto efectivo. Por ejemplo, los gastos militares y de la policía son todos manejados desde Lima; y antes de la regionalización, todos los gastos en educación fueron realizados desde Lima.

de los recursos que se concentran actualmente en la capital: El 29 % de la población del país (INEI, 1999); El 55% del PBI del país, en el año 1996 (INEI, 1999); El 56% del PBI industrial, en 1996; El 76% del PBI comercial, en 1996; El 85% de los establecimientos industriales, en 1996; El 80% de la inversión privada, en 1996; El 86% de los depósitos y el 84% de las colocaciones, de la Banca Múltiple para el año 1999 (INEI, 1999); El 22% de los ingresos tributarios, para 1999 (Superintendencia Nacional Tributaria); El 26% de la recaudación del Impuesto a la Renta, para 1999; El 27% de la recaudación del I.G.V.; El 84% de la recaudación aduanera.

La otra cara del centralismo limeño

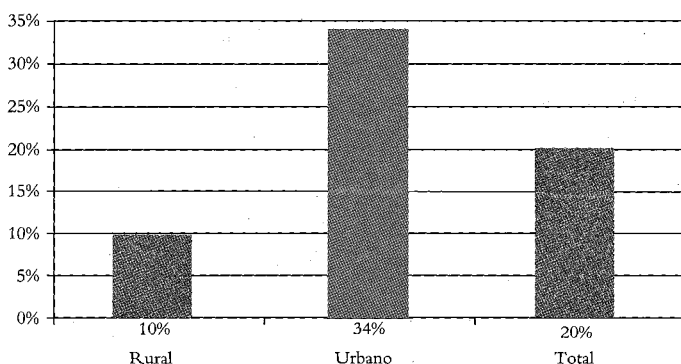
Sin embargo, si se enfoca el “centralismo” limeño desde la población, desde su bienestar, se descubre otra imagen. En Lima Metropolitana, se encuentra la pobreza endémica y masiva. Según Herrera (2003), el índice de pobreza en Lima es de 31,9, pero en los conos es de 40,4% en comparación con el 14,9% de los habitantes “intramuros”. Por ejemplo, según el Cuadro 2, mientras en Miraflores, un distrito del área consolidada de la ciudad, el ingreso promedio familiar es de S/.1.566 nuevos soles; en Independencia, un distrito del cono Norte, es de S/.335 nuevos soles.

Los porcentajes de pobreza para Lima están muy por debajo de los 51,6% y 86,4% de la Sierra urbana y rural, respectivamente (Herrera, 2003:5). Si se manejan las cifras en términos porcentuales, lo que casi siempre distorsiona la realidad metropolitana, se concluye que Lima está mejor que las otras regiones. Pero si se considera no a la pobreza sino a las personas que viven en pobreza, este porcentaje equivale a 1.377.000 habitantes y es claro que la pobreza masiva es urbana. Los datos de la Encuesta Nacional de Hogares (ENAHOG)² indican que entre 1997 y el 2000, hay casi 1.600.000 nuevos pobres en las zonas urbanas (Flores, 2003:2). Entre 1985 y 1996, la pobreza aumentó en 7,4% a nivel nacional, y en Lima Metropolitana en 12,3%. La pobreza extrema en el país, según las estadísticas oficiales, ha descendido en 1,8% a escala nacional, pero en el departamento de Lima ha aumentado en 1,4%. La Encuesta de

Cuadro 2. Ingreso promedio familiar, según distrito, 2000	
Distrito	Ingreso promedio (S/.)
Lima	687,3
Ate	339,3
Barranco	921,7
Breña	739,6
Carabaylo	504,2
Chaclacayo	776,6
Chorrillos	656,3
Comas	446,1
El Agustino	443,1
Independencia	335,7
La Victoria	544,2
Lince	1.249,3
Los Olivos	524,6
Lurigancho	553,8
Magdalena del Mar	501,3
Magdalena Vieja	1.632,6
Miraflores	1.566,9
Puente Piedra	497,3
Rímac	954,8
San Borja	1.927,4
San Isidro	798,8
San Juan de Lurigancho	408,3
San Juan de Miraflores	531,9
San Luis	998,4
San Martín de Porres	779,7
San Miguel	1.423,2
Santa Anita	465,9
Surco	1.746,8
Surquillo	897,0
Villa el Salvador	289,8
Villa María del Triunfo	528,9
Fuente: Encuesta Nacional de Hogares 2000, DESCO, en Angulo (2001: 27).	

Niveles de Vida (ENNIV) muestra que a nivel nacional la población que vive en condiciones de pobreza ha pasado de 57,4%, en 1991, a 54,1%, en el 2000, y que la pobreza extrema ha disminuido de 26,8% a 14,7% en el mismo periodo; mientras que en Lima el nivel se ha mantenido o incluso aumentado a 41,5%, según INEI.

Gráfico 2. Variación en el número de pobres, 1997–2000



Fuente: INEI, Encuesta Nacional de Hogares, 2007.

La pobreza en términos relativos y absolutos es un problema que crece en los sectores urbanos y limita las posibilidades de desarrollo y de la gestión democrática en las ciudades. De igual o mayor importancia es la creciente brecha entre ricos y pobres que se manifiesta en Lima Metropolitana más que en otros lugares, como se puede apreciar en el cuadro siguiente:

Cuadro 3. Porcentaje de población pobre y Coeficiente de GINI, según área geográfica, 1994-2000

Área Geográfica	Lima Metropolitana			Resto Urbano			Total		
	% Pobres	% Pobres extremos	GINI	% Pobres	% Pobres extremos	GINI	% Pobres	% Pobres extremos	GINI
1994	42,4	5,5	0,363	50,4	13,0	0,374	53,4	19,0	0,392
1997	35,5 ³	2,4	0,384	48,9	7,6	0,332	50,7	14,7	0,386
2000	45,2	4,7	0,404	49,8	8,4	0,370	54,1	14,8	0,403

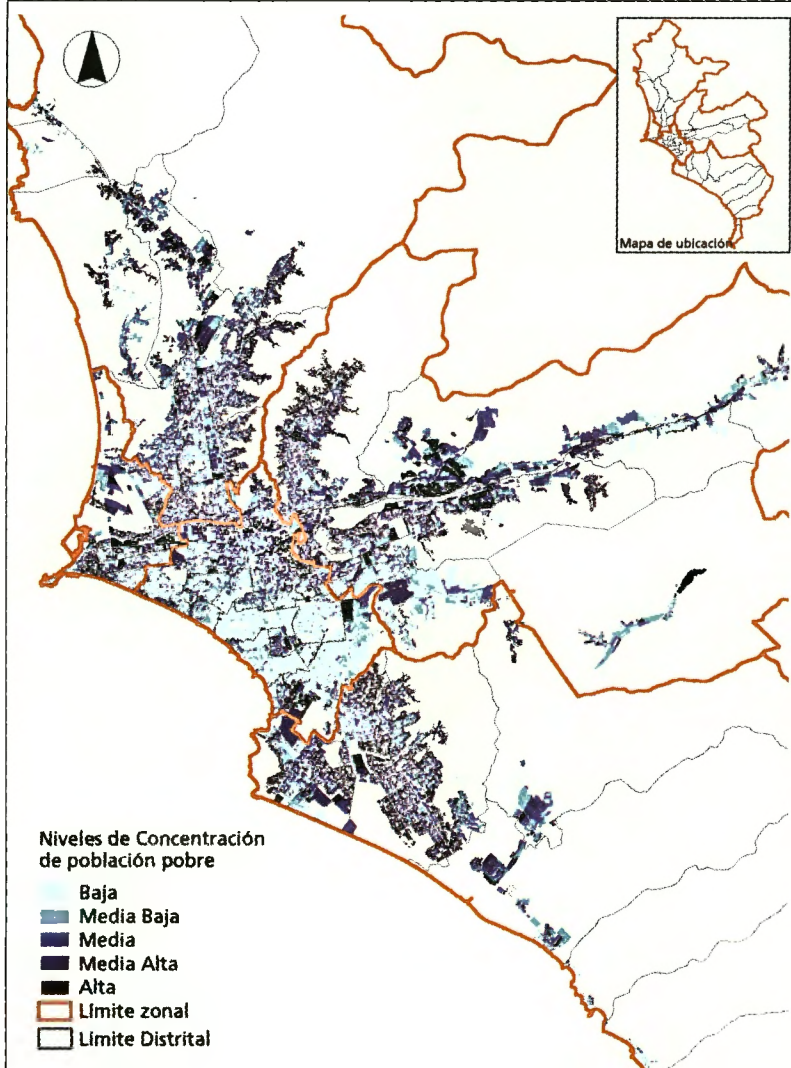
Fuente: Cuánto, Encuesta Nacional de Niveles de Vida, 1994-1997-2000.

Como se aprecia en el siguiente mapa, los conos de Lima siguen albergando a la mayoría de las personas que viven en condiciones de pobreza, lo que es un obstáculo para la articulación de la ciudad. Lo que se ha producido en Lima y en las otras ciudades son *deseconomías urbanas*.⁴ Por ende, mirar a Lima como la beneficiaria del centralismo, a la luz de la información estadística, y poner a los limeños como enemigos del proceso de descentralización resulta un despropósito que responde a un prejuicio difícil de superar. Sin duda, el hecho de que la mayoría de sus pobladores no se sentían partícipes de los beneficios del centralismo limeño se refleja en una encuesta que muestra que éstos, en mayor porcentaje (37%) que cualquier otro departamento, consideraban que la descentralización era un objetivo de primera importancia.

3 Las cifras de 1997 son de dudosa credibilidad, ya que posteriormente se descubrió que los datos del INEI habían sido manipulados por el gobierno. A pesar de ello, el índice de desigualdad seguía aumentando.

4 Según el INEI (1996), las *deseconomías urbanas* son el resultado del desencuentro producido entre una mayor dinámica en el crecimiento de la población urbana de una ciudad con respecto a su crecimiento económico, ocasionando problemas de empleo, servicios y equipamiento, además, del deterioro progresivo del conjunto habitado.

Mapa 1. Mapa de la pobreza de Lima Metropolitana

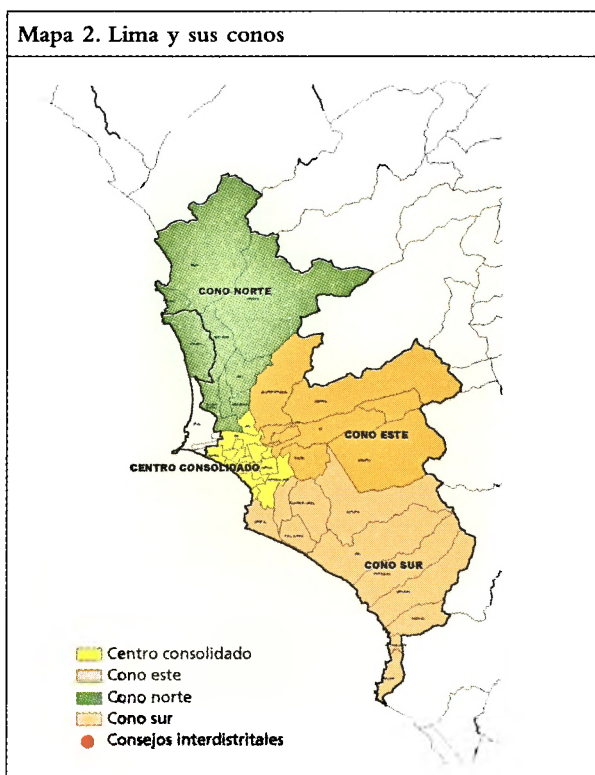


Fuente: INEI

Lima: de la fragmentación a la descentralización (segregación)

Según una encuesta reciente del Grupo Apoyo, el 57% de la población de Lima afirmó que la ciudad le parecía “bonita”. No se explicita el sentido que cada encuestado tenía de “bonita”, pero se puede suponer que se refería, no tanto a la belleza física, a algo más amplio, como un lugar de pertenencia, de libertad, de oportunidades.

Sin embargo, Lima es, y ha sido en todas sus etapas, una ciudad segregada, pero a la vez articulada. No llegó a reproducir el modelo de ciudad europea compacta, pero tampoco reflejó el modelo norteamericano de un centro urbano rodeado de suburbios (Sabatini, 2003).



En la etapa de gran expansión migratoria desde la segunda mitad del siglo pasado hasta 1993, fecha del último censo en el Perú, se encuentran zonas claramente diferenciadas, pero con formas de articulación, principalmente por las relaciones de trabajo y el trato con diferentes entidades del Estado y servicios. Por su geografía, el área metropolitana urbanizada se expandió en tres conos: Norte, Este y Sur, cada uno en torno a la cuenca de un río: Chillón, Rímac y Lurín. Estos conos recibieron a los migrantes y dieron a Lima la imagen de una ciudad segregada, con una zona céntrica consolidada y zonas marginales. La segregación en la etapa de expansión tenía muchas características que reflejaban la desigualdad y la marginalidad expresadas en el tipo de trabajo (diferencias de clase) e ingresos, diferencias culturales y raciales, calidad y acceso a servicios básicos urbanos, salud y educación. Muchas de estas condiciones existen todavía. Sin embargo, ni antes ni hoy se llegó a zonas extremadamente segregadas, *ciudades* de clases altas y *ghettos* de clases bajas (Poulsen, et al., 2002).

En la etapa de expansión urbana a través de las invasiones, fue un error de muchos analistas urbanos considerar que las diferentes áreas de Lima fueran en un alto grado homogéneas. Sin duda, la solidez y la universalidad de los comités vecinales, las organizaciones barriales dedicadas a la construcción del hábitat, reforzaban estas impresiones. Para los migrantes, su vivienda dependía de su participación en estas organizaciones. También las movilizaciones masivas en contra de la dictadura y la fundación de la federación de pueblos jóvenes daban la impresión de que los barrios populares formaban un solo bloque. Esta impresión corresponde más al observador externo o al espejismo de la izquierda que se ha mencionado en la introducción del texto. Los pobladores mismos eran conscientes de las diferencias entre ellos, las que se reflejaban en sus diversas procedencias, culturas —Quechua o Aymara—, razas —indios, mestizos, negros y criollos— y ricos y pobres —los que podían terminar su vivienda y los que no.

Los mapas siguientes muestran algunos de los aspectos de esta diferenciación. El Mapa 3 indica la cantidad de población que habita en viviendas con características inadecuadas. Como se puede apreciar, está población se ubica en los conos, y en particular en las zonas periféricas y en los cerros, por ser los únicos terrenos disponibles debido a la saturación de las áreas habitables.

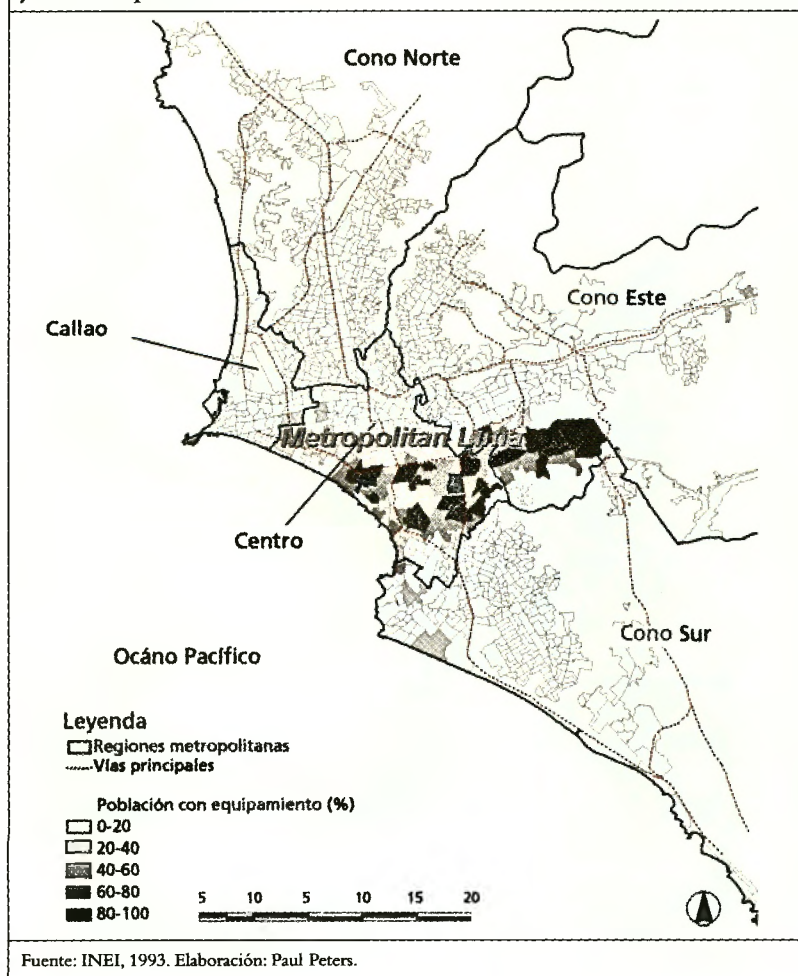
La ocupación de las zonas altas de Lima Metropolitana, con pendientes mayores de 15%, es la modalidad de crecimiento lento, paulatino, pero que va rebasando los límites previsibles (accesibilidad a servicios, entre otros). Casi el 20% de las áreas ocupadas de la ciudad entre 1981 y 2000, ocupan estos bordes riesgosos (Alternativa, 2004).

[illegible]

Fuente: INEI

Los mapas 4 y 5 muestran la concentración de la población que posee los bienes domésticos comunes.

Mapa 4. Porcentaje de viviendas con teléfono, T.V. a color y vehículo personal



Mapa 5. Segregación de viviendas con bienes domésticos, Lima



Fuente: INEI, 1993. Elaboración: Paul Peters.

Segregación post-ajuste

Con los cambios producidos por las políticas de ajuste estructural, también cambiaron las condiciones de segregación en Lima y la percepción de ella. Además de la crisis económica y de los cambios en el mercado de trabajo, se llegó al final de la expansión urbana masiva. En los barrios populares, los conos de Lima, los hijos de los migrantes y los nuevos migrantes fueron obligados a ocupar zonas libres, bolsones de terreno en las partes altas de los cerros donde construir es más caro –al igual que la instalación de los servicios básicos– y más riesgoso. La precariedad del hábitat de estos habitantes *marginales*, en comparación con las zonas consolidadas de los barrios populares, es una señal de los cambios que se están produciendo en estos barrios.

En cuanto a las condiciones de trabajo, a diferencia de lo que ocurre en la ciudad tradicional, en la que el lugar de trabajo era separado de las zonas residenciales, los trabajadores informales hoy, sobre todo los micro y pequeños empresarios, están obligados, por los altos costos de producción y la severa competencia, a ubicar sus talleres y tiendas en su vivienda. En muchos casos, sólo una cortina separa el ambiente de trabajo de los comedores y dormitorios de la familia.

El gobierno, a través del Instituto Nacional de Desarrollo Urbano del Ministerio de Vivienda, ha hecho de la práctica una política del Estado en el programa Vivienda Productiva. Las familias de los microempresarios padecen de otra forma de segregación negativa, que es el deterioro de su hábitat (Alternativa, 2004: 34). El Mapa 6 muestra las zonas de mayor densidad de empresas por manzana.

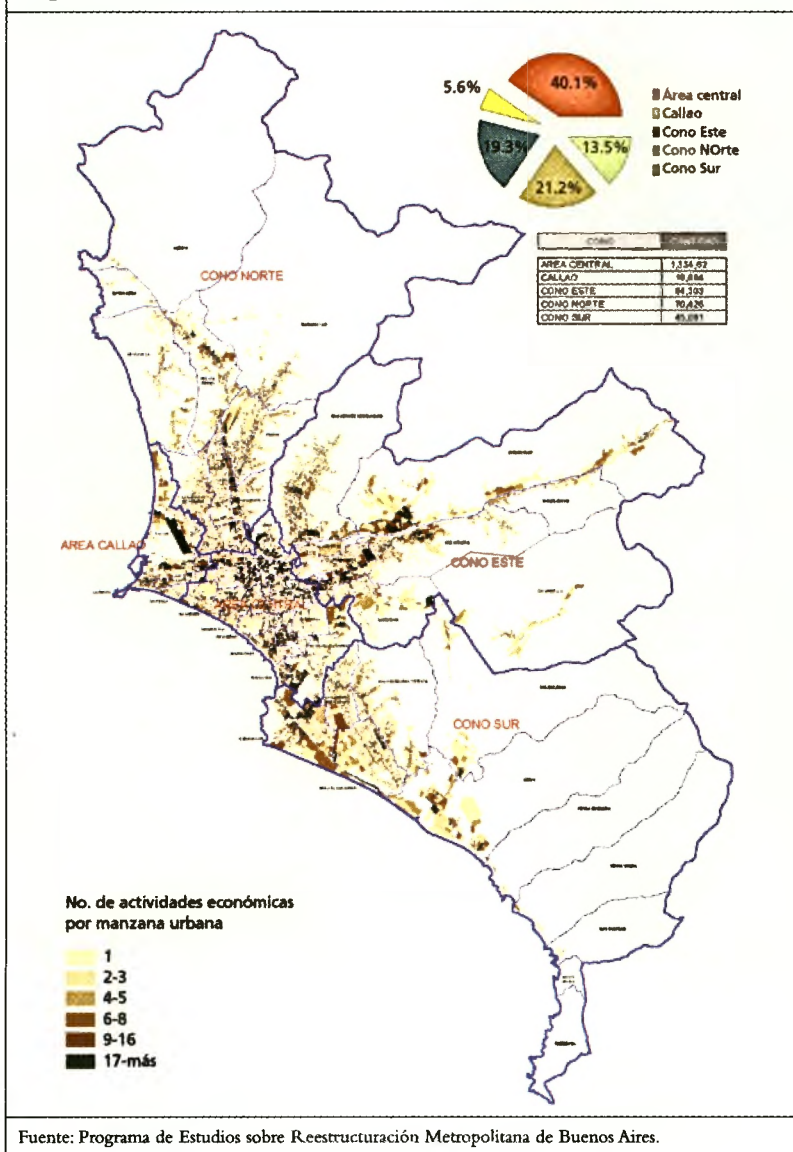
Los Mapas 7 y 8 indican el grado de segregación social en las diferentes zonas de Lima Metropolitana. El Mapa 7 identifica espacialmente el potencial de contacto, *Exposure*, es decir “el grado de contacto potencial o la posibilidad de interacción entre los miembros de grupos mayoritarios o minoritarios dentro de las unidades de análisis” (Massey y Denton, 1988). El Mapa 8 indica el grado de exclusión, *Isolation*, es decir “el grado en el que los grupos mayoritarios y minoritarios están segregados los unos de los otros.”⁵ Cada mapa muestra, pues, que se mantiene la segregación social en un alto grado en los conos de la metrópoli.

Uno de los factores que está contribuyendo a la segregación y la heterogeneidad de las diversas zonas de la ciudad, es la violencia y la delincuencia. No sólo las zonas de mayores ingresos se encuentran cerradas por rejas y custodiadas por vigilantes. En todos los distritos de Lima, incluidos los conos, se encuentra este tipo de protección. Es más, en las zonas más pobres están apareciendo las rondas urbanas. No cabe duda de que la violencia y el crimen también contribuyen a la segregación de la ciudad en cuanto impiden o limitan la libre circulación de los pobladores. No hay estudios que determinen cuál es el impacto de la criminalidad en la libertad de circulación, pero es un factor innegable.

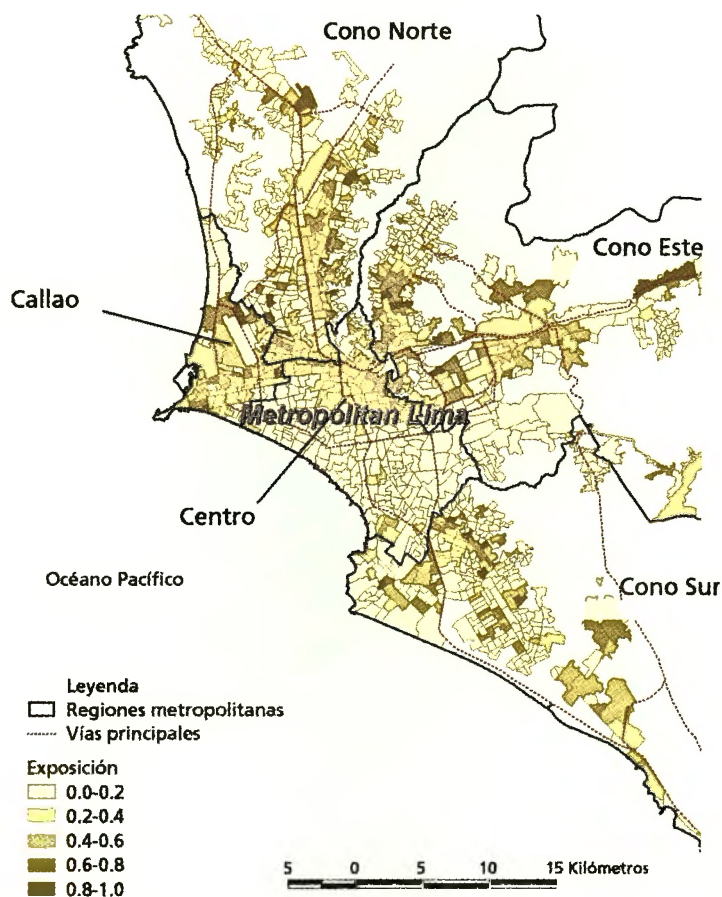
Un aspecto de los cambios en la segregación, tan importante como los indicadores económicos y espaciales, es la percepción de los pobladores de sí mismos y de sus vecinos. Con el término de la etapa de construcción colectiva de la vivienda y el aumento del empleo informal individual, la población está perdiendo el sentido de su rol individual y colectivo de constructor de la ciudad y de pertenencia al barrio. Además, como señalamos anteriormente, se está perdiendo la confianza entre los vecinos. Cualquier estrategia que se proponga para las ciudades tiene que vulnerar esta pérdida de voluntad y fuerza de cambio. En los actores urbano-populares, los sentimientos de desprecio, sumisión, odio, resistencia, lucha o concertación y articulación influyen en su manera de actuar y afectan las relaciones sociales entre todos los habitantes de la ciudad.

ción entre lo urbano y lo rural. Uno de los errores en la estrategia de ISI fue no integrar al agro. Lima, como las otras ciudades principales del país, está integrando las zonas rurales a las dinámicas de la ciudad extendida en el sentido de Friedman (2002).

Mapa 6. Concentración de actividades económicas en vivienda, 2000



Mapa 7. Exposición de las poblaciones mayoritarias y minoritarias



Fuente INEI, 1993. Elaboración: Paul Peters.

Mapa 8. Exclusión de las Poblaciones Mayoritarias y Minoritarias



Fuente: INEI , 1993. Elaboración: Paul Peters.

En resumen, es cierto que la pobreza en Lima ha aumentado y extendido más allá de las zonas tradicionalmente consideradas pobres. Hay sectores de la clase media viviendo en distritos mesocráticos y de clases altas que han pasado por debajo de la línea de pobreza. Sin embargo, los mapas de segregación siguen mostrando una concentración de la pobreza en sectores periféricos y conales. Sigue vigente lo que Sabatini llama “el patrón tradicional” de segregación (Sabatini, 2003: 6). Las medidas de exclusión: económicas, como el costo del terreno, los impuestos y los arbitrios; políticas, como zonificación, límites de terrenos, tipos de construcción; y culturales, como el racismo, aún tienen su impacto.

De otro lado, hay también una cara positiva de la segregación espacial en los barrios populares, donde se encuentran nuevas funciones y acciones dentro de los conos. Así pues, están apareciendo zonas especializadas que ofrecen servicios y productos no sólo a los habitantes del barrio o del cono, sino a toda la ciudad. Por ejemplo, el lugar para comprar los muebles baratos y de buena calidad que la clase media necesita, es en el distrito de Villa El Salvador, en el Cono Sur. En el Cono Norte, las discotecas del Boulevard en los distritos de Comas y Los Olivos son lugares que atraen a jóvenes de toda la metrópoli. En el Cono Este, se encuentran el principal mercado de abastecimiento de productos agrícolas y las zonas de recreo. Éstas son sólo algunas de las actividades que generan flujos entre las diferentes zonas segregadas.

El Mapa 10 muestra algunos de los nodos de consumo y entretenimiento que están creando puntos de confluencia o “espacios públicos” y cambiando la fisonomía de la ciudad. Hay nuevos nodos, *hubs*, en Lima: Mega Plaza, conglomerado de Caquetá, Puente Piedra, Plaza Asia, Villa El Salvador (VES), Boulevard Comas, Barranco, Gamarra, Plaza San Miguel, Jockey Plaza, Av. La Marina, Larco Mar, entre otros. Estos nodos tienen diferentes características étnicas y culturales, pero no son nodos cerrados. Hay mucha circulación de la población limeña entre estos nodos.

Mapa 9. Nuevos Nodos en Lima Metropolitana



Elaboración: Alternativa.

Cambios en los barrios urbano-populares

En los últimos años, los cambios en los conos de Lima muestran que no sólo son espacios segregados que albergan a la mayoría de la población que vive en condiciones de pobreza, sino que también son espacios potenciales de desarrollo económico endógeno. Un ejemplo de este potencial es la inversión hecha el año 2003 por un consorcio de empresarios en el corazón del cono Norte. Ellos invirtieron más de \$50 millones de dólares, creando el centro comercial que se conoce como *Mega Plaza*.

En este centro, se encuentran las cadenas comerciales y de comida rápida más importantes, además de diversos bancos. Anteriormente otros supermercados habían abierto establecimientos en la zona, pero la inversión y su impacto fueron menores. Además del Mega Plaza, se han construido salas de cines que son equiparables a las mejores de Lima y el *Gold's Gym*, anunciado como "el gimnasio más grande del Perú".

Por un lado, este sorpresivo hecho ha cambiado la imagen que se tenía de los conos como lugares de "pobres". Pero, por otro lado, hay mucha preocupación por los efectos que tendrá el Mega Plaza en la población del cono Norte. Es evidente que está causando el cierre de muchos pequeños comercios y mercados que no pueden competir. Los micro y pequeños productores también están siendo perjudicados, en tanto estas grandes cadenas comerciales y restaurantes promueven la importación de insumos y bienes finales, desplazando lo producido en el propio territorio con la consiguiente pérdida de empleo.

Un aspecto poco estudiado en la segregación espacial son los símbolos que dan identidad a un territorio y a sus habitantes. En los años de acelerado crecimiento urbano, el comité vecinal, el local comunal, los mercados locales y la parroquia fueron algunos de estos lugares simbólicos. En los años de lucha contra la dictadura, las calles, las plazas y los parques fueron lugares conocidos, tanto por la policía como por las organizaciones sociales, como espacios tradicionales de encuentro y movilización. Con la transición a gobiernos locales elegidos, las municipalidades y las explanadas donde se realizaron los cabildos abiertos y asambleas fueron también lugares importantes de identificación.

Sin embargo, con la desmovilización y el debilitamiento de las organizaciones sociales, los grandes centros de consumo y recreo reemplazan a los lugares simbólicos de antaño. El comercio y el consumo están creando los espacios públicos, mientras que las rejas y las tranqueras aíslan zonas. No hay símbolos que reflejen la ciudad diversa y articulada. Más bien, ciertos sectores construyen símbolos de diferenciación territorial, tanto los sectores altos como bajos (Caldeira, 2000). En todos los lugares, se encuentran urbanizaciones cerradas, pero también zonas que ofrecen bienes y servicios especializados que generan un flujo entre los habitantes de las distintas zonas.

Lima: de ciudad dormitorio a ciudad satélite

Una de las principales consecuencias de los cambios en las formas de segregación y articulación de las zonas de Lima es que los conos dejaron de ser lugares de “reproducción de la fuerza de trabajo”, considerados como “ciudades dormitorios”. En éstas, los trabajadores retornaban a sus casas en las noches y los fines de semana se dedicaban a la construcción de sus viviendas. En el período de crecimiento por crisis, las ciudades dormitorios se convirtieron en potenciales ciudades satélites, es decir, espacios geopolíticos y económicos, con relativa autonomía dentro de la ciudad metropolitana.

En términos más concretos, este proceso de crecimiento por crisis significó que los miles de despedidos de las fábricas y de las entidades del Estado, junto con los migrantes que seguían ingresando a los conos, además de los jóvenes y mujeres que entraban en el mercado de trabajo, estaban obligados a buscar o crear su trabajo en los conos mismos. El Mapa 6 muestra la concentración de actividades en las viviendas.

Una estrategia descentralizada desde los conos de Lima

Los cambios en la forma de segregación de los espacios de Lima, particularmente en los conos, crean el peligro de que la segregación, entendida como la diferenciación dentro de la ciudad, se convierta en fragmentación. Pero también los cambios crean las posibilidades de iniciar nuevas formas de articulación a partir de los conos mismos. Guéhenno dice que “la nación no tiene más definición que la historia, es el lugar de una historia común... un territorio definido. El arraigo territorial es el fundamento de la libertad, la identidad (genealógica), racial y religiosa. Aumenta cuando la definición territorial se debilita” (Guéhenno, 1995b: 20-21). Es sobre todo desde los territorios subnacionales que podemos construir una nación y una historia comunes.

En el mundo globalizado, el territorio desde el cual se puede abordar mejor esa tarea es la ciudad descentralizada, mas no fragmentada. La crisis y el “remedio” para la crisis, las políticas de ajuste estructural, han agravado la desarticulación de Lima que estaba en vías de consolidación en torno al

desarrollo industrial. En el contexto actual, con un retroceso a una economía primario-exportadora, sería una ilusión optar por una estrategia de reconstrucción de la metrópoli en torno a los ejes industriales. Nuestra tesis sostiene que, desde un enfoque descentralizado de la ciudad, los diferentes conos de Lima tienen el potencial de convertirse en los escenarios principales para consolidar la democracia y promover el desarrollo, vinculando el nivel micro –las necesidades concretas e inmediatas de la población– con el nivel macro –donde se toman las decisiones determinantes en cuanto al desarrollo–. Los conos son potenciales escenarios, de relativa autonomía mas no autarquías, capaces de sostener procesos políticos de democratización y procesos de desarrollo integral, que incluye necesariamente el aspecto económico, pero no sólo aquél, sino también las otras dimensiones de desarrollo como el social, cultural, ambiental, entre otros.

Los espacios geopolíticos y los niveles de intervención

Los conos son potenciales escenarios para el desarrollo y la politización, porque tienen los recursos necesarios para ser considerados como “espacios geopolíticos a nivel meso”. Esta terminología poco elegante, señala dos aspectos centrales de los procesos en curso en los conos de Lima. En primer lugar, el concepto genérico meso es más adecuado que región o subregión, porque no está limitado a las estructuras políticas formales, a los gobiernos regionales. Los espacios meso se refieren a escenarios entre, por un lado, lo estrictamente local por ejemplo un barrio, donde las dinámicas son de reducido alcance y, por otro, el nivel nacional o internacional, que en gran medida está aún fuera del alcance de las dinámicas meso. El espacio geopolítico a nivel meso pretende incluir los procesos que se observan a nivel micro o local. En este nivel, las organizaciones sociales y otros actores intervienen, cada uno en su sector, para resolver los problemas particulares e inmediatos, tales como la vivienda, la alimentación, la salud, etc. Los problemas particulares son abordados en forma aislada, sin relacionarlos con otros problemas u otros actores, y las estrategias son de corto plazo.

En el caso de Lima, en el segundo nivel meso, los conos, las organizaciones sociales y los actores de diferentes tipos y con diversos intereses

interactúan en espacios públicos —público privado y público estatal— para resolver uno o varios problemas que les son comunes. Las dinámicas del nivel meso normalmente se dan en territorios o espacios geopolíticos más extensos y más complejos, tales como un distrito o territorio interdistrital, un valle, una cuenca o una subregión. A este nivel, la visión del desarrollo se amplía en espacio y tiempo; los temas tratados son de mayor complejidad, lo que permite generar mayor relación entre los procesos; se crean sistemas y una mayor interacción entre los actores, por tanto, se crean sinergias. En el nivel meso, aparece el tema y la posibilidad del desarrollo en todas sus dimensiones. También la complejidad de los problemas abordados hace evidente la necesidad de la presencia de una instancia de gobierno, generalmente la municipalidad.

El nivel macro se refiere a lo nacional o internacional. Es el nivel de las decisiones globalizantes, por ejemplo, las políticas macroeconómicas o los modelos de desarrollo. A este nivel, encontramos las instituciones nacionales estatales, en particular el gobierno central, y de las instituciones transnacionales, como la Organización de las Naciones Unidas (ONU), la Organización de los Estados Americanos (OEA), Fondo Monetario Internacional (FMI), Banco Mundial (BM), Organización Mundial del Comercio (OMC), entre otras.

Desde la mirada de los actores sociales y políticos en los niveles local y meso, se encuentra que los procesos y los actores, por lo menos una elite, están en tránsito desde el nivel micro hacia el nivel meso, con inicios de impacto en el nivel macro. La pregunta que se hace es si este tránsito hacia escenarios más complejos se puede hacer sin perder el vínculo con el nivel micro y a la vez influir en el nivel macro; y cuáles son las condiciones que permiten este tipo de tránsito.

Como se puede comprender, no cualquier escenario o territorio puede construirse en un espacio geopolítico meso y ser el lugar de articulación entre los diversos actores y entre los niveles micro y macro. Se requiere de características mínimas necesarias —por lo menos en potencia— para que un territorio pueda ser considerado como un espacio geopolítico meso:

- Recursos esenciales para el desarrollo económico: una base productiva, infraestructura, mercado, empresas, personal calificado, trabajadores

técnicos y profesionales, lo que permitiría hablar de desarrollo económico, producción de bienes de consumo y capital, y de mercado local y exterior.

- Actores sociales, políticos y económicos definidos, activos en los espacios, con capacidad de propuestas y ejecución: organizaciones sociales, particularmente las populares, gobiernos locales, partidos políticos, entidades y gremios de productores, instituciones de profesionales y técnicos como ONG's, universidades y organismos técnicos.
- Formas, estructuras y mecanismos de interacción entre estos actores en torno a temas y problemáticas de interés particular, espacios públicos; por ejemplo, frentes cívicos, comisiones mixtas para el agua y vivienda, producción agrícola, salud, transporte y formas de articular coherentemente estas problemáticas en planes de gobierno operativos en un proceso de desarrollo integral.
- La presencia del Estado, los municipios o los gobiernos regionales, entidades ministeriales.

Una estrategia descentralizada en y desde Lima

La crisis que está desarticulando la ciudad de Lima también está convirtiendo, por necesidad, a los conos en potenciales ciudades satélites o espacios geopolíticos meso. Los cambios han creado las condiciones para contribuir desde los conos a la democratización y desarrollo de la ciudad y del país. Varios autores han analizado las consecuencias para los Estados nacionales de la globalización y de la ideología del desarrollo orientado exclusivamente por el mercado. Sus análisis señalan que los Estados nacionales se han debilitado, y algunos anuncian su fin como escenario y actor principal en determinar el destino de sus territorios y de sus pueblos. El ocaso del Estado nacional contribuye a la crisis de los regímenes democráticos y de sus elites políticas que se muestran incapaces de responder a las demandas que los grupos de riesgo, los condenados de la tierra, hacen a los Estados. La globalización hace casi imposible responder a esas demandas (Guéhenno, 1995:94). Sin embargo, a diferencia de Amin (1994), quien al igual que Wallerstein (1995) pone el énfasis estrictamente en los movimientos disidentes sin considerar los territorios, el enfoque

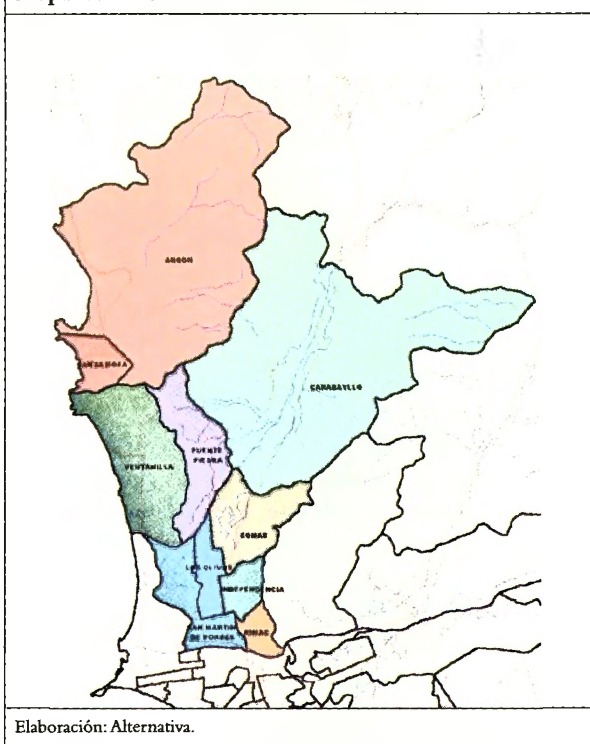
centrado en el nivel meso atribuye una gran importancia tanto a los territorios como a sus actores, reconociendo que si bien los Estados nacionales siguen siendo una parte central de la problemática, los escenarios subnacionales son los lugares desde donde se puede vincular lo que surge desde abajo con las políticas nacionales e internacionales.

Cuando se observa a la ciudad de Lima desde la óptica descentralista, se descubre un potencial para el desarrollo y la democratización, particularmente en los territorios de los barrios marginales, o conos, y en los procesos y actores que se dan en ellos. Los conos reúnen las condiciones para ser considerados espacios geopolíticos a nivel meso. Tienen adecuados recursos naturales y humanos, un potencial económico y la presencia del Estado en la forma de los gobiernos locales. Ahora, con la regionalización de Lima Metropolitana,⁶ se están creando las instancias submetropolitanas de gestión de desarrollo que abren más las posibilidades de crear un sistema político democrático para orientar y sostener el desarrollo en las áreas descentralizadas de la capital, particularmente en los conos.

La estrategia de descentralización centrada en los conos para construir la ciudad y la nación no es ingenua. Las debilidades en los actores y en los recursos económicos y los factores externos adversos, tanto nacionales como globales, son demasiado evidentes como para pensar que el proceso de democratización y desarrollo avanzará por inercia. Las tendencias van en el sentido opuesto, pero existen los elementos necesarios para revertir esas tendencias. Tomando el cono Norte como ejemplo, se puede mostrar que existen en él los elementos esenciales de un espacio geopolítico a nivel meso, con el entendimiento de que en los otros conos de la ciudad existen condiciones similares.

6 En un barrio del distrito popular de San Martín de Porres, un dirigente relató en una entrevista que su comunidad tuvo que "inventar un[a] virgen" para que todos pudieran celebrar juntos. En: Oliart y Joseph (1984).

Mapa 10. El cono Norte como escenario



El área denominada Cono Norte se desarrolla principalmente sobre la cuenca del río Chillón y el espacio intercuenca Chillón-Rímac, a lo largo de dos ejes viales metropolitanos que relacionan a la capital con el norte y centro del país (la Carretera Panamericana Norte y la Av. Túpac Amaru). Tiene una superficie total de 101.160 Has., de las cuales 10.430 (19%) corresponde al uso urbano; 9.313 (16%) a suelo agrícola y pre-urbano y 36 mil (65 %) a zonas de reservas militares. La densidad bruta promedio del cono es de 140 hab./Ha., superior al promedio de Lima Metropolitana (120 hab./Ha.) (Angulo, 2001; Montoya, 2003).

El Censo de 1993 mostró que la población del cono Norte era de 1.524.252 habitantes, en el 2003, de acuerdo con las proyecciones del

INEI (2002). Su población se estima en 2.020.116 habitantes (aproximadamente 23% del total de la población metropolitana).⁷

El crecimiento del Cono Norte ha continuado en los últimos años a un ritmo superior al promedio de Lima Metropolitana. Entre 1993 y 2002, la población aumentó en 32%, es decir, ha crecido a razón de 50 mil personas por año aproximadamente. El Cuadro 4 indica cómo el Cono Norte pasa de ser una población de poco más de medio millón en 1972 a una proyectada en dos millones para 2003 (Montoya, 2003).

Una población heterogénea y con potencial

La población del cono Norte es heterogénea en varios aspectos. Uno de ellos es su lugar de origen. En 1940, el porcentaje de migrantes sobre la población total del cono era 40%. En 1961 pasó a 46,3%, cifra que se mantuvo casi igual hasta el último censo de 1993. Es, por ende, una población con fuerte arraigo andino. Sin embargo, los habitantes de los conos son tan limeños como la mayoría de la población. Como señala Herrera, “mientras que los hogares de los conos residen en sus viviendas desde hace 14.5 años en promedio, el resto de los limeños reside desde hace 16.9 años” (Herrera, 2003:2). La población del cono Norte se ha hecho limeña y sigue siendo joven. Los habitantes de 25 años o menos representan el 54% de la población total. Pero los pueblos jóvenes también envejecen, tanto por la disminución de la mortalidad como por la migración continua de personas expulsadas del campo, más que atraídas por Lima. Los pobladores mayores de 25 años eran el 38% de la población total del Cono en 1981; y en 1993, eran el 46% (Montoya, 2003:85).

El total de hogares con necesidades básicas insatisfechas es de 104.395, lo que equivale a decir que una población de 515,823 habitantes no pueden satisfacer sus necesidades básicas, destacándose los distritos de Comas, San Martín de Porres y Ventanilla.

El sector Educación muestra una realidad diversa. Si consideramos el nivel de educación de la población en general, se observa que en el cono

7 Para ver las indicaciones técnicas de estos cálculos, revisar el texto de Population Study Center, University of Michigan, disponible en: <http://enceladus.isr.umich.edu/race/calculate.html>

Cuadro 4. Población del Cono Norte de Lima Metropolitana, 1972-2003

Ámbito	Población (miles)			
	1972	1981	1993	2003
Ancón	5.58	8.42	19.69	31.56
Carabayllo	27.84	52.80	106.54	151.20
Comas	17.310	283.07	404.35	499.69
Independencia	109.87	137.72	183.92	208.84
Los Olivos	—	—	228.14	305.83
Puente Piedra	18.86	33.92	102.80	173.05
San Martín de Porres	230.81	404.85	380.38	469.50
Santa Rosa	217.00	492.00	3.90	6.06
Ventanilla	16.78	19.70	94.49	172.34
Cono Norte	583.07	940.99	1.524.25	2.020.11
Lima	3.302.52	4.608.01	6.412.80	8.679.56

(*) Proyecciones hechas sobre la base de datos del INEI. Fuente: INEI, 2002

Norte hay un recurso humano con un nivel educativo alto, como fruto de los años de gran inversión en las universidades estatales. El Cuadro 6 muestra que hay casi 300 mil personas con educación superior. Sin embargo, este recurso humano es tanto renovable como no renovable. Los indicadores educativos más recientes muestran una tendencia negativa que debe ser corregida. Se registra un déficit de 887 aulas en el Cono Norte, pese a la campaña de construcción bajo el gobierno de Fujimori.

Cuadro 5. Pobreza en el Cono Norte de Lima

Distritos	Hogares con NBI		Población con NBI	
	Total	%	Total	%
Ancón	2.711	64,70	10.557	62,20
Carabayllo	9.284	40,50	44.848	42,10
Comas	21.671	26,50	119.968	29,70
Independencia	11.322	29,90	61.449	33,50
Los Olivos	14.252	28,40	68.322	30,00
Puente Piedra	12.927	58,80	59.986	60,10
San Martín de Porres	17.174	21,00	93.033	24,50
Santa Rosa	370	50,60	01.515	49,80
Ventanilla	14.684	62,30	56.145	59,50
Cono Norte	104.395	—	515.823	—

Fuente: INEI. Censo 1993. ANC, Sistema de Información para la Vigilancia Social.

Como se ve en el cuadro siguiente, otro aspecto interesante de la situación educativa es la disparidad entre hombres y mujeres, la misma que se refleja también, y como es fácil de comprender, en la actividad económica de las mujeres.

Cuadro 6. Cono Norte: población según Nivel De Instrucción Alcanzado

Distritos	Sin nivel	Inicial	Primaria	Secundaria	Superior	No específica	Total de población de 15 años a más
Ancón	424	28	2.623	7.348	2.522	277	13.222
Carabayllo	3.984	249	15.622	33.425	14.766	1.416	69.462
Comas	11.460	825	58.579	133.978	69.892	3.383	278.117
Independencia	6.246	374	28.817	60.111	31.976	1.601	129.125
Los Olivos	4.632	433	26.268	69.948	52.364	1.937	155.582
Puente Piedra	3.782	188	15.969	32.022	12.268	915	65.144
San Martín de Porres	7.806	773	48.150	119.876	91.985	2.993	271.583
Santa Rosa	97	8	445	1.502	585	131	2.768
Ventanilla	2.048	124	12.217	29.780	13.661	883	58.713
Total Cono Norte	40.479	3.002	208.990	487.990	290.019	13.536	1.043.716
%	3,90	0,30	20,00	46,80	27,80	1,30	100,00

Fuente: INE, 1996.

La demanda tanto en la cobertura como en la calidad de la educación, es central en todos los planes de desarrollo que se han producido en los distritos del Cono Norte. Como en muchos otros casos, se observa un déficit, pero también una necesidad que puede ser cubierta en gran medida por los propios pobladores y municipalidades del cono, si es que cuentan con las condiciones necesarias y el apoyo de los gobiernos locales y de fuentes internacionales. Nuestro enfoque acerca de las necesidades es entenderlas tanto como un déficit y una justa demanda, como una oportunidad para el desarrollo.

El gobierno de Toledo ha iniciado una política de construcción de vivienda para los sectores medios y bajos, pero el objetivo principal es más promover la industria de la construcción que responder a la necesidad de vivienda. Según INEI (1993), en el Cono Norte más de 87 mil familias viven en viviendas inadecuadas y casi 40 mil familias viven en

condiciones de hacinamiento. En el 2002 se calculó el déficit de vivienda a nivel nacional en 1.233.000, entre casas faltantes (26%) y casas inadecuadas (74%) (Alternativa, 2004: 6). En el sector Salud, son 3.316 las camas que se necesitan para cubrir el déficit de los hospitales públicos, que sólo cubren el 20% del total de los requerimientos de servicio. El Cuadro 8 muestra el déficit en servicios básicos.

Cuadro 7. Cono Norte: indicadores de niveles de vida de mujeres y hombres por distritos

Distritos	Años promedio de estudio		Tasa de actividad económica		Tasa de analfabetismo	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Ancón	9,8	8,8	81,9	34,3	1,4	6,4
Carabaylo	9,4	8,5	75,1	32,5	2,7	8,4
Comas	9,9	9,0	72,6	32,6	1,8	6,5
Independencia	9,8	8,8	74,8	35,6	2,2	8,1
Los Olivos	10,8	9,8	73,3	35,0	1,4	4,5
Puente Piedra	9,3	7,9	72,2	30,9	2,7	9,4
San Martín de Porres	10,7	9,8	71,2	34,3	1,5	4,4
Santa Rosa	9,9	9,0	87,3	31,2	1,6	6,7
Ventanilla	9,9	8,9	78,8	33,0	1,7	5,1
Cono Norte	9,9	8,9	76,4	33,3	1,9	6,6
Lima Metropolitana	10,5	9,6	72,3	36,5	1,7	5,4
Fuente: INEI, 1996.						

De demandas a oportunidades

Las necesidades básicas insatisfechas, así como otras demandas de la creciente población en el Cono Norte, pueden ser consideradas como oportunidades desde un enfoque endógeno o autocentrado que pone el énfasis en las posibilidades y en las condiciones necesarias para producir bienes y servicios “desde adentro hacia adentro”. No es una estrategia autárquica: no excluye a las importaciones ni deja de buscar las expor-

Cuadro 8. Déficit de servicios básicos en el Cono Norte de Lima			
Distritos	Población sin agua	Población sin desagüe	Población sin electricidad
Ancón	65,80	68,30	
Carabaylo	34,30	39,70	30,10
Comas	19,90	24,20	10,90
Independencia	13,91	17,50	9,60
Los Olivos	44,00	44,50	30,30
Puente Piedra	72,00	85,10	34,90
San Martín de Porres	16,80	17,50	9,60
Santa Rosa	49,90	68,30	45,70
Ventanilla	70,30	74,10	43,70
Fuente: FONCODES. Mapa de Pobreza 2000 (en Angulo, 2001: 37).			

taciones, pero se basa sobre todo en las capacidades locales para responder a la demanda local. Para evaluar si existen las condiciones necesarias para que en y desde el Cono Norte se responda a esas demandas, hay que analizar los recursos económicos existentes. Es decir, si hay una base real para desarrollar el potencial de los recursos en el Cono Norte y responder a esas demandas. Se estima, aunque se reconoce que falta un estudio del circuito Insumoproducción consumo, que si se dieran las condiciones adecuadas, el Cono Norte podrá responder al 80% de las demandas de la población y aportar bienes y servicios a otros sectores. ¿En qué se basa esta estimación?

En primer lugar, si bien se trata de un territorio con un alto porcentaje de su población viviendo en condiciones de pobreza, no es una población sin capacidad de gasto. La pregunta, entonces, es: ¿cómo responder a esa demanda y quiénes van a responder?

El Cuadro 9 presenta los gastos. Como casi todas las estadísticas, este cuadro puede ser leído para mostrar cuán mal estamos o cuánto potencial existe.

Cuadro 9. Lima Metropolitana y Cono Norte: promedio de gastos corrientes del hogar en dólares (tipo de cambio: US\$1.00 = S/. 3.50)

Respuestas	Lima Metropolitana	Cono Norte
Alimentos	154.7	116.3
Educación	94.4	36.2
Transporte	45.8	30.7
Teléfono	37.9	25.4
Electricidad	20.1	14.3
Agua	10.2	6.6
Fuente: Apoyo Opinión y Mercado, 2002.		

El cuadro muestra que existe una gran disparidad entre los gastos ejecutados por los habitantes del cono Norte, en comparación con el promedio de Lima Metropolitana. Esta brecha sería aún más grande y creciente si se compara el Cono Norte con los distritos más ricos. Pero, desde otro ángulo, si consideramos que se trata de una población de más de 2 millones de personas, se puede concluir que hay una demanda y, por ende, un mercado importante. A estos rubros se deben añadir los de salud, vestimenta, recreación, entre otros. Las necesidades de combatir la pobreza y reducir la brecha entre ricos y pobres también generan oportunidades. Hay, pues, que crear las condiciones para poder responder a este mercado local desde los propios recursos, que no son pocos.

Potencial empresarial del Cono Norte

Sin duda, el factor más importante en una estrategia autocentrada de desarrollo económico son las empresas o unidades económicas. En los inicios del cono Norte, la gran industria ha jugado un papel importante. A mediados del siglo pasado, 10 de las 100 empresas más grandes estaban en el Cono Norte. Asimismo, el eje industrial de la margen izquierda del río Rímac está cerca. Sin embargo, la actividad industrial ha disminuido. Una expresión de esta tendencia es la reducción del área dedicada a la indus-

tria: en 1990, era de 878 hectáreas y en 1996 se redujo a 688 hectáreas (Angulo, 2001: 38).

Sin embargo, esta reducción de la actividad productiva en el Cono Norte no debe llevar a menospreciar su peso y potencial. El estudio de Montoya muestra que los giros principales de las empresas productivas son muebles, prendas de vestir y carpintería metálica (Montoya, 2003: 69).

Predominan las micro o pequeñas empresas y unidades económicas de comercio y servicios. Los siguientes dos cuadros muestran el crecimiento de las pequeñas empresas, que es proporcional a la profundidad de la crisis que obligó a muchos a entrar en el mercado de trabajo, particularmente mujeres y jóvenes. El Cuadro 15 indica que el número de establecimientos económicos del Cono Norte pasa de 27.500, en 1987, a 29.825, en 1993, y 34.963, en 1997. El Cuadro 16 indica que la gran mayoría de estos establecimientos son de servicios y los menos son de producción. En 1993, según el censo de INEI, las empresas de manufactura representaban sólo el 11% de las empresas y los de servicios y comercio representaban el 68%.

Cuadro 10. Lima Metropolitana: Principales tipos de establecimientos de producción

Ámbito	Fábricas de prendas de vestir para caballeros		Carpinterías metálicas		Fábricas de prendas de vestir para damas		Fábrica de muebles para vivienda		Fábrica de calzado de cuero, etc.	
	Número	%	Número	%	Número	%	Número	%	Número	%
Cono Norte	108	16,1	236	27,3	89	8,8	355	26,4	43	23,0
Cono Sur	34	5,1	124	14,4	46	4,6	279	20,7	17	9,1
Cono Este	84	12,6	231	26,8	93	9,2	244	18,1	30	16,0
Área Central	307	45,9	135	15,6	656	65,2	236	17,5	59	31,6
Área Central Sur	90	13,5	89	10,3	111	11,0	157	11,7	36	19,3
Área Bañeros del Sur	0	0,0	1	0,1	0	0,0	2	0,1	0	0,0
Prov. Const. Del Callao	46	6,9	47	5,4	11	1,1	73	5,4	2	1,1
Lima Metropolitana	669	100,0	863	100,0	1006	100,0	1346	100,0	187	100,0

Fuente: INEI, 1997.

Cuadro 11. Lima Metropolitana: establecimientos de las Pymes, según Ámbito Geográfico, 1993-1996

Ámbito geográfico	Establecimiento			
	1993	%	1996	%
Total	72.606	100,0	160.040	100,0
Cono norte	12.582	17,3	30.515	19,1
Cono sur	9.358	12,9	24.888	15,6
Cono este	12.057	16,6	26.666	16,7
Cono centro	33.760	46,5	65.729	41,1
Callao	4.849	6,7	12.242	7,6

Fuente: Actualización de Negocios 1996. III CENEC 1993 (Angulo, 2001:36)

Cuadro 12. Cono Norte: principales tipos de establecimiento de servicios

Tipo	1993 (1)	%	1997 (2)	%
Bodegas	12.349	41,4	13.117	37,5
Restaurantes	1.215	4,1	1.299	3,7
Peluquerías	1.096	3,7	1.034	3,0
Farmacias	576	1,9	937	2,7
Talleres de Mecánica	688	2,3	774	2,2
Librerías	777	2,6	766	2,2
Ferreterías	719	2,4	850	2,4
Otros (*)	12.405	41,6	16.186	46,3
Total Cono Norte	29.825	100,0	34.963	100,0

(*) Incluye tipos que individualmente representan menos del 2% del total.
Fuente: INEI, 1993, 1997.

Una de las características de estas empresas es su baja productividad. En el estudio de Rojas, sobre las unidades económicas de pequeña escala se descubre que sólo el 24,1% del total son unidades con capacidad de crecimiento, 18,6% son de reproducción simple y un mayoritario 57,3% son de subsistencia (Rojas, 1995). Las unidades económicas de crecimiento, son definidas de manera operativa como aquellas que tienen un ingreso

neto mayor a 500 dólares americanos. Las unidades de reproducción simple, son las que tienen un ingreso neto mayor a 150 hasta un máximo de 500 dólares americanos. Las unidades de subsistencia son aquellas que tienen pérdidas o tienen un ingreso neto no superior a 150 dólares americanos.

Cuadro 13. Estratos de empresas del Cono Norte de Lima Metropolitana

Estratos	Muestra	%	Sectores	
			Industria	Comercio / Servicios
Subsistencia	293	57,3	51,2	63,4
Reproducción Simple	95	18,6	21,7	15,6
Crecimiento	123	24,1	27,2	21,0
Total	511	100,0	100,0	100,0
Elaboración: Helbert Gutiérrez, Alternativa.				

El número y la actividad de las unidades económicas de pequeña escala registran, entonces, un incremento general por la presencia predominante de los establecimientos de uno a diez trabajadores y, en menor medida, de los establecimientos de once a diecinueve trabajadores. Montoya presenta en su estudio un cuadro que muestra que el 98,7% del total de establecimientos del Cono Norte emplea de entre uno y diez trabajadores, unidades que también son denominadas como microempresas; 0,7%, entre once y diecinueve unidades; y 0,7%, de veinte a más trabajadores (Montoya, 2003: 74).

Montoya afina el análisis para mostrar que de las empresas en el cono Norte de entre 1 a 10 trabajadores, sólo el 95,5% emplea entre 1 a 4 personas.

Cuadro 14. Cono Norte: número de unidades económicas de pequeña escala, 1993-1997

Ámbito	1 a 10 trabajadores				11 a 19 trabajadores			
	1993 (1)	%	1997 (2)	%	1993 (1)	%	1997 (2)	%
Ancón	88	0,7	304	0,9	1	0,5	3	1,3
Catabaylo	870	6,7	1.856	5,6	10	4,6	5	2,2
Comas	3.753	29,1	9.160	28,0	23	10,6	37	16,4
Independencia	1.797	13,9	3.185	9,7	39	18,0	40	17,8
Los Olivos	1.308	10,1	6.507	19,8	50	23,0	57	25,3
Santa Rosa	56	0,4	73	0,2	2	5,5	1	0,4
San Martín de Porres	3.544	27,5	8.818	26,8	70	32,3	65	28,9
Puente Piedra	959	7,4	1.418	4,3	12	0,9	11	4,9
Ventanilla	515	4,0	1.565	4,8	10	4,6	6	2,7
Cono Norte	12.890	100,0	32.886	100,0	217	100,0	225	100,0
Lima Metropolitana	69.307		156.617		3.294		3.186	
% Cono Norte/ Lima Metropolitana		18,6		21,0		6,6		7,1

Fuente: INEI, 1995 y 1997.

Es fácil de comprender que estas micro y pequeñas empresas, las de reproducción simple o de sobrevivencia y las de subsistencia, no tienen una posibilidad de crecimiento en las condiciones actuales de un mercado totalmente libre a las importaciones, con un financiamiento caro, escaso y sin apoyo técnico y, sobre todo, con una reducida capacidad de gasto por parte de la población a la que estas empresas atienden. Sin embargo, no se debe menospreciar el importante rol que estas empresas juegan al dar empleo y aumentar en algo los ingresos familiares.

Además de las empresas, un área de gran potencial económico es el de la recreación. El cono Norte cuenta con zonas naturales importantes para la metrópoli, que no sólo significan tierras de cultivo, sino el área verde más grande y más cercana a la capital. Tiene zonas de litoral, con

islas, playas, recursos hidrobiológicos y servicios recreativos, ecosistemas de lomas (propios de la costa del Pacífico de Perú y Chile), humedales (ecosistema lagunar costero que concentra una importante muestra de flora y fauna) que ofrece para su población y los visitantes servicios de paisaje y recreación. Existen, además, zonas recreativas durante todo el año en la carretera a Canta (en Carabaylo) y en la carretera Panamericana Norte (Puente Piedra) (Angulo, 2001: 39). Crece también la atracción para la diversión nocturna, como el ya reconocido 'boulevard' del Retablo en el distrito de Comas.

Cuadro 15. Cono Norte: número de unidades económicas de pequeña escala, de 1 a 10 trabajadores

Ámbito	Personal ocupado				Total
	1 a 4	%	5 a 10	%	establec, 1/*
Ancón	288	92,6	16	5,1	311
Carabaylo	1.806	96,7	50	2,7	1.868
Comas	8.970	97,3	190	2,1	9.219
Independencia	3.051	93,0	134	4,1	3.282
Los Olivos	6.234	94,0	273	4,1	6.630
Santa Rosa	73	96,1		0,0	76
San Martín de Porres	8.498	95,2	320	3,6	8.923
Puente Piedra	1.379	95,6	39	2,7	1.443
Ventanilla	1.535	97,4	30	1,9	1.576
Cono Norte	31.834	95,5	1.052	3,2	33.328
Lima Metropolitana	144.774	88,4	11.843	7,2	163.824
% Cono Norte/ Lima Metropolitana		22,0		8,9	

*1/ Comprende a los establecimientos que informaron personal ocupado

Fuente: INEI, 1997.

Cuadro 16. Lima Metropolitana: Personal Ocupado en las Pymes según Ámbito Geográfico, 1993-1996

Ámbito geográfico	Personal ocupado			
	1993	%	1996	%
Total	192.927	100,0	384.148	100,0
Cono Norte	22.317	11,6	56.446	14,7
Cono Sur	18.104	9,4	51.521	13,4
Cono Este	24.989	13,0	55.485	14,4
Cono Centro	113.525	58,8	194.907	50,7
Callao	13.992	7,3	25.789	6,7

Fuente: Actualización de Negocios 1996, III CENEC 1993 (en Angulo, 2001:36).

La política como instrumento de desarrollo

En resumen, en el Cono Norte —y se puede hacer la proyección hacia los otros conos—, hay condiciones, enfoques y estrategias encontrados. Por un lado, un alto porcentaje de la población vive en condiciones de pobreza. Esta pobreza endémica y masiva ha sido en gran medida obviada, a veces con cifras maquilladas, en las políticas focalizadas de lucha contra la pobreza y por importantes instituciones de la cooperación internacional. Además de la pobreza, han aumentado la desarticulación de la ciudad y la brecha entre ricos y pobres, incluso dentro del cono Norte mismo que nunca fue un territorio homogéneo y que ahora lo es menos.

Desde otro ángulo, hay otra imagen del Cono Norte tan real como la primera. Existe un gran potencial para el desarrollo sostenible. Cuenta con recursos humanos, muchos preparados en las universidades y otros con experiencia de años en sus diferentes negocios y empresas. Hay recursos naturales para la industria, la pesca, la agricultura, el recreo y el turismo. Sin embargo, este potencial está limitado por la continua tendencia hacia la desindustrialización, la baja productividad de las empresas y, por ende, su dificultad por competir en el mercado globalizado. Incluso, debido a la libre importación de bienes y pese a la reducida capacidad de

compra de la mayoría de la población, el mercado local tiende a escapar del alcance de los empresarios locales.

Es cada vez más evidente que “la mano invisible” del mercado no permitirá revertir las tendencias negativas que el mercado mismo genera. Sólo la política, entendida como sistema democrático y como instrumento de desarrollo, puede cambiar esta realidad a favor de los pobladores. Es responsabilidad del sistema político, en particular del Estado, reducir la pobreza y la desigualdad. Sin embargo, las necesarias y justas demandas para políticas públicas de lucha contra la pobreza nunca serán suficientes cuando cerca de la mitad de la población vive en pobreza. Con el combate contra la pobreza y la desigualdad, se contribuye a crear las condiciones favorables para el desarrollo. Pero, además, la política de desarrollo debe crear condiciones de mercado favorables a las empresas que dan trabajo a más del 70% de la población económicamente activa. Los micro y pequeños empresarios requieren de crédito, apoyo técnico, capacitación, planificación y su propia organización. En tercer lugar, con la práctica política se puede construir una comunidad política ciudadanía y un sistema democrático que va más allá de la ciudadanía social.

En el siguiente capítulo, se analizan los recursos y las limitaciones existentes para la construcción de un sistema político en el Cono Norte sostenible y capaz de orientar el desarrollo, basado en principios éticos (Goulet, 1999), sin desconocer el mercado y sin una ilusoria estrategia autárquica.

Bibliografía

- Alternativa (2004). *Expansión y Pobreza Urbana en el Cono Norte de Lima Metropolitana*. Lima.
- Angulo, Patricia (2001) *Erase una vez Lima*, Foro Descentralista, Propuesta ciudadana. Lima.
- Caldeira, T. (2000). *City of Walls: Crime, Segregation and Citizenship in São Paulo*. Berkeley: University of California Press.
- Friedman, John (2002). *The Prospect of Cities*. Minneapolis, London: University of Minnesota Press.
- Goulet, Denis (1993). *Authentic Development, Is it Sustainable?* Ponencia presentada en: *Sustainable Development, Reformed Faith and International Economic Policy* Abiquiu, New Mexico: Presbyterian Task Force.
- Guéhenno, Jean Marie (1995). *El fin de la democracia*. España: Paidós Ibérica.
- Herrera, Javier (2003). *Perfiles de Pobreza en Lima Metropolitana*. Estudio elaborado por encargo del Banco Mundial. Lima.
- Massey, D.S y N.A. Denton (1988). "The Dimensions of Residential Segregation". *Social Forces*, Vol. 67, N° 2: 281-315.
- Montoya, Luís (2003). *Informe de Avance del Diagnóstico de Desarrollo del Cono Norte de Lima Metropolitana*. Estudio organizado por el Centro Alternativa y COPEME, Lima.
- Oliart, Patricia y Jaime Joseph (1984). *Ama Kella, su rostro hoy*. Lima: Centro Alternativa.
- Poulsen, M., J. Forrest y R. Johnston (2002). "From Modern to Post-modern? Contemporary ethnic residential segregation in four US metropolitan areas". *Cities*, Vol. 19, N° 3: 161-172.
- Rojas, Emilio (1995). *La heterogeneidad de las unidades económicas de pequeña escala. El caso del Cono Norte de Lima Metropolitana*. Lima: Centro Alternativa.
- Sabatini, Francisco (2003). "La Segregación Social del Espacio en las Ciudades de América Latina". Serie Azul, Pontificia Universidad Católica de Chile, No. 35: 59.
- Wallerstein, Immanuel (1995). *After Liberalism*. New York: The New Press.

Espacios públicos, centralidad y democracia. El Centro Histórico de Lima. Periodo 1980-2004*

Miriam Chion y Wiley Ludeña Urquizo

Consideraciones de base

El advenimiento de la democracia en 1980, luego de más de una década de gobierno militar, supuso para la ciudad de Lima y, específicamente, para el área central de la ciudad un nuevo escenario de acciones, actores y medidas. Desde entonces este casi cuarto de siglo de su historia puede calificarse como uno de los más complejos, imprevisibles, depresivos, eufóricos, contrapuestos y más intensamente vividos. En este tiempo, el centro pasó súbitamente de su casi irreversible desahucio a una etapa de entusiasta pero efímera vitalidad, para luego situarse en un estado cansino de no poca desesperanza sobre su futuro.

Desde el inicio de la invasión descontrolada de ambulantes al área central alrededor de fines de la década del setenta y la consiguiente apropiación informal de calles y plazas hasta la reubicación planificada de los más de 20 mil comerciantes callejeros, durante la administración del Alberto Andrade (1996-1998 y 1999-2001), el comercio ambulatorio en el centro histórico puede considerarse como el fenómeno estructural más significativo de este período. Durante este tiempo no hubo política y acción municipal respecto al área central que no estuviera motivada y/o condicionada por la existencia y efectos del comercio callejero e informal. De una y otra forma todas las acciones emprendidas, desde el plan de reubicación del comercio ambulatorio y los "campos feriales" de la administración municipal de Eduardo Orrego Villacorta (1980-1983), incluyendo al movimiento en pro de la recuperación del centro, hasta las ac-

* Publicado originalmente en: Chion, Miriam y Wiley Ludeña Urquizo (2005). "Espacios públicos, centralidad y democracia. El Centro Histórico de Lima. Período 1980-2004". *Revista Urbes* N° 2. Lima. pp. 145-169.

ciones a favor de su declaratoria como patrimonio cultural de la humanidad (UNESCO, 1988) y el plan de recuperación intensiva de los espacios públicos bajo la administración Andrade, tuvieron en el problema de los miles de ambulantes y el comercio ejercido por estos su principal referente.

Ciertamente, la existencia del comercio ambulatorio en las dimensiones de fenómeno extendido que logró adoptar en el caso limeño, no puede ser considerada como la causa originaria y determinante del deterioro y decadencia del centro histórico de Lima. Aceptar tal afirmación equivaldría a confundir las causas por los efectos. La actual acentuada degradación del área central de Lima, así como los múltiples impasses que acusa su casi inviable resolución, son antes que nada consecuencia de un proceso de deslegitimación histórica de un tipo de centralidad que no ha conseguido dotarse hasta el momento —tras la crisis de centralidad colonial— de una identidad reconocible y coherente con las aspiraciones de una nueva centralidad republicana. La raíz del problema: la dobles política, moral y estética de aquella elite social y económica del país que tuvo en el transcurso de los últimos 150 años una doble y contradictoria actitud respecto al centro: por un lado, promover una centralidad ilusoria, escenográfica y retorizada, por lo tanto endeble, dubitativa y precaria. Y, por otro, abogar por una radical escisión entre centro y periferia, con una visible y socialmente selectiva preeminencia del suburbio sobre la ciudad histórica y compacta. Estar cerca y lejos del centro, al mismo tiempo: he ahí el registro de un pernicioso ambivalencia cuya principal víctima ha resultado siendo previsible: la institucionalización y viabilidad histórico del propio centro (Ludeña, 2002).

Lo que ha provocado la cuestión del comercio ambulatorio en el caso del centro de Lima ha sido ubicar el problema de su vigencia histórica en una situación ciertamente límite. No se puede negar que este fenómeno del comercio callejero, instituido bajo la forma de una auténtica “invasión” de proporciones nunca antes registrada en la historia limeña, contribuyó a aventurar en el centro procesos larvados desde sus orígenes republicanos como son el del deterioro ambiental, la degradación social, ambiental y el deterioro de la sustancia edilicia y urbanística. Todo esto en el marco de un nuevo escenario social y político, caracterizado por una creciente informalidad y preocupante situación de ingobernabilidad

en la escala municipal cuyos efectos directos fueron una aventurada calculturización y barriadización del centro, con todo lo que ello significa en términos de ciudad precarizada y miserable.¹

Podría afirmarse que el área central de Lima devino principal campo de batalla y espacio límite para la resolución de los conflictos derivados del encuentro entre las lógicas inherentes a la estructura tanto de la ciudad formal y de la llamada informal, cuando al orden histórico de la ciudad decimonónica y aquel correspondiente a la emergente ciudad barrial. Sucedió del mismo modo en relación a la controversia que se registra entre el cuestionamiento y/o reconocimiento de las diversas formas de gobernabilidad institucionalizada. Pero aun más: la lucha por el centro (una auténtica lucha de apropiación o reapropiación), expresada a través de una serie de medidas desplegadas por los distintos actores sociales y económicos involucrados, significaría por este hecho el fin de un ciclo histórico e inicio de otro en relación al rol y significado de este espacio para el conjunto de la metrópoli limeña. Todas las intervenciones desplegadas en el área central de Lima desde inicios de la década del ochenta, desde la reconstrucción de algunos edificios emblemáticos hasta la remodelación de las plazoletas coloniales o espacios como la Plaza Mayor, tienen que se re explicados en el contexto de esta dinámica de conflictos e intereses.

¿Por qué es que dentro de los planes de recuperación del centro, desde la administración Orrego hasta la gestión del alcalde Castañeda, el ámbito de los “espacios públicos” se convirtió en el principal campo de inter-

1 En todo caso el aspecto contencioso del comercio ambulatorio no estuvo del lado de los ambulantes propiamente dichos, sino en el modo de cómo esta modalidad de comercio consiguió establecerse y desarrollarse en el área central de la ciudad, así como en toda esa infraestructura social y técnica de apoyo y logística creada en torno a su propio funcionamiento. A mediados de los años noventa estaba claro que cualquier iniciativa estratégica de recuperación del área central debía pasar por asumir una posición terminante respecto al tema del comercio ambulatorio. Si en la década de los ochenta la izquierda y el APRA habían convertido a los ambulantes en auténticos “héroes populares” a emular, a mediados de los años noventa la mayoría de los ambulantes representaban para una percepción ciudadana cada vez más consciente de sus derechos cívicos, a un personaje sin escrúpulos que podía recurrir a la idea de espacio público como bien común en beneficio propio y que se había apropiado de aquello que resultaba siendo propiedad de todos: la calle, los espacios públicos y la ciudad. El comercio ambulatorio, con todo ese paisaje de deterioro, precariedad y hacinamiento se había convertido a mediados de los noventa en una forma de comercio estable y con aspiraciones inocultables de permanencia sin límites.

venciones? ¿Tal vez se deba a que las inversiones en este sector son menos onerosas que las que se requieren para emprender una profunda renovación de las sustancia edilicia del área central? ¿O porque las intervenciones en materia de espacio público, por su efecto simbólico y singular impacto público, significan réditos políticos casi inmediatos para aquellos alcaldes ansiosos de un acelerado posicionamiento público y político?

En la explicación del origen de la serie de iniciativas tendientes a la recuperación del centro histórico, basado en una preeminencia de las intervenciones en los espacios públicos, pueden encontrarse ambas justificaciones. Pero también, el sentido de una creciente oposición política entre los intereses de dos sectores sociales y políticos más o menos reconocibles: por un lado, los sectores de una neoligarquía y clase media con aspiraciones de dotarse de una identidad histórica, representada por el alcalde Alberto Andrade y su movimiento político Somos Perú. Y, por el otro, aquel sujeto social del discurso neopopulista y neolibrero liderado por Alberto Fujimori, constituido por los miles de ambulantes, inquilinos precarios y habitantes de barriadas del área central, con intereses concretos en un tipo de gestión y funcionamiento de esta área de la ciudad. Frente a la resonancia inicial del plan del alcalde Andrade de recuperar las plazas del centro de Lima, la reacción casi inmediata del gobierno de Fujimori con su plan de recuperación de la barriada Leticia (ubicada al borde del área central) y el mejoramiento de las casas de vecindad, podía ser calificada más que un simple acto político reflejo: era la demostración fehaciente del conflictivo encuentro de intereses.

No obstante esta causa estructural, que alude a las motivaciones que se encuentran en la base de los planes de recuperación del centro histórico, la conversión de los espacios públicos en el principal ámbito de intervenciones destinadas a la recuperación del área central, tiene una explicación menos coyuntural y circunscrita al caso limeño. En esta ocasión, esta especie de renacimiento del uso público de los espacios públicos que se produce desde mediados de los años noventa no solo es un fenómeno limeño, sino uno extensivo a todo el país en el que no existe ciudad grande o pequeña que no haya escatimado esfuerzos en remodelar sus plazas principales alamedas, malecones o parques.

Luego de más de una década de ese forzado encierro experimentado por la sociedad peruana, a causa de la violencia política que le costó al

Perú cerca de 70 mil muertos y que consiguió desaparecer prácticamente cualquier forma de vida pública sobre la superficie, se experimenta en el país y en Lima —sobre todo luego de la derrota de Sendero Luminoso y el inicio del llamado proceso de pacificación a mediados de los noventa— una especie de renacimiento eufórico de la vida pública diaria y nocturna. El efecto previsible: la mejora y creación de viejos y nuevos espacios públicos, respectivamente.

Desde entonces se ha producido una especie de asalto o invasión colectiva de los espacios públicos. Esta irrupción espontánea no significa sino el encuentro con la única posibilidad de exorcizar en la esfera de lo público, la experiencia del dramático y violento enclaustramiento vivido por la sociedad peruana durante la década de los ochenta. Recordemos que este tiempo fue el reino de la noche sin noche, la calle sin calle.

Sin embargo, se debe reconocer que esta invasión social de los espacios de uso colectivo de la ciudad, se manifiesta aun bajo la forma de una apropiación caótica de la esfera de lo público. No se apropia este ámbito para inventar una nueva dimensión y significado de lo público, sino para negar las fronteras coactivas del mundo doméstico de lo privado y superar los traumas sociales del encierro social vivido por causa del terrorismo.

El “centro oficial”. Del puente a la Alameda y el espacio público ausente

Si la Plaza Mayor fue el espacio símbolo más importante de la centralidad colonial, en tanto epicentro que concentraba en torno suyo todos los atributos del poder, los espacios más representativos que pretendían encarnar los atributos de la sociedad republicana son la Plaza San Martín (1921) y el denominado Centro Cívico de Lima (1949, 1967). En ambos casos, se trata de intervenciones que en esencia se produjeron como reflejo de intereses políticos y sociales concretos, los cuales como es habitual aparecieron bajo esa intermitente como infructuosa manía peruana de refundación republicana. Cada gobierno o movimiento político intenta perennizar su paso a través de la creación de determinados hitos y ritos de fuerte impacto público.

La actual Plaza San Martín no es la invención de un vacío preexistente. Es el resultado de una acumulación progresiva de intenciones y propósitos de dotar a Lima, junto a la Plaza Mayor, de una segunda gran plaza cívica acorde con el programa de monumentalización neobarroca iniciada por Nicolás de Piérola, luego promovido por los gobiernos de la llamada República Aristocrática, hasta su culminación celebratoria a cargo del gobierno de Augusto B. Leguía (1919-1930). Este último, aspiraba a edificar una plaza que no ocultase su aspiración de cierta monumentalidad neobarroca, pero que tampoco dejara de lado una estructura figurativa más atemperada a la escala limeña y a la necesidad de imprimir la impronta de un espíritu nacional, tal como pretendía promover el discurso cultural de la "Patria Nueva". La Plaza de San Martín debía ser la nueva plaza de la "Patria Nueva", el nuevo epicentro de 'centro' lingüista, una forma de secularización burguesa de la ciudad colonial y oligárquica representada por la Plaza Mayor y aquellos monumentos exaltados por un poder decimonónico y antimodernizante. Si el complejo del Parque de la Exposición inventa la ciudad de la República Aristocrática, la Plaza San Martín de Manuel Piqueras Cotoí preanuncia la Lima moderna del siglo XX, en tanto este espacio representa la instalación de un nuevo orden en modo de construir y percibir la ciudad y sus espacios colectivos.

A mediados del siglo XX estos significados, irradiados por toda esa extraordinaria serie de plazas, parques y alamedas creadas durante el oncenio legüista adquirirían un cierto halo de anacronismo. Estos espacios y la centralidad delimitada por ellos, no reflejaban más la nueva dinámica de una modernidad capitalista que requería establecer límites más precisos respecto a aquellas preexistencias coloniales y oligárquicas del primer civilismo.

Figura 1. Plaza Mayor de Lima, 2002

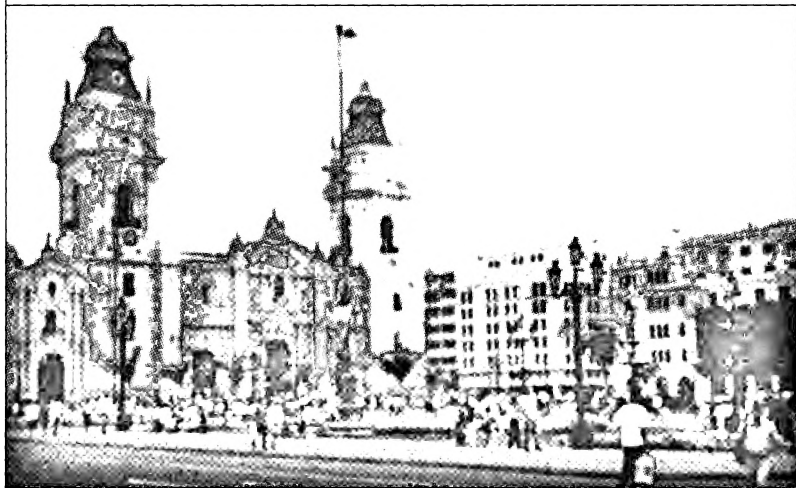


Foto: Wiley Ludeña Urquiza.

Figura 2. Plaza San Martín, 2002



Foto: Wiley Ludeña Urquiza.

Figura 3. Centro Cívico de Lima. Paseo de la República, 2000



Foto: Wiley Ludeña Urquiza.

Premunidos del discurso corbusiano del Plan Voisin y su Ville Radieuse, de 1933, y las imágenes de sus planes para Buenos Aires, San Pablo o Montevideo, la idea de una nueva Lima auténticamente moderna devino demanda concreta para quienes, como los miembros de la llamada Agrupación Espacio (1947-1955), encarnaban el sentido de la vanguardia moderna en el país. La propuesta en materia de nuevas centralidades resultaba previsible: por un lado, convertir el centro histórico en un gigantesco y uniforme conjunto habitacional, erigido sobre el polvo de una —se supone— demolida preexistencia histórica; y, por otro, erigir un nuevo centro alternativo en la dirección sur del área central entre el Parque de la Exposición y la Plaza San Martín y el Centro Cívico de Lima, como dos de los espacios cívicos más emblemáticos de la Lima del siglo XX, ambos con aspiraciones de construir centralidades alternativas, no registraría ninguna otra iniciativa de similares proyecciones.

¿Significa acaso este hecho la inexistencia de nuevos sectores sociales interesados como es habitual en refundar la historia y por consiguiente edificar una nueva centralidad con sus señales y símbolos correspondien-

tes? Efectivamente, en cierto modo, luego de estas dos intervenciones no habría más movimiento político ni gobierno interesado de manera eficaz en construir centros alternativos. Salvo el intento parcial del gobierno militar (1968-1980) de convertir un sector de la Avenida Javier Prado y de los sectores del distrito de La Molina en un nuevo centro político administrativo del país, a través de la concentración lineal de una imponente serie de ministerios y otras dependencias del Estado. Otro intento formulado en esta dirección, sería el de la extraña invocación del presidente Alan García (1985-1990) de trasladar la capital del Perú a la provincia de Concepción, Huancayo.

Al margen de estas iniciativas, los gobiernos centrales y municipales que se sucedieron tras la reinstalación de la democracia en 1980, no se plantearon como objetivo y tarea principal la refundación de un nuevo centro y la creación de nuevos espacios públicos representativos en el área central. Por lo menos hasta la implementación del decidido plan del alcalde Andrade de “recuperar el centro” desarrollado a partir de 1996, casi la totalidad de medidas adoptadas oscilaron entre operaciones de cosmética urbana llena de remodelaciones de espacios públicos, el repintado de edificios o el enrejado de parques y la promoción de actividades culturales abiertas.

Probablemente, la razón para esta ausencia de iniciativas tenga que ver, por un lado, con la desestructuración social generada por el reformismo militar de la década precedente que significaría la desaparición de la oligarquía tradicional, la endebles de una emergente burguesía nacional y un sector popular de izquierda sin más dirección política que el sentimiento antidictatorial; es decir, sectores sociales sin proyectos nuevos de sociedad y ciudad. Y, por otro lado, con el hecho de constatar, a inicios de los años ochenta, que el centro histórico ya no era más el único espacio que podía representar de mejor manera las necesidades de centralización y simbolización de un poder emergente. Precisamente, el vacío de poder y gestión que dejan estas dos dinámicas recusatorias de la vigencia del centro histórico sería ocupado por un nuevo y más activo sujeto social: la informalidad y el comercio ambulatorio sin más orden que el de la apropiación mercantil del espacio público.

Este es el contexto y las razones por las cuales administraciones como las del alcalde Eduardo Orrego del partido Acción Popular, Alfonso Ba-

rrantes, del frente Izquierda Unida, y Jorge del Castillo, del partido aprista, y del independiente Ricardo Belmont, se abocaron básicamente —dentro de los límites impuestos por la dinámica del comercio ambulatorio— a intervenciones de reconstrucción puntual, remodelación y reanimación cultural de los espacios públicos más representativos del área central.

Centro de la municipalidad

Al asumir el gobierno municipal el alcalde Eduardo Orrego (1980-1983), el centro estaba prácticamente ya ocupado por miles de ambulantes e innumerables “paraditas” que abastecían de alimentos las necesidades de los habitantes del área central y los propios ambulantes. En marzo de 1981 la municipalidad emite la primera ordenanza, prohibiendo el comercio ambulatorio en la “Lima cuadrada”. En este contexto, la gestión del alcalde Orrego se plantea por primera vez la política de la reubicación interna de los ambulantes en los denominados “campos feriales”, ubicados los más importantes al borde del río Rímac (Polvos Azules y Amazonas) y algunos en terrenos no usados del centro de la ciudad. Entonces, se pensó que esta solución pondría en orden el comercio callejero. Asimismo, durante este período se produce el inicio de los trabajos de enrejado de la mayoría de parques, como el de La Exposición y el parque Universitario. Acción que revela la respuesta municipal a las tensiones entre los efectos de un comercio ambulatorio desaprensivo con el cuidado de los espacios y las necesidades de preservación de los mismos (Concejo Provincial de Lima, 1983).

Durante la administración Orrego las intervenciones en los espacios públicos del centro consistieron básicamente en la remodelación, arreglo de jardines y el pintado de superficies. Se remodelaron calles como el emblemático jirón de La Unión y la Avenida España, así como el Parque Universitario, la Plaza Francia y las plazuelas de San Francisco, Monseñate, La Buena Muerte, Santa Clara, Santo Domingo, Santa Rosa, El Cercado, así como el parque Du Petit Thouars y la plazuela Mariátegui, entre las obras más importantes. Junto a estas se procedió al mejoramiento superficial de los edificios de la Plaza Dos de Mayo y la Plaza Bolognesi. Del mismo modo, se inicia en este período un exitoso programa de

rehabilitación de los balcones coloniales del centro, el cual se volvería a reeditar cada cierto tiempo.² El único programa de renovación urbana Tacna en el tramo correspondiente al distrito del Rímac.

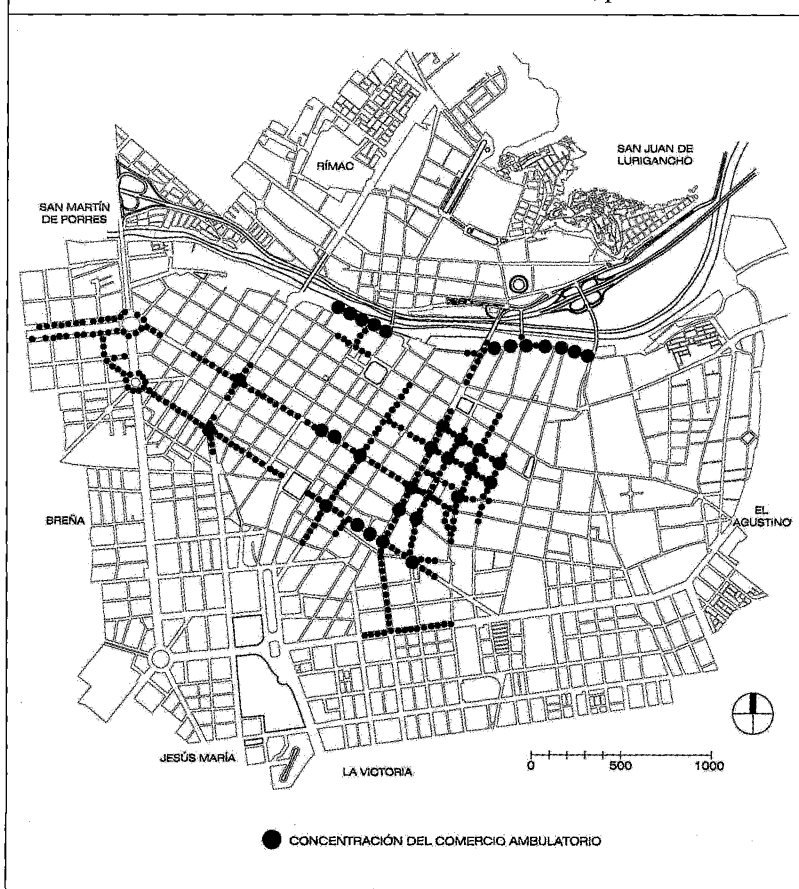
La gestión del alcalde Alfonso Barrantes (1984-1986), el primer alcalde de orientación izquierdista de la historia de Lima, no supuso en esencia un cambio radical de objetivos y políticas de acción para el centro de la ciudad. Sin embargo, no obstante que sus esfuerzos más importantes se dirigieron a resolver los graves problemas de la Lima barrial y periférica, lo realizado en el área central bajo el lema de “un centro para todos” tuvo como objetivo prioritario promover nuevas formas de participación y organización de la población residente del centro, a través de las llamadas “juntas vecinales”. Bajo esta política, más social que edificatoria, se desarrollaron una serie de acciones tendientes a poner en valor e incentivar el uso colectivo de los espacios e instalaciones en tanto espacios básicos de construcción de ciudadanía.

Esta política puede considerarse como una de las grandes contribuciones de esta gestión, como también la aspiración de construir un nuevo centro popular mestizo-andino como recusación a los contenidos oligárquicos del histórico centro. Junto a una serie de pequeñas intervenciones de remodelación de espacios públicos, pueden mencionarse intervenciones importantes como la remodelación de la Avenida Abancay y la Plaza Dos de Mayo. Destaca el proyecto de conversión del jirón Ancash en un “Eje Cultural”, el cual debía concebirse como un solo espacio cultural desde la estación de Desamparados, hasta la plazuela de Santa Clara, pasando por la iglesia y convento de San Francisco y la plazuela de la Buena Muerte. El tema del comercio ambulatorio, que a estas alturas ya mostraba las señales de un completo desbordamiento de las posibilidades

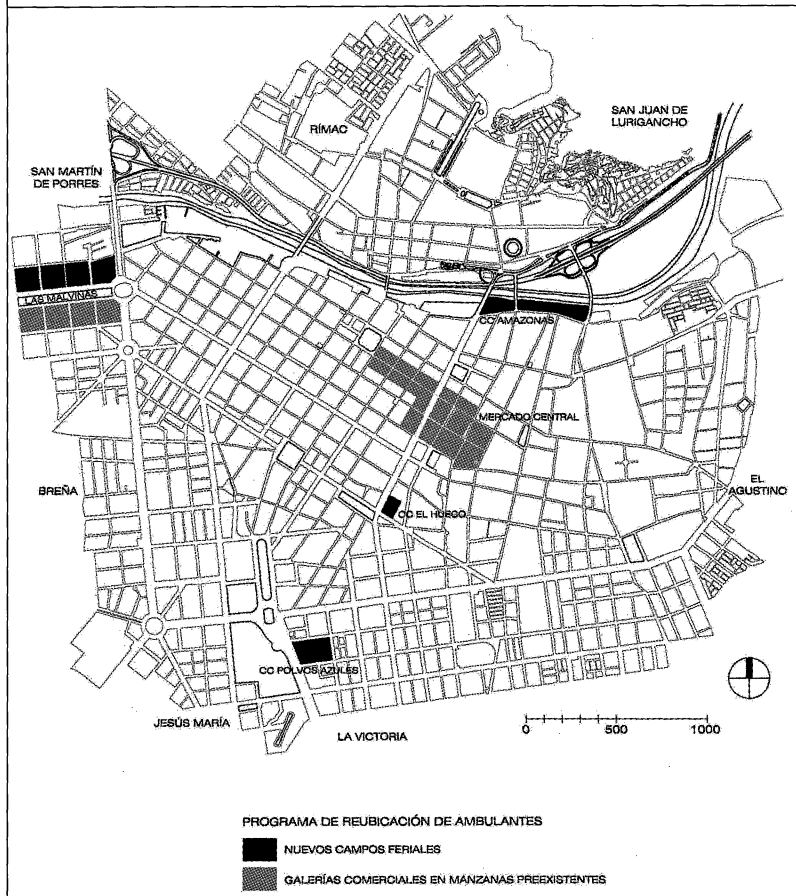
2 Probablemente uno de los proyectos de reordenamiento urbano del área central más importantes del siglo XX limeño en lo concerniente a los espacios culturales, constituye el proyecto formulado por la administración Orrego del “Centro Cultural de Lima”, nunca puesto en ejecución. Este centro debía constituirse a partir de una gran plaza central ubicada como nexo articulador de una serie de espacios públicos y edificios de uso cultural y cívico existentes en el polígono constituido por las avenidas Roosevelt e Iquitos, los jirones Washington y Nazca y las avenidas Cuba y Tirado. Todo este espacio concebido como una prolongación del área central debía conformarse de cuatro ámbitos: la zona comercial, las zonas culturales verdes, la zona administrativa y el barrio de artistas.

de control municipal, se tradujo en acciones limitadas de reordenamiento y mejoramiento de las instalaciones de los campos feriales existentes (Concejo Provincial de Lima, 1986).

Plano 1. Centro Histórico de Lima. Comercio ambulatorio, período 1996-2004



Plano 2. Centro Histórico de Lima. Comercio ambulatorio, período 1996-2004



Más allá del incesante incremento del ya descontrolado comercio ambulatorio, el centro de Lima no registraría cambios significativos en su funcionamiento y gestión durante la administración municipal del alcalde Jorge del Castillo (1987-1989). Sin embargo, probablemente debido a la creciente conciencia de la gravedad de los problemas, y los temores fundados de una situación que podía hacerse irreversible, la principal contri-

bución de esta gestión fue la de promover la formulación de un primer plan específico para el manejo del área central. El denominado Plan del centro de Lima, cuyo autor es el arquitecto Augusto Ortiz de Cevallos, fue aprobado en septiembre de 1989. Entonces, el tema del centro histórico y las necesidades de su recuperación aparecían como asuntos de necesidad pública y formulación programática, tal como encarnaba el discurso oficial que acompañó a los festejos de los 450 años de la fundación de Lima y el reconocimiento para el centro histórico de patrimonio cultural de la humanidad concedido por UNESCO, en 1988.

Junto a una serie de intervenciones puntuales en la rehabilitación de los espacios y algunos edificios representativos, la administración Del Castillo no desarrolló obras de gran envergadura, salvo la demolición de la antigua y hermosa Avenida Alfonso Ugarte para ser convertida en una vía expresa de tránsito veloz (Municipalidad Metropolitana de Lima, 1989). El mensaje irradiado de esta acción, supuso una lectura contradictoria a propósito de la preservación de la identidad histórica del centro. Con esta administración municipal, se inicia la destrucción de aquel patrimonio urbanístico previsto por la República Aristocrática para el centro y sus bordes a través de sus *boulevards* y formidables plazas circulares.

En medio de los efectos más dramáticos de la crisis económica de fines de los ochenta y el incremento del terror y la violencia política, la situación del manejo viable del centro histórico se hacía insostenible a inicios de los noventa. De otro lado, las presiones de UNESCO para cumplir con las obligaciones contraídas por la condición de patrimonio de la humanidad del centro histórico, empezaban a convertirse en plazos perentorios. Este es el contexto con el que se encuentra una administración que como la del alcalde Ricardo Belmont (1990-1992, 1993-1995), supuso una gestión que sin concretar grandes obras con garantía de sostenibilidad, crearía las condiciones institucionales, programáticas y de orden proyectual para lo que vendría luego con el plan de recuperación del centro histórico. La administración Belmont puso en marcha un programa intensivo de mejoramiento de pistas y veredas, así como de dotación de servicios complementarios a los campos feriales. En 1991 se aprueba el primer reglamento del centro histórico de Lima, para luego convertirse en el Reglamento de la Administración del Centro Histórico

de Lima, según ordenanza N° 062 de 1994. La administración Belmont dejaría *ad portas* de su ejecución un vasto programa de rehabilitación de los principales espacios públicos del centro (Municipalidad Metropolitana de Lima, 1992).

En realidad, el proceso de recuperación del centro histórico deviene del programa político y principal objetivo estratégico de gestión con la administración del alcalde Alberto Andrade (1996-1998, 1999-2001). Aparte de la aprobación del plan estratégico de recuperación del centro histórico, formulado en 1996 bajo la dirección de Flor de María Valladolid, lo que terminaría por afirmar los objetivos de base fue la puesta en ejecución de aquel conjunto de obras dejadas por la administración precedente, como es el caso de la remodelación y puesta en valor de los espacios públicos de mayor densidad simbólica de la ciudad y el país, como la Plaza Mayor, la plaza San Martín, el parque Universitario, la plaza Francia y la plaza Italia. En esta ocasión, la realización de estas obras supuso la conversión efectiva de la recuperación del centro en espectáculo urbano dotado de un importante consenso y apoyo social. El éxito y el entusiasmo fueron inmediatos. Bajo la consigna “volvamos al centro” la ciudad y el centro se habían convertido en sujetos de moda.

Luego de esta primera etapa de obras de remodelación siguieron otras de igual importancia e impacto, como la remodelación y puesta en valor de los pasajes Santa Rosa y Escribanos, la plazoleta Santo Domingo, la plazoleta San Agustín, así como de una serie de importantes arterias como la Avenida Lampa, la Avenida Abancay, el jirón Cuzco y el jirón Camaná, entre otras. A estas alturas, la dinámica del proceso de recuperación demandaba intervenciones mucho más profundas y de mayor repercusión en la dinámica urbana del centro. Como respuesta a esta demanda se procedió a una renovación integral del barrio chino y el mercado central, auténtica prueba de fondo para validar la eficacia del plan de recuperación. Asimismo, se formuló un plan integral de recuperación del borde del río Rimac, una de las zonas más degradadas del área central, que incluyó la construcción de la nueva y concurrida alameda Chabuca Granda, así como la formulación del proyecto (no realizado) del parque del Río Hablador. El plan maestro del centro de Lima, aprobado en 1998, recogería esta dinámica, así como las perspectivas de un futuro de nuevos roles y funciones metropolitanas para el centro.

Este conjunto de intervenciones probablemente no se hubiera podido concretar si es que no hubiera estado acompañado de aquel proceso que, sin duda, significó la medida más espectacular de la gestión Andrade: la consensuada reubicación de los casi 20 mil ambulantes que ocupaban el área central. Proceso que supuso, al mismo tiempo, tanto la liberación de todas las calles y espacios públicos para el disfrute del conjunto de la ciudadanía, como la rehabilitación de aquellas deprimidas zonas adyacentes al centro, vía la creación de los nuevos “centros comerciales populares” constituidos por los ex ambulantes del centro, como sucedió con el centro de Las Malvinas (Avenida Argentina) y el centro Polvos Azules (vía expresa) (Municipalidad Metropolitana de Lima, 2000a, 2000b).

Otro de los principales aciertos fue el modelo de gestión puesto en práctica para el caso de los espacios públicos recuperados, sobre todo aquellos ubicados en los barrios populares del centro. Para hacerlos sostenibles, la municipalidad generó toda una serie de actividades productivas vinculadas al uso público de la plaza, como por ejemplo las ferias gastronómicas y ferias artesanales, entre otras. En cada caso, los principales gestores fueron los propios vecinos, quienes agrupados en microempresas familiares se ocupaban de producir comidas típicas y artesanías u otros productos de venta.

En medio de la oposición directa del gobierno de Alberto Fujimori y las dificultades económicas del municipio, ocasionadas por este hecho, el impulso inicial en las acciones de recuperación del centro decayeron ostensiblemente durante la segunda administración Andrade. Lo peor de esta situación era el hecho de constatar que las inversiones privadas —aquellos que constituía la única posibilidad de hacer viable y sostenible el proceso de recuperación —nunca arribaron al centro en los términos previstos por la administración municipal: intervenciones emblemáticas por su contenido y estilo, como las tiendas y servicios de alto estándar ubicados en los pasajes Santa Rosa y Escribanos, no tardaron en cerrar sus puertas; mientras que la situación en el sector del mercado central y el barrio chino, mostraba signos de una cada vez más creciente actividad económica y de inversiones destinadas a continuar con el proceso de recuperación. Podría afirmarse que en este caso se trataba de una experiencia exitosa.

Sin dejar de desarrollar una activa política de promoción a las actividades culturales y sociales en los espacios del centro, como la realización

de la Bienal de Arte de Lima y otros festivales de proyección internacional, la administración Andrade optó durante este segundo período por focalizar sus inversiones y esfuerzos en dos proyectos de singular impacto metropolitano. Por un lado, la remodelación integral del Parque de La Exposición para convertirse en el Parque de la Cultura de Lima (2001); y, por otro, el desarrollo de la nueva zona cultural de Lima, delimitado por el jirón Conde Superonda, la avenida Tacna, el jirón Huancavelica y el jirón Camaná. Esta zona, tendría en el nuevo complejo del teatro municipal remozado su epicentro natural. Este segundo plan nunca pudo ser ejecutado, salvo la excepcional serie de funciones llevadas a cabo en ese perturbador pasaje de ruinas que continua siendo el siniestro teatro municipal (Municipalidad Metropolitana de Lima, 2000b, 2001a, 2001b).

El hecho de que en la campaña por la tercera reelección del alcalde Andrade, el tema de la recuperación del centro histórico no apareciera más como un objetivo principal, no podía tomarse como la evidencia de que el proceso de recuperación había culminado satisfactoriamente, o que éste había llegado a tal punto de registrar una dinámica de irreversibilidad. Todo lo contrario. Quedaba claro, en primer lugar, que este proceso resultaba más bien complejo y de difícil resolución; y, en segundo lugar, que la Municipalidad de Lima Metropolitana ya no podía erogar más recursos y esfuerzos de los ya efectuados, sin el riesgo de reemplazar los ámbitos de competencia correspondientes al gobierno central y el sector privado. De esta experiencia histórica quedaron muchos proyectos que no pudieron siquiera ser puestos en ejecución inicial. El estratégico parque del Río Hablador, la recuperación de la quinta Heeren, el proyecto de renovación urbana de barrios altos, entre otros.

Ciertamente, el centro histórico con el que se encuentra la administración del alcalde Luis Castañeda Lossio (2002-2005) es otro centro respecto al que se tenía a mediados de los noventa. Asume la alcaldía sin un plan y programa formulados de manera explícita para esta área de la ciudad. Podría afirmarse que, más allá de ideas genéricas de consenso (recuperar el centro, poner en valor el patrimonio edilicio y los espacios públicos, entre otras) el alcalde Castañeda carecía de una idea precisa sobre qué hacer en esta importante área de la ciudad. O por el contrario, sabía qué debía hacer en concordancia con su pública oposición a la política desplegada para el centro durante la gestión precedente: el rápido desmon-

taje de toda la institucionalidad y actividades de promoción cultural gestados, hasta entonces, como componentes esenciales del proceso de recuperación del centro histórico. Ocurrió tal cosa con proyectos como los del Río Hablador, la nueva zona cultural de Lima, la casi consolidada Bienal de Arte de Lima y la cancelación del dinámico centro de artes escénicas, entre otras iniciativas.

Es posible que al finalizar el período de gobierno de la administración Castañeda, la evaluación final pueda tener otro sesgo. Sin embargo, lo realizado hasta fines del 2004, cota final del período analizado por este estudio, resulta una curiosa mezcla entre una reedición forzada y la aplicación apresurada del plan de recuperación de espacios públicos de la década de los noventa y un conjunto de iniciativas dispersas y desconectadas en sus intenciones básicas, salvo las aspiraciones de resonancia y espectacularidad mediática. En el primer caso, se encuentran ese conjunto de intervenciones que representan una especie de re-remodelación de espacios como el Parque Universitario (remodelado anteriormente durante la administración Andrade) y otro grupo de obras de “reemplazo” a lo anteriormente proyectado: tal es el caso de la Alameda de Las Malvinas (en reemplazo de la Alameda Central anteriormente proyectada) y del Parque de la Muralla (que redefine, parcialmente, al proyecto del parque del Río Hablador). En el segundo caso, tenemos la reubicación del polémico monumento a Francisco Pizarro, ubicado en una de las esquinas de la plaza Mayor, y la creación en su lugar de la Plaza de la Peruanidad, con un diseño que hubiera merecido mejor suerte en su concepción y calidad. En medio de estas iniciativas, debe mencionarse el importante trabajo de iluminación nocturna de los principales edificios y espacios públicos del centro histórico.

Una conclusión preliminar de los proyectos hasta ahora emprendidos de la gestión de Castañeda, con pocas posibilidades de modificarse en el tiempo que resta a su administración, es que los fundamentos ideológicos programáticos del diseño urbano constituyen una puesta culturalmente regresiva y estilísticamente inconsistente. Hay en todo ello una mezcla de reiterado populismo y afán autoritario, como sucedió con la administración precedente, que jamás hizo del proyecto urbano un tema de concursos abiertos y discusión público democratizadora. El resultado: proyectos impuestos desde arriba y sin aspiraciones de experimentación o convocar nuevos lenguajes.

El urbanismo promovido por el alcalde Andrade —desde el polémico proyecto de remodelación del Parque Central de Miraflores hasta la Alameda Chabuca Granda—, no hizo sino recoger de manera acrítica los tópicos figurativos del urbanismo catalán de la década de los ochenta, en su intención de hacerse más “internacional”. Por su parte, el urbanismo popular, de esa incalificable versión de estética chicha promovida por la publicidad y el asistencialismo fujimorista, no hizo sino convertir los parques, las plazas y alamedas de muchas ciudades del Perú en un escenario estridente, deformado y saturado de parafernalia pseudoartística. El diseño promovido por la administración Castañeda, deviene en regresiva síntesis histórica de estas dos tendencias y modos de resolver la cuestión proyectual de los espacios públicos. Revestido de una aparente postura académica y de aspiración internacional contemporánea. Proyectos como la re-remodelación del Parque Universitario, la Alameda de Las Malvinas, el Parque de La Muralla o la Plaza de La Peruanidad son una apuesta por un urbanismo mezcla de exacerbación teatralizada de aquellos elementos “de moda” (fuentes de agua, luminarias especiales y otros detalles) y de un inocultable barroquismo en clave de estética chicha que pareciera surgir, en este caso, como pulsión natural. Se trata de un diseño impregnado de clichés figurativos, acumulación esquemática de objetos y una retórica visual efectista, así como de un fácil ecologismo y contextualismo localista que se subsume bajo las exigencias de un diseño paisajístico, en el cual el espacio público aparece no como un fin en sí mismo, sino como un explícito recurso de marketing y medio de posicionamiento político.

Figura 4. Parque Universitario, 2002

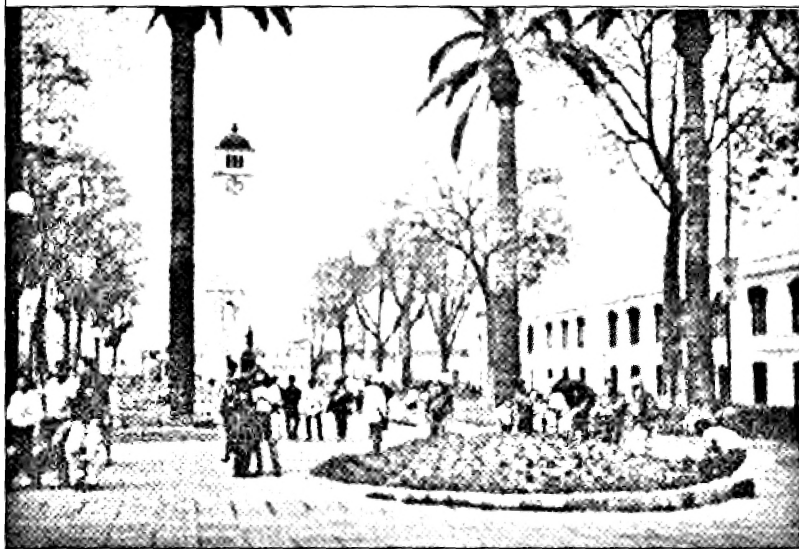


Foto: Wiley Ludeña Urquiza.

El centro del gobierno

Si este registro de intervenciones corresponde a un sector de la esfera de lo oficial, en este caso el ámbito de la gestión municipal, la otra historia de acciones y gestos que se produjeron en relación al centro histórico de Lima en la última década corresponden a los fueros del gobierno central; es decir, al gobierno de Alberto Fujimori (1990-2000). ¿Qué tenía que hacer el Presidente con la gestión de una ciudad?

En el Perú, se sabe que el primer alcalde de Lima es el Presidente de la República. La tentación por mayores réditos políticos y la concentración de un vasto electorado cautivo en la capital peruana, son siempre la razón última por la que muchos presidentes no escatiman esfuerzos en transgredir los fueros municipales para asumir funciones de alcalde de facto. Pasó este con Fujimori en innumerables ocasiones, pero sobre todo cuando comprobaría que el plan de recuperación del centro emprendi-

Figura 5. Barrio Chino de Lima. Portada de ingreso, 1989

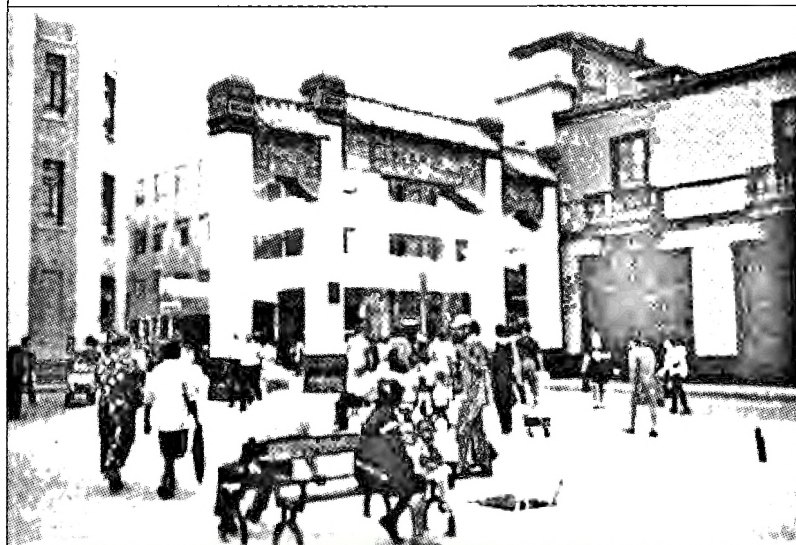


Foto: Wiley Ludeña Urquiza.

Figura 6. Alameda Chabuca Granda. Escultura principal y perspectiva del conjunto, 2000

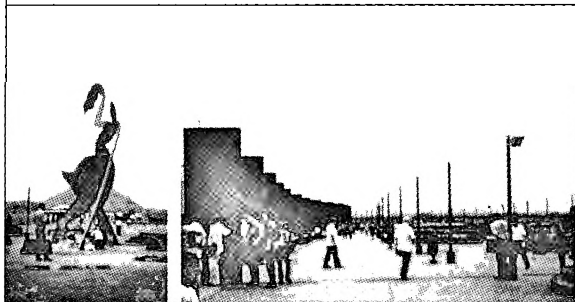


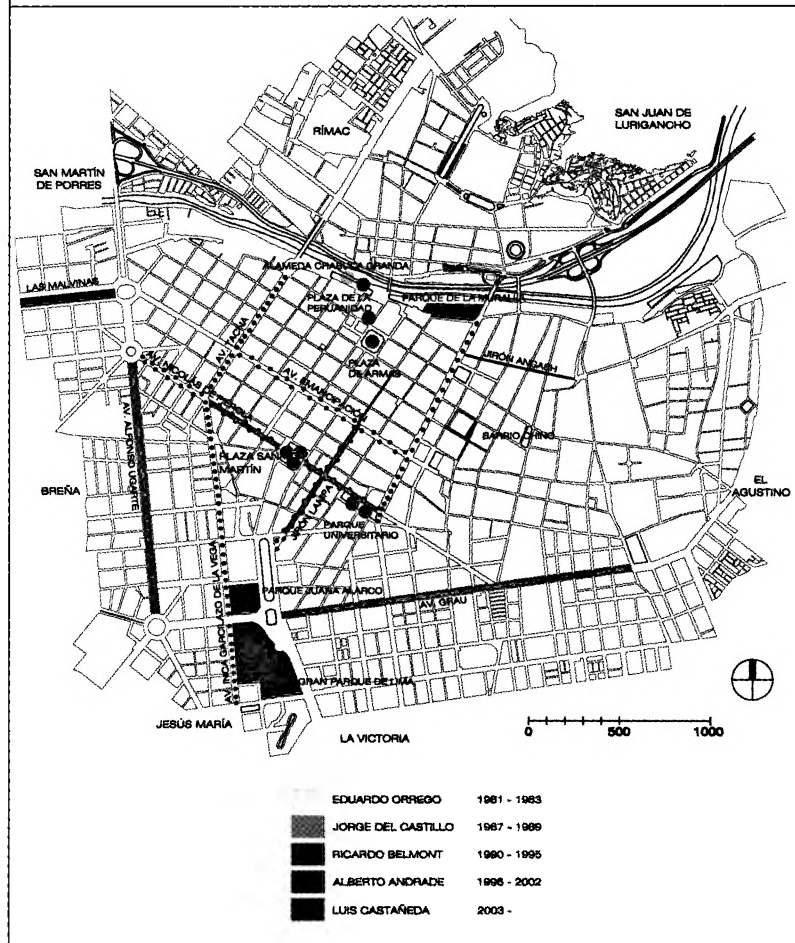
Foto Wiley Ludeña Urquiza.

do por el alcalde Andrade le otorgaba a este –un potencial competidor político– una aceptación mayoritaria en la población.

Los planes del gobierno de Fujimori programados para el centro, reunían un mensaje social y político claro en clave de discurso neoliberal y neopopulista: sugerir que mientras la administración Andrade se ocupaba de “expulsar a los pobres ambulantes”, rehabilitar viejas casonas, plazas antiguas y rescatar figuras del santoral colonial y oligárquico, su gobierno se dedicaría a resolver los problemas de los pobres más pobres del centro histórico. Para ello, consigue implantar –con el decidido apoyo de todas las instancias de gobierno– un plan de “Destugurización” de viejos callejones y quintas deterioradas de los barrios pobres del centro. Asimismo, desarrolla un publicitado proceso de renovación urbana de la barriada más antigua de Lima, la barriada Leticia (1932) ubicada en el principal distrito de Lima: el cerro San Cristóbal, sobre el que construye un museo de sitio de la historia de Lima. Otro espectacular proyecto, dotado de estas mismas aspiraciones, es el gigantesco complejo de edificios de vivienda, encargado al arquitecto peruano radicado en Francia Henry Riani, el cual debía depositarse en medio del río Rímac cerca de la Plaza de Acho. Pero eso no fue todo: sin otro propósito racional, que el de contravenir el proceso de reubicación planificada de ambulantes emprendido por la administración Andrade, el gobierno negocia la reubicación aislada de un grupo de ambulantes opuestos al plan municipal, en terrenos estatales de Cantagallo, al borde del río Rímac, cerca al centro histórico.

Con estas acciones, el gobierno de Fujimori consigue, finalmente, neutralizar en parte la dinámica del proceso de recuperación histórica promovida por la administración Andrade. El golpe final vendría cuando el gobierno decide no otorgar el aval a la solicitud municipal para la obtención del préstamo que otorgaría el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) por un monto de 200 millones de dólares, destinados específicamente para financiar el proceso de recuperación del centro de Lima. Fin de la historia.

Plano 3. Centro Histórico de Lima Intervenciones en espacios públicos por administración municipal, 1981-2004



El centro de los empresarios

Como consecuencia de la dinámica generada por el plan de recuperación del área central impulsado por la administración Andrade, el comportamiento del sector privado puede resumirse en tres actitudes básicas: la primera, corresponde al gran capital financiero de aspiraciones globales más involucrado en hacer del distrito de San Isidro el nuevo centro económico financiero del Perú, que preocupado e interesado en el tema de la recuperación del centro histórico. La segunda, corresponde a la actitud adoptada por un sector del empresariado que tomó el plan y proceso de recuperación del centro histórico con cierta equidistancia: entre el no compromiso estructural y la cercanía para no desaprovechar eventuales beneficios de orden ideológico y simbólico (léase dotarse de una pátina de “sensibilidad cultural” e identificación con la tradición y la historia). Este es el grupo del empresariado base del histórico Club Nacional y los banqueros nostálgicos del igualmente histórico y tradicional barrio financiero del centro. Estos últimos, fueron los que impulsaron el fallido proyecto de recuperación urbana de este importante espacio del área central. Desafortunadamente, las contradicciones de orden conceptual y la ausencia de una puesta proyectual solvente ocasionaron que la iniciativa no pudiera finalmente concretarse.

Otro tercer grupo, el constituido por un número significativo de pequeños industriales y medianos comerciantes, decidió invertir tanto en el mejoramiento de sus negocios existentes como en la creación de nuevos espacios de producción y consumo. En este, se encuentran todos aquellos que efectuaron inversiones importantes para activar negocios de restaurantes, tiendas o galerías comerciales, la mayoría de ellos ubicados principalmente en torno al mercado central y el barrio chino. Podría afirmarse que esta zona del área central resulta el espacio recuperado que ha logrado, de manera sostenida, un singular dinamismo económico. Como una notable excepción, respecto a la ausencia de grandes inversiones en el área central, puede mencionarse la realizada para la instalación en un reciclado antiguo edificio bancario de una de las tiendas de la cadena peruana de supermercados METRO (Chion, 2002).

El centro alternativo. Usos y desusos ciudadanos

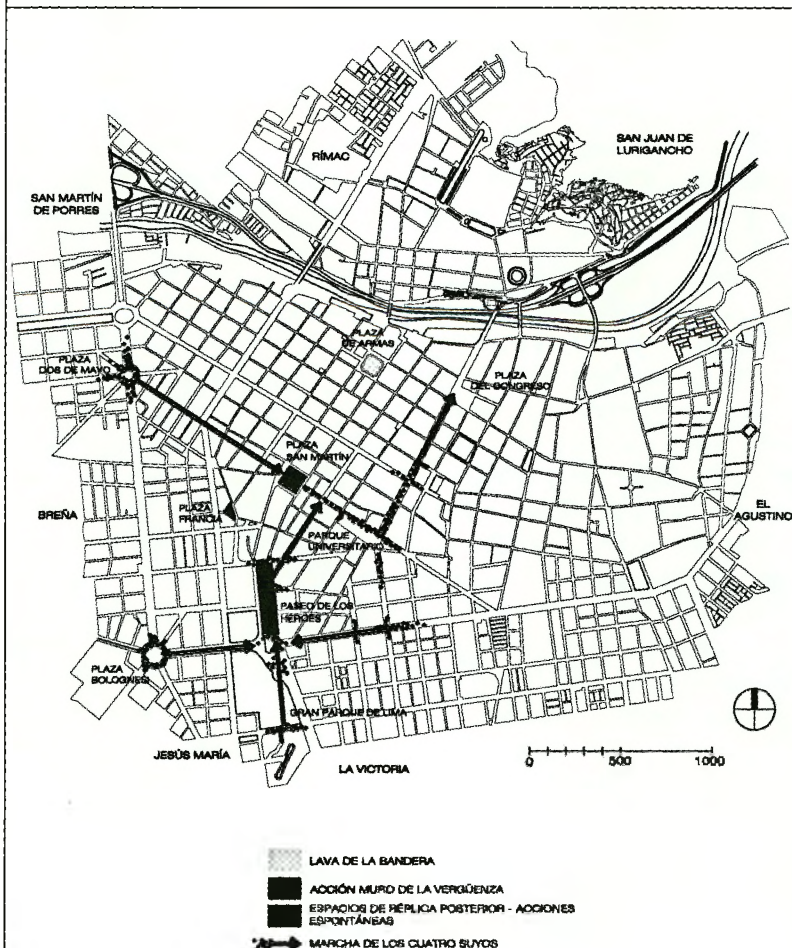
Frente a la apuesta oficial de un nuevo barrio cultural en el centro de Lima, cuyo epicentro debía ser el remozado teatro municipal, la zona comprendida entre el jirón Quilca y la Plaza Francia aparecía como un cuestionable averno cultural que por ninguna razón podía ser considerado como el barrio cultural del centro histórico. Debía ser un imposible social, un hecho culturalmente inviable para el discurso oficial. Esta área se había convertido, desde los años ochenta, en una especie de “campo ferial” de la cultura, en la que terminaría por concentrarse el negocio ambulatorio de libros, revistas y otros productos culturales. Otro espacio, sin las características de este tradicional barrio cultura, es el Campo Ferial de Libro Amazonas.

Liderado por el pintor Herbert Rodríguez, El Averno es el nombre de un centro cultural que consigue dotarle a este barrio colindante a la Plaza San Martín de un espíritu contestatario, muy influenciado por la movida contracultural de los noventa. Entre sus principales actividades se encuentran la organización de conferencias o exposiciones, la realización de festivales de rock y otras acciones culturales. Sin embargo, su principal proyección hacia la esfera de lo público se expresaría en una estética visible de referencias políticas, que logró plasmarse desde el inicio en sus ya célebres murales. Pronto, El Averno pasó de ser el local denunciado innumerables veces por los vecinos, que abogaban por su reubicación y/o clausura, a ser aquel reconocible símbolo que había logrado resignificar la zona como un barrio cultural alternativo y contestatario del área central y la ciudad. Lo interesante, es que las fachadas ubicadas a lo largo del jirón Quilca empezaron a replicar los murales “estilo averno”, con una voluntad explícita de autoadjudicarse una identidad visual particular en medio del grisáceo paisaje urbano limeño.

Junto a esta iniciativa de los propios vecinos por convertir este espacio en un barrio singular, las “galerías de la cultura” en las que fueron reubicados decenas de ambulantes dedicados a la venta de libros y revistas, empezaron a desarrollar un activo programa cultural de conferencias y festivales de música. El efecto de una dinámica de regeneración urbana basado en la promoción cultural sin apoyo institucional de la municipalidad, cumplió en este caso uno de sus principales objetivos: convertirse en un auténtico imán

urbano para el desarrollo de una serie de actividades culturales y la constitución de una identidad cultural alternativa en la ciudad.

Plano 4. Centro Histórico de Lima Principales acciones públicas, democracia y participación política, 2000-2002



Centro y espacios públicos, democracia y ciudadanía

Las primeras movilizaciones en protesta contra el gobierno de Fujimori, preámbulo de lo que más tarde concluiría en la apoteósica y masiva Marcha de los Cuatro Suyos, tuvieron lugar en el año de 1997 como consecuencia del rechazo generalizado contra la destitución de tres miembros del Tribunal Constitucional, quienes se habían opuesto a los intentos de reelección fraudulenta de Fujimori. Las avenidas, calles y plazas del centro de Lima volvieron entonces a poblarse de miles de estudiantes y de otros opositores, para convertirse en el escenario decisivo de una histórica “ocupación” política del centro. Esta, daría lugar a un sinnúmero de acciones no solo políticas, sino también artísticas, de *performances* contestatarias y transformaciones efímeras del espacio. Pocas veces los espacios públicos del centro alcanzaron tal grado de resignificación política y cultural, como las numerosas jornadas de protesta desarrolladas en su seno, desde las acciones del Lava la Bandera hasta la ejecución del Muro de la vergüenza. El centro volvió a ser el “centro” y sus espacios públicos se convirtieron en uno de sus principales gestores de significación y dignificación ciudadanas.

Estas acciones, que representaron una nueva dimensión de las relaciones entre arte y política, fueron decisivas para la caída del corrupto gobierno de Fujimori. Fueron acciones que, al operar con aspectos sensibles del imaginario popular, se convirtieron en prácticas altamente metafóricas acerca de cómo podrían constituirse las nuevas relaciones entre la sociedad civil y el Estado (Vich, 2002:1)

El uso y la resignificación intensiva de muchos de los espacios públicos más representativos del centro histórico en el transcurso del último lustro, no podrían ser explicados sino en el contexto y como consecuencia de una cada vez más creciente e indignada movilización social contra el régimen fujimorista. Si bien, el origen de esta reacción, expresada en iniciativas impregnadas de nuevas formas de protesta y uso de los espacios públicos, tuvo lugar a mediados de los años noventa, con la creación de La Resistencia, a propósito del rechazo ciudadano a la ley de amnistía a favor de los militares involucrados con la violación de los derechos humanos³, el primer gran gesto popular de ocupación contestataria de los

3 El primer colectivo de ciudadanos encabezados por el destacado artista Víctor Delfín se consti-

espacios públicos tuvo lugar la noche del 9 de abril del 2000, a propósito del desconocimiento de los resultados electorales tras la tercera reelección de Fujimori. Esta histórica noche, terminaron completamente ocupados el histórico eje cívico, con los espacios más representativos de la centralidad urbana limeña: el paseo de La República –Centro Cívico, la Plaza San Martín y la Plaza de Armas– Palacio de Gobierno.

Lava la bandera

Tal vez la acción de ocupación y resignificación simbólica de los espacios públicos del centro histórico más trascendente, entre las enmarcadas en el movimiento de rechazo al régimen fujimorista, fue la jornada de Lava la bandera. Sobre la base de recrear todo cuanto en el imaginario doméstico posee la acción y el significado del lavar, más la reapropiación colectiva de uno de los símbolos (tal vez el único) que encarna valores relativamente estables, colectivos y no individualizados, como es la bandera, esta acción fue concebida como un gran acto cultural de expiamento colectivo de toda la corrupción y degradación moral en la que se hallaba sumida el régimen y la clase política del país. En este caso, no se trató solo del acto del lavado de la bandera como una acción crítica que demandaba limpieza y transparencia en todo lo relacionado con la gestión pública de los gobernantes y representantes políticos, sino de una manifestación de reapropiación ciudadana de un símbolo que había sido capturado por el poder autoritario. El lavado de este símbolo patrio

tuiría alrededor de 1996 con el nombre “Todas las sangres, todas las artes”, en rechazo a la ley de amnistía y contra cualquier forma de impunidad. Se trató de un movimiento muy activo con una vasta convocatoria a artistas de reconocido prestigio en el país. Por entonces, tuvo lugar la llamada Feria por la Democracia que diversas organizaciones cívicas organizaron entre el 20 y 21 de mayo de 2000 en el Campo de Marte, para constituir una primera plataforma de centralización de todo el movimiento opositor al régimen fujimorista. En el marco de la denuncia de las elecciones fraudulentas y el rechazo a los propósitos de permanencia de Fujimori, la movilización contra el régimen se tradujo en el surgimiento de múltiples iniciativas, entre ellas, una de las más conocidas, del Colectivo Sociedad Civil que empezaría con un multitudinario entierro del “cadáver” de la Oficina Nacional de Procesos Electorales frente al Palacio de Justicia. El colectivo, que nace en abril del 2000, estuvo conformado por artistas como Susana Torres, Emilio Santiesteban, Claudia Coca, Fernando Bryce, Abel Valdivia y Luis García Zapatero, así como el crítico de arte Gustavo Buntinx. Aires.

era un auténtico acto de sanación del país, pero también un actor de rechazo a todos aquellos que habían osado ensuciarlo, corromperlo y traicionarlo.

Figura 7. Lava la bandera. Acciones en la Plaza Mayor



Foto: *El Peruano*, Victor Palomino. 24.11.2000. Cortesía

Figura 8. Acción Muro de la vergüenza frente al Palacio de Justicia

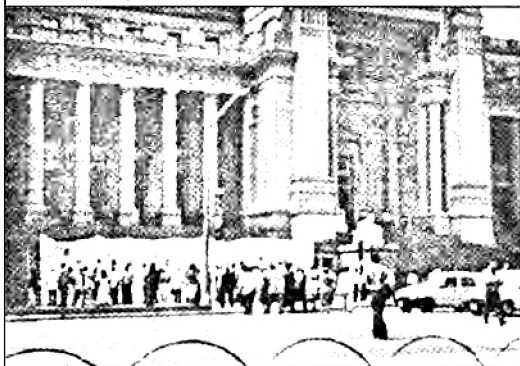


Foto y fuente: Association the resistance we are all
http://aresistenciaperu.inpod.com/anaisis_muro.htm

La densidad simbólica de esta acción, adquiere mayor relevancia al iniciarse y legitimarse como acto colectivo en el principal espacio de la centralidad urbana del país: la Plaza Mayor de Lima, el epicentro del poder político. El ritual consistió en la acción del lavado público de decenas de banderas (con “Jabón Bolívar” en bateas rojas) por parte de grupos de ciudadanos cada vez más numerosos, que se reunían cada viernes entre las 12:00 y 15:00 horas frente al Palacio de Gobierno. Una vez concluida la acción del lavado, las decenas de banderas eran colgadas en tendales que llegaron a circundar toda la plaza, en un perturbador e inusitado espectáculo visual. La primera acción de Lava la bandera en la Plaza Mayor tuvo lugar el 24 de mayo del 2000, el año de las elecciones fraudulentas de Fujimori.

Los primeros encuentros fueron objeto de represión policial y acusaciones de ser un acto de “simbolismo barato”. Sin embargo, poco a poco, la acción de Lava la bandera llegó a adquirir tal difusión y empatía popular que empezó a ser replicada, por ciudadanos de todos los estratos sociales, en casi todas las plazas del Perú. Y en muchos casos, ya no se trataba solo del lavado de la bandera sino de otros símbolos y objetos vinculados al poder político y religioso, como el lavado de uniformes militares y religiosos. A estas alturas, la acción Lava la bandera había dejado de ser una *performance* artística para transformarse en un eficaz instrumento de resistencia y protesta política. Para Gustavo Buntinx, uno de sus principales promotores, el lavado de la bandera por su capacidad de articular distintos niveles de sentido devino extraordinario capital simbólico, que serviría de eficaz retaguardia estratégica para la reagrupación de las fuerzas democráticas en su lucha contra el régimen corrupto de Fujimori (Buntinx, 2001: 8). El día que Fujimori dimitió a su cargo desde Japón, el lavado de la bandera ya se realizaba en 27 ciudades del Perú y en algunas capitales del extranjero.

La imagen de un gigantesco cordel del que pendían decenas de banderas en plena Plaza Mayor, tras las sesiones de lavado colectivo, tenía obviamente un referente directo: la casa familiar y el patio doméstico. Este, era otra de las más importantes operaciones de resignificación simbólica que algún espacio público del centro de la ciudad haya consignado en su historia contemporánea. Se trata no solo de una operación que desacraliza este espacio como representación supérstite del poder consti-

tuido, sino de una acción de conversión ritualizada, donde el espacio público se convierte en prolongación espontánea de la casa familias. La plaza, espacio de todos pero de nadie, se convierte en sitio de todos y de cada uno. Es decir, se transforma en una auténtica “casa” familiar con la sala de encuentro y el patio íntimo/público de lavandería. Por primera vez, el ciudadano tenía el sentimiento de crear una nueva relación entre ciudad y ciudadanía, entre arte y política, entre la esfera de lo público y la esfera de lo privado. El sentido de pertenencia a la ciudad adquiriría otro significado más esencial que el mero compromiso banal.

Muro de la vergüenza

Impulsado por el colectivo La Resistencia y la iniciativa de Roxana Cuba, el proyecto del Muro de la vergüenza representa otra de las manifestaciones más importantes que se produjeron en esta especie de asalto creativo de los principales espacios públicos del centro de Lima, con el propósito de expresar el rechazo y malestar de la población contra el régimen fujimorista y sus principales representantes. Del mismo modo como ocurrió con la acción Lava la bandera, este proyecto debido a la eficacia de sus propósitos consiguió replicarse en otras plazas y espacios públicos del país.

Junto a la Plaza Mayor, la Plaza San Martín y el Parque Universitario, la Plaza Francia son otros de los espacios dotados de una historia particular y singular densidad simbólica para el imaginario urbano limeño. Este fue el lugar escogido para la instalación del primer Muro de la Vergüenza, en junio del año 2000. En este caso, la acción consistió en la reproducción de un “muro” de tela de casi 15 metros de largo, sobre la cual estaban adheridos, cual galería fotográfica, todos los rostros de los personajes más conspicuos del régimen fujimorista: desde Vladimiro Montesinos hasta la inefable congresista Martha Chávez, desde el cardenal Cipriano hasta el embajador Francisco Tudela, entre muchos otros. Como una especie de *dazibao* crítico, el Muro de la vergüenza en su enfática literalidad aspiraba a servir de espacio de recepción / expresión para cualquiera de los caminantes que quisieran manifestar su rechazo al régimen y a cada uno de sus representantes.

Nuevamente en este caso, el espacio público se convertiría en un ágora abierta de construcción de ciudadanía. Las paredes reales se resignificaron a través de una pared efímera (creo que duró casi dos años) que, a modo de soporte material, sirvió para canalizar, concentrar e irradiar la opinión libre y contestataria de una población que, debido al control y manipulación descarada de casi todos los medios de expresión, había visto cercenado su derecho de opinión crítica. El muro dejó de ser tal, para convertirse en un auténtico texto y manifiesto de denuncia contra el régimen y todas sus perversiones. Esta acción consiguió transformar el espacio público en un espacio de interpelación y discurso político desde el punto de vista pedagógico (Vich, 2002:6).

Marcha de los Cuatro Suyos

La voluntad de dotarle a la reacción ciudadana contra el régimen fujimorista de un significado anclado en la propia historia del Perú profundo e incaico, motivó que el evento ciudadano de mayor trascendencia histórica que se realizaría en los espacios del centro de Lima fuera denominado como la Marcha de los Cuatro Suyos. No fue solo exactamente un mitin. Tampoco fue solo una larga marcha proveniente de los cuatro suyos del país. Fue más que eso: una de las mayores concentraciones de ciudadanos movilizadas desde todos los rincones del Perú para expresar su más enérgico rechazo a las intenciones del régimen de perpetuarse en el poder. Más de 40 mil personas provenientes de todo el país (movilización nunca antes registrada en la historia del país), junto a más de 250 mil personas de la ciudad realizaron uno de los mítines más multitudinarios que recuerde la historia política republicana. Durante tres días, entre el 26, 27 y 28 de julio del 2000, la capital peruana estuvo prácticamente “tomada” por miles de ciudadanos dispuestos a caminar el tramo final de un recorrido que tuvo tanto del ritual sagrado de la marcha incaica al Cuzco, como de una manifestación política posmoderna de diferencias unificadas por una misma voluntad contestataria. La noche del 27 de julio, todo el espacio del paseo de La República devino en escenario compacto de una especie de fiesta política que preanunciaba un cambio de régimen político, tal como ocurriría posteriormente.

Lo que quedó claro con la movilización que acompañó a la Marcha de los Cuatro Suyos, es que las fuerzas de una oposición dispersa empezarían a encontrar –dentro de moldes democráticos y consensuales– los mecanismos de acumulación indispensables para pasar de la protesta esporádica a la resistencia sistemática y permanente. Y que la idea de un espacio centralizado y autoritario carecía de sentido tal como ocurrió la noche del mitin, donde el espacio público soporte del evento se hizo espacio espontáneo y libre en su uso y disfrute político. Esa noche, por primera vez, un espacio limeño dejaba de ser tal para adquirir el significado de un espacio regional. Un espacio de pertenencia y significado nacional.

Como pocas veces en la historia de país, las actividades oficiales por el día de la patria adquirieron el perfil de una disminuida opereta grotesca; por su parte, la Marcha de los Cuatro Suyos parecía convertirse en el tradicional desfile cívico patriótico. Mientras que las fuerzas policiales

Figura 9. Movilizaciones de apoyo a la marcha de los Cuatro Suyos.
Plaza San Martín

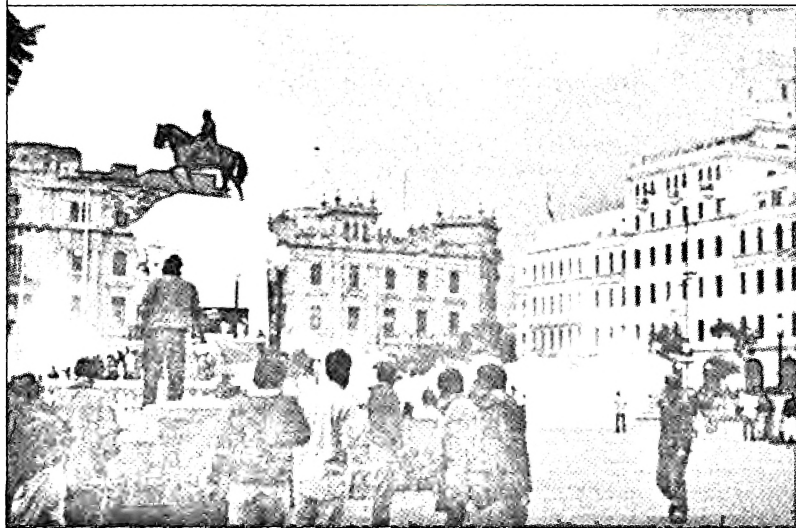


Foto: *El Peruano*, Jack Ramón. 26.07.2000. Cortesía.

habían hecho de la Plaza Mayor una especie de cuartel militar protegido, las primeras cuadras del paseo de La República estaban en poder la sociedad civil. La Marcha de los Cuatro Suyos como gesta ciudadana, demostraría a la opinión pública nacional e internacional que la oposición democrática a Fujimori no era numerosa solo en las encuestas, sino también en las calles y plazas del Perú. La noche del 27 de julio del 2000, el Paseo de la República se transformó en metáfora perfecta de los cuatro suyos del espacio inca. Una plaza se hizo todo el territorio del país.

La Marcha de los Cuatro Suyos, como todas las otras acciones de resistencia que se desarrollaron principalmente en las calles y plazas del centro histórico de Lima, convirtieron a estos espacios en lugares de construcción democrática de ciudadanía. Como sostiene Víctor Vich, las plazas públicas se transformarían en espacios representativos de un nuevo poder —el poder de la ciudadanía—, dispuestos a refundar la nación a partir de nuevos rituales (Vich, 2002: 7).

Conclusiones

El centro histórico tiene hoy otro rostro. Después de casi cien años de ser abandonado por una oligarquía que apostó por el suburbio y por su conversión en un *Financial District*, según el plan urbanístico de la nascente República Aristocrática, el centro se debate hoy en medio de un dramático dilema: convertirse en un revalorizado centro histórico para ser reapropiado por los exponentes de la neo oligarquía limeña, tributaria de la vieja excluyente y racista oligarquía. Este hecho, significaría un drástico proceso de *gentrification* como el acontecido en muchas operaciones de renovación urbana, que ha traído consigo la expulsión de los residentes pobres y la llegada de habitantes de altos recursos económicos y servicios de lujo, con la consiguiente musealización del centro; o se transforma en un renovado centro, para quienes desde los años cincuenta empezaron a otorgarle un nuevo significado social, cultural y económico distinto de esa cultura oficial criolla y oligárquica.

La incertidumbre que encarna la resolución actual de este impasse histórico no hace sino anunciar el final de una etapa e inicio de otra nueva en la historia de Lima y el área central, en particular. Es este caso, las

dificultades que acechan al proceso de recuperación del centro histórico son el testimonio de una realidad en el que coexisten actualmente lógicas distintas y contradictorias de producir y consumir ciudad. No se trata solo de reconocer que el cese del proceso de recuperación del centro histórico empezó a fines de los noventa a consecuencia del abierto enfrentamiento entre el alcalde Andrade y el gobierno de Fujimori, lo que trajo consigo la paralización de obras, la cancelación de inversiones y la percepción de inviabilidad social del proceso de cambio. En este caso, se trata de reconocer que estas dificultades y la interrupción del proceso de recuperación se debe a motivaciones y pulsiones más profundas de lo que tal vez el propio Andrade y, actualmente, la administración del alcalde Castañeda creen: por un lado, la renuencia a aceptar que los cambios sociales, culturales y económicos operados en el centro desde los años cincuenta son de tal envergadura y profundidad que resulta absolutamente inviable cualquier plan que pretenda alterar y erradicar este curso. Y, por otro, la ausencia de un auténtico e innovador concepto que contemple, con solvencia proyectual, la reinención positiva de esta realidad, a partir de ese nuevo centro gestado en el último medio siglo.

Resulta, en este caso, reveladora la controversia que se produjo a mediados de los noventa al interior de los gestores del plan de recuperación del centro, entre quienes aspiraban a renovar el centro considerando como imprescindible la reubicación de los ambulantes “fuera” del área central; y, quienes consideraban factible renovarlo reubicando al comercio ambulatorio “dentro” de la trama edilicia del área central, tal como ocurriría con algunas viejas casonas convertidas en galerías comerciales. Dos opciones, dos modos distintos de concebir el futuro de la ciudad que implicaban finalmente proyectos políticos diferenciados. Se optó por la primera alternativa. El resultado actual: un área central que se debate en medio de la más dramática incertidumbre sobre su propio devenir.

Ni la neoligarquía, a la estaba dirigida aquella consigna de “volver al centro”, ni los grandes inversores privados respondieron a la convocatoria de poner en valor el área central. Pero tampoco el centro mismo pudo beneficiarse de los millones de soles invertidos por los ambulantes para construir sus nuevos “campos feriales” en las zonas periféricas al centro, donde fueron reubicados. ¿Qué hubiera pasado si esta inversión se hubie-

ra producido con los mismos actores “dentro” del centro, en el marco de un plan adecuado? ¡Pobre, centro, pobre! No hay nadie que lo rescate. Ni los invasores quieren invertir ni los viejos ambulantes desean volver.

Este centro incierto, popular y atractivo económico a medias, se debate hoy entre una peligrosa lumperización y una dramática degradación de sus estructuras edilicias. La incapacidad del centro histórico de ser reformulado como un nuevo espacio de consenso, centro y símbolo de una memoria colectiva compartida de manera democrática, tal vez sea el reflejo de una sociedad como la peruana que hoy se nos parece igualmente precaria, desinstitucionalizada y en trance a una peligrosa fragmentación y tribalización. En este marco, la idea de centro unificador empieza a convertirse apenas en un anacronismo cultural.

Las únicas señales que parecerían sugerir la existencia aún de un centro vital en medio de estos impasses, proviene precisamente de aquello que pareciera querer negarse, tal como reza una reciente ordenanza municipal que prohíbe cualquier manifestación política dentro de los límites del centro histórico: ser aún el principal espacio símbolo de las luchas del pueblo peruano por reivindicar su dignidad, apostar por la democracia y oponerse a toda forma de dictadura. Las multitudinarias manifestaciones en los espacios del centro contra el gobierno de Alberto Fujimori, como la Marcha de los Cuatro Suyos, o la creativa y masiva acción de Lavado a la Bandera desarrollado por varios meses en la misma plaza Mayor, o la nueva “movida” cultural alternativa, entre otras acciones, no hacen sino revelar que la idea y el valor del centro pervive aún en el inconsciente colectivo del peruano como símbolo concreto de cambio y renovación.

Bibliografía

- Buntinx, Gustavo (2001). *Lava la bandera: El Colectivo Sociedad Civil y el derrocamiento cultural de la dictadura en el Perú*. Ponencia. Lima: Texto Inédito.
- Chion, Miriam (2002). "Dimensión metropolitana de la globalización: Lima a fines del siglo XX". *EURE, Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales*, Vol. XXVIII, n° 85, diciembre, Santiago.
- Concejo Provincial de Lima (1983). Eduardo Orrego. *Memoria Gestión 1981-1983*, Lima: Concejo Provincial de Lima.
- Concejo Provincial de Lima (1986). Alfonso Barrantes Lingán. *Memoria Gestión 1984-1986*, Lima: Concejo Provincial de Lima.
- Herrera Velarde, Carla (2004). *Intervenciones en el espacio público con fines de renovación urbana. Análisis de casos en Lima Metropolitana*. Lima: Universidad de Ingeniería, Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes, Tesis de Maestría en Renovación Urbana.
- Instituto Metropolitano de Planificación (1997). *Plan Maestro de Desarrollo Urbano del Cercado de Lima y su Centro Histórico y del Área Central Metropolitana*. Municipalidad Metropolitana de Lima. Resumen Ejecutivo.
- Ludeña Urquiza, Wiley (1997), *Ideas y Arquitectura en el Perú del siglo XX*. Lima: SEMSA Editores.
- Ludeña Urquiza, Wiley (1998) "Lima: neoliberalismo, arquitectura y ciudad". *TRIALOG 57, Zeitschrift für das Planen und Bauen in der Dritten Welt*, Año 10, No. 2.
- Ludeña Urquiza, Wiley (2002). "Lima: poder, centro y centralidad. Del centro nativo al centro neoliberal". *EURE, Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales*, Vol. XXVIII, N° 83, mayo, Santiago de Chile.
- Municipalidad Metropolitana de Lima (1989). *Jorge del Castillo. Memoria. Gestión 1987-1989*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Municipalidad Metropolitana de Lima (1992). *Ricardo Belmont. ¡Obras sí... Palabras no!*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Municipalidad Metropolitana de Lima (1998a). *Alberto Andrade. Memoria Gestión 1996*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.

- Municipalidad Metropolitana de Lima (1998b). *Alberto Andrade. Memoria Gestión 1997*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Municipalidad Metropolitana de Lima (2000a). Alberto Andrade. *Memoria Gestión 1996-1998*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Municipalidad Metropolitana de Lima (2000b). Alberto Andrade. *Memoria Gestión 1999*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Municipalidad Metropolitana de Lima (2001a). Alberto Andrade. *Memoria Gestión 2000*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Municipalidad Metropolitana de Lima (2001b). Alberto Andrade. *Memoria Gestión 2001*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Ortiz de Cevallos, Augusto (1989). *Plan del centro de Lima*. Lima: INVERMET.
- Pease García, Henry (1991). *Construyendo un gobierno metropolitano. Políticas municipales 1984-1986*. Lima: Instituto para la Democracia Local IPADEL.
- Valladolid Illescas, Flor de María (1996). *Plan estratégico de recuperación del centro histórico de Lima*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Vich, Víctor (2002). "Desobediencia simbólica. Performance y política al final de la dictadura fujimorista". Argentina: CLACSO; IDES.
- Yagui Briones, Carlos (2005). *Diseño urbano contemporáneo en el Perú. Calles, plazas, plazoletas y jardines del centro histórico de Lima*. Lima: Universidad Nacional de Ingeniería, Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes, Taller de investigación en urbanismo.

Este libro se terminó de
imprimir en noviembre de 2009
en la imprenta Crearimagen
Quito, Ecuador